

SERPIENTE DEL SUEÑO



Vonda N. McIntyre



Vonda N. McIntyre

Título original: Dream Snake
Traducción: Rafael Marín Trechera
© 1978 by Vonda N. McIntyre
© 1989 Ediciones B S.A.
Rocafort 104 - Barcelona
ISBN: 84-406-0634-6
Edición digital de Umbriel
R6 10/02

PRESENTACIÓN

SERPIENTE DEL SUEÑO es la mejor novela de ciencia ficción publicada en el año 1978 en Estados Unidos. Viene avalada por los premios mayores de la ciencia ficción norteamericana. Obtuvo en primer lugar el premio Nébula 1978 otorgado por la Sociedad Norteamericana de Escritores de Ciencia Ficción (SWFA-Science Fiction Writers of America) en su reunión anual de 1979. Posteriormente, en julio de 1979, se anunciaba en el fanzine Locus que SERPIENTE DEL SUEÑO había sido seleccionada por los lectores del influyente fanzine como la mejor novela de ciencia ficción del año. Y finalmente, en la SEACO 79, la convención mundial de la ciencia ficción que tuvo lugar del 23 al 27 de agosto de 1979 en Brighton (Gran Bretaña), SERPIENTE DEL SUEÑO se alzó también con el premio Hugo 1979.

Así, Vonda N. McIntyre lograba con su segunda novela ponerse al mismo nivel de los escasos autores que habían logrado el codiciado triplete con un mismo libro. Hasta ese año era sólo privilegio de algunos autores ya consagrados, como Larry Niven con MUNDO ANILLO (1970), Isaac Asimov con Los PROPIOS DIOSES (1972), Arthur C Clarke con CITA CON RAMA (1973), Úrsula K. Le Guin con Los DESPOSEÍDOS (1974), Joe Haldeman con LA GUERRA INTERMINABLE (1975) y Frederik Pohl con PÓRTICO (1977).

Para ello había sido necesario que Vonda interviniera en el taller de escritores de Clarion (Clarion Science Fiction Writers Workshop) de 1970 y descollara después con la publicación en Analog del relato ON MIST, AND GRASS, AND SAND que obtuvo el premio Nébula 1973 en la categoría de relato y que también había sido finalista del premio Hugo. SERPIENTE DEL SUEÑO es precisamente la extensión a novela de este relato. Tal situación no deja de ser común en la ciencia ficción, pero no siempre la novela construida sobre la base de un buen relato premiado obtiene a su vez el mismo éxito: recientemente el relato BLOOD Music, de Greg Bear, obtuvo el Nébula de 1983 y el Hugo de 1984, pero la versión novelada, MÚSICA EN LA SANGRE, no recabó ningún galardón pese a lo engañosa que pueda ser la portada de la edición española de dicha novela.

Volviendo a SERPIENTE DEL SUEÑO, hay que reconocer que cuando una novela de una autora casi inédita obtiene simultáneamente el reconocimiento de los profesionales (Nébula), los especialistas (lectores de Locus) y los aficionados que asisten a las convenciones (Hugo) es porque el libro es muy completo y satisface una gran variedad de gustos.

Para muchos lectores, SERPIENTE DEL SUEÑO será un libro brillante y entretenido, rico en personajes creíbles y bien dibujados, con escenarios convincentes y al mismo tiempo «una historia de aventuras tierna y compasiva» como la ha caracterizado Joanna Russ. Precisamente a raíz de la publicación de SERPIENTE DEL SUEÑO, Vonda N. McIntyre fue elegida para escribir las novelizaciones de las películas de la famosa serie Star Trek. Claro indicio de su gran habilidad como narradora y del atractivo de su estilo, incluso desde un punto de vista exclusivamente popular.

Pero las páginas de SERPIENTE DEL SUEÑO esconden algo más que una simple aventura que nos emociona y entretiene. En el viaje de la curadora Serpiente en busca de una serpiente del sueño puede encontrarse algo más y a ello quiero referirme ahora.

Vonda N. McIntyre ha reconocido explícitamente sus convicciones feministas. En 1976 editó junto a Susan Janice Anderson una antología de relatos de ciencia ficción feminista titulada AURORA: BEYOND EQUALITY en la que se incluían también relatos no escritos por mujeres. Y como es de esperar, los personajes centrales y positivos de sus principales novelas son mujeres.

THE EXILE WAITING (1975) fue su primera novela, cuyo título fue extraído de un verso de Úrsula K. Le Guin. La narración presenta una compleja y sinuosa trama en torno a una

Tierra demolida y desesperanzada en la que la heroína, Misha, se librará de la esclavitud hasta alcanzar la libertad. Pero la trama aventurera (inteligente y entretenida) no esconde el interés de la autora por el tema de la esclavitud, impuesta pero también aceptada, de la que el ser humano debe liberarse para madurar y alcanzar la completa humanidad. El que el personaje central sea una mujer no es casual.

En SERPIENTE DEL SUEÑO (1978) nos encontramos con la expresión más completa y profunda de la preocupación de Vonda N. McIntyre por el problema del género y los papeles sociales asignados a los sexos. La trama parece simple y es fascinante. La novela nos muestra, tal vez una Tierra del futuro en la que emergen los clanes, las tribus y las ciudades y en la que incluso existe el contacto con unos misteriosos «extraños» venidos de las estrellas. En ese mundo, la curadora Serpiente practica una neomedicina que combina recursos biocientíficos con la utilización del veneno de las serpientes para sanar a los enfermos. Pero la pérdida de una de sus serpientes la llevará a un largo viaje en su intento por conseguir una nueva serpiente del sueño para reemplazar a su compañera Silencio.

Se trata de una novela «de viaje» que algunos críticos han comparado al viaje de LA MANO IZQUIERDA DE LA OSCURIDAD, de Úrsula K. Le Guin. Evidentemente no son casuales estas continuas referencias en la obra de McIntyre a sus maestras Russ y Le Guin. La problemática que esas autoras abordan es similar.

En el viaje de Serpiente descubrimos que en ese mundo pocos hombres desempeñan roles importantes. Las guardianas, las líderes de clan, las conductoras de caravanas, las posaderas, las maestras, etc. son todas del sexo femenino. La mayoría de personajes masculinos tienen papeles poco lucidos, como el gobernador de Montaña, el brutal Ras y el albino Norte. Tan sólo el gentil y perseverante Arevin no es ni brutal ni débil, pero tampoco es muy importante en el relato... en el fondo parece ser el contrapunto de la activa Serpiente y un cierto «reposo del guerrero» en esa inversión del papel de los sexos que tan brillantemente describe McIntyre.

Pero esa voluntad de la autora topa con un grave escollo en la traducción al castellano de SERPIENTE DEL SUEÑO. Dentro del mundillo de la ciencia ficción se atribuye a Úrsula K. Le Guin la frase que reza: «El lenguaje de la tribu es el lenguaje de los hombres.» Ello es todavía más cierto en castellano, donde el artículo y los sustantivos disponen obligatoriamente de género. En el inglés del original de la novela, Vonda N. McIntyre logra un efecto sorprendente. Siento la obligación de explicar aquí este punto ya que, inevitablemente, la traducción al castellano ha tenido que oscurecerlo un tanto para ser fiel a las características de nuestro idioma.

Por poner un ejemplo, cuando Serpiente va a la farmacia de Montaña, McIntyre nos presenta a su propietaria como «the propietor» (que puede ser tanto «el propietario» como «la propietaria»), después como «the chemist» (que también indica, tanto «el farmacéutico» como «la farmacéutica»), y es casi al final cuando McIntyre usa el pronombre femenino «she» (ella), que declara finalmente el sexo del personaje. El efecto en el lector del original inglés es sorprendente. Como muy bien dice Le Guin, «el lenguaje de la tribu es el lenguaje de los hombres» y, por efecto de la costumbre, el lector del original inglés imagina indefectiblemente que se trata de un personaje de sexo masculino y, cuando el verdadero género del personaje se revela, el lector consciente no puede hacer otra cosa que reflexionar sobre los prejuicios que él mismo (o ella misma) posee sobre el papel de los sexos en nuestra sociedad. El efecto es altamente educativo.

Todo ello debe perderse ineludiblemente en la traducción al castellano ya que desde el primer momento conocemos el sexo de los personajes porque en nuestra lengua el artículo y el sustantivo disponen obligatoriamente de género. No en vano nuestra palabra «machismo» es también el vocablo usado en otras lenguas para describir esa corrupción social tan habitual en nuestra sociedad. Siempre me ha parecido sorprendente que las formas sociales de las culturas dominantes en nuestro planeta se resignen tan fácilmente

a considerar que la mitad de los seres humanos sean considerados especímenes «de segunda categoría». Y me parece lógico que personas como Vonda N. McIntyre y tantos otros se rebelen ante ello.

Vonda N. McIntyre ha expresado varias veces su convencimiento de que las personas son seres humanos con independencia de su sexo. Ello se muestra en su ciencia ficción, que responde a lo expresado en una entrevista realizada en 1979 por Ed Naha para la revista *Future Life*. En ella Vonda N. McIntyre decía:

«Si yo quisiera escribir sobre una sociedad sexista, escribiría literatura general, no ciencia ficción. No veo ninguna ventaja en que quien sea feminista o humanista o algo así deba reconstruir los problemas de nuestra sociedad en la ciencia ficción. Creo que sería un desperdicio de la ciencia ficción. Creo que muchos escritores reconstruyen nuestra sociedad en la ciencia ficción porque se sienten a gusto con la actual vida de cada día. No es mi caso. Estoy interesada en el cambio, en otras posibilidades.»

Esas posibilidades se manifiestan también en el segundo capítulo de esta novela, cuando Serpiente encuentra a Jesse (que es una mujer aunque su nombre tenga resonancias masculinas en inglés), Alex (varón) y Merideth (que es un nombre similar a Meredith, masculino en inglés). El sexo de este último (o esta última) nunca se identifica en el original inglés y por ello el personaje puede ser tanto hembra como varón. Esta técnica literaria, que no es invento de Vonda N. McIntyre, presenta una clara lección feminista: el género es menos importante que las características y capacidades de una persona.

Para ilustrar algo más el modo de entender el feminismo de McIntyre hay que hacer notar que la anterior observación de que en la antología *AURORA: BEYOND EQUALITY* se incluyen relatos no escritos por mujeres no es ociosa. La visión del feminismo de Vonda N. McIntyre es abierta, y se sintetiza tal vez en una frase de su entrevista con Paul Novitski para la revista *Starship* en 1979:

«El movimiento feminista no trata sólo de derechos, trata de responsabilidades.»

Otro de los elementos que me gustaría destacar aquí es que aunque en Montaña se haya abolido la esclavitud y Brian y Larril sean ya esclavos libertos, siguen sirviendo a sus señores. Y con ello nos encontramos con otro de los temas centrales de McIntyre: la esclavitud y la servidumbre como algo en cierta forma aceptado por aquél (o aquélla) que lo sufre. Y el que esa idea esté también presente en una escritora feminista como Vonda N. McIntyre tal vez deba hacernos reflexionar, aunque no es éste el lugar para seguir incidiendo sobre ello. Además esta presentación está resultando ya demasiado larga y lo que interesa es, evidentemente, la novela.

Si el problema del género es uno de los centrales en la traducción incluso en el aspecto ideológico, debo indicar aquí otra característica de tipo más técnico. Vonda N. McIntyre nos pidió que no utilizáramos la traducción literal de las serpientes y personajes que rodean a las curadoras y eligiéramos nombres que incluyeran el sibilante sonido de la letra «s». Por ello las tres serpientes de la protagonista: «Mist» (niebla), «Grass» (hierba) y «Sand» (arena) han pasado a llamarse Sombra, Silencio y Susurro respectivamente. También la maestra de la protagonista, llamada «Silver» (plata) en el original inglés, ha pasado a llamarse Sándalo gracias a la inspiración de Rafael Marín, cuyo trabajo en esta «misión imposible» para un traductor ha sido, de nuevo, encomiable. No nos ha parecido conveniente cambiar el nombre de los caballos de la protagonista. Por ello el lector de nuestra traducción los conocerá como «Ardilla» («Squirrel» en el original) y «Veloz» («Swift» en el original), ya que hemos preferido mantener el presunto «carácter» de cada animal reflejado en su propio nombre.

Tal vez toda esta exposición pueda asustar al lector interesado en una narración más clásica y menos preocupado por el «mensaje» implícito en los textos. No debe asustarse nadie. Ya decía al principio que la novela ha merecido el reconocimiento tanto de los profesionales como de los estudiosos, especialistas y aficionados. Ello es así porque — junto a los aspectos ideológicos que he tenido que exponer para paliar el efecto inducido en la traducción por la riqueza terminológica del castellano— la novela es, además, un maravilloso relato de aventuras bien narradas que dispone de personajes bien caracterizados y que da como resultado una historia inusitadamente absorbente y entretenida.

Precisamente son esas las características que se exigen de la buena ciencia ficción: riqueza y profundidad de ideas servidas en una narración amena y atractiva. Y por lo que a ello respecta, esta novela de Vonda N. McIntyre es en realidad una obra maestra.

Miquel Barceló

A mis padres

El chiquillo estaba asustado. Con suavidad, Serpiente le tocó la ardorosa frente. Tras ella, recelosos, temerosos de mostrar su preocupación con más algo que estrechas arrugas en torno a los ojos, observaban tres adultos. Temían tanto a Serpiente como a la muerte de su único hijo. En la oscuridad de la tienda, el extraño brillo azul de la lámpara no infundía ninguna seguridad.

El chiquillo miraba con ojos tan oscuros que las pupilas resultaban invisibles, tan apagados que la propia Serpiente temió por su vida. Le acarició el pelo. Era largo y muy claro, seco e irregular cerca del cuero cabelludo; un color sorprendente, ya que su piel era oscura. Si Serpiente hubiera estado con esta gente unos cuantos meses antes, habría sabido que el chiquillo estaba enfermando.

—Alcanzadme mi zurrón, por favor —dijo Serpiente.

Los padres del niño se sorprendieron por el tono bajo de su voz. Tal vez habían esperado el graznido de un cuervo, o el siseo de un brillante reptil. Esta era la primera vez que Serpiente hablaba en su presencia. Cuando los tres habían venido a mirarla desde la distancia y le hicieron preguntas en voz baja sobre su ocupación y su juventud, ella sólo había observado en silencio, había escuchado y, cuando por fin accedió a ayudarles, asintió. Tal vez habían pensado que era muda.

El hombre más joven, que tenía el pelo rubio, recogió la bolsa de cuero. La mantuvo apartada de su cuerpo y se la tendió mientras respiraba agitadamente, con la nariz encogida ante el tenue olor de almizcle que flotaba en el seco aire del desierto. Serpiente estaba casi acostumbrada a las muestras de intranquilidad, como las que se adivinaban en la actitud de esta gente; las había visto ya a menudo.

Cuando Serpiente extendió la mano, el joven dio un respingo y soltó el maletín. Serpiente se abalanzó y cuando lo hubo cogido, lo depositó con cuidado en el suelo alfombrado y le miró con reproche. Sus compañeros se adelantaron y le acariciaron para aliviar su temor.

—Lo mordieron una vez —dijo la mujer, morena y hermosa—. Casi murió.

Su tono no era de disculpa, sino de justificación.

—Lo siento —dijo el muchacho—. Es...

Hizo un gesto hacia ella. Estaba temblando, pero intentaba controlarse visiblemente. Serpiente miró su propio hombro, donde había advertido inconscientemente un tenue peso y en movimiento. Una serpiente diminuta, fina como el dedo de un bebé, se deslizaba por su cuello mostrando la estrecha cabeza bajo sus cortos rizos negros. Sondeó el aire con su lengua trífida, de modo placentero, para probar el sabor de los olores.

—Sólo es Silencio —dijo Serpiente—. No puede hacerte daño.

De tener mayor tamaño, el animal habría podido infundir temor: su color era verde pálido, pero las escamas alrededor de su boca eran rojas, como si acabara de comer como hace un mamífero, despedazando. De hecho, era mucho más limpia.

El chiquillo lloriqueó, pero se contuvo de inmediato; tal vez pensó que Serpiente se ofendería también si lloraba. Serpiente sólo sentía pena de que su familia se negara un medio tan sencillo de calmar el miedo. Dio la espalda a los tres adultos, lamentando el terror que sentían hacia ella, pero sin ganas de perder más tiempo tratando de convencerles para que confiaran en ella.

—No pasa nada —le dijo al pequeño—. Silencio es mansa, seca y blanda. Si la dejas de centinela ante tu cama, ni siquiera la muerte podría alcanzar tu lecho.

Silencio se arrastró por su mano estrecha y sucia, y Serpiente la extendió hacia el niño.

—Con cuidado.

El niño extendió la mano y tocó las suaves escamas con la yema de un dedo. Serpiente pudo sentir el esfuerzo que implicaba un movimiento tan simple, aunque el chiquillo casi sonreía.

—¿Cómo te llamas?

El niño miró rápidamente a sus padres, y por fin éstos asintieron.

—Stavin —susurró. No tenía fuerzas ni aliento para hablar. —Yo soy Serpiente, Stavin. Dentro de poco, por la mañana, tendré que hacerte daño. Puede que sientas un dolor rápido, y el cuerpo te dolerá durante varios días, pero después te sentirás mejor.

El niño la miró solemnemente. Serpiente vio que, aunque comprendía y temía lo que podía hacerle, tenía menos miedo que si le hubiera mentido. El dolor tenía que haber aumentado a medida que su enfermedad se hacía más aparente, pero, al parecer, los otros sólo le habían consolado en espera de que la enfermedad desapareciera o le matara rápidamente.

Serpiente colocó a Silencio sobre la almohada del niño y acercó su zurrón. Los adultos podían seguir temiéndola; no tenían tiempo ni motivos para confiar en ella. La mujer de la unión era tan mayor que ya no podría tener otro hijo a menos que buscaran otra nueva compañera, y Serpiente notaba por sus ojos, por su ternura encubierta, por su preocupación, que los tres amaban mucho al niño. Debía ser así para llamar a Serpiente en esta región.

Susurro salió deslizándose perezosamente del zurrón; movió la lengua, oliendo, probando, detectando el calor de los cuerpos.

—¿Es ésa...?

La voz del compañero más viejo era baja y sabia, pero aterrada, y Susurro sintió su miedo. Se echó hacia atrás en posición de ataque e hizo sonar débilmente su cascabel. Serpiente golpeó el suelo con la mano para que las vibraciones distrajeran al ofidio, y luego acercó la mano y extendió el brazo. El crótalo se relajó y se enroscó en su muñeca hasta formar brazaletes negros y canela.

—No —dijo—. Vuestro hijo está demasiado débil para que Susurro pueda ayudarlo. Sé que es difícil, pero, por favor, intentad guardar la calma. Es algo terrible para vosotros, pero es todo lo que puedo hacer.

Tuvo que azuzar a Sombra para hacerla salir. Golpeó la bolsa y finalmente la sacudió dos veces. Serpiente sintió la vibración de las escamas al deslizarse y, de repente, la cobra albina se arrastró sobre la tienda. Se movía rápidamente; sin embargo, parecía no tener fin. Se irguió y se echó hacia atrás. Emitió un siseo. Su cabeza se alzó más de un metro sobre el suelo y ensanchó las escamas de su cuello. Tras el animal, los adultos jadearon, como asaltados físicamente por la contemplación del espectacular dibujo color canela de la espalda de Sombra. Serpiente los ignoró y le habló a la gran cobra para centrar su atención mediante las palabras.

—Furiosa criatura, tiéndete. Es hora de que te ganes lacena. Habla a este niño y tócalo. Se llama Stavin.

Lentamente, Sombra relajó su erección y dejó que Serpiente la tocara. Serpiente la agarró con fuerza por detrás de la cabeza y la sostuvo para que mirara a Stavin. Los ojos plateados de la cobra reflejaron el tono azulino de la lámpara.

—Stavin —dijo Serpiente—, Sombra sólo va a conocerte. Te prometo que esta vez te tocará con suavidad.

Stavin se estremeció cuando Sombra le tocó el pecho. Serpiente no soltó la cabeza del reptil, pero dejó que su cuerpo se deslizara sobre el del niño. La longitud de la cobra era cuatro veces mayor que la altura del chiquillo. Se retorció en rígidas curvas blancas a lo largo de su hinchado abdomen y se estiró para acercar la cabeza hacia la cara del niño mientras se tensaba contra las manos de Serpiente. Sombra observó la asustada mirada de Stavin con sus ojos sin párpados. Serpiente la dejó acercarse un poco más.

De repente, Sombra sacó la lengua para probar al niño.

El hombre más joven emitió un débil sonido, entrecortado y asustado. Stavin dio un respingo, y Sombra se echó hacia atrás, abrió la boca y mostró los colmillos al mismo tiempo que lanzaba audiblemente su aliento a través de la garganta. Serpiente se sentó sobre sus talones y exhaló su propio aliento. A veces, en otros lugares, los parientes eran capaces de permanecer quietos mientras ella trabajaba.

—Tenéis que marcharos —dijo amablemente—. Es peligroso asustar a Sombra.

Yo no...

Lo siento. Debéis esperar fuera.

Tal vez el compañero más joven e incluso la madre de Stavin habrían puesto objeciones y formulado algunas preguntas, pero el hombre del pelo blanco les hizo darse la vuelta, los cogió de la mano y se los llevó al exterior.

Necesito un animal pequeño —dijo Serpiente mientras alzaba la puerta de la tienda—. Debe tener pelo, y estar vivo.

Encontraremos uno —contestó el hombre, y los tres padres salieron a la noche. Serpiente pudo oír sus pasos sobre la arena.

Apoyó a Sombra en su regazo y la calmó. La cobra se enroscó en su cintura, absorbiendo su calor. El hambre la ponía aún más nerviosa que de costumbre, y al igual que Serpiente, ahora estaba hambrienta. Al atravesar el desierto de arena negra habían encontrado suficiente agua, pero las trampas de Serpiente no tuvieron éxito. Era verano, el clima era caluroso y muchas de las presas peludas que Susurro y Sombra preferían estaban aletargadas. Ya que las había traído al desierto, lejos de casa, Serpiente también había empezado a ayunar.

Vio con pesar que Stavin estaba ahora más asustado.

—Siento haber enviado fuera a tus padres —dijo—. Pronto podrán volver.

Los ojos del niño centellearon, pero contuvo las lágrimas.

Me dijeron que te obedeciera en todo.

Me gustaría que lloraras, si es que puedes —dijo Serpiente—. No es una cosa tan horrible.

Pero Stavin pareció no comprender, y Serpiente no insistió. Sabía que su pueblo tenía que aprender a resistir la vida en una tierra difícil negándose la pena, y se permitían pocas alegrías, pero sobrevivían.

Sombra se había calmado. Serpiente la desenrolló de su cintura y la puso en el jergón junto a Stavin. Mientras la cobra se movía, Serpiente le guiaba la cabeza, sintiendo la tensión de sus músculos de ataque.

—Te tocará con la lengua —le explicó a Stavin—. Puede que te haga cosquillas, pero no sentirás dolor. Huele con la lengua, igual que tú con la nariz.

—¿Con la lengua?

Serpiente asintió, sonriendo. De repente, Sombra sacó la lengua para acariciar la mejilla del niño. Stavin no se acobardó, sino que prestó atención: el deleite infantil por el conocimiento superaba brevemente su inquietud. Se quedó completamente inmóvil mientras la larga lengua del reptil rozaba sus mejillas, sus ojos, su boca.

—Está oliendo la enfermedad —dijo Serpiente. Sombra dejó de revolverse en su presa y echó hacia atrás la cabeza. Serpiente se sentó sobre sus talones y soltó a la cobra, que subió en espiral por su brazo y se tendió sobre sus hombros.

—Duerme, Stavin —dijo Serpiente—. Trata de confiar en mí, y procura no tener miedo a la mañana.

Stavin la miró durante unos instantes escudriñando la verdad en los ojos claros de Serpiente.

—¿Silencio vigilará?

Serpiente se sorprendió por la pregunta, o más bien por la aceptación que había tras ella. Apartó el pelo de la frente del niño y le dirigió una sonrisa con la que ocultó las lágrimas.

—Claro —recogió a Silencio—. Vigila a este niño, y protégelo.

La serpiente del sueño yacía tranquila en su mano, y sus ojos resplandecían con un brillo negro. Serpiente la colocó suavemente en la almohada de Stavín.

—Ahora duerme.

Stavín cerró los ojos y la vida pareció abandonarle. La alteración fue tan grande que Serpiente extendió la mano para tocarlo, pero entonces comprobó que respiraba con suavidad, no demasiado profundamente. Le envolvió en la manta y se levantó. El brusco cambio de posición la mareó; se tambaleó y luchó por recuperarse. En torno a sus hombros, Sombra se tensó.

Serpiente notaba que le picaban los ojos y su visión era más aguda que de costumbre, febril y clara. El sonido que creía escuchar se abatía sobre ella. Resistió el aguijonazo del hambre y el cansancio y se agachó muy despacio para recoger el zurrón de cuero. Sombra le tocó la mejilla con la punta de la lengua.

Apartó a un lado la cortina de la tienda y sintió alivio al ver que aún era de noche. Podía soportar el calor del día, pero el ardiente brillo del sol era más fuerte que ella. Debía de haber luna llena, pero las nubes lo oscurecían todo, difundían la luz de tal forma que el cielo aparecía uniformemente gris de un lado al otro del horizonte. Más allá de las tiendas, grupos de sombras sin forma definida se proyectaban desde el suelo. Aquí, cerca del límite del desierto, había agua suficiente y por eso crecían matorrales y arbustos que proporcionaban refugio y sustento a todo tipo de criaturas. La arena negra, que centelleaba y cegaba al sol, de noche era como una capa de blando hollín. Serpiente salió de la tienda, y la ilusión de blandura desapareció; sus botas se deslizaron y crujieron sobre los afilados y duros granos.

Los familiares de Stavín aguardaban sentados en grupo entre las tiendas oscuras que se amontonaban en una zona de arena de la cual habían arrancado y quemado los arbustos. Los tres la miraron en silencio y la interrogaron con los ojos, sin mostrar expresión alguna en sus rostros. Una mujer algo más joven que la madre de Stavín estaba con ellos. Iba vestida como los otros, con los largos ropajes típicos del desierto, pero llevaba el único adorno que Serpiente había visto en esta gente: un collar de líder que colgaba de su cuello en una tira de cuero. El parentesco que guardaba con el padre mayor de Stavín quedaba claro por su parecido: las líneas de la cara muy marcadas, pómulos altos; el cabello del hombre era blanco y el de ella canoso prematuro después de haber sido negro intenso; sus ojos de color castaño oscuro, apropiados para sobrevivir al sol. En el suelo, junto a sus pies, un animalillo negro se revolvía esporádicamente contra una red, y de vez en cuando emitía un agudo chillido.

—Stavín duerme —dijo Serpiente—. No le molestéis, pero acudid a verlo si se despierta.

La madre de Stavín y el padre más joven se levantaron y entraron en la tienda, pero el hombre de más edad se detuvo ante ella.

—¿Puedes ayudarlo?

—Eso espero. El tumor está en fase avanzada, pero parece sólido. —Notaba que su voz era distante, ligeramente falsa, como si estuviera mintiendo—. Sombra estará lista por la mañana.

Seguía sintiendo la necesidad de dar seguridad al hombre, pero no se le ocurría nada.

—Mi hermana quería hablar contigo —dijo él, y las dejó solas, sin presentarlas, sin enorgullirse del parentesco que lo vinculaba a la jefe del grupo.

Serpiente volvió la cabeza, pero la tela de la tienda se cerró. Cada vez se sentía más agotada, por primera vez acusaba el peso de Sombra sobre sus hombros.

—¿Te encuentras bien?

Serpiente se volvió. La mujer avanzó hacia ella con una elegancia natural algo entorpecida por el avanzado estado de su embarazo. Serpiente tuvo que alzar los ojos

para hacer frente a su intensa mirada. La mujer tenía pequeños surcos en las comisuras, como si a veces riera en secreto. Sonrió, aunque con preocupación.

—Pareces muy cansada. ¿Pido que te preparen una cama?

—Ahora no —respondió Serpiente—, todavía no. No dormiré hasta más tarde.

La líder escrutó su cara, y Serpiente sintió que era su igual por la responsabilidad que ambas compartían.

—Creo que te comprendo. ¿Hay algo que podamos ofrecerte? ¿Necesitas que te ayudemos con tus preparativos?

Serpiente se encontró considerando las preguntas como si fueran problemas complejos. Las resolvió en su mente cansada, las examinó, las diseccionó y finalmente captó sus significados.

—Mi pony necesita comida y agua...:

—Ya se están encargando de él.

—Y yo necesito que alguien me ayude con Sombra. Alguien fuerte. Pero lo más importante es que no sienta miedo.

La mujer asintió.

—Yo te ayudaría con gusto —dijo, y sonrió otra vez levemente—, pero últimamente estoy un poco torpe. Buscaré a alguien.

—Gracias.

Adoptando de nuevo una expresión seria, la mujer inclinó la cabeza y avanzó con lentitud hacia un grupito de tiendas. Serpiente la observó marcharse, admirando su porte. Se sintió pequeña, joven e insignificante en comparación con ella.

Susurro empezó a deslizarse en círculos en su muñeca, con el cuerpo tenso, presto para la caza. Serpiente la cogió antes de que cayera al suelo. Susurro alzó la mitad superior de su cuerpo en las manos de Serpiente. Sacó la lengua y miró hacia el animalillo para sentir el calor de su cuerpo y saborear su miedo.

—Sé que tienes hambre —dijo Serpiente—, pero esa criatura no es para ti.

Metió a Susurro en el zurrón, se quitó a Sombra de los hombros y dejó que la cobra se enroscara en su oscuro compartimento.

El animalillo chilló y volvió a debatirse cuando la sombra difusa de Serpiente se dibujó sobre él. La mujer se inclinó y lo recogió. La rápida serie de gritos aterrorizados amainó y cesó finalmente cuando Serpiente lo acarició. Se quedó quieto, respirando con dificultad, agotado, mirándola con sus ojitos amarillos. Tenía unas largas patas traseras y orejas amplias y puntiagudas, su nariz se retorció ante el olor del ofidio. Su pelaje negro y suave estaba marcado con cuadros irregulares causados por la presión de las cuerdas de la red.

—Lamento quitarte la vida —le dijo Serpiente—, pero no sentirás más temor, y no te haré daño.

Cerró la mano suavemente en torno al animal y, acariciándolo, cogió su espinazo en la base del cráneo. Efectuó un único y rápido movimiento. La criatura pareció revolverse un instante, pero ya estaba muerta. Las patas se apretaron contra el cuerpo en una última convulsión y sus dedos se doblaron y temblaron. Todavía parecía mirar a Serpiente, que lo sacó de la red.

Serpiente eligió un frasquito de la bolsa de su cinturón, forzó las apretadas mandíbulas del animal y dejó caer una sola gota del turbio preparado en su boca. Abrió rápidamente el zurrón y llamó a Sombra. La cobra salió con lentitud, resbalando por el borde y sin desplegar los músculos del cuello. Se deslizó por la arena, sus escamas lechosas recibieron la tenue luz. Olisqueó al animal, fluyó hacia él, lo tocó con la lengua. Durante un instante, Serpiente temió que rechazara la carne ya muerta, pero el cuerpo seguía caliente y todavía se retorció. Y Sombra tenía mucha hambre.

—Un bocado para ti —le dijo Serpiente a la cobra: un hábito provocado por la soledad—. Para que abras el apetito.

Sombra olisqueó a la bestia, se inclinó hacia atrás y atacó, hundiendo sus cortos colmillos en el cuerpecito. Mordió otra vez, vertiendo su reserva de veneno. Soltó al animal, lo cogió mejor y puso en funcionamiento las mandíbulas. Apenas tuvo que distender la garganta. Cuando algo después se quedó inmóvil mientras digería la frugal comida, Serpiente se sentó a su lado y la sostuvo, sólo debía esperar.

Escuchó pasos sobre la gruesa arena.

—Me han enviado para que te ayude.

Era un hombre joven, a pesar de una franja blanca en su cabello negro. Era más alto que Serpiente, y tenía cierto atractivo. Sus ojos eran oscuros y los rasgos de su cara quedaban más endurecidos porque tenía el pelo recogido en la nuca. Su cara se mostraba inexpresiva.

—¿Tienes miedo? —preguntó Serpiente.

—Haré lo que me digas.

Aunque su figura quedaba embozada por las ropas, sus manos largas y finas revelaban fuerza.

—Entonces sostén su cuerpo, y no dejes que te sorprenda. Sombra empezaba a retorcerse por acción de las drogas que Serpiente había inoculado al animalillo. Los ojos de la cobra miraban fijamente, sin ver.

—Si muerde...

—¡Sostenía, rápido!

El joven extendió el brazo, pero dudó, demasiado tiempo. Sombra se contorsionó, y le golpeó la cara con un coletazo. El retrocedió, tan sorprendido como herido. Serpiente agarró con fuerza a Sombra por detrás de las mandíbulas, y pugnó por apresar también el resto de su cuerpo. Sombra no era una constrictora, pero sí era resbaladiza, fuerte y rápida. El reptil emitió un largo siseo al tiempo que se revolvió. Estaba dispuesta a morder cualquier cosa que se pusiera a su alcance. Mientras luchaba con ella, Serpiente logró apretar las glándulas de veneno y sacarle las últimas gotas, que vacilaron en sus colmillos durante un instante, brillando como joyas bajo la luz. La fuerza de las convulsiones de la cobra las arrojó a la oscuridad. Serpiente peleó con la cobra, ayudada esta vez por la arena, en la que Sombra no podía apoyarse. Notó que el joven estaba a sus espaldas agarrando el cuerpo y la cola de Sombra. El ataque cesó bruscamente, y la cobra se quedó flácida entre sus manos.

—Lo siento...

—Cógela —dijo Serpiente—. Tenemos la noche por delante.

Durante la segunda convulsión de Sombra, el joven la asió con fuerza y resultó una ayuda útil. Después, Serpiente contestó su pregunta interrumpida.

—Si estuviera produciendo veneno y te mordiera, probablemente morirías. Su mordedura te pondría enfermo incluso ahora. Pero, a menos que hagas alguna tontería, si logra morder a alguien, será a mí.

—Servirías de poco a mi primo si estuvieras muerta o agonizante.

—No me comprendes. Sombra no puede matarme. Serpiente extendió la mano para que viera las cicatrices blancas producidas por los coletazos y las mordeduras. El joven las observó, y miró a los ojos a Serpiente largo rato. Luego, apartó la mirada.

La mancha brillante en las nubes, desde donde irradiaba la luz, se movió hacia el oeste en el cielo. Los dos sostenían a la cobra como si fuera un niño. Serpiente estaba casi adormilada, pero Sombra movió la cabeza en un torpe intento de evadir sus ataduras, y despertó bruscamente.

—No debo dormir —le dijo al muchacho—. Háblame. ¿Cómo te llamas?

Igual que Stavín, el joven vaciló. Parecía temerla, a ella o a alguna otra cosa.

—Mi pueblo cree que no es prudente decir nuestros nombres a los extraños.

—Si me consideráis una bruja, no deberíais de haber pedido mi ayuda. No sé nada de magia, ni afirmo poseer ningún poder sobrenatural.

—No es una superstición. No es lo que piensas. No tenemos miedo a que nos embrujen.

—No puedo aprender todas las costumbres de la gente de esta tierra, tengo las mías propias. Mi costumbre es dirigirme por su nombre a las personas con quienes trabajo.

Serpiente lo observó, tratando de descifrar su expresión en la penumbra.

—Nuestros familiares conocen nuestros nombres, y los intercambiamos con nuestros compañeros.

Serpiente consideró aquella costumbre, y pensó que encajaba poco con ella.

—¿Con nadie más? ¿Nunca?

—Bueno... un amigo podría conocer el nombre de uno.

—Ah. Ya veo. Sigo siendo una extraña, y quizás una enemiga.

—Un amigo sabría mi nombre —repitió el joven—. No quiero ofenderte, pero ahora eres tú quien no comprende. Un conocido no es un amigo. Valoramos altamente la amistad.

—En esta tierra se tendría que saber rápidamente si una persona es digna de ser llamada amiga.

—Raramente hacemos amigos. La amistad es un gran compromiso.

—Parece como si la temierais.

El joven consideró aquella posibilidad.

—Tal vez tememos a la traición de la amistad. Eso es algo muy doloroso.

—¿Alguna vez te ha traicionado alguien?

Él la miró bruscamente, como si hubiera transgredido los límites de la corrección.

—No —dijo, y su voz adquirió un matiz tan duro como su rostro—. No tengo amigos. No hay nadie a quien pueda llamar amigo.

Su reacción asombró a Serpiente.

—Eso es muy triste —dijo, y guardó silencio; intentaba comprender las profundas tensiones capaces de cerrar a la gente sobre sí misma hasta ese punto, comparando su soledad forzosa con la soledad voluntaria de ellos.

—Llámame Serpiente —dijo por fin—, si es que te atreves a pronunciarlo. Decir mi nombre no te ata a nada.

El joven pareció a punto de decir algo; quizá volvía a pensar que la había ofendido, tal vez sentía que debía seguir defendiendo sus costumbres. Pero Sombra comenzó a retorcerse entre sus manos y tuvieron que agarrarla para evitar que causara ningún daño. La cobra era delgada para su longitud, pero era poderosa, y las convulsiones que sufría ahora eran más fuertes que las anteriores. Se retorció bajo la presa de Serpiente y casi logró soltarse. Intentó extender los músculos del cuello, pero la mujer la agarró con fuerza. Abrió la boca y silbó, pero no goteó veneno de sus fauces.

Enrolló la cola alrededor de la cintura del joven. Este empezó a tirar de ella y a girar, para zafarse de sus espirales.

—No es una constrictora —dijo Serpiente—. No te hará daño. Deja que...

Pero era demasiado tarde. Sombra se relajó súbitamente y el joven perdió el equilibrio. La cobra se soltó de un latigazo y reptó por la arena. Serpiente luchó sola con ella mientras el joven intentaba cogerla, pero el animal se enroscó en ella misma y usó la tenaza como palanca. Empezó a soltarse de sus manos. Serpiente se tiró a la arena. Sombra se alzó por encima de ella, con la boca abierta, furiosa y siseante. El joven saltó sobre el animal y lo agarró por detrás del cuello. Sombra lo atacó, pero Serpiente, de alguna manera, la contuvo. Los dos juntos privaron la reptil de su apoyo y volvieron a controlarlo. Serpiente se levantó con esfuerzo, pero Sombra se tranquilizó de repente y se quedó casi rígida entre ellos. Los dos sudaban. El joven estaba pálido, a pesar de su bronceado, e incluso Serpiente temblaba.

—Tenemos un rato para descansar —dijo Serpiente. Miró al muchacho y vio una oscura línea en su mejilla, en el lugar donde lo había golpeado la cola de la cobra. Extendió una mano y lo tocó.

Tendrás una magulladura —dijo—. Pero no quedará cicatriz.

—Si fuera cierto que las serpientes pican con la cola, podrías sujetar los colmillos y el aguijón, y yo sería de poca utilidad.

—Esta noche necesito a alguien que me mantenga despierta, tanto si me ayuda con Sombra como si no. Pero habría tenido problemas para manejarla sola.

La descarga de adrenalina provocada por la lucha con la cobra desaparecía, y el agotamiento y el hambre de Serpiente regresaban, más fuertes que antes.

—Serpiente...

—¿Sí?

El joven sonrió rápidamente, turbado.

—Estaba probando la pronunciación.

—Bastante buena.

—¿Cuánto tardaste en atravesar el desierto?

—No mucho. Demasiado. Seis días. No creo que tomara el camino más apropiado.

—¿Cómo vivías?

—Hay agua. Viajábamos de noche y descansábamos durante el día en cualquier lugar que nos ofreciera sombra.

—¿Tú llevabas toda la comida?

Serpiente se encogió de hombros.

—Un poco. —Y deseó no haber hablado del tema.

—¿Qué hay al otro lado?

—Montañas. Ríos. Otra gente. La estación en la que crecí y recibí mi adiestramiento. Y luego otro desierto, y una montaña con una ciudad dentro.

—Me gustaría ver una ciudad algún día.

—Me han dicho que no dejan entrar en la ciudad a los forasteros, a la gente como tú y como yo. Pero hay muchas ciudades en las montañas, y el desierto puede atravesarse.

El joven no dijo nada, pero los recuerdos de Serpiente sobre su marcha del hogar era tan reciente que pudo imaginar lo que pensaba.

La siguiente serie de convulsiones llegó mucho antes de lo que Serpiente esperaba. Por su gravedad, supo cuál era el estado de la enfermedad de Stavin, y deseó que llegara la mañana. Si tenía que perder igualmente al niño, al menos todo habría terminado pronto, y sentiría pesar y trataría de olvidar. La cobra se habría golpeado hasta la muerte contra la arena si Serpiente y el muchacho no la hubieran estado sujetando. De repente, se quedó completamente rígida, con la boca cerrada firmemente y su lengua bífida colgando.

Dejó de respirar.

—Aguántala —dijo Serpiente—. Sostenle la cabeza. Rápido, cógela, y si se suelta, corre. ¡Cógela! No te atacará ahora, sólo pudo darte un coletazo por accidente.

El muchacho dudó sólo un instante, y luego agarró a Sombra por detrás de la cabeza. Serpiente corrió, resbalando en la arena, desde el borde del círculo de tiendas hasta un lugar donde aún crecían arbustos. Arrancó un grupo de ramas secas y espinosas que le arañaron las manos llenas ya de cicatrices. Advirtió que una masa de víboras cornudas, tan feas que parecían deformes, estaban anidadas cerca bajo el montón de vegetación reseca. Los animales le silbaron; Serpiente las ignoró. Encontró un tallo hueco y se lo llevó consigo. Sus manos sangraban a causa de los profundos arañazos.

Arrodillada junto a la cabeza de Sombra, obligó a la cobra a abrir la boca y le metió profundamente el tubo en la garganta, a través del conducto para el aire en la base de su

lengua. Se inclinó más, se llevó el tubo a los labios y sopló suavemente en los pulmones del ofidio.

Serpiente advirtió las manos del joven, que sostenían a la cobra como le había pedido; su respiración: al principio un brusco jadeo de sorpresa, después irregular; la arena que le raspaba los codos donde los apoyaba; el olor empalagoso del fluido que rezumaba de los colmillos de Sombra; su propio mareo, producto quizá del agotamiento, que consiguió apartar por necesidad y gracias a su fuerza de voluntad.

Serpiente sopló dos veces y se detuvo, repitió el acto hasta que Sombra recuperó el ritmo de su respiración y pudo continuar sin su ayuda.

Serpiente se sentó sobre sus talones.

—Creo que se pondrá bien —dijo—. Eso espero.

Se pasó el dorso de la mano por la frente. El contacto le hizo sentir chispazos de dolor. Bajó la mano bruscamente y la agonía se deslizó por sus huesos, por su brazo, corrió por su hombro, atravesó su pecho y envolvió su corazón. Perdió el equilibrio. Cayó, intentó sostenerse, pero se movió demasiado lentamente. Combatió las náuseas y el vértigo y casi lo consiguió, hasta que la atracción de la tierra pareció escapar y quedó perdida en la oscuridad sin ningún punto de apoyo donde descansar.

Notó la arena en los lugares donde le había arañado las mejillas y las palmas, pero era blanda.

—Serpiente, ¿puedo soltarla?

Pensó que la pregunta no iba dirigida a ella, pero al mismo tiempo sabía que no había nadie más para responderla, nadie más para atender a su nombre. Sintió unas manos encima, y notó que eran amables; quiso responder a ellas, pero estaba demasiado cansada. Necesitaba dormir más, así que las retiró. Las manos le sostuvieron la cabeza, le llevaron a los labios un pellejo seco y vertieron agua en su garganta. Tosió, se atragantó y la escupió.

Se recostó sobre un codo. Cuando su vista se aclaró, se dio cuenta de que estaba temblando. Se sentía igual que la primera vez que la mordió una serpiente, antes de que sus inmunidades se hubiesen desarrollado por completo. El joven estaba arrodillado a su lado, con el frasco de agua en la mano. Sombra, tras él, reptaba hacia la oscuridad. Serpiente olvidó el dolor.

—¡Sombra! —Golpeó el suelo con la mano.

El joven retrocedió y se volvió, asustado; el ofidio se echó hacia atrás y describió un balanceo sobre ellos, observando, enfadado, dispuesto a atacar con los músculos distendidos. Formaba una línea blanca y oscilante contra el fondo negro. Serpiente se obligó a ponerse en pie y se sintió como si manejara torpemente un cuerpo desconocido. Casi volvió a perder el equilibrio, pero se recuperó y miró a la cobra, cuyos ojos estaban ahora a su altura.

—Ahora no puedes ir de caza —dijo—. Tienes trabajo que hacer.

Extendió la mano derecha hacia un lado, a modo de señuelo, para atraer a Sombra si atacaba. La sentía cargada de dolor. Serpiente no temía la mordedura, sino la pérdida del contenido del veneno que ello implicaría.

—Ven aquí —ordenó—. Ven aquí y refrena tu hambre. Vio que la sangre le corría por entre los dedos, y el temor que sentía por Stavin se intensificó.

—¿Me has mordido, criatura?

Pero el dolor era distinto: el veneno la entumecería, y el nuevo suero sólo picaba...

—No —murmuró el joven tras ella.

Sombra atacó. Los reflejos de largo tiempo de entrenamiento actuaron. Serpiente apartó la mano derecha y cogió con la izquierda a la cobra cuando echaba hacia atrás la cabeza. Sombra se revolvió un instante y luego se relajó.

—Bestia sibilina, qué vergüenza —dijo Serpiente. Se volvió y dejó que Sombra reptara por su brazo, donde quedó como el contorno de una capa invisible y arrastró la cola como la caída de un traje.

—¿No me ha mordido?

—No —dijo el muchacho; en su voz había cierto tono de admiración—. Deberías estar muriéndote, retorcida por la agonía, con el brazo hinchado y de color púrpura. Cuando volviste... —señaló la mano de la mujer—. Tiene que haber sido una víbora de la arena.

Serpiente recordó el amasijo de reptiles bajo los arbustos, y tocó la sangre de su mano. La enjugó, revelando el doble pinchazo de una mordedura entre los arañazos provocados por las espinas. La herida estaba ligeramente hinchada.

—Tengo que limpiarla —dijo—. Me avergüenzo de haber caído en esa trampa.

El dolor de la herida se disolvió en suaves oleadas brazo arriba, y dejó de arder. Serpiente observó al muchacho y después miró a su alrededor, sintiendo cómo cambiaba el paisaje a medida que sus ojos cansados trataban de ajustarse a la escasa luz de la luna que se ponía y el falso amanecer.

—Has sostenido bien a Sombra, muy valientemente —le dijo al muchacho—. Te doy las gracias.

Él bajó la mirada, casi inclinándose ante la mujer. Se levantó y se acercó a ella. Serpiente puso la mano sobre el cuello de Sombra para que no se alarmara.

—Me sentiría honrado si me llamas Arevin —dijo el muchacho.

—Me complacerá hacerlo.

Serpiente se arrodilló y sostuvo las sinuosas anillas blancas mientras Sombra se arrastraba lentamente hacia su compartimento. Poco después, cuando Sombra se hubiera estabilizado, al amanecer, podrían ir con Stavin.

La punta de la blanca cola del animal se deslizó fuera de la vista. Serpiente cerró el zurrón y trató de levantarse, pero no pudo. Todavía no se había repuesto de los efectos del nuevo veneno. La carne en torno a la herida estaba roja y tierna, pero la hemorragia no se extendería. Serpiente se quedó donde estaba, agachada, mirándose la mano. Arrastró lentamente su mente a lo que necesitaba hacer, esta vez para sí misma.

—Déjame ayudarte, por favor —el joven la tocó en el hombro y la ayudó a levantarse.

—Lo siento —se disculpó Serpiente—. Necesito tanto descanso...

—Déjame que te lave la herida —dijo Arevin—. Luego podrás dormir. Dime cuándo quieres que te despierte...

—No puedo dormir todavía —se recobró. Se puso en pie y apartó los húmedos rizos de su corto pelo—. Ahora me encuentro bien. ¿Tienes un poco de agua?

Arevin aflojó sus ropas externas. Debajo llevaba un taparrabos y un cinto de cuero con varios frascos y bolsas de cuero. Su cuerpo era delgado y bien formado, sus piernas largas y musculosas. El color de su piel era ligeramente más claro que el bronceado de su cara. Sacó un frasco de agua y trató de coger la mano de Serpiente.

—No, Arevin. Si el veneno entrara en cualquier rasguño que tuvieras, podría infectarte.

Serpiente se sentó y vertió sobre su mano el agua tibia. El agua goteó rosada hasta el suelo y desapareció, sin dejar siquiera una mancha de humedad visible. La herida sangró un poco más, pero ahora sólo dolía. El veneno estaba casi neutralizado.

—No comprendo cómo permaneces ilesa —dijo Arevin—. Una víbora de la arena mordió a mi hermana pequeña —no consiguió hablar tan despreocupadamente como hubiera querido—. No pudimos hacer nada para salvarla... Ni siquiera pudimos aliviar su dolor.

Serpiente le devolvió el frasco y frotó sobre las heridas que ya cerraban un ungüento que llevaba en la bolsa del cinto.

—Es parte de nuestra preparación —explicó—. Trabajamos con muchas especies de serpientes, porque debemos ser inmunes a tantas como sea posible —se encogió de hombros—. El proceso es tedioso y un poco doloroso —apretó el puño; la película de

protección resistió, y se sintió más confortada. Se inclinó hacia Arevin y tocó otra vez la mejilla magullada—. Sí... —extendió una delgada capa de ungüento sobre la herida—. Esto te ayudará a que sane...

—Si no puedes dormir —dijo Arevin—, ¿no puedes al menos descansar?

—Sí —respondió ella—. Un ratito.

Serpiente se sentó al lado de Arevin y se apoyó en él. Juntos contemplaron cómo el sol convertía a las nubes en oro, fuego y ámbar. El simple contacto físico con otro ser humano resultó placentero a Serpiente, aunque le pareció insatisfactorio. En otro momento, en otro lugar, podría hacer algo más, pero no aquí, no ahora.

Cuando el borde inferior del brillante disco del sol ascendió por encima del horizonte, Serpiente se levantó y azuzó a Sombra para que saliera del zurrón. El animal salió despacio, casi con debilidad, y reptó por encima de los hombros de la mujer. Ésta cogió el zurrón y regresó junto con Arevin al grupito de tiendas.

Los padres de Stavin la esperaban a la puerta de su tienda. Permanecían juntos en un grupo apretado, a la defensiva, silenciosos. Por un momento, Serpiente pensó que habían decidido rechazarla. Luego, sintiendo la pena y el miedo como hierro candente en su boca, preguntó si Stavin había muerto. Ellos negaron con la cabeza y la dejaron entrar.

Stavin se encontraba como lo había dejado, todavía dormido. Los adultos siguieron a Serpiente con la mirada. Sombra sacó la lengua, nerviosa ante el olor del miedo.

—Sé que os gustaría quedaros —dijo Serpiente—. Sé que ayudaríais si pudierais; pero nadie puede hacer nada más que yo. Por favor, volved fuera.

Se miraron unos a otros, y después a Arevin. Por un instante, Serpiente pensó que iban a negarse. Deseaba dejarse caer en el silencio y el sueño.

—Vamos, primos —dijo Arevin—. Estamos en sus manos. Abrió la puerta y les dirigió un gesto para que salieran.

Serpiente le dio las gracias con la mirada, y Arevin casi sonrió. Luego, se volvió hacia Stavin y se arrodilló junto a él.

—Stavin...

Tocó la frente del niño; estaba muy caliente. Notó que tenía la mano más flácida que antes. El ligero contacto lo despertó.

—Es la hora —dijo Serpiente.

Stavin parpadeó al emerger de su sueño infantil, vio a Serpiente y la reconoció muy despacio. No parecía asustado. Serpiente se alegró de ello; por alguna razón que no podía identificar, se sentía intranquila.

—¿Dolerá?

—¿Te duele ahora?. El niño vaciló, apartó la mirada y volvió a mirarla de nuevo.

—Sí.

—Podría doler un poco más. Espero que no. ¿Estás preparado?

—¿Puede quedarse Silencio?

—Claro —dijo ella. Y entonces se dio cuenta de lo que faltaba—. Volveré dentro de un momento.

Su voz sonó tan densa que el chiquillo se asustó. Salió de la tienda a paso lento, con calma, conteniendo su temor. Fuera, los padres confesaron con su aspecto que lo que temía era cierto.

—¿Dónde está Silencio?

Arevin, de espaldas a ella, se sorprendió por el tono de su voz. El hombre del cabello rubio emitió un quejido de pesar, y no pudo mantener su mirada.

—Tuvimos miedo —dijo el padre de más edad—. Pensamos que mordería al niño.

—Lo pensé yo. Yo fui... Se arrastraba por su cara. Pude verle los colmillos... —La esposa le colocó una mano en el hombro y no dijo más.

—¿Dónde está? —Serpiente quiso gritar, pero no lo hizo. Trajeron una cajita abierta. Serpiente la cogió y miró en su interior.

Silencio yacía casi partida en dos, con las entrañas fuera del cuerpo, medio torcida. Mientras Serpiente la miraba, temblorosa, se agitó una vez, sacó la lengua y la guardó. Serpiente emitió un gemido con la garganta, demasiado bajo para convertirlo en grito. Esperaba que los movimientos del animal fueran sólo un reflejo, pero lo recogió con todo el cuidado posible. Se inclinó y tocó con los labios las suaves escamas verdes de la parte posterior de su cabeza. Mordió al animal rápida, bruscamente, en la base del cráneo. La sangre del ofidio manó fría y salada en su boca. Si no estaba muerto ya, Serpiente lo había matado instantáneamente.

Miró a los tres padres y a Arevin; todos estaban pálidos, pero Serpiente no sentía ninguna compasión por su temor, no le importaba nada la pena compartida.

—Una criatura tan pequeña... —dijo—. Una criatura tan pequeña que sólo podía proporcionar placer y sueños. —Los observó un instante más, y se volvió de nuevo hacia la tienda.

—Espera...

Oyó que el padre se le acercaba por detrás. Le tocó el hombro, pero Serpiente se sacudió para quitarse la mano de encima.

—Te daremos lo que quieras, pero deja en paz al niño. Serpiente se giró hacia él, llena de furia.

—¿Crees que voy a matar a Stavín por vuestra estupidez?

El hombre pareció a punto de sujetarla. Serpiente le hundió el hombro en el estómago y se precipitó al otro lado de la puerta de la tienda. Una vez dentro, dio una patada al zurrón. Despertada bruscamente, Susurro se arrastró fuera y se enroscó furiosamente. Cuando alguien trató de entrar, Susurro siseó y agitó el cascabel con una violencia que Serpiente nunca le había visto usar antes. Ni siquiera se preocupó de mirar a su espalda. Ladeó la cabeza y se enjugó las lágrimas con la manga antes de que Stavín pudiera verlas. Se arrodilló junto al chiquillo.

—¿Qué pasa? —Stavín no pudo evitar oír las voces y el tumulto en el exterior de la tienda.

—Nada, Stavín. ¿Sabías que llegamos cruzando el desierto?

—No —respondió él, maravillado.

—Hacia mucho calor, y ninguna de nosotras tenía nada para comer. Silencio está cazando ahora. Tenía mucha hambre. ¿Quieres perdonarla y dejarme empezar? Estaré aquí todo el rato.

Stavín parecía muy cansado; estaba decepcionado, pero no tenía fuerzas para discutir.

—De acuerdo. —Su voz fue como el rumor de la arena que se resbala por entre los dedos.

Serpiente levantó a Sombra de sus hombros y apartó la manta del cuerpecito del niño. El tumor presionaba bajo la caja torácica y distorsionaba su forma, apretaba sus órganos vitales, sorbía los alimentos para su propio crecimiento, le envenenaba con sus desechos. Serpiente sostuvo la cabeza de Sombra y dejó que el animal se deslizara por encima del niño, tocándolo y probándolo. Tuvo que sujetar a la cobra para evitar que atacara. Cuando Susurro agitaba su cascabel, las vibraciones hacían que retrocediese. Serpiente la acarició para tranquilizarla; el entrenamiento y las respuestas inculcadas empezaron a regresar y superaron los instintos naturales. Sombra se detuvo cuando su lengua tocó ligeramente la piel por encima del tumor, y Serpiente la soltó.

Sombra se echó hacia atrás y atacó. Mordió como lo hacen las cobras, hundió una vez sus cortos colmillos y soltó la presa, mordió de nuevo al instante para mantener la presa, sostenerla y masticar mejor. Stavín gritó, pero apenas se movió en las manos de Serpiente, que le sujetaban.

Sombra gastó el contenido de sus bolsas de veneno en el niño, y lo soltó. Se echó hacia atrás, miró a su alrededor, redujo su erección y se deslizó en perfecta línea recta por el suelo hacia su oscuro compartimento.

—Se acabó, Stavin.

—¿Voy a morirme ahora?

—No. Ahora no. No por muchos años, espero —sacó un frasco de polvos de la bolsa de su cinto—. Abre la boca.

El niño obedeció, y Serpiente esparció los polvos por su lengua.

—Esto te ayudará a soportar el dolor.

Serpiente extendió un paño por la serie de pinchazos poco profundos sin enjugar la sangre. Se dio la vuelta.

—¿Serpiente? ¿Vas a marcharte?

—No me iré sin despedirme de ti. Lo prometo.

El niño se recostó, cerró los ojos, y dejó que la droga surtiera efecto.

Susurro permanecía enroscada silenciosamente en la oscura esterilla. Serpiente palmeó el suelo para llamarla. El animal se acercó hacia ella y aceptó que volviera a meterla en el zurrón. Serpiente cerró la bolsa y la alzó: todavía parecía vacía. Oyó ruidos en el exterior. Los padres de Stavin y la gente que había venido a ayudarles abrieron la puerta de un tirón y se asomaron empujando hacia adentro sus palos incluso antes de mirar.

Serpiente dejó en el suelo la bolsa de cuero.

—Se acabó.

Entraron. Arevin también venía con ellos, pero llevaba las manos vacías.

—Serpiente... —hablaba con pena, pesar y confusión. Serpiente no supo qué pensaba de todo aquello. Arevin se volvió, la madre de Stavin se encontraba tras él. La cogió por el hombro—. Habría muerto sin ella. Pase lo que pase ahora, habría muerto.

La mujer le apartó la mano.

—Podría haber sobrevivido. La enfermedad podría haber desaparecido. Nosotros...

No pudo seguir hablando por las lágrimas que escondía.

Serpiente notó que la gente se movía y la rodeaba. Arevin dio un paso hacia ella y se detuvo, y Serpiente pudo ver que quería que se defendiera.

—¿Alguno de vosotros puede llorar? —dijo—. ¿Podéis llorar por mí y mi desesperación, o por ellos y su culpa, o por las cosas pequeñas y su dolor? —notó que las lágrimas le corrían por las mejillas.

No la comprendieron; sus gritos los ofendían. Retrocedieron, aún temerosos de su presencia, pero se recuperaron. Serpiente ya no necesitaba la pose de tranquilidad que había usado para engañar al niño.

—Ah, insensatos —su voz sonó débil—. Stavin... La luz de la entrada los golpeó.

—Dejadme pasar.

Todos se hicieron a un lado para dejar paso a la líder. La mujer se detuvo ante Serpiente, sin prestar atención al zurrón que tenía a los pies.

—¿Vivirá Stavin? —su voz era suave, tranquila y amable.

—No puedo asegurarlo, pero creo que sí.

—Dejadnos.

La gente comprendió las palabras de Serpiente antes de comprender las de su líder; miraron a su alrededor y bajaron las armas. Finalmente, uno a uno salieron de la tienda. Arevin se quedó con Serpiente. La fuerza que había mostrado ante el peligro la abandonó, y sintió que las rodillas se le doblaban. Se inclinó sobre el zurrón con la cara entre las manos. La líder se arrodilló delante de ella, antes de que Serpiente pudiera darse cuenta o impedirlo.

—Gracias —dijo la mujer—. Gracias. Lo siento tanto... Abrazó a Serpiente y la atrajo hacia sí. Arevin se arrodilló junto a ellas, y abrazó también a Serpiente, que empezaba a temblar de nuevo. La sostuvieron mientras lloraba.

Más tarde, Serpiente durmió agotada, a solas en la tienda con Stavin, quien le sostenía la mano. Los habitantes del campamento habían capturado animales para Susurro y Sombra. Le habían dado a Serpiente comida y suministros, incluso agua suficiente para bañarse, aunque con aquello debían de haber agotado sus recursos.

Cuando despertó, vio que Arevin dormía a su lado, con las ropas abiertas por efectos del calor y una capa de sudor en el pecho y en el abdomen. La severidad de su expresión desaparecía mientras dormía; su aspecto era agotado y vulnerable. Serpiente estuvo a punto de despertarlo, pero se detuvo, sacudió la cabeza y se volvió hacia Stavin.

Palpó el tumor y descubrió que se había empezado a disolver y encoger, a morir, mientras el veneno alterado de Sombra lo afectaba. A pesar de su pena, Serpiente sintió un atisbo de alegría.

—No quisiera volver a mentirte, pequeño —susurró—, pero tengo que marcharme pronto. No puedo quedarme aquí.

Deseaba dormir otros tres días para acabar de vencer los efectos del veneno de la víbora de la arena, pero ya lo haría en cualquier otro sitio.

—¿Stavin?

El niño se despertó lentamente.

—Ya no duele —dijo.

—Me alegro.

—Gracias...

—Adiós, Stavin. ¿Recordarás después, cuando te despiertes, que me quedé para despedirme de ti?

—Adiós —dijo, hundiéndose de nuevo en el sueño—. Adiós, Serpiente. Adiós, Silencio.

Cerró los ojos.

Serpiente recogió el zurrón y miró a Arevin. El muchacho no se movió. Agradecida y apesadumbrada a la vez, salió de la tienda.

El crepúsculo se acercaba con sus sombras largas y uniformes; el campamento estaba caluroso y tranquilo. El pony de Serpiente, que era rayado como un tigre, estaba atado y tenía agua y comida. Nuevos pellejos llenos de agua sobresalían del suelo junto a la silla, y había ropas del desierto junto a la perilla, aunque Serpiente había rehusado ningún tipo de pago. El pony atigrado relinchó. Serpiente le rascó las orejas, lo ensilló y ató sus pertenencias a la grupa. Lo cogió por las riendas y se dirigió hacia el este, al camino por donde había venido.

—Serpiente...

Tomo aliento y se volvió hacia Arevin. El muchacho estaba de espaldas al sol y éste aureolaba su figura de escarlata. Tenía el cabello pajizo suelto hasta los hombros, suavizando los contornos de su cara.

—¿Tienes que marcharte?

—Sí.

—Esperaba que no te fueras antes de... Esperaba que te quedaras una temporada... Hay otros clanes y otras personas a las que podrías ayudar...

—Si las cosas fueran diferentes, tal vez hubiera podido quedarme.

—Estaban asustados...

—Les dije que Silencio no podía hacerles daño, pero vieron sus colmillos y no comprendieron que sólo podía proporcionar sueños y calmar la muerte.

—Pero ¿no puedes perdonarlos?

—No puedo enfrentarme a su culpa. Lo que hicieron fue culpa mía, Arevin. No los comprendí hasta que fue demasiado tarde.

—Tú misma dijiste que no puedes comprender todas las costumbres y todos los miedos.

—Estoy lisiada —dijo—. Sin Silencio, si no puedo curara una persona, no sirvo para nada. No tenemos muchas serpientes del sueño. Tengo que volver a casa y comunicar a mis maestros que he perdido una, y esperar que perdonen mi estupidez. Rara vez conceden el nombre que llevo, pero me lo dieron a mí; sufrirán una gran decepción.

—Déjame ir contigo.

Ella también lo deseaba; dudó y se maldijo por esa debilidad.

—Puede que cojan a Sombra y Susurro y me expulsen, y a ti te expulsarían también. Quédate aquí, Arevin.

—Eso no tendría importancia.

—Sí la tendría. Al cabo de un tiempo nos odiaríamos mutuamente. No te conozco, y tú no me conoces a mí. Necesitamos tranquilidad, y silencio, y tiempo para comprendernos bien.

Arevin se acercó a ella, y la abrazó durante un momento. Cuando alzó la cabeza, había lágrimas en sus mejillas.

—Por favor, regresa —dijo—. Pase lo que pase, por favor, regresa.

—Lo intentaré —dijo Serpiente— La próxima primavera, cuando los vientos cesen, búscame; pero si no he vuelto a la primavera siguiente, olvídame. Esté donde esté, si yo vivo, te olvidaré.

—Te buscaré —dijo Arevin, y no quiso prometer más. Serpiente cogió las riendas de su pony e inició la travesía del desierto.

2

Sombra se alzó formando una línea blanca contra la oscuridad. La cobra siseó, ondulando, y Susurro la acompañó con su crotaleo de aviso. Entonces Serpiente oyó los cascos del caballo, ahogados por el desierto, y los sintió a través de sus palmas. Tanteando el terreno, hizo una mueca de dolor y contuvo la respiración. La mano que había recibido el doble pinchazo producido por la mordedura de la víbora estaba negrizul de los nudillos a la muñeca. Sólo los bordes de la herida habían desaparecido. Escondió la mano derecha herida en su regazo y golpeó dos veces el suelo con la izquierda. El crotaleo de Susurro perdió su frenética intensidad y la cascabel se arrastró hacia ella desde su cálido refugio de negra piedra volcánica. Serpiente golpeó otras dos veces el suelo. Sombra, al sentir las vibraciones, tranquilizada por la familiaridad de la señal, bajó lentamente el cuerpo y relajó su erección.

Los cascos del caballo se detuvieron. Serpiente oyó voces en el campamento que estaba situado al borde del oasis, un grupo de tiendas negras oscurecidas por un macizo de roca. Susurro se enroscó alrededor de su brazo y Sombra hizo lo mismo en torno a sus hombros. Silencio tendría que haberse enroscado en su muñeca o en torno a su garganta como un collar de esmeraldas, pero Silencio ya no estaba. Silencio había muerto.

El jinete urgió al caballo hacia ella. La débil luz de las linternas bioluminiscentes y la luna cubierta de nubes iluminaron las gotas de humedad a medida que el caballo bayo salpicaba su camino al cruzar el agua poco profunda del oasis.

Respiraba con las aletas de la nariz distendidas. Las riendas habían provocado que se le formara espuma en torno al cuello. La luz del fuego brillaba escarlata contra la brida dorada e iluminó la cara del jinete.

—¿Curadora? Ella se levantó.

—Mi nombre es Serpiente. —Tal vez no tenía ya derecho a seguir llamándose así, pero no quería volver a utilizar su nombre de niña.

—Soy Merideth. —La aparición se bajó del caballo y se acercó, pero se detuvo cuando Sombra alzó la cabeza.

—No te hará daño —dijo Serpiente. Merideth se acercó.

—Uno de mis compañeros está herido. ¿Vendrás conmigo? Serpiente tuvo que esforzarse para no demostrar vacilación.

—Sí, por supuesto.

Casi sentía pánico de que le pidieran que ayudara a alguien que estuviera muriendo y no pudiera hacer nada por el enfermo. Se arrodilló y metió a Sombra y Susurro en la bolsa de cuero. Las serpientes se rebulleron contra sus manos, y sus frías escamas formaron intrincadas figuras en sus dedos.

—Mi pony está cojo. Tendré que pedir prestado un caballo...

Ardilla, su pony atigrado, estaba en el campamento donde Merideth se había detenido un momento antes. Serpiente no tenía que preocuparse por él, pues Grum, la jefa de la caravana, lo cuidaría; sus nietas le alimentaban y le cepillaban con todo cuidado. Grum se encargaría de que un herrero atendiera a Ardilla mientras Serpiente no estuviera allí, y también podría prestarle un caballo.

—No hay tiempo —dijo Merideth—. Esos jamelgos del desierto no son buenos velocistas. Mi yegua nos llevará.

La yegua de Merideth respiraba con normalidad a pesar del sudor que se secaba sobre su grupa. Tenía la cabeza erecta, las orejas de punta, el cuello arqueado. Era, en efecto, un animal impresionante, de mejor raza que los ponis de las caravanas, mucho más alto que Ardilla. A pesar de que las ropas del jinete eran sencillas, el equipo del caballo aparecía ricamente ornamentado.

Serpiente cerró el zurrón de cuero y se puso la túnica nueva y el turbante que le había dado el pueblo de Arevin. Al menos les estaba agradecida por los vestidos, pues el material, fuerte y delicado, suponía una protección excelente contra el calor, la arena y el polvo.

Merideth montó, liberó el estribo y le tendió la mano a Serpiente. Pero, cuando Serpiente se aproximó, el caballo hinchó la nariz y retrocedió ante el olor almizcleño de los reptiles. Bajo las amables manos de Merideth se quedó quieta, pero no se calmó. Serpiente se encaramó tras la silla. Los músculos de la yegua se hincharon y salió disparada al galope, atravesando el agua. El chorro mojó la cara de Serpiente, que apretó las piernas contra los húmedos flancos del animal. El caballo llegó a la orilla y pasó entre los delicados árboles de verano, sombras y frondas, hasta que de repente el desierto se abrió en el horizonte.

Serpiente sostenía el zurrón en la mano izquierda, pues no tenía suficiente fuerza en la derecha. Más allá de las hogueras y los reflejos del agua, apenas podía ver nada. La arena negra engullía la luz y la liberaba en forma de calor. La yegua siguió galopando. Las intrincadas decoraciones de su brida tintineaban débilmente por encima del sonido que producían sus cascos contra la arena; su sudor empapaba los pantalones de Serpiente, que lo sentía caliente y pegajoso contra las rodillas y los muslos. Fuera del oasis y de la protección de sus árboles, Serpiente sintió la picazón de la arena que el viento arrastraba. Se soltó de la cintura de Merideth el tiempo suficiente para taparse la boca y la nariz con un extremo del turbante.

Pronto, la arena se convirtió en una vertiente de piedras. La yegua pisoteó roca sólida. Merideth hizo que refrenara el paso.

—Correr es demasiado peligroso. Caeríamos en una grieta antes de poder verla —la voz de Merideth sonaba tensa por la urgencia.

Se movieron rodeando grandes grietas y fisuras donde la roca fundida había fluido y luego se había separado y enfriado para convertirse en basalto. La superficie árida y ondulada estaba salpicada de granos de arena. Los herrajes de la yegua resonaban

contra ellos como si estuvieran huecos. Cuando tenía que saltar una sima, la piedra reverberaba.

Más de una vez, Serpiente se sintió tentada a preguntar qué había sucedido con el acompañante de Merideth, pero permaneció en silencio. La llanura de piedra prohibía la conversación, prohibía concentrarse en otra cosa que no fuera atravesarla. Y Serpiente tenía miedo de preguntar, miedo de saber.

El zurrón golpeaba su pierna, meciéndose al compás del paso de la yegua. Serpiente podía sentir a Susurro revolviéndose en el interior de su compartimento; esperaba que no crotaleara y volviera a asustar al caballo.

El río de lava no aparecía en el mapa de Serpiente, que terminaba al sur, en el oasis. Las rutas de caravanas los evitaban, pues eran tan peligrosos para las personas como para los animales. Serpiente se preguntó si alcanzarían su destino antes del amanecer. Aquí, en las rocas negras, el calor aumentaría rápidamente.

Finalmente, el paso de la yegua empezó a reducirse, a pesar de los constantes acicates de Merideth.

El suave balanceo había hecho que Serpiente se quedara amodorrada. Cuando la yegua resbaló dio un respingo y se despertó. El animal forzó sus caderas bajo ella y pateó con sus cascos, lanzando a los jinetes hacia atrás y hacia adelante, mientras bajaban la larga pendiente de lava. Serpiente agarró su bolsa y a Merideth, y apretó las rodillas en torno al caballo.

La piedra desgajada al pie de la colina se volvía más fina, y no les permitía seguir avanzando. Serpiente sintió las piernas de Merideth tensas contra la yegua, forzando al exhausto animal a seguir su pesado trote. Se encontraban en un cañón estrecho y profundo cuyas altas paredes estaban formadas por dos lenguas separadas de lava.

Había manchas de luz difusa contra el ébano y, por un momento, debido a la somnolencia, Serpiente pensó en luciérnagas. Entonces un caballo relincho a lo lejos y varias luces aparecieron a la vista: las linternas del campamento. Merideth se inclinó hacia adelante y susurró al caballo palabras de aliento. La yegua se esforzó, tropezó una vez en la arena y Serpiente chocó bruscamente con la espalda de Merideth.

Sobresaltada, Susurro hizo sonar sus crótalos. El espacio hueco que la rodeaba amplificó el sonido. La yegua dio un respingo de terror. Merideth la dejó correr y, cuando finalmente refrenó el paso con el cuello cubierto de espuma y sangre en su hocico, la obligó a continuar.

El campamento, como un espejismo, pareció retroceder. Serpiente sentía dolor cada vez que respiraba, como si fuera la yegua. El caballo avanzó penosamente a través de la profunda arena como un nadador exhausto, jadeando con cada esfuerzo.

Llegaron a la tienda. La yegua se tambaleó y se detuvo, con las piernas abiertas, la cabeza gacha. Serpiente se bajó de ella, empapada de sudor, y notó que sus propias rodillas le temblaban. Merideth desmontó y la condujo a la tienda. Las telas de la puerta estaban descorridas, y las linternas de su interior la iluminaban con un pálido resplandor rojo.

La luz del interior parecía muy brillante. La compañera herida de Merideth yacía cerca de la pared, con la cara arrebolada y cubierta de sudor, el largo pelo rojo y rizado suelto y enmarañado. La fina tela que la cubría estaba mojada con parches oscuros que eran de sangre, no de sudor. Su otro compañero, que estaba sentado en el suelo junto a ella, alzó la cabeza, aturdido. Su cara fea y agradable estaba surcada de arrugas, y fruncía el ceño sobre sus pequeños ojos oscuros. Tenía el pelo castaño aplastado y rizado.

Merideth se arrodilló junto a él.

—¿Cómo está?

—Se ha quedado dormida por fin. Sigue igual, pero al menos no le duele...

Merideth cogió la mano del joven y se arrodilló para besar ligeramente a la mujer dormida. Ésta no se movió. Serpiente soltó el zurrón de cuero y se acercó; Merideth y el joven se miraron mutuamente con expresión neutra al darse cuenta de que el cansancio podía con ellos. El joven, de repente, se apoyó en Merideth y los dos se abrazaron en silencio durante largo rato.

Merideth se enderezó y se apartó de mala gana.

—Curadora, estos son mis compañeros, Alex —hizo un gesto con la cabeza hacia el joven—, y Jesse.

Serpiente cogió la muñeca de la mujer dormida. Su pulso era leve, ligeramente irregular. Tenía un profundo arañazo en la frente, pero sus pupilas no estaban dilatadas, así que tal vez había tenido suerte y sólo sufría una ligera contusión. Las magulladuras eran las propias de una mala caída: en el hombro, en las palmas de la mano, la cadera y las rodillas.

—Dijiste que se quedó dormida... ¿ha estado completamente consciente desde que se cayó?

—Estaba desmayada cuando la encontramos, pero se recuperó.

Serpiente asintió. Jesse tenía un profundo arañazo en el costado y una venda en el muslo. Serpiente retiró la ropa con toda la suavidad que pudo, pero ésta quedó enganchada en la sangre seca.

Jesse no se movió cuando Serpiente tocó la larga herida de su pierna, ni siquiera como uno se mueve en el sueño para evitar el dolor. No se despertó. Serpiente la golpeó en el pie, sin resultado: los reflejos habían desaparecido.

—Se cayó del caballo —dijo Alex.

—Ella nunca se cae —replicó Merideth—. El potro la tiró.

Serpiente buscó el valor que la había abandonado lentamente desde la muerte de Silencio, pero no lo encontró. Sabía cómo había sido herida Jesse; todo lo que tenía que averiguar era hasta qué punto. Pero no dijo nada. Apoyando un brazo en la rodilla, con la cabeza baja, Serpiente palpó la frente de Jesse. La mujer estaba cubierta de sudor frío, aún sufría el shock.

Si tiene heridas internas, pensó Serpiente, si está muriendo...

Jesse giró la cabeza, gimiendo suavemente en sueños.

Necesita toda la ayuda que puedas darle, pensó Serpiente furiosa. Y cuanto más te hundas en tu autocompasión, más daño podrás hacerle.

Se sentía como si dos personas completamente diferentes, estuvieran sosteniendo un diálogo en su mente, pero ninguna de esas personas era ella misma. Contempló y esperó, y se sintió vagamente agradecida cuando la parte de sí atada al deber ganó la discusión a la que tanto temía.

—Necesito ayuda para darle la vuelta —dijo. Merideth cogió a Jesse por los hombros, y Alex lo hizo por las caderas. La levantaron y la colocaron de lado, siguiendo las instrucciones de Serpiente para no doblarle la columna vertebral. Un arañón negro corría por la espalda de la mujer herida, y se esparcía en dos direcciones. Donde el color era más oscuro, el hueso estaba roto.

La fuerza de la caída había segado la parte más débil de la columna vertebral. Serpiente pudo sentir los trozos de huesos rotos que se habían introducido en los músculos.

—Soltadla —dijo Serpiente, con profunda pena. La obedecieron y aguardaron en silencio, observándola. Serpiente se sentó sobre sus talones.

Si Jesse muere, pensó, no sentirá mucho dolor. Aunque muera o viva, Silencio no podría haberla ayudado.

—¿Curadora...?

Era Alex. Apenas tendría veinte años. Era demasiado joven para sentir la carga de la pena, incluso en esta tierra árida. Merideth parecía no tener edad. Su piel era oscura, sus

ojos oscuros, jóvenes y viejos al mismo tiempo, comprensivos y amargos. Tras mirar a uno y a otro, Serpiente se dirigió a Merideth.

—Tiene la columna rota.

Merideth se sentó, los hombros hundidos.

—¡Pero está viva! —gimió Alex—. Si está viva, ¿cómo...?

—¿Hay alguna posibilidad de que estés equivocada? —preguntó Merideth—. ¿Puedes hacer algo?

—Ojalá pudiera. Merideth, Alex, tiene suerte de estar viva. No hay posibilidad de que los nervios no hayan sido cortados. El hueso no solamente está roto: está aplastado y retorcido. Ojalá pudiera decir algo más, que tal vez los huesos podrían sanar, que tal vez los nervios estén enteros, pero entonces os mentiría.

—Está lisiada.

—Sí —dijo Serpiente.

—¡No! —Alex la agarró del brazo—. Jesse no... Yo no...

—Silencio, Alex —susurró Merideth.

—Lo siento —dijo Serpiente—. Podría habérselo ocultado, pero no por mucho tiempo.

Merideth apartó un rizo de pelo rojo de la frente de Jesse.

—No, es mejor saberlo todo de una vez... para aprender a vivir con ello.

—Jesse no nos agradecerá esta clase de vida.

—¡Cállate, Alex! ¿Habrías preferido que la caída la hubiera matado?

—¡No! —contestó el muchacho en voz baja, mirando el suelo de la tienda—. Pero ella sí. Y tú lo sabes.

Merideth miró a Jesse y al principio no dijo nada.

—Tienes razón. —Serpiente pudo ver la mano derecha de Merideth, crispada, temblando—. Alex, ¿quieres atender mi yegua? Abusamos de su fuerza.

Alex vaciló. Serpiente notó que no era debido a la aversión.

—De acuerdo, Merry.

Los dejó solos. Serpiente esperó. Oyeron las pisadas de Alex en la arena, y luego las del caballo.

Jesse se movió en su sueño, suspirando. Merideth retrocedió ante el sonido, inspiró profundamente, trató de retener los sollozos y fracasó. Las lágrimas brillaron a la luz de la lámpara moviéndose como diamantes líquidos. Serpiente se acercó y cogió la mano de Merideth, ofreciéndole su consuelo hasta que el puño cerrado se relajó.

—No quería que Alex viera...

—Lo sé —dijo Serpiente. Y también lo sabe Alex, pensó. Esta gente se protege muy bien mutuamente—. Merideth, ¿puede Jesse soportar oír esto? Odio guardar secretos, pero...

—Es fuerte. Aunque lo ocultáramos, lo sabría.

—De acuerdo. Tengo que despertarla. No debería dormir más de unas pocas horas seguidas con esa herida en la cabeza. Y hay que darle la vuelta cada dos horas, o se le ulcerará la piel.

—La despertaré.

Merideth se inclinó sobre Jesse y la besó en los labios, le agarró la mano, susurró su nombre. La mujer tardó tiempo en despertar. Murmuró y apartó la mano de Merideth.

—¿No podemos dejarla dormir un poco más?

—Es mejor despertarla un rato.

Jesse gimió, maldijo en voz baja y abrió los ojos. Por un momento se quedó mirando el techo de la tienda, luego dobló la cabeza y vio a Merideth.

—Merry... me alegra que hayas regresado —sus ojos eran de un marrón muy oscuro, casi negros, en contraposición con su pelo rojo y su alta complexión—. El pobre Alex...

—Lo sé.

Jesse vio a Serpiente.

—¿Una curadora?

—Sí.

Jesse la observó con tranquilidad, y su voz sonó firme.

—¿Tengo la espalda rota?

Merideth se sobresaltó. Serpiente vaciló, pero no pudo evadir la pregunta. Asintió de mala gana.

Jesse se relajó de inmediato, dejó que la cabeza cayera hacia atrás, y miró al techo.

Merideth se arrodilló, abrazándola.

—Jesse, Jesse, amor, es... —Pero no había más palabras, y Merideth se apoyó en silencio contra el hombro de Jesse para cogerla con fuerza.

Jesse miró a Serpiente.

—Estoy paralizada. No me curaré.

—Lo siento —dijo Serpiente—. No, no veo ninguna posibilidad.

La expresión de Jesse no cambió; si había esperado algún signo de confianza, no reveló decepción.

—Me di cuenta de que era grave cuando caímos —dijo—. Oí cómo chasqueaba el hueso —levantó amablemente la cabeza de Merideth—. ¿Y el potro?

—Estaba muerto cuando te encontramos. Se rompió el cuello.

La voz de Jesse mostró alivio, pena, miedo.

—Fue rápido —dijo—. Para él.

El olor acre de la orina se esparció por la tienda. Jesse la olió y se puso escarlata de vergüenza.

—¡No puedo vivir así! —gimió.

—No te preocupes, no importa —dijo Merideth, y fue acoger un trapo.

Mientras Merideth y Serpiente la limpiaban, Jesse apartó la mirada y no habló. Alex regresó cabizbajo.

—La yegua está bien —dijo, pero su mente no estaba en el animal. Miró a Jesse, quien aún yacía con la cabeza vuelta hacia la pared y se tapaba los ojos con un brazo.

—Jesse sabe escoger bien los caballos —dijo Merideth, con pretendida alegría. La tensión era frágil como el cristal. Ambos miraron a Jesse, pero ésta no se movió.

—Dejadla dormir —dijo Serpiente, sin saber si Jesse estaba dormida o no—. Tendrá hambre cuando se despierte. Espero que tengáis algo que pueda comer.

Su petrificada atención se rompió en una actividad aliviada aunque un poco frenética. Merideth rebuscó en sacos y alforjas y sacó carne reseca, fruta y una botella de cuero.

—Es vino. ¿Puede tomarlo?

—No tiene ninguna contusión seria —dijo Serpiente—. El vino le sentará bien —puede que incluso le ayude, pensó, a menos que el alcohol la haga sentirse taciturna—. Pero ese tasajo...

—Haré caldo —dijo Alex. Eligió una olla de metal de entre un montón de equipo, cogió el cuchillo y empezó a cortar en pedazos un trozo de tasajo. Merideth esparció vino sobre las secciones estropeadas de la fruta. La dulce y fuerte fragancia inundó la tienda y Serpiente se dio cuenta de que estaba hambrienta y sedienta. La gente del desierto parecía no necesitar la comida, pero Serpiente había llegado al oasis dos días antes (¿o eran tres?), y no había comido mucho mientras neutralizaba la reacción del veneno. No estaba bien pedir comida o agua en esta región, pero era aún peor no ofrecerlas. Los modales, no obstante, apenas parecían importantes ahora. Temblaba de hambre.

—Dioses, tengo hambre —dijo Merideth para su sorpresa, como si leyera sus pensamientos—. ¿Vosotros no?

—Bueno, sí —dijo Alex sin mucho entusiasmo.

—Y como anfitriones...

Como pidiendo disculpas, Merideth tendió a Serpiente la botella y sacó más cuencos, más fruta. Serpiente bebió el vino y tosió. Era muy fuerte. Bebió una vez más y devolvió la

botella. Merideth también bebió; Alex cogió la botella de cuero y vertió una generosa cantidad en la olla donde cocinaba. Sólo entonces dio un rápido sorbo antes de llevar el caldo al pequeño horno de parafina. El calor del desierto era tan opresivo que ni siquiera podían sentir el calor de la llama. Esta vacilaba como un espejismo transparente contra la arena negra, y Serpiente sintió que el sudor le corría por las sienes y entre los pechos. Se pasó una manga por la frente.

Desayunaron tasajo, fruta y vino, que golpeaba rápida y duramente. Alex empezó a bostezar casi de inmediato, pero cada vez que daba una cabezada, se ponía en pie y salía a remover el caldo de Jesse.

—Alex, vete a dormir —le dijo por fin Merideth.

—No, no estoy cansado. —Removió, probó, apartó la olla del fuego, la metió dentro para que se enfriase.

—Alex... —Merideth le cogió la mano y lo condujo a la alfombra llena de dibujos—. Si nos llama, la oiremos. Si se mueve, acudiremos a su lado. Pero no podremos ayudarla si nos derrumbamos de cansancio.

—Pero yo... yo... —Alex sacudió la cabeza, sin embargo la fatiga y el vino pudieron con él— ¿Y tú qué?

—Has pasado la noche peor que yo. Necesito relajarme unos pocos minutos más, pero luego me iré a la cama.

Reacio y agradecido al mismo tiempo, Alex se acostó cerca. Merideth le acarició el pelo hasta que, unos pocos instantes después, Alex empezó a roncar. Merideth miró a Serpiente y sonrió.

—Al principio, Jesse y yo nos preguntábamos cómo podríamos dormir con semejante ruido. Ahora nos cuesta conciliar el sueño sin él.

Los ronquidos de Alex eran intermitentes, muy a menudo inspiraba y resoplaba. Serpiente sonrió.

—Supongo que uno acaba acostumbrándose a casi todo. —Tomó un último sorbo de vino y devolvió la botella. Merideth tendió la mano para cogerla y entonces hipó repentinamente; luego, con la cara roja de vergüenza, tapó la botella en vez de beber.

—El vino me afecta con demasiada facilidad. No debería probarlo.

—Al menos lo sabes. Es probable que nunca hagas tonterías.

—Cuando era más joven... —Merideth se rió al recordarlo—. Entonces sí que hacía tonterías, y encima era pobre. Mala combinación.

—Las hay mejores.

—Ahora somos ricos, y hago menos tonterías. ¿Pero de que nos sirve, curadora? El dinero no puede ayudar a Jesse. Ni tampoco la sabiduría.

—Tienes razón. No pueden ayudarla. Ni yo tampoco. Sólo Alex y tú podéis.

—Lo sé —la voz de Merideth era baja y triste—. Pero Jesse tardará mucho tiempo en acostumbrarse.

—Está viva, Merideth. El accidente ha estado a punto de matarla... ¿No crees que hay que estar agradecido por eso?

—Para mí, sí —las palabras habían empezado a hacerse pastosas—. Pero no conoces a Jesse. De dónde es, por qué está aquí... —Merideth miró a Serpiente, dudando, y luego continuó—. Está aquí porque no soporta estar atrapada. Antes de unírnos, era rica y poderosa, y estaba en un lugar seguro. Pero toda su vida y su trabajo habían sido planeados de antemano. Podría haber sido una de las administradoras de Centro...

—¡La ciudad!

—Sí, todo era suyo si lo hubiera querido. Pero no quiso vivir bajo un suelo de piedra. Se vino al exterior sin nada, a labrarse su propio destino. A ser libre. Ahora... las cosas que más le gustan no estarán a su alcance. ¿Cómo puedo decirle que se alegre de estar viva cuando sabe que nunca volverá a andar por el desierto, o encontrar un diamante para que yo haga un nuevo pendiente, ni volver a domar otro caballo ni a hacer el amor?

—No sé —dijo Serpiente—. Pero si Alex y tú veis esa vida como una tragedia, se convertirá ineludiblemente en una tragedia.

Poco antes del amanecer, el calor remitió un poco, pero en cuanto la luz creció, la temperatura volvió a aumentar. El campamento estaba sumido en las sombras, pero incluso con la protección de las paredes de roca, el calor era casi como una presión palpable.

Alex roncaba y Merideth dormía pacíficamente a su lado, sin importarle el ruido, rodeando los hombros de Alex con un fuerte brazo. Serpiente yacía en el suelo de la tienda, boca abajo, con los brazos extendidos. Las finas fibras de la alfombra le hacían suaves cosquillas en la mejilla, húmeda de sudor. Le dolía la mano, pero no podía dormir, y no se veía con la energía necesaria para levantarse.

Se sumió en un sueño en el que aparecía Arevin. Podía verle más claramente que cuando estaba despierta. Era un sueño curioso, casto e infantil. Apenas tocaba las yemas de los dedos de Arevin y entonces él empezaba a difuminarse. Serpiente extendió la mano desesperadamente. Se despertó jadeando de tensión sexual, con el corazón desbocado.

Jesse se agitó. Durante un instante, Serpiente no se movió; luego se levantó con pereza. Miró a los otros dos. Alex dormía profundamente con el momentáneo olvido de los jóvenes, pero arrugas de cansancio surcaban la cara de Merideth, y el sudor aplastaba los brillantes rizos negros. Serpiente se arrodilló junto a Jesse, quien yacía boca abajo como la habían dejado, apoyando la mejilla en una mano y cubriéndose los ojos con la otra.

Se está haciendo la dormida, pensó Serpiente, pues la línea de su brazo, la curva de sus dedos, no muestran relajación, sino tensión. O quiere dormir, como yo. Las dos quisiéramos dormir, dormir e ignorar la realidad.

—Jesse —dijo en voz baja—. Jesse, por favor.

Jesse suspiró y dejó que su mano cayera sobre la sábana.

—Hay caldo para que lo bebas en cuanto te sientas con fuerzas. Y vino, si quieres.

Jesse sacudió la cabeza casi imperceptiblemente, sus labios estaban secos. Serpiente no podía permitir que se deshidratase, pero tampoco quería discutir con ella para obligarla a comer.

—No sirve de nada —dijo Jesse.

—Jesse...

Jesse colocó la mano sobre la de Serpiente.

—No, está bien. He pensado en lo que ha sucedido. He soñado. —Serpiente advirtió que sus ojos marrón oscuro estaban ribeteados de oro. Las pupilas eran muy pequeñas—. No puedo vivir así. Ni ellos tampoco. Se destruirían en el intento. Curadora...

—Por favor... —susurró Serpiente, otra vez temerosa, más temerosa de lo que había estado en toda su vida—. Por favor, no...

—¿No puedes ayudarme?

—A morir, no. ¡No me pidas que te ayude a morir! Se puso en pie y salió de la tienda. El calor la abofeteó, pero no había ningún sitio a donde escapar. Las paredes del cañón y los pilares de roca se alzaban a su alrededor.

Cabizbaja, temblorosa, con el sudor picándole los ojos, Serpiente se detuvo y se recuperó. Había actuado alocadamente y estaba avergonzada de su pánico, su propio temor tenía que haber asustado a Jesse, pero aún no podía regresar y enfrentarse a ella. Se alejó de la tienda no en dirección al desierto, donde el sol y la arena se agitaban como una fantasía, sino hacia un recodo en la pared del cañón que estaba cerrado con una valla a manera de corral.

A Serpiente le pareció innecesario encerrar a los caballos, pues estos se encontraban inmóviles, en grupo, con las cabezas gachas, manchados de polvo y con las orejas mustias. Ni siquiera agitaban las colas: no existían insectos en el desierto negro. Serpiente se preguntó dónde estaría la hermosa yegua baya de Merideth. Pensó que

aquel grupo de bestias era lamentable. Colgados de la verja o amontonados sin orden, sus arreos brillaban con metal y joyas preciosas. Serpiente colocó las manos sobre una de las estacas de madera y cuerda, y descansó la barbilla sobre sus puños.

Se dio la vuelta ante el sonido del agua corriendo, sorprendida. En el otro extremo del corral, Merideth llenaba un abrevadero de cuero sostenido por un marco de madera. Los caballos parecieron cobrar vida, alzaron la cabeza y adelantaron las orejas. Luego, trotando casi al galope, todos en un remolino, relinchando, atropellándose y pateándose mutuamente, los caballos cruzaron la arena. Estaban transformados, ahora parecían hermosos.

Merideth se detuvo cerca, sosteniendo el pellejo vacío, y miró a la pequeña horda más que a Serpiente.

—Jesse tiene un don especial con los caballos. Los elige, los entrena... ¿Pasa algo malo?

—Lo siento. La he trastornado. No tenía derecho...

—¿A decirle que viva? Tal vez no lo tengas, pero me alegro de que lo hicieras.

—No importa lo que yo le diga —repuso Serpiente—. Ella tiene que desear la vida por sí misma.

Merideth agitó los brazos y gritó. Los caballos que se encontraban más cerca del agua se retiraron, dando a los otros oportunidad de beber. Éstos se acercaron y saciaron su sed, luego se quedaron cerca esperando más.

—Lo siento —dijo Merideth—. Es todo por ahora.

—Tienes que cargar gran cantidad de agua para ellos.

—Sí, pero los necesitamos a todos. Llegamos con agua y nos vamos con el oro y las piedras que Jesse encuentra —la yegua torda metió la cabeza entre las cuerdas del cercado y mordisqueó la manga de Merideth, estiró el cuello para que la acariciaran tras las orejas y bajo la mandíbula—. Desde que llegó Alex viajamos con más... cosas. Lujos. Alex dijo que impresionaríamos a la gente de esa forma y que querrían comprárnoslas.

—¿Funciona?

—Eso parece. Ahora vivimos muy bien. Puedo escoger mis comisiones.

Serpiente miró a los caballos, que vagabundeaban uno por uno hacia las sombras del corral. El vago brillo del sol se asomaba por el borde de la pared, y Serpiente pudo sentir su calor en la cara.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Merideth.

—Cómo conseguir que Jesse quiera vivir.

—No querrá vivir sin ser útil. Alex y yo la amamos. La cuidaríamos sin importarnos nada más. Pero eso no es suficiente para ella.

—¿Tiene que andar para ser útil?

—Curadora, es nuestra prospectora. —Merideth miró a Serpiente tristemente—. Ha intentado enseñarme cómo mirar y dónde hacerlo. Comprendo lo que me dice, pero cuando salgo no soy capaz de encontrar nada más que cristal fundido y oro de los tontos.

—¿Le has enseñado tu trabajo?

—Por supuesto. Cada uno de nosotros puede hacer un poco del trabajo de los demás. Pero cada uno tiene un talento. Ella es mejor en mi trabajo que yo en el suyo, y yo soy mejor que Alex en el suyo, pero la gente no comprende sus diseños. Son demasiado extraños. Son hermosos. —Merideth suspiró y tendió a Serpiente un brazalete, el único ornamento que llevaba. Era de plata, sin piedras, geométrico y de múltiples facetas sin llegar a ser ostentoso. Merideth tenía razón: era hermoso, pero también extraño—. Nadie los comprará. Lo sabe. Haría cualquier cosa. Le mentiría si sirviera de algo, pero ella lo sabría. Curadora... —Merideth dejó caer el pellejo en la arena—. ¿No hay nada que puedas hacer?

—Puedo manejar infecciones, enfermedades y tumores. Incluso puedo practicar cirugía si no es demasiado avanzada para mis herramientas. Pero no puedo obligar al cuerpo a sanar solo.

—¿Puede hacerlo alguien?

—Nadie que yo conozca en esta tierra.

—No eres una mística. No te refieres a ningún espíritu que pueda obrar milagros. Estás diciendo que la gente de fuera de la tierra podría ayudarla.

—Podrían —dijo Serpiente lentamente, lamentando haber hablado como lo había hecho. No había esperado que Merideth notara su resentimiento. La ciudad afectaba a toda la gente a su alrededor; era como el centro de un remolino, misterioso y fascinante. Y era el lugar donde a menudo aterrizaban los extraños. Gracias a Jesse, Merideth sabía de ellos y de la ciudad probablemente más que la propia Serpiente, pues ésta siempre había tenido que recurrir a la fe ciega para creer en las historias de la ciudad. Para alguien que vivía en una tierra donde las estrellas rara vez eran visibles, era difícil aceptar la idea de que había gente procedente del exterior.

—Es posible que en la ciudad sean capaces de curarla —dijo Serpiente—. ¿Cómo puedo saberlo? Los que viven allí no nos hablan. Se mantienen al margen de nosotros, y en cuanto a los extraños... nunca he conocido a nadie que dijera haber visto uno.

—Jesse sí.

—¿La ayudarían?

—Su familia es poderosa. Podrían hacer que los extraños se la llevaran para curarla.

—Los habitantes de Centro y los extraños guardan celosamente sus conocimientos, Merideth —dijo Serpiente—. Al menos nunca se han ofrecido para compartirlos.

Merideth frunció el ceño y miró en otra dirección.

—Creo que al menos deberíamos intentarlo. Podría darle esperanza...

—Y si rehúsan, la esperanza volverá a romperse.

—Necesita tiempo.

Merideth pensó y replicó finalmente:

—¿Vendrás con nosotros? ¿Nos ayudarás?

Ahora fue Serpiente quien dudó. Ya casi se había decidido a regresar a la estación de los curadores y aceptar el veredicto de sus maestros cuando les contara sus errores. Se había preparado para ir al valle. Pero pensó en aquel viaje diferente y advirtió la dificultad de la tarea que proponía Merideth. Necesitarían con urgencia a alguien que supiera los cuidados que requería Jesse.

—¿Curadora?

—De acuerdo. Iré.

—Entonces, vamos a preguntárselo a Jesse.

Regresaron a la tienda. Serpiente se sorprendió al descubrirse optimista; estaba sonriendo, verdaderamente animada por primera vez en mucho tiempo.

En el interior de la tienda, Alex estaba sentado junto a Jesse. Miró a Serpiente cuando entró.

—Jesse —dijo Merideth—. Tenemos un plan.

Le volvieron a dar la vuelta, siguiendo cuidadosamente las instrucciones de Serpiente. Jesse alzó una mirada cansada, envejecida por las profundas arrugas que se habían formado en torno a su frente y a su boca.

Merideth explicó el plan con gestos excitados. Jesse escuchó, impasible. La expresión de Alex se endureció, incrédula.

—Has perdido el juicio —dijo cuando Merideth terminó.

—¡No! ¿Por qué dices eso cuando tenemos una oportunidad?

Serpiente miró a Jesse.

—¿La tenemos?

—Eso creo —dijo Jesse, pero respondió muy despacio, muy pensativamente.

—Si te llevamos a Centro, ¿podría ayudarte tu gente? Jesse dudó.

—Mis primos tienen algunas técnicas. Podían curar heridas muy malas. ¿La columna? Tal vez. No lo sé. Y no hay ninguna razón para que me ayuden, ya no.

—Siempre me has hablado de lo importante que son los lazos de sangre entre las familias de la ciudad —dijo Merideth—. Eres de su clase...

—Los dejé —dijo Jesse—. Rompí los lazos. ¿Por qué deberían aceptar mi regreso? ¿Quieres que vaya y les suplique?

—Sí.

Jesse se miró las piernas, largas e inútiles. Alex miró primero a Merideth, luego a Serpiente.

—Jesse, no puedo soportar verte como estás, no puedo soportar ver que deseas la muerte.

—Son muy orgullosos —anunció Jesse—. Herí el orgullo de mi familia al renunciar a ellos.

—Entonces comprenderán lo mucho que te cuesta ir a pedirles ayuda.

—Es una locura intentarlo —dijo Jesse.

3

Decidieron levantar el campamento aquella misma noche y cruzar el río de lava en la oscuridad. Serpiente habría preferido esperar unos cuantos días más antes de mover a Jesse, pero no tenían otra elección. El talante de Jesse era demasiado cambiante para mantenerla en este sitio excesivo tiempo. Sabía que habían estado más tiempo del conveniente en el desierto. Alex y Merideth no podían ocultar que el agua empezaba a escasear, que los caballos y ellos mismos iban a pasar sed para poder limpiarla y bañarla. Unos pocos días más en el cañón, viviendo en medio del rancio olor que se produciría porque nada podría ser lavado adecuadamente, la sumirían en la depresión y el disgusto.

Y no tenían tiempo que perder. Les esperaba un largo viaje: subir y cruzar la lava, luego dirigirse al este, hacia las montañas centrales que separaban la mitad occidental del desierto negro, donde se encontraban ahora, de la porción oriental, donde estaba la ciudad. La carretera que atravesaba las montañas era buena, pero después del paso los viajeros entrarían de nuevo en el desierto, y tendrían que encaminarse hacia el sureste para llegar a Centro. Tenían que apresurarse. En cuanto empezaran las tormentas de invierno, nadie podría atravesar el desierto; la ciudad quedaría aislada. El verano se extinguía ya en punzantes tormentas de polvo y remolinos de arena que el viento arrastraba.

No desmontarían la tienda ni cargarían los caballos hasta el crepúsculo, pero empaquetaron todo lo que pudieron antes de que hiciera demasiado calor para trabajar, apilando el equipaje junto a los sacos de oro de Jesse. La mano de Serpiente temblaba por el duro trabajo. El arañazo estaba desapareciendo por fin, y los pinchazos habían sanado hasta convertirse en dos brillantes cicatrices rosadas. Pronto la mordedura de la víbora de la arena no se distinguiría de las otras cicatrices de sus manos, y olvidaría cuál de todas ellas era. Ahora deseaba haber capturado una de aquellas feas serpientes para poder llevársela a casa. Pertenecían a una especie que no había visto nunca antes. Aunque no resultaran de ninguna utilidad para los curanderos, podría haber elaborado un antídoto a su veneno para el pueblo de Arevin. Si es que volvía a verlo de nuevo.

Serpiente cargó el último paquete en la pila, se frotó las manos en los pantalones y la cara en la manga. Cerca, Merideth y Alex preparaban las parihuelas que habían construido y ajustaban los arneses para colocarlos entre un tándem de caballos. Serpiente se acercó a observar.

Era el medio de transporte más peculiar que había visto jamás, pero parecía que funcionaría. En el desierto, todo tenía que ser cargado o arrastrado; los carros de ruedas se hundían en la arena o se rompían en terreno rocoso. Siempre y cuando los caballos no se refrenaran o salieran al galope, las parihuelas serían más cómodas para Jesse que un trineo. El gran caballo gris permanecía quieto e inmóvil como una piedra entre las barras delanteras; aparte de alguna que otra mirada de reojo mientras lo colocaban entre los palos traseros, el segundo caballo, un tordo, no mostró ningún miedo.

Jesse debe de ser una maravilla, pensó Serpiente, si los caballos que entrena soportan unos aparatos así.

—Jesse dice que iniciaremos una moda entre los ricos comerciantes dondequiera que vayamos —dijo Merideth.

—Tiene razón —afirmó Alex. Soltó una correílla y dejaron que las parihuelas cayeran al suelo—. Pero tendrán mucha suerte si no les dan una coz, por el modo en que tratan generalmente a los caballos. —Palmeó amistosamente el cuello del plácido animal gris y condujo de vuelta al corral alas dos bestias.

—Ojalá hubiera montado uno de esos caballos antes —le dijo Serpiente a Merideth.

No eran así cuando los consiguió. Compra caballos salvajes. No puede soportar ver cómo los maltratan. El potro era uno de sus animales vagabundos... había logrado calmarlo, pero todavía no había encontrado su equilibrio.

Regresaron a la tienda para apartarse del sol que se acercaba ya a la tarde. La tienda estaba inclinada hacia un lado en el lugar de donde habían quitado dos palos para hacer las parihuelas. Merideth bostezó visiblemente.

—Será mejor dormir mientras tengamos oportunidad. No podemos permitirnos el lujo de estar aún en la senda de lava cuando salga el sol.

Pero Serpiente se sentía llena de una energía extraña e incansable; se sentó en la tienda, agradecida por la sombra pero completamente despierta, y se preguntó cómo iba a funcionar aquel plan de locos. Buscó la bolsa de cuero para comprobar el estado de sus serpientes, pero Jesse se despertó cuando abrió el compartimento de Susurro. Volvió a cerrar la bolsa y se acercó al camastro. Jesse la miró.

—Jesse... con respecto a lo que dije... —Quería explicarse pero no sabía cómo empezar.

—¿Qué te trastorna tanto? ¿Soy la primera de tus pacientes que puede morir?

—No. He visto morir a la gente. Les he ayudado a hacerlo.

—Todo era tan desesperanzado hace sólo un rato... —dijo Jesse—. Un final agradable habría sido fácil. Siempre hay que estar en guardia contra... la simplicidad de la muerte.

—La muerte puede ser un regalo. Pero, en un sentido o en otro, siempre implica un fracaso. Contra eso hay que estar en guardia. Es suficiente.

Una débil brisa sopló a través del calor, haciendo que Serpiente casi sintiera un escalofrío.

—¿Qué pasa, curadora?

—Tenía miedo —dijo Serpiente—. Tenía miedo de que pudieras estar muriendo. Si así hubiera sido, tenías derecho a pedir mi ayuda. Mi obligación es ofrecértela. Pero no puedo.

—No comprendo.

—Cuando mi formación terminó, mis maestros me dieron mis propias serpientes. Dos de ellas pueden ser utilizadas para fines medicinales. La tercera era la que proporcionaba el sueño. La mataron.

Jesse extendió el brazo instintivamente y tomó la mano de Serpiente, una reacción a su tristeza. Serpiente aceptó la silenciosa compasión de Jesse con agradecimiento, notó alivio gracias al fuerte contacto.

—También estás lisiada —dijo Jesse bruscamente—. Tan impedida en tu trabajo como yo.

La generosidad de Jesse al compararlas de aquella manera cohibió a Serpiente. Jesse sufría, estaba indefensa, y su única posibilidad de recuperación era tan remota que Serpiente la observó maravillada por su tesón y la forma en que volvía a aferrarse a la vida.

—Gracias por decirlo.

—Así que voy a regresar con mi familia para pedirles ayuda... ¿Vas a volver tú con la tuya?

—Sí.

—Te darán otra —dijo Jesse con certeza.

—Eso espero.

—¿Hay alguna duda?

—Las serpientes del sueño no se reproducen bien. No sabemos mucho sobre ellas. Cada pocos años nacen unas cuantas, o uno de nosotros consigue clonar alguna, pero...

—Serpiente se encogió de hombros.

—¡Atrapa una!

Aquella posibilidad nunca se le había ocurrido a Serpiente porque sabía que era imposible. Nunca había considerado otra solución que regresar al campamento de los curanderos y pedir a sus maestros que la perdonaran. Sonrió tristemente.

—Mi alcance no es tan largo. No proceden de aquí.

—¿De dónde?

Serpiente volvió a encogerse de hombros.

—De algún otro mundo... —Su voz se debilitó al darse cuenta de lo que estaba diciendo.

—Entonces vendrás conmigo más allá de las puertas de la ciudad —dijo Jesse—. Cuando acuda a mi familia, te presentarán a los extraños.

—Jesse, mi gente ha pedido ayuda a Centro durante siglos. Ni siquiera nos hablan.

—Pero ahora una de las familias de la ciudad te está obligada. No sé si mi familia me aceptará. Pero estarán en deuda contigo por haberme ayudado.

Serpiente escuchó en silencio, intrigada por las posibilidades inherentes en las palabras de Jesse.

—Curadora, créeme —dijo Jesse—. Podemos ayudarnos mutuamente. Si me aceptan, aceptarán también a mis amigos. Si no, aún tendrán que pagar la deuda que tienen contigo. Ambas posibilidades son favorables a nuestras ambiciones.

Serpiente era una mujer orgullosa, orgullosa de su formación, de su competencia, de su nombre. La perspectiva de pagar por la muerte de Silencio de otra manera que pidiendo perdón la fascinaba. Una vez cada década, un curador veterano hacía el largo viaje hacia la ciudad para renovar el número de serpientes del sueño. Siempre habían sido rechazados. Si Serpiente pudiera triunfar...

—¿Es posible hacer esto?

Mi familia nos ayudará —dijo Jesse—. Pero no sé si podrán hacer que los extraños nos ayuden también.

Durante la cálida tarde, todo lo que Serpiente y los tres compañeros pudieron hacer fue esperar. Serpiente decidió sacar a Sombra y Susurro de la bolsa durante un rato antes de que empezara el largo viaje. Cuando salía de la tienda, se detuvo junto a Jesse. La hermosa mujer dormía plácidamente, pero su cara estaba enrojecida. Serpiente le tocó la frente. Tal vez tenía un poco de fiebre, quizá sólo fuera el calor del día. Serpiente seguía pensando que Jesse se había librado de algunas heridas internas serias, pero también era posible que estuviera sangrando, incluso que estuviera desarrollando peritonitis. Eso era algo que podría curar. Decidió no perturbar a Jesse por el momento, sino esperar y ver si la fiebre subía.

Al salir del campamento en busca de un lugar resguardado donde sus animales no asustaran a nadie, Serpiente pasó junto a Alex, que observaba melancólicamente el cielo. Dudó, y él alzó la vista con expresión preocupada. Serpiente se sentó junto a él sin hablar. El muchacho se volvió hacia ella y la miró con sus ojos penetrantes: el tormento había hecho desaparecer la gentileza de su cara tornándola fea y siniestra.

—Fuimos nosotros, ¿verdad? Merideth y yo quienes le provocamos más daño.

—¿Vosotros? No, por supuesto que no.

—No tendríamos que haberla movido. Debí haberlo pensado. Tendríamos que haber trasladado el campamento. Tal vez los nervios no estaban rotos cuando la encontramos.

—Lo estaban.

—Pero no sabíamos nada de su espalda. Pensamos que se había golpeado la cabeza. Pudimos haber torcido su cuerpo.

Serpiente colocó la mano sobre el antebrazo de Alex.

—La herida se debió al golpe —dijo—. Cualquier curandero podría verlo. Se dañó al caer. Créeme. Merideth y tú no podríais haber hecho nada.

Los duros músculos de su antebrazo se relajaron. Serpiente apartó la mano, aliviada. El macizo cuerpo de Alex contenía tanta energía, y se había controlado tan férreamente, que Serpiente temía que volviera su fuerza contra sí mismo. Era más importante para el grupo de lo que parecía, tal vez más importante incluso de lo que él pensaba. Alex era el práctico, el que mantenía el campamento, el que trataba con los que compraban el trabajo de Merideth y equilibraba las ansias aventureras de Jesse y el romanticismo artístico de Merideth. Serpiente esperaba que la verdad que le había dicho le permitiera tranquilizar su culpa y su tensión. Por ahora no podía hacer otra cosa por él.

Mientras se acercaba el crepúsculo, Serpiente acarició las suaves escamas de Susurro. Ya no se preguntaba si a la serpiente de piel diamantina le gustaba que la acariciaran, o incluso si una criatura con un cerebro tan pequeño podía sentir algún tipo de diversión. Aquella fría sensación bajo sus dedos le daba placer, y Susurro permanecía enroscada y quieta, sacando de vez en cuando la lengua. Su color era brillante y claro; había mudado de piel muy recientemente.

—Te dejo comer demasiado. Criatura perezosa —dijo Serpiente amistosamente.

Serpiente apretó la barbilla contra sus rodillas. En las rocas negras, los dibujos de la serpiente cascabel eran casi tan manifiestos como las escamas de Sombra. Ni serpientes, ni humanos ni ningún otro ser vivo en la tierra se había adaptado al mundo tal como existía ahora.

Sombra estaba fuera de su vista, pero aquello no la preocupaba en absoluto. Las dos serpientes estaban acostumbradas a ella y permanecían cerca e incluso la seguían. Ninguna tenía muchas habilidades para aprender más allá del hábito que los curadores les habían inducido, pero Sombra y Susurro regresarían cuando sintieran la vibración de su mano al golpear el suelo.

Serpiente se apoyó contra una roca, cómodamente envuelta en la túnica que el pueblo de Arevin le había dado. Se preguntó qué estaría haciendo Arevin, dónde se encontraría. Su gente era nómada, pastores de grandes bueyes almizcleros que producían fina lana. Para encontrar de nuevo al clan tendría que buscarlos. Ni siquiera sabía si aquello sería posible, aunque deseaba ansiosamente volver a ver al muchacho.

Ver a su gente siempre le recordaría la muerte de Silencio, si es que alguna vez era capaz de olvidarla. Sus errores y su fracaso al juzgarlos habían sido la razón de que Silencio estuviera muerta. Había esperado que aceptaran su palabra a pesar de su miedo y, sin pretenderlo, ellos le habían mostrado cuan arrogantes habían sido sus presunciones.

Se sacudió la depresión. Ahora tenía una oportunidad para redimirse. Si de verdad podía ir con Jesse, averiguar de dónde venían las serpientes del sueño y capturar nuevos

ejemplares (si podía descubrir por qué no se reproducían en la tierra), regresaría triunfante y no en desgracia, venciendo allá donde generaciones de maestros y curadores habían fracasado.

Era hora de regresar al campamento. Escaló la pendiente de roca que cubría la boca del cañón y buscó a Sombra. La cobra estaba enrollada en una gran masa de basalto.

Al llegar a lo alto de la pendiente, Serpiente agarró a Sombra y sujetó su estrecha cabeza. No era tan formidable cuando no estaba excitada, tenía la cabeza tan estrecha como cualquier serpiente no venenosa. No necesitaba una cabeza grande, llena de veneno. El suyo era suficientemente poderoso para matar en pequeñas dosis.

Cuando Serpiente se dio la vuelta, el brillante atardecer llamó su atención. El sol era una naranja difuminada en el horizonte, que irradiaba franjas de púrpura y bermejo a través de las nubes grises.

Y entonces Serpiente vio los cráteres que se extendían a sus pies por el desierto. La tierra estaba cubierta de grandes hoyos circulares. Algunos, en el sendero de lava, se habían desmoronado y roto sus dulces bordes petrificados. Otros eran más claros, grandes agujeros excavados en la tierra, aún perceptibles después de tantos años de arenas cambiantes. Los cráteres eran tan grandes y se extendían hasta tan lejos que sólo podían tener un origen. Los habían abierto las explosiones nucleares. La guerra en sí había terminado hacía mucho tiempo, y casi había sido olvidada, pues había destruido a todos los que sabían o se preocupaban por las razones que la habían desencadenado.

Serpiente miró la tierra arrasada, contenta por no estar más cerca. En lugares como éste, efectos de la guerra se habían aliado visible e invisiblemente al tiempo de Serpiente; persistirían durante siglos después de su muerte. El cañón en donde ella y los compañeros se hallaban acampados probablemente no estaba a salvo por completo, pero no llevaban aquí tiempo suficiente para correr ningún peligro serio.

Había algo extraño en los escombros, alineado con la brillante puesta de sol, de modo que a Serpiente le costó trabajo distinguirlo. Se esforzó por hacerlo. Estaba intranquila, como si espicara algo que no tenía derecho a conocer.

El cadáver de un caballo, pudriéndose por la acción del calor, yacía al borde de un cráter. Las rígidas patas del animal se alzaban grotescamente al aire, forzadas por su vientre hinchado. Una brida brillaba escarlata y anaranjada en la cabeza del bruto.

Serpiente liberó su respiración, en parte suspiro, en parte quejido. Corrió de regreso hacia la bolsa de las serpientes y metió a Sombra, recogió a Susurro y regresó al campamento, maldiciendo cuando la cascabel, con sus modales obstinados e inconscientes, trató de enroscarse en su brazo. Se detuvo y la agarró para que pudiera deslizarse hasta su compartimento y empezó a correr de nuevo mientras aún apretaba la correa. La bolsa chocaba contra su pierna.

Jadeando, llegó a la puerta de la tienda y entró en ella. Merideth y Alex estaban dormidos. Serpiente se arrodilló junto a Jesse y apartó la sábana con mucho cuidado.

Había pasado poco más de una hora desde la última vez que había examinado a Jesse. Las magulladuras de su costado se habían tornado más oscuras, más profundas, y su cuerpo estaba caliente y rojo. Serpiente le palpó la frente. Estaba ardiendo. Jesse no respondió a su contacto. Cuando Serpiente retiró la mano, la suave piel pareció más oscura. Unos minutos después, mientras Serpiente observaba horrorizada, otra magulladura empezó a formarse a medida que los capilares se rompían, sus muros estaban tan dañados por la radiación que la simple presión completaba su destrucción. La venda que Jesse tenía en el muslo se volvió de repente más roja en el centro, salpicada por una mancha de sangre. Serpiente cerró los puños. Temblaba por dentro, como sacudida por un frío penetrante.

—¡Merideth!

Merideth despertó en un segundo, bostezando y murmurando en sueños.

—¿Qué pasa?

—¿Cuánto tiempo tardasteis en encontrar a Jesse? ¿Se cayó en los cráteres?

—Sí, estaba buscando minerales. Por eso vinimos aquí... los otros artesanos no pueden igualar nuestro trabajo gracias a lo que Jesse encuentra aquí. Pero esta vez un borde cedió. La encontramos por la noche.

Todo un día, pensó Serpiente. Tenía que haber estado en uno de los cráteres primarios.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Decirte qué?

—Esos cráteres son peligrosos...

—¿Crees todas esas leyendas, curadora? Llevamos una década viniendo aquí y nunca nos ha pasado nada.

No era momento para replicar airada. Serpiente miró otra vez a Jesse y advirtió que su propia ignorancia y el desdén del grupo por el peligro de las reliquias del viejo mundo había negado inconscientemente a Jesse un poco de piedad. Serpiente tenía tratamientos para el envenenamiento por radiación, pero no había ninguno para un ataque tan severo como este. Intentara lo que intentara, sólo lograría prolongar su agonía.

—¿Qué es lo que pasa? —Por primera vez, la voz de Merideth mostró miedo.

—Está envenenada por la radiación.

—¿Envenenada? ¿Cómo? No ha comido ni bebido nada que nosotros no hayamos probado.

—Es por el cráter. El ierren está envenenado. Las leyendas son ciertas.

Bajo su profundo bronceado, Merideth palideció.

—¡Entonces haz algo, ayúdala!

—No puedo hacer nada.

—No puedes curar sus heridas, no puedes curar su enfermedad...

Se miraron mutuamente, heridos y furiosos. Merideth retiró la mirada primero.

—Lo siento. No tenía derecho...

—Ojalá fuera omnipotente, Merideth, pero no lo soy. Su conversación despertó a Alex, que se levantó y se acercó a ellos, desperezándose y rascándose.

—Es tiempo de... —Miró a Serpiente y a Merideth, y luego a Jesse—. Oh, dioses.

La nueva marca de su frente, donde Serpiente la había tocado, estaba sangrando lentamente.

Alex se precipitó hacia ella, pero Serpiente le detuvo.

—Alex, apenas la he tocado. No puedes ayudarla así. Él la miró neutramente.

—¿Entonces cómo? Serpiente sacudió la cabeza. Sollozando, Alex se apartó de ella.

—¡No es justo! —Salió corriendo de la tienda. Merideth se dispuso a seguirlo, vaciló en la entrada y regresó.

—No puede comprenderlo. Es tan joven...

—Lo comprende —dijo Serpiente. Palpó la frente de Jesse, intentando no frotar ni presionar la piel—. Y tiene razón, no es justo. ¿Quién dijo que lo fuera?

Se calló para ahorrar ver a Merideth su propia amargura por las oportunidades perdidas de Jesse, desahuciada por el destino, la ignorancia y los restos de la locura de otra generación.

—¿Merry? —Jesse tanteó el aire con una mano temblorosa.

—Estoy aquí —Merideth extendió la mano pero se detuvo, tuvo miedo de tocarla.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me...? —parpadeó lentamente. Tenía los ojos inyectados en sangre.

—Con cuidado —susurró Serpiente. Merideth rodeó los dedos de Jesse con sus propios dedos, suaves como alas de pájaro.

—¿Es hora de partir? —El ansia estaba teñida de terror y resquemor, pues había advertido que pasaba algo malo.

—No, amor.

—Hace tanto calor... —Empezó a levantar la cabeza para cambiar su peso. Se detuvo con un jadeo. La información acudió a la mente de Serpiente sin ningún esfuerzo consciente, un frío análisis inhumano para el que estaba entrenada: sangre en las articulaciones. Hemorragia interna. ¿Y en su cerebro?

—Nunca ha dolido de esta forma —Jesse miró a Serpiente sin mover la cabeza—. Es algo más, algo peor.

—Jesse, yo... —Serpiente supo que las lágrimas corrían por su cara cuando saboreó la sal en sus labios, mezclada con la suciedad del polvo del desierto. Se ahogó en las palabras. Alex regresó a la tienda. Jesse intentó volver a hablar, pero sólo pudo jadear.

Merideth agarró a Serpiente por el brazo, y ésta pudo sentir cómo las uñas le atravesaban la piel.

—Está muriendo. Serpiente asintió.

—Las curadoras saben cómo ayudar... cómo...

—Merideth, no —susurró Jesse.

—...cómo aliviar el dolor.

—No puede...

—Una de mis serpientes murió —dijo la curadora, en un tono más fuerte de lo que había pretendido, beligerante por la ira y la pena.

Merideth no dijo nada más, pero Serpiente sintió la muda acusación: no pudiste ayudarla a vivir, y ahora no puedes ayudarla a morir. Esta vez, fue Serpiente quien bajó los ojos. Se merecía la condena. Merideth la soltó y se volvió hacia Jesse, alzándose sobre ella como un alta criatura demoníaca que esperara combatir contra bestias o sombras.

Jesse extendió la mano para tocar a Merideth, pero la retiró bruscamente. Miró la palma, entre las durezas producidas por su trabajo se estaba formando una llaga.

—¿Por qué?

—La última guerra —dijo Serpiente—. En los cráteres... —su voz se quebró.

—Entonces es cierto —dijo Jesse—. Mi familia cree que la tierra exterior mata, pero pensaba que mentían —sus ojos se nublaron; parpadeó y miró en dirección a Serpiente, pero pareció no verla; volvió a parpadear—. Mintieron sobre tantísimas cosas... mentiras para que los niños fueran obedientes...

Otra vez silenciosa, con los ojos cerrados, Jesse se relajó lentamente, un músculo cada vez, como si el propio acto de relajarse fuera una agonía que no podía tolerar de golpe. Aún estaba consciente, pero no respondía con palabras, sonrisas o miradas mientras Merideth le acariciaba el pelo y se acercaba todo lo posible sin tocarla. Tenía la piel cenicienta en torno a las lívidas llagas.

De repente, gritó. Se llevó las manos a las sienes, apretando, introduciéndose las uñas bajo el pelo. Serpiente intentó agarrarla.

—No —rugió Jesse—, oh, no, déjame en paz... ¡Merry, duele!

Unos instantes antes estaba débil, pero ahora se debatía con la fuerza que le proporcionaba la fiebre. Serpiente no pudo hacer otra cosa que intentar detenerla con suavidad, pero la voz interior volvió a repetir su diagnóstico: aneurisma. En el interior del cerebro de Jesse, una vena dañada por la radiación estaba explotando lentamente. El siguiente pensamiento de Serpiente fue igualmente libre y aún más poderoso: ojalá reviente rápido y la mate limpiamente.

Al mismo tiempo que advertía que Alex no se encontraba ya a su lado intentando ayudar a Jesse, sino que había cruzado al otro extremo de la tienda, Serpiente oyó cascabelear a Susurro. Se giró por instinto y se lanzó contra Alex. Su hombro le golpeó el estómago y el joven soltó el zurrón. Susurro mordió desde el interior. Alex cayó al suelo. Serpiente sintió un dolor agudo en la pierna y alzó el puño para golpear, pero se miró primero.

Cayó de rodillas.

Susurro estaba enroscada en el suelo, haciendo tintinear su cascabel suavemente, preparada para volver a atacar. El corazón de Serpiente se aceleró. Podía sentir el dolor pulsante en su muslo. La arteria femoral estaba a menos de un palmo del lugar donde Susurro había hundido sus colmillos.

—¡Idiota! ¿Estás tratando de matarte? —La pierna le latió un par de veces más, y entonces sus inmunidades neutralizaron el veneno. Se alegró de que Susurro no hubiera alcanzado la arteria. Incluso ella podía enfermar por una picadura así, y no tenía tiempo para enfermedades. El dolor se convirtió en una molestia pulsante.

—¿Cómo puedes dejarla morir de una forma tan dolorosa? —preguntó Alex.

—Todo lo que le proporcionarías con Susurro es más dolor —disfrazando su furia, se giró con calma hacia el ofidio, lo alzó y volvió a meterlo en la bolsa—. Los crótalos no provocan muerte rápida —eso no era del todo cierto, pero la furia de Serpiente era tan grande que aún podía asustarlo—. Sus víctimas mueren por infección. Gangrena.

Alex se puso pálido, pero no retrocedió. Merideth le llamó. Alex miró a sus dos compañeros, luego a Serpiente durante un largo y desafiante momento.

—¿Y la otra serpiente? —Le dio la espalda y se puso al lado de Jesse.

Serpiente introdujo los dedos en la bolsa y buscó el compartimento de Sombra. Sacudió la cabeza, espantando la imagen de Jesse muriendo por el veneno de Sombra. El veneno de la cobra mataría con rapidez. No sería agradable, pero sí rápido. ¿Cuál era la diferencia entre disfrazar el dolor con sueños y terminarlo con muerte? Serpiente nunca había causado deliberadamente la muerte de otro ser humano, ni por ira ni por piedad. No sabía si podría ni si debería hacerlo ahora. No podía decir si la repugnancia que sentía procedía de su formación o de algún conocimiento más profundo, más fundamental, de que matar a Jesse estaría mal.

Podía oír a los compañeros hablando en voz baja; voces, pero no palabras distinguibles: la de Merideth clara, musical y contenida, la de Alex profunda y ruda, la de Jesse sofocada y dudosa. De vez en cuando guardaban silencio y Jesse combatía otra oleada de dolor. Las próximas horas o días de su vida, los últimos, le arrancarían su fuerza y su espíritu.

Serpiente abrió el zurrón y dejó que Sombra saliera y se enroscara en su brazo, hasta el hombro. Agarró con suavidad a la cobra por la cabeza para que no pudiera atacar, y cruzó la tienda.

Todos la miraron, molestos por su irrupción en su grupo autosuficiente. Merideth, en particular, pareció no reconocerla durante un momento. Alex miraba de Serpiente a la cobra, con una extraña expresión de pena resignada y triunfante. Sombra sacaba la lengua para captar sus olores. Sus ojos brillaban como espejos de plata en la creciente penumbra. Jesse la miró, bizqueando, parpadeando. Alzó la mano para frotarse los ojos pero se detuvo al recordar, y tembló.

—¿Curadora? Acércate más, no veo bien.

Serpiente se arrodilló entre Merideth y Alex. Por tercera vez, no supo qué decir a Jesse. Parecía que fuera ella, y no Jesse, quien se estaba quedando ciega, con la sangre asomando por las retinas y aplastando los nervios, difuminando lentamente la visión en su mancha negra y escarlata. Serpiente parpadeó rápidamente y su visión se aclaró.

—Jesse, no puedo hacer nada contra el dolor —Sombrase removi6 suavemente en su mano—. Todo lo que puedo ofrecer...

—¡Díselo! —rugió Alex. Miraba como petrificado los ojos de Sombra.

—¿Crees que es fácil? —replicó Serpiente. Pero Alex no retiró la mirada.

—Jesse —dijo Serpiente—. El veneno natural de Sombra puede matar. Si quieres que yo...

—¿Qué estás diciendo? —gimió Merideth. Alex rompió su mirada fascinada.

—Merideth, cállate, ¿cómo puedes soportar...?

—Callaos los dos —dijo Serpiente—. La decisión no os corresponde a vosotros, sólo a Jesse.

Alex se sentó sobre sus talones; Merideth permaneció en pie, mirando cómo Jesse permanecía en silencio durante un largo rato. Sombra intentó reptar por el brazo de Serpiente y ésta la contuvo.

—El dolor no cesará —dijo Jesse.

—No —contestó Serpiente—. Lo siento.

—¿Cuándo moriré?

El dolor de tu cabeza se debe a la presión. Podría matarte... en cualquier momento. —Merideth se llevó las manos a la cara, pero Serpiente no podía explicarlo de forma más suave—. Como mucho, te quedan unos cuantos días. —Jesse dio un respingo al oírla.

—No deseo vivir más —dijo en voz baja.

Las lágrimas fluían por entre los dedos de Merideth.

—Merry, mi amor, Alex lo sabe —dijo Jesse—. Por favor, intenta comprender. Es hora de que os deje marchar. —Jesse miró a Serpiente sin verla—. Déjanos un momento a solas, y después te agradeceré tu regalo.

Serpiente se puso en pie y salió de la tienda. Le temblaban las rodillas y el cuello, y los hombros le dolían por la tensión. Se sentó en la dura arena, deseando que acabara la noche.

Miró al cielo, una fina franja bordeada por las paredes del cañón. Las nubes parecían peculiarmente densas y opacas esa noche, pues aunque la luna aún no se había alzado lo suficiente para permitir ver, un poco de su luz tendría que haberse difuminado en el cielo. De repente, advirtió que las nubes no eran inusualmente densas, sino muy delgadas y móviles, demasiado delgadas para permitir el paso de la luz. Se movían con un viento que sólo soplaba por encima del suelo. Mientras miraba, un banco de nubes oscuras se separó, y Serpiente pudo ver claramente el cielo, negro y profundo, con puntos de luz multicolor. Serpiente se quedó mirándolos, esperando que las nubes no volvieran a unirse, y deseó que hubiera alguien cerca para compartir las estrellas. Había planetas girando en torno a aquellas estrellas, y personas viviendo en ellos, personas que podrían haber ayudado a Jesse si hubieran sabido que existía. Serpiente se preguntó si su plan había tenido alguna posibilidad de éxito, o si Jesse lo había aceptado porque a un nivel más profundo que el shock y la resignación, su amor a la vida era demasiado fuerte para dejarla ir.

En el interior de la tienda, alguien destapó un claro cuenco de luciérnagas.

La bioluminiscencia azul que se esparcía por la entrada se desparramó sobre la arena negra.

—Curadora, Jesse te llama. —Alta, demacrada y macilenta, la silueta de Merideth se recortó contra las sombras, su voz despojada de toda entonación.

Serpiente llevó a Sombra al interior. Merideth no volvió a hablarle. Incluso Alex la miró con una expresión llena de inseguridad y miedo. Pero Jesse le dio la bienvenida con sus ojos ciegos. Merideth y Alex se quedaron delante de la cama, como montando guardia. Serpiente se detuvo.

No dudaba de su decisión, pero la elección final seguía siendo de Jesse.

—Venid a besarme —dijo Jesse—. Luego dejadnos. Merideth se dio la vuelta.

—¡No puedes pedirnos que nos vayamos ahora!

—Ya tienes muchas cosas que olvidar —su voz temblaba de debilidad. Su pelo colgaba enmarañado en su frente, y en su rostro sólo quedaba una expresión de resistencia casi exhausta. Serpiente lo vio y Alex lo vio, pero Merideth se quedó de pie, con los hombros hundidos, la mirada clavada en el suelo.

Alex se arrodilló y se llevó gentilmente a los labios la mano de Jesse. La besó casi con reverencia, en los dedos, en la mejilla, en los labios. Ella depositó su mano sobre su

hombro y la conservó allí un instante. Alex se levantó muy despacio, en silencio, miró a Serpiente y salió de la tienda.

—Merry, por favor, dime adiós antes de que te vayas. Aceptando la derrota, Merideth se arrodilló junto a ella,

le apartó el pelo de la cara macerada y la abrazó. Ella devolvió el abrazo. Ninguno de los dos ofreció consuelo.

Merideth salió de la tienda, en un silencio que se hizo más largo de lo que Serpiente hubiese deseado. Cuando las pisadas se convirtieron en un susurro de arena contra cuero, Jesse tembló con un sonido entre el llanto y el gemido.

—¿Curadora?

—Estoy aquí. —Agarró la mano tendida de Jesse.

—¿Crees que habría salido bien?

—No lo sé —dijo Serpiente, recordando cómo una de sus maestras había regresado de la ciudad, tras haber encontrado únicamente las puertas cerradas y gente que se negaba a hablarle—. Quiero creer que sí.

Los labios de Jesse empezaban a adquirir una oscura tonalidad púrpura. Su labio inferior se había roto. Serpiente trató de secar la sangre, pero ésta fluía con la inconsistencia del agua y no pudo detenerla.

—Continúa —susurró Jesse.

—¿Qué?

—Sigue hasta la ciudad. Aún tienes que hacerles una petición.

—Jesse, no...

—Sí. Viven bajo un cielo de piedra, temerosos de todo lo que hay fuera. Pueden ayudarte, pero también necesitan tu ayuda. Se volverán todos locos dentro de unas pocas generaciones. Diles que viví y fui feliz. Diles que tal vez no habría muerto si hubieran contado la verdad. Decían que todo lo que había fuera mataba, y por eso pensé que no mataba nada.

—Llevaré tu mensaje.

—No olvides el tuyo. Otra gente necesita... —Se quedó sin aliento, y Serpiente esperó en silencio. El sudor la empapaba. Sintiendo su desazón, Sombra se enroscó con más fuerza en su brazo.

—¿Curadora?

Serpiente le palmeó la mano.

—Merry se llevó el dolor. Por favor, haz que me vaya antes de que regrese.

—De acuerdo, Jesse —desenroscó a Sombra de su brazo—. Intentaré hacerlo lo más rápido posible.

La hermosa cara arrugada se volvió hacia ella.

—Gracias.

Serpiente se alegró de que Jesse no pudiera ver lo que estaba a punto de suceder. Sombra golpearía una de las carótidas, justo bajo la mandíbula, de modo que el veneno correría hacia el cerebro de Jesse y la mataría instantáneamente. Serpiente lo había planeado con mucho cuidado, sin pasión, preguntándose al mismo tiempo cómo podía pensar con tanta claridad.

Serpiente empezó a hablar suave, hipnóticamente.

—Relájate, echa la cabeza hacia atrás, cierra los ojos, intenta pensar que es el momento de dormir... —Sostuvo a Sombra sobre el pecho de Jesse, esperando a que pasara la tensión y el leve temblor cesara. Las lágrimas le corrían por la cara, pero veía con perfecta claridad. Pudo ver los latidos en la garganta de Jesse. La lengua de Sombra asomó entre sus labios. Hinchó el cuello. Golpearía directamente cuando Serpiente la liberara—. Un sopor profundo, y sueños agradables...

Jesse ladeó la cabeza, dejando al descubierto la garganta. Sombra se deslizó en las manos de Serpiente, quien sintió que sus dedos se abrían mientras pensaba si realmente

debía hacerlo. De repente Jesse se agitó, arqueó la espalda y echó hacia atrás la cabeza. Sus brazos se pudieron rígidos y sus dedos se abrieron y se convirtieron en garras. Asustada, Sombra golpeó. Jesse volvió a convulsionarse, con las manos crispadas, y se relajó por completo, al instante. Dos gotitas de sangre asomaron en las marcas producidas por los colmillos de Sombra. Jesse se estremeció, pero ya estaba muerta.

No quedaba nada sino el olor de la muerte y un cadáver sin espíritu sobre el que Sombra reptaba y siseaba. Serpiente se preguntó si Jesse, de alguna manera, habría sentido cómo crecía la presión hasta el punto de ruptura, y había aguantado todo lo posible para ahorrar a sus compañeros este recuerdo.

Temblando, Serpiente metió a Sombra en el zurrón y limpió el cadáver con tanta gentileza como si siguiera siendo Jesse. Pero ahora no quedaba nada de ella; su belleza se había ido con su vida, dejando tan sólo carne magullada y corrompida. Serpiente cerró los ojos y le cubrió la cara con la sábana.

Salió de la tienda llevando consigo la bolsa de cuero. Merideth y Alex la vieron acercarse. La luna se había alzado; pudo verlos recortados contra las sombras grises.

—Se acabó —dijo. Su voz, de alguna manera, era la misma de siempre.

Merideth no se movió ni habló. Alex cogió la mano de Serpiente, como había cogido la de Jesse, y la besó. Serpiente se retiró, pues no quería ningún agradecimiento por el trabajo de esa noche.

—Debí de haberme quedado con ella —dijo Merideth.

—Merry, no quería que estuviéramos presentes.

Serpiente vio que Merideth siempre imaginaría lo que había sucedido de un millar de formas, cada una más horrible que la anterior, a menos que ella detuviera la fantasía.

—Espero que puedas creermelo, Merideth —informó—. Jesse dijo: «Merry se llevó el dolor», y un momento después, justo antes de que mi cobra la picara, murió. Instantáneamente. Una vena le estalló en el cerebro. Nunca lo sintió. Nunca sintió a Sombra. Pongo a los dioses por testigo de que esa es la verdad.

—¿Habría sido lo mismo, no importa lo que hubiéramos hecho?

—Sí.

Aquello pareció cambiar las cosas lo suficiente para que Merideth lo aceptase. Pero nada cambió para Serpiente. Aún sabía que habría sido la causa de la muerte de Jesse. Al ver que la autorrepulsa desaparecía de la cara de Merideth, Serpiente se dirigió hacia la parte derrumbada de la pared del cañón, donde la pendiente conducía al llano de lava.

Alex la alcanzó.

—¿Adonde vas?

—De regreso a mi campamento —respondió ella atontada.

—Espera, por favor. Jesse quiso que te diéramos algo. Si hubiera dicho que Jesse había pedido que le dieran un regalo, Serpiente lo habría rechazado, pero de alguna manera el hecho de que Jesse lo hubiera dejado marcaba una diferencia. De mala gana, se detuvo.

—No puedo —dijo—. Alex, déjame ir.

El hizo que diera la vuelta, con suavidad, y la guió de regreso al campamento. Merideth se había ido y estaba en el interior de la tienda velando el cadáver de Jesse, o soportando la pena a solas.

Jesse le había dejado un caballo, una yegua gris oscura, casi negra, un hermoso animal con aspecto y espíritu de velocidad. A su pesar, a pesar de saber que no era el caballo propio de una curadora, las manos y el corazón de Serpiente se dirigieron al animal. La yegua le parecía la única cosa que había visto en la vida que reunía sólo hermosura y fuerza, sin estar marcada por la tragedia. Alex le entregó las riendas y ella cerró las manos en torno al suave cuero. La brida estaba repujada en oro con las delicadas filigranas de Merideth.

—Su nombre es Veloz —dijo Alex.

Serpiente emprendió el largo viaje, deseosa de cruzar la lava antes del amanecer. Los cascos de la yegua repicaban sobre la piedra, y el zurrón de cuero golpeaba contra la pierna de la mujer.

Sabía que no podía regresar a la estación de los curadores. Todavía no. Esa noche había demostrado que no podía dejar de ser una curadora, no importaba lo inadecuadas que fueran sus herramientas. Sabía que no podría soportar que sus maestros le quitaran a Sombra y Susurro y la expulsaran. Se volvería loca con el conocimiento de que en una ciudad, o en un campamento, la enfermedad crecía o se producían muertes que ella podría haber curado, prevenido o hecho más tolerables. Siempre intentaría hacer algo.

Había sido educada para mostrarse orgullosa y segura de sí misma, cualidades que tendría que olvidar si regresaba ahora al campamento. Había prometido a Jesse llevar su último mensaje a la ciudad, y cumpliría aquella promesa. Iría a la ciudad por Jesse, y también por ella misma.

4

Arevin estaba sentado sobre un enorme peñasco. El bebé de su prima gorjeaba en un cabestrillo que colgaba de su pecho. El calor y actividad del nuevo ser suponían un alivio para él mientras observaba el desierto en la dirección por la que se había marchado Serpiente. Stavin estaba bien y el nuevo bebé crecía sano; Arevin sabía que debería estar agradecido y contento por la buena fortuna del clan, y por eso su pena le hacía sentir vagamente culpable. Palpó el lugar de su mejilla donde le había golpeado la cola de la serpiente blanca. Como había prometido la curadora, no había cicatriz. Parecía imposible que hubiera pasado el tiempo suficiente desde su marcha para que el corte se cerrara y sanara, porque la recordaba como si aún se encontrara allí. Con Serpiente no sentía la vaguedad que la distancia y el tiempo imponen a la mayoría de la gente. Al mismo tiempo, Arevin sentía que se había marchado hacía una eternidad.

Uno de los grandes bueyes azmilcleros se separó de la manada y se frotó contra la piedra, rascándose el costado. Mugió a Arevin, mordisqueando su pie y lamiendo su bota con su gran lengua rosa. Cerca, un ternero medio crecido masticaba las ramas secas y sin hojas de un matojo del desierto. Todas las bestias de la manada adelgazaban durante los duros veranos; ahora sus pieles eran deslucidas y ásperas. Sobrevivían bastante bien al calor si se esquilaban a conciencia sus capas aislantes cuando empezaban a mudar en primavera; ya que el clan conservaba los bueyes por su fina lana invernal, el esquilado no se pasaba por alto nunca. Pero los bueyes, como las personas, habían tenido ya demasiado verano, calor y comida seca e insípida. Los animales estaban ansiosos, a su manera, por regresar a la fresca hierba de los pastos invernales. Normalmente, también Arevin estaría alegre de regresar a ellos.

El bebé agitó sus manitas al aire, agarró un dedo de Arevin y lo bajó. Arevin sonrió.

—Eso es algo que no puedo hacer por ti, pequeño —dijo. El bebé chupó la yema de su dedo y la masticó feliz, sin llorar al comprobar que no salía leche. Sus ojos eran azules, como los de Serpiente. Muchos bebés tienen los ojos azules, pensó Arevin. Pero esto era suficiente para sumirle en sueños. Soñaba con Serpiente casi todas las noches, o al menos todas las noches que podía dormir. Nunca se había sentido así con respecto a nadie. Se aferraba a los recuerdos de las pocas ocasiones en que se habían tocado: apoyados uno contra el otro en el desierto; el contacto de sus fuertes dedos sobre su mejilla magullada; en la tienda de Stavin, donde él la había consolado. Era absurdo que el instante más feliz de su vida le pareciera el momento anterior a su marcha, cuando la abrazó y esperó que decidiera quedarse. Y se habría quedado, pensó. Porque necesitamos una curadora, y tal vez en parte por mí. Se habría quedado más tiempo si hubiera podido.

Aquella fue la única vez que había llorado en lo que alcanzaba su memoria. Sin embargo, comprendía que ella no estuviera dispuesta a quedarse con sus habilidades mutiladas, pues ahora mismo también él se sentía mutilado. No servía para nada. Lo sabía, pero no podía hacer nada para evitarlo. Cada día esperaba que Serpiente decidiera regresar, aunque sabía que no lo haría. No tenía idea de cuál sería su destino en las profundidades del desierto. Podría haber viajado desde la estación de los curadores durante una semana, o un mes, o medio año, antes de llegar al desierto y decidir cruzarlo en busca de nueva gente y nuevos lugares.

Debería de haberse marchado con ella. Ahora estaba seguro de ello. En su pena, ella no habría podido aceptarlo pero él tendría que haber visto inmediatamente que ella nunca sería capaz de explicar a sus maestros lo que había sucedido allí. Ni siquiera la capacidad reflexiva de Serpiente la ayudaría a comprender los terrores que el pueblo de Arevin sentía hacia las víboras. Arevin lo comprendía por propia experiencia, por la pesadilla que aún sufría concerniente a la muerte de su hermana pequeña, por el frío sudor que corrió por su cuerpo cuando Serpiente le pidió que agarrara a Sombra. Y lo sabía por su propio miedo mortal cuando la víbora de arena mordió la mano de Serpiente, pues ya la amaba entonces y creyó que iba a morir.

Serpiente estaba asociada con los dos únicos milagros que Arevin había visto en su vida. El primero era que no había muerto, y el segundo que había salvado la vida de Stavin.

El bebé abrió los ojos y chupó con más fuerza el dedo de Arevin. El muchacho bajó de la piedra y extendió una mano. La enorme vaca lanuda colocó la quijada en su palma y él la rascó.

—¿Quieres dar un poco de leche a este niño? —preguntó Arevin. Le palmeó la espalda, el costado y el estómago y se arrodilló a su lado. La vaca no tenía mucha leche en esta época del año, pero el ternero estaba casi crecido ya. Arevin frotó brevemente la ubre con su manga y luego alzó al bebé de su prima para que la alcanzara. Sin sentir más miedo por la inmensa bestia que Arevin, el bebé mamó hambriento.

Cuando quedó saciado, Arevin rascó de nuevo a la vaca almizclera bajo la quijada y volvió a subir al peñasco. Poco después, el niño se quedó dormido, con sus deditos agarrados a la mano de Arevin.

—¡Primo!

Miró alrededor. La jefa del clan subió al peñasco y se sentó junto a él. Su largo pelo suelto se movía al débil viento. Se inclinó y sonrió al bebé.

—¿Cómo se ha portado?

—Perfectamente.

Se apartó el pelo de la cara.

—Son mucho más fáciles de llevar cuando los puedes cargar a la espalda. Y cuando se los suelta de vez en cuando. —sonrió. No siempre era tan reservada y digna como cuando recibía a los huéspedes del clan.

Arevin consiguió sonreír.

Ella colocó una mano sobre la de él.

—Querido mío, tengo que preguntarte qué te pasa. Arevin se encogió de hombros, cohibido.

—Intentaré hacerlo mejor —dijo—. He sido de poca utilidad últimamente.

—¿Crees que he venido a criticarte?

—Me lo merecería —Arevin no miró a la líder de su clan, su prima, sino que se centró en su hijo. Ella le soltó la mano y le pasó un brazo por encima de los hombros.

—Arevin —dijo, hablándole directamente por su nombre por tercera vez en su vida—. Arevin, eres valioso para mí. Con el tiempo, podrías ser elegido líder del clan, si así lo quisieras. Pero debes poner en paz tu mente. Si ella no te quiso...

—Nos queríamos —contestó Arevin—. Pero no podía continuar su trabajo aquí y dijo que no podía ir con ella. Ahora no puedo seguirla —miró al bebé. Desde la muerte de sus padres, Arevin había sido aceptado como miembro del grupo familiar de su prima. Había seis compañeros adultos, dos niños, ahora tres, y Arevin. Sus responsabilidades no estaban bien definidas, pero se sentía responsable de los chiquillos. Especialmente ahora, con el viaje a los territorios de invierno por delante, el clan necesitaba el trabajo de cada miembro. Desde ahora hasta el final del viaje, los bueyes almizcleros tendrían que ser vigilados día y noche, en caso contrario se dirigirían al este en pequeños grupos, buscando nuevos pastos, y nunca volverían a verlos. Encontrar comida era un problema igualmente difícil para los seres humanos en esa época del año. Pero si se marchaban demasiado pronto, llegarían a los territorios de invierno cuando el forraje estuviera aún recién brotado y fácil de dañar.

—Primo, dime qué quieres.

—Sé que el clan no puede prescindir de nadie ahora mismo. Tengo responsabilidades hacia ti, hacia este niño... Perola curadora... ¿cómo puede ella explicar lo que ha sucedido aquí? ¿Cómo podrá hacerlo comprender a sus maestros cuando ni ella misma puede comprenderlo? Vi cómo la mordía una víbora de la arena. Vi cómo la sangre y el veneno corrían por su brazo. Pero apenas lo notó. Dijo que nunca lo sentiría.

Arevin miró a su amiga, pues no le había hablado a nadie del incidente de la víbora, pensando que no lo creerían. La mujer estaba sorprendida, pero no discutió su palabra.

—¿Cómo puede explicar lo mucho que temíamos lo que ofrecía? Le diré a sus maestros que cometió un error y que por su culpa murió la serpiente. Ella se considera responsable. Ellos lo pensarán también, y la castigarán.

La líder del clan paseó la mirada por el desierto. Alzó una mano y se colocó un rizo de pelo gris canoso tras la oreja.

—Es una mujer orgullosa —dijo—. Tienes razón. No buscaré excusas.

—No volverá si la exilian. No sé adonde irá, pero nunca la volveremos a ver.

—Las tormentas se acercan —dijo la líder bruscamente. Arevin asintió.

—Si fueras tras ella...

—¡No puedo! ¡Ahora no!

—Querido, hacemos las cosas de la forma en que las hacemos para que todos podamos estar libres la mayor parte del tiempo, en vez de que haya sólo algunos pocos libres constantemente. Te estás encadenando a la responsabilidad cuando circunstancias extraordinarias exigen tu libertad. Si fueras mi compañero y tu trabajo fuera cuidar al niño, el problema sería más difícil, pero no necesariamente imposible de resolver. Tal como están las cosas, mi compañero ha tenido mucha más libertad desde el nacimiento del niño delo que esperaba cuando decidimos concebirlo. Y es por tu disposición a hacer más de lo que compartes.

—No es así —dijo Arevin rápidamente—. Quería ayudar con el niño. Lo necesitaba. Necesitaba... —se detuvo, sin saber qué había empezado a decir—. Le estaba agradecido por permitirme ayudar.

—Lo sé. Y no puse ninguna objeción. Pero él no te estaba haciendo ningún favor. Tú le hacías uno a él. Tal vez ahora es el momento de devolverle sus responsabilidades —sonrió amablemente—. Tiende a dedicarse demasiado a su trabajo.

Su compañero era tejedor, el mejor del clan, pero ella tenía razón: a menudo parecía pasar por la vida soñando.

—Nunca debí de haberla dejado marchar —dijo Arevin, bruscamente—. ¿Por qué no lo dije antes? Tendría que haber protegido a mi hermana, y fallé, y ahora he fallado también con la curadora. Debería de haberse quedado con nosotros. Aquí habría estado a salvo.

—Le habría faltado un componente esencial.

—¡Aún podría curar!

—Mi querido amigo, es imposible proteger a alguien completamente sin esclavizarlo. Creo que eso es algo que nunca has comprendido porque siempre has exigido demasiado de ti mismo. Te echas la culpa por la muerte de tu hermana...

—No la vigilé como debía.

—¿Qué podrías haber hecho? Recuerda su vida, no su muerte. Era valiente, feliz y arrogante, como tienen que ser los niños. Sólo podías protegerla más encadenándola a ti por el miedo. No podría haber vivido así y seguir siendo la persona que amabas. Creo que la curadora tampoco hubiese podido.

Arevin miró al niño que tenía en sus brazos y supo que su prima tenía razón. Sin embargo, seguía siendo incapaz de desterrar sus sentimientos de confusión y culpa.

Ella le palmeó el hombro amablemente.

—Conoces mejor que yo a la curadora y dices que no puede explicar nuestro miedo. Creo que tienes razón. Debería de haberme dado cuenta. No quiero que la castiguen por algo que hicimos nosotros, ni quiero que nuestra gente sea malinterpretada. —La hermosa mujer jugueteó con el círculo de metal que colgaba de su cuello, suspendido de una estrecha tira de cuero—. Tienes razón. Alguien tiene que ir al campamento de los curadores. Podría ir yo, porque el honor del clan es responsabilidad mía. El compañero de mi hermano podría ir, porque fue quien mató a la serpiente. O podrías ir tú, porque llamas amiga a la curadora. El clan tendrá que reunirse para decidir cuál. Cualquiera de nosotros podría ser líder, y cualquiera podría haber temido a su pequeña serpiente lo suficiente para matarla, pero sólo tú te hiciste amigo de la curadora.

Dejó de mirar al horizonte y se centró en Arevin, y éste supo que había sido líder tiempo suficiente para razonar como razonaría el clan.

—Gracias —dijo.

Has perdido a demasiadas personas a las que amabas. No pude hacer nada cuando perdimos a tus padres, ni cuando murió tu hermana. Pero esta vez puedo ayudarte, aunque eso te separe de nosotros —le acarició el pelo, que era grisáceo como el suyo propio—. Pero por favor recuerda, querido, que no me gustará perderte de forma permanente.

Descendió rápidamente del peñasco, dejándole solo con el bebé. Su confianza le consoló; ya no necesitaba seguir preguntándose si seguir a la curadora, si seguir a Serpiente era lo adecuado. Lo era, porque era algo que tenía que hacerse. Como mínimo, el clan le debía aquello a Serpiente. Arevin liberó la mano del húmedo abrazo del bebé, se echó el cabestrillo a la espalda y empezó a bajar la roca.

En el horizonte, el oasis parecía tan verde y suave bajo la pálida luz del amanecer que al principio Serpiente pensó que se trataba de un espejismo. No se sentía del todo capaz de distinguir la ilusión de la realidad. Había cabalgado toda la noche para cruzar el río de lava antes de que saliera el sol y el calor se hiciera insoportable. Le ardían los ojos y tenía los labios resecos y agrietados.

La yegua gris, Veloz, alzó la cabeza y adelantó las orejas, ensanchando los ollares ante el olor del agua, ansiosa por alcanzarla después de haber pasado tanto tiempo con raciones escasas. Cuando el caballo empezó a trotar, Serpiente no lo contuvo.

Los delicados árboles de verano se alzaban a su alrededor y acariciaron sus hombros con el suave follaje. El aire bajo ellas era casi frío y denso por el olor de la fruta que maduraba. Serpiente se apartó el turbante de la cara e inspiró profundamente.

Desmontó y condujo a Veloz hacia el oscuro estanque. La yegua sumergió el hocico en el agua y bebió. Serpiente se arrodilló cerca y cogió agua con las manos. Esta salpicó y se deslizó entre sus dedos, creando ondas en la superficie del estanque. Las ondas se ampliaron y se aclararon, y Serpiente pudo verse reflejada en el agua. Su rostro estaba enmascarado por el polvo.

Parezco un bandido, pensó. O un payaso.

Pero la risa que despertaba era de desdén, no de alegría. Las lágrimas abrieron un surco en la suciedad de su cara. Las tocó y siguió contemplando su reflejo.

Serpiente deseó olvidar los últimos días, pero este recuerdo nunca la abandonaría. Aún podía sentir la seca fragilidad de la piel de Jesse, y su contacto leve e interrogador; aún podía oír su voz. Y podía sentir el dolor de su muerte que no pudo prevenir, ni facilitar. No quería ver ni sentir aquel dolor de nuevo.

Tras sumergir las manos en el agua fría, Serpiente se frotó la cara para lavar el polvo negro, el sudor y las huellas de sus lágrimas.

Condujo con cuidado a Veloz por la ribera y pasó junto a tiendas y silenciosos campamentos donde todavía dormían los miembros de la caravana. Cuando llegó a la de Gruñí se detuvo, pero las puertas de tela de la tienda estaban cerradas. Serpiente no quería despertar a la anciana ni a sus nietas. Al otro lado de la ribera pudo ver el establo. Ardilla, su pony atigrado, estaba durmiendo junto a los caballos de Grum. Su pelaje negro y oro mostraba los efectos de una semana de enérgica limpieza; estaba gordo y contento, y ya no acusaba molestias en el pie sin herradura. Serpiente decidió dejarlo otro día con Grum, y no molestar al pony atigrado ni a la anciana nómada esa mañana.

Veloz siguió, mordisqueando de vez en cuando su cadera. Serpiente acarició a la yegua tras las orejas, donde el sudor se había secado bajo la brida. El pueblo de Arevin le había dado un saco de heno para Ardilla, pero Grum había estado alimentando al pony, de modo que el forraje aún estaría en el campamento.

—Comida, un buen lavado y un poco de sueño, esto es lo que las dos necesitamos — le dijo al caballo.

Había dispuesto su campamento un poco alejado de los otros, más allá de un macizo de roca, en una zona que los comerciantes no apreciaban mucho. Era más seguro para la gente y para sus animales mantenerse aparte. Serpiente rodeó el risco de piedra.

Todo había cambiado. Había dejado su petate tendido y bien dispuesto, pero todo lo demás estaba empaquetado. Ahora, alguien había doblado sus mantas y las había apilado, almacenado sus otras ropas y dejado sus utensilios de cocina en fila sobre la arena. Frunció el ceño y se acercó. Los curadores eran considerados con deferencia e incluso temor; ni siquiera había pensado en pedirle a Grum que vigilara sus pertenencias así como a su pony. Nunca se le había ocurrido que alguien pudiera hurgar en su equipaje mientras estaba fuera.

Entonces vio que los utensilios estaban mellados: la fuente de metal doblada, la copa aplastada, la cuchara retorcida. Soltó las riendas de Veloz y corrió hacia sus pertenencias. Las mantas dobladas estaban rotas y rasgadas. Recogió su camisa limpia de la pila de ropas, pero ya no estaba limpia. Había sido hundida en el lodo al borde del agua. Su camisa favorita, la más cómoda, vieja y confortable, gastada y debilitada en algunas zonas, estaba ahora rota por la espalda y las mangas estaban hechas jirones; arruinada.

La bolsa con el forraje estaba alineada con el resto de sus cosas, pero el heno estaba aplastado y esparcido en la arena. Veloz mordisqueó los fragmentos, mientras Serpiente contemplaba la desolación que la rodeaba. No podía comprender cómo alguien podía saquear su campamento y luego dejarlo todo en perfecto orden. En realidad, no podía comprender en absoluto cómo nadie podía robar su campamento, pues tenía pocas cosas de valor. Sacudió la cabeza. Tal vez alguien creía que cobraba grandes sumas de oro y joyas. Algunos curadores eran ricamente recompensados por sus servicios. Sin embargo, había mucho honor en el desierto, e incluso la gente cuyas profesiones no despertaban recelo y estaban por tanto desprotegidas no temían dejar sus pertenencias sin vigilancia.

Todavía con la camisa rota en la mano, Serpiente deambuló por los restos de su campamento, sintiéndose demasiado cansada, vacía y confusa para pensar en lo que había sucedido. Vio la silla de Ardilla apoyada en una roca; Serpiente la recogió sin ninguna razón en particular, quizá tan sólo porque parecía ilesa.

Entonces vio que todas las bolsas laterales habían sido abiertas y rasgadas, aunque las solapas estaban aseguradas con cierres. Las bolsas contenían todos sus mapas y registros, y el diario de su año de prueba, que aún no había terminado. Introdujo las manos en los resquicios, esperando encontrar al menos un trozo de papel, pero no había nada. Dejó caer la silla al suelo. Corrió hacia los límites de su campamento, miró tras las rocas y pateó la arena en busca de páginas blancas descartadas o intentando oír el rumor del papel bajo sus pies, pero no encontró nada. No quedaba nada.

Se sintió atacada físicamente. Todas las demás cosas que poseía, las mantas, las ropas y, desde luego, los mapas podían ser útiles a un ladrón, pero el diario era inútil para cualquiera excepto para ella.

—¡Maldición! —gritó llena de furia. La yegua resopló y se retiró, metiendo las patas en el estanque. Poco después, Serpiente se calmó, luego se dio la vuelta, tendió la mano y caminó lentamente hacia Veloz hablándole en voz baja, hasta que la yegua la dejó coger las riendas. Serpiente la acarició.

—Tranquila —dijo—. Tranquila, no importa —hablaba tanto para sí como para la yegua. Las dos estaban sumergidas hasta las rodillas en el agua clara y fría. Serpiente palmeó al animal, peinando la melena negra con los dedos. Su visión se volvió borrosa de repente y se apoyó contra el cuello de Veloz, temblando.

Al escuchar los fuertes latidos del corazón y la tranquila respiración de la yegua, Serpiente consiguió calmarse. Se enderezó y salió del agua. En la orilla, desató el zurrón de las serpientes, luego desensilló al caballo y empezó a frotarlo con un trozo de manta rota. Trabajó con la determinación del cansancio. La hermosa silla y la brida, ahora manchadas de polvo y sudor, podían esperar, pero Serpiente no dejaría a Veloz sucia y sudorosa mientras ella descansaba.

—Niña-serpiente, niña-curadora, niña querida...

Serpiente se dio la vuelta. Grum cojeó hacia ella, ayudándose con un nudoso bastón. La acompañaba una de sus nietas, una alta muchachita de piel de ébano, pero todas las nietas de Grum sabían hacer más cosas aparte de intentar ayudar a la pequeña anciana doblada por la artritis.

El turbante blanco de Grum aparecía abierto sobre su escasa cabellera.

—Querida niña, ¿cómo he podido dejar que pasaras de largo ante mi tienda? La oíré llegar, pensaba. O su pony la olerá y relinchará —la cara morena y arrugada de Grum mostraba añadidas nuevas líneas de preocupación—. Niña-serpiente, no queríamos que vieras esto tú sola.

—¿Qué ha pasado, Grum?

—Pauli —le dijo la anciana a su nieta—, encárgate del caballo de la curadora.

—Sí, Grum.

Cuando Pauli cogió las riendas, tocó el brazo de Serpiente en un gesto de consuelo. Recogió la silla y condujo a Veloz hacia el campamento de Grum.

Grum asió el hombro de Serpiente (no para apoyarse, sino para consolarla) y la guió hacia un macizo rocoso. Se sentaron y Serpiente volvió a contemplar su campamento, sin dar crédito a sus ojos. Miró a Grum, y ésta suspiró.

—Fue ayer, antes de amanecer. Oímos ruidos y una voz que no era la tuya y, cuando acudimos a mirar, pudimos observar una figura vestida con ropas del desierto. Al principio pensamos que estaba bailando, pero cuando nos acercamos, huyó corriendo. Rompió su linterna en la arena y no pudimos encontrarle. Descubrimos que tu campamento... —Grum se encogió de hombros—. Recogimos todo lo que pudimos encontrar, pero no quedaba nada entero.

Serpiente miró en silencio a su alrededor, sin comprender por qué nadie podía querer saquear su campamento.

—Por la mañana el viento borró todas las huellas —continuó diciendo Grum—. La criatura debe haberse internado en el desierto, pero no era un habitante del desierto. Nosotros no robamos. Nosotros no destruimos.

—Lo sé, Grum.

—Ven conmigo. Desayuna. Duerme. Olvida al loco. Todos tenemos que estar en guardia contra los locos —cogió la mano llena de cicatrices de Serpiente entre sus manos pequeñas y endurecidas por el trabajo—. Pero no deberías haber venido a ver todo esto sola, no. Tendría que haberte prevenido antes, niña-Serpiente.

—No importa, Grum.

—Déjame que te ayude a mudarte a mis tiendas. No querrás quedarte aquí más tiempo.

—No queda nada que trasladar —Serpiente siguió contemplando el revoltijo. La anciana, a su lado, le palmeó gentilmente la mano.

—Lo destrozó todo, Grum. Si se lo hubiera llevado, podría comprenderlo, pero...

—Niña, nadie comprende a los locos. No tienen razones.

Precisamente por eso, Serpiente no podía creer que un loco auténtico destruyera tantas cosas. El daño había sido causado de una forma tan deliberada y, extrañamente, tan racional, que no parecía tanto el resultado de la locura como el de la furia.

Se echó a temblar otra vez.

—Ven conmigo —dijo Grum—. Los locos aparecen y desaparecen, son como, las moscas de la arena. Un verano las oyes cada vez que te das la vuelta, y al siguiente nada.

—Supongo que tienes razón.

—La tengo. Entiendo de estas cosas. No volverá por aquí. Irá a cualquier otra parte, pero muy pronto todos lo buscaremos. Cuando lo encontremos, lo llevaremos a los reparadores y tal vez puedan curarlo.

Serpiente asintió, cansada.

—Eso espero.

Se colgó al hombro la silla de Ardilla y cogió el zurrón de las serpientes. El asa vibró débilmente cuando Susurro se enroscó en su compartimento.

Caminó junto a Grum hacia el campamento de la anciana, demasiado cansada para seguir pensando en lo que había ocurrido, escuchando agradecida sus consoladoras palabras de apoyo y simpatía. Primero la pérdida de Silencio, después la muerte de Jesse, y ahora esto. Serpiente casi deseaba ser supersticiosa, pues así podría creer que le habían echado una maldición. La gente que creía en esas cosas creía también que había medios para deshacerse de las maldiciones. Ahora mismo Serpiente no sabía en qué pensar ni en qué creer, o cómo cambiar el curso de su vida que se había asumido en la desgracia.

—¿Por qué sólo robó mi diario? —dijo bruscamente—. ¿Por qué mis mapas y mi diario?

—¡Mapas! ¿El loco robó mapas? Pensé que te los habías llevado contigo. Fue un loco, entonces.

—Supongo que sí. Tiene que serlo. —Sin embargo, aún no podía convencerse.

—¡Mapas! —exclamó de nuevo Grum.

La furia y la rabia de la anciana parecieron sobrepasar por un momento las de la propia Serpiente. Pero la sorpresa que percibía en la voz de Grum la perturbaba.

Serpiente se volvió violentamente ante el brusco tirón que sintió en la túnica. Igualmente sorprendido, el recolector dio un salto atrás. Serpiente se relajó cuando vio quién era: uno de los basureros que recogía cualquier trozo de metal, lana, tela, cuero, los desechos de otros campamentos y conseguía sacarles partido. Los recolectores vestían con túnicas multicolores formadas de remiendos de tela ingeniosamente cosidos en moldes geométricos.

—Curadora, ¿no dejas coger todo eso? A ti no te sirve...

—¡Márchate, Ao! —exclamó Grum—. No la molestes ahora. Tendrías que tener más tacto.

El recolector miró el suelo pero no se retiró. Como ocurría con todos los de su oficio, resultaba difícil reconocer su sexo.

—Ahora no puede hacer nada con eso. Nosotros sí. Deja que nos lo quedemos, lo recogeremos todo.

—Es un mal momento para pedir.

—No importa, Grum. —Serpiente empezó a decirle al recolector que se lo llevara todo. Tal vez podrían sacar algún uso de las mantas rasgadas y las cucharas rotas; ella no podría hacerlo. Ni siquiera quería volver a verlas; no quería recordar lo sucedido. Pero la petición del recolector apartó a Serpiente de sus preguntas y su confusión, y la hizo regresar a la realidad; recordó algo que Grum le había dicho sobre la gente de Ao la primera vez que habló con ella.

—Ao, cuando vacune a los otros, ¿me dejarás que también os vacune?

El recolector pareció dudar.

—Reptadoras viscosas, venenos, brujas... no, no es para nosotros.

—No es nada de eso. Ni siquiera veréis a las serpientes.

—No, para nosotros no.

—Entonces tendré que llevar toda esa basura al estanque y hundirla.

—¡Qué derroche! —chilló el recolector—. ¡No! ¡Ensuciar el agua! Avergüenzas mi profesión y te llenas de vergüenza tú también.

—Yo siento lo mismo cuando no me dejas protegeros contra la enfermedad. Derroche. Derroche de vidas humanas. Muertes innecesarias.

El recolector la miró por debajo de su hirsutas cejas.

—¿Nada de venenos? ¿Nada de magias?

—Nada.

—Sé el último si quieres —dijo Grum—. Verás que no me mata.

—¿Nada de reptadoras viscosas? Serpiente no pudo evitar echarse a reír.

—No.

—¿Y entonces nos darás todo eso? —El recolector hizo un gesto en dirección al campamento arrasado de Serpiente.

—Sí, después.

—¿No habrá enfermedad después?

—Menos. No puedo acabar con todas. No más sarampión. No más fiebre escarlata. No más tétanos.

—¡Tétanos! ¿Acabas con eso?

—Sí. No para siempre, pero sí para una buena temporada.

—Iremos —dijo el recolector. Se dio la vuelta y se marchó.

En el campamento de Grum, Pauli estaba cepillando a Veloz mientras la yegua mordisqueaba briznas de heno. Pauli tenía las manos más hermosas que Serpiente había visto nunca, grandes y delicadas a la vez, de dedos largos y fuertes, intactos a pesar del duro trabajo que realizaba. Aun cuando era alta, sus manos deberían haber parecido demasiado grandes para su tamaño, pero no era así. Eran hermosas y expresivas. Grum y ella eran tan diferentes como pueden serlo dos personas, excepto por el aire de amabilidad compartida por abuela y nieta, y por todos los primos de Pauli que Serpiente conocía. Serpiente no había pasado en el campamento el tiempo suficiente para saber cuántos nietos tenía Grum, ni para saber el nombre de la niña que permanecía sentada cerca limpiando la silla de Veloz.

—¿Cómo está Ardilla? —preguntó Serpiente.

—Hermoso y feliz, niña. Puedes verlo allí, bajo el árbol, demasiado perezoso para correr. Pero vuelve a estar sano. Lo que tú necesitas ahora es una cama y descanso.

Serpiente observó su pony atigrado, que se encontraba entre los árboles, meneando la cola. Parecía tan cómodo y contento que no lo llamó.

Serpiente se sentía cansada, pero podía sentir la tensión en los músculos del cuello y los hombros. Sería imposible dormir mientras no hubiera aliviado parte de aquella tensión. Quería pensar en su campamento. Tal vez, como había dicho Grum, acabaría por decidir que había sido el acto vandálico de un loco. Si era así tenía que comprenderlo y aceptarlo. Pero no estaba acostumbrada a que sucedieran tantas cosas por casualidad.

—Voy a darme un baño, Grum —dijo—, y luego puedes buscarme un sitio donde no te moleste. No me quedaré mucho tiempo.

—Mientras permanezcamos aquí, siempre serás bienvenida entre nosotros, niña-curadora, todo el tiempo que quieras.

Serpiente la abrazó. Grum le palmeó la espalda.

Cerca del campamento de Grum, las aguas de uno de los manantiales que alimentaban el oasis manaban de la piedra y corrían por las rocas. Serpiente escaló hasta el lugar donde el agua calentada por el sol se apilaba en un suave recodo que hacía las veces de bañera. Podía ver todo el oasis: cinco campamentos junto a la orilla, gente, animales. Las débiles voces de los niños y el agudo ladrido de un perro llegaban hasta ella a través del aire denso y polvoriento. En un anillo alrededor del lago, los árboles se alzaban como plumas, como un manto de pálida seda verde.

A sus pies, el moho suavizaba la roca alrededor del hueco en forma de baño. Serpiente se quitó las botas y dio un paso hacia la fría alfombra viviente.

Se desnudó y se introdujo en el agua. Estaba justo por debajo de la temperatura corporal, agradable pero no sorprendente dado el calor de la mañana. Había una laguna más fría por encima de las rocas, y otra más cálida debajo. Serpiente alzó una piedra de un salidero que permitía que el agua sobrante cayera a la arena. Era mejor que permitir que el agua sucia continuara fluyendo hacia el oasis. Si lo hiciera, varios nómadas furiosos subirían a decirle que se detuviera. Lo harían tan silenciosa y firmemente como si trasladaran a los animales estacionados demasiado cerca de la ribera, o le pidieran a alguien que tenía los malos modales de aliviar sus necesidades al borde del agua que cesara de hacerlo. Las enfermedades transmitidas por el agua sucia no existían en el desierto.

Serpiente se introdujo más en el agua tibia, sintiéndola alzarse a su alrededor como una línea placentera que cruzara sus muslos, sus caderas, sus pechos. Se reclinó contra la cálida piedra y dejó que la tensión se esfumara lentamente. El agua le hacía cosquillas en la nuca.

Repasó los últimos días: de alguna manera, los incidentes parecían extenderse en el tiempo. Estaban embebidos en una niebla de cansancio. Se miró la mano derecha. La fea magulladura había desaparecido, y de la mordedura de la víbora de arena no quedaba más que la cicatriz de dos pequeños pinchacitos rosa. Cerró el puño y alzó la mano: no sentía rigidez ni debilidad.

Tan poco tiempo para tantos cambios. Serpiente nunca había conocido la adversidad anteriormente. Su trabajo y su formación no resultaron fáciles, pero fueron posibles. Ninguna sospecha, ninguna inseguridad ni ningún loco habían alterado el tranquilo fluir de los días. Nunca había fracasado en nada, todo había sido claro como el cristal, el bien y el mal perfectamente definidos.

Serpiente sonrió débilmente: si alguien hubiera intentado decirle a ella o a los otros estudiantes que la realidad era diferente, fragmentaria, contradictoria y sorprendente, no lo habrían creído. Ahora comprendía los cambios que había visto en los estudiantes mayores que ella después de regresar de sus expediciones de prueba. Y, aún más, comprendía por qué unos pocos no llegaron a regresar nunca. No todos habían muerto, quizá ni siquiera la mayoría. Los accidentes y los locos eran los únicos peligros que no

guardaban ningún respeto hacia los curadores. No, algunos se habían dado cuenta de que no servían para aquella vida y la habían abandonado por otra cosa.

No obstante, había descubierto que, pasara lo que pasara, con todas sus serpientes o con ninguna siempre sería una curadora. Los días de autocompasión por la pérdida de Silencio habían pasado; los malos tiempos de lamentos por Jesse habían pasado. Serpiente nunca olvidaría la muerte de la muchacha, pero no podía llorarla eternamente. En cambio, sí pretendía cumplir la última voluntad de Jesse.

Se sentó y se frotó todo el cuerpo con arena. La corriente fluía a su alrededor y se deslizaba por el desagüe. Las manos de Serpiente acariciaron su cuerpo. El placer del agua fría, la relajación y el contacto le recordaron con un shock casi físico el tiempo que había pasado desde que la habían acariciado, desde que había actuado siguiendo sus deseos. Tumbada en el estanque, fantaseó pensando en Arevin.

Descalza y desnuda de cintura para arriba, con la túnica sobre los hombros, Serpiente bajó del estanque. A medio camino del campamento de Grum, se detuvo en seco y escuchó de nuevo el débil sonido. Allí estaba otra vez: el suave deslizarse de las escamas sobre la roca, el sonido de una serpiente al moverse. Al principio, no vio nada, pero luego, finalmente, una víbora de arena se deslizó por una rendija en la piedra. Alzó su grotesca cabeza y asomó la lengua.

Con un débil escalofrío mental al recordar la picadura de la otra víbora, Serpiente esperó pacientemente y la criatura siguió reptando. No tenía la etérea belleza de Sombra, ni dibujos diamantinos como Susurro. Era simplemente fea, con una cabeza llena de protuberancias y escamas de color marrón oscuro. Pero era una especie que los curadores no conocían y, aún más, suponía una amenaza para el pueblo de Arevin. Tendría que haber capturado una en su campamento, pero no se le había ocurrido en el momento, hecho que había lamentado desde entonces.

No había podido vacunar a su clan porque, sin saber qué enfermedades les eran endémicas, no podía preparar el catalizador adecuado para Susurro. Cuando regresara, si se le permitía hacerlo, se encargaría de aquello. Pero si podía capturar a la víbora que se arrastraba silenciosamente hacia ella, podría hacer también una vacuna contra su veneno, como regalo.

La leve brisa soplaba de la serpiente hacia ella; el animal no podía olerla. Si tenía receptores de calor, las cálidas rocas negras la confundirían. No advirtió la presencia de la curadora. Su visión, supuso, no era mejor que la de cualquier otra serpiente. Reptó por delante de ella, casi por encima de su pie desnudo. Ella se agachó muy despacio, extendió una mano hacia su cabeza y colocó la otra por delante. Cuando el movimiento la alertó, la serpiente se echó hacia atrás para golpear y se puso directamente dentro de su palma. La mujer la agarró con firmeza, sin darle oportunidad de morder. La serpiente se enroscó en su brazo, siseó y se debatió, mostrando sus largos colmillos amenazadores.

Serpiente tembló.

—Quieres probarme, ¿no, criatura? —Torpemente, con una mano, dobló el turbante y ató a la serpiente dentro de la bolsa improvisada para que no asustara a nadie cuando regresara al campamento.

Bajó el suave sendero de piedra.

Grum había dispuesto una tienda para ella. Estaba colocada a la sombra, con las puertas de tela abiertas para capturar el débil frescor de la brisa mañanera. También había dejado un cuenco con frutas frescas, las primeras bayas maduras de la temporada. Eran negrizules, redondas, más pequeñas que un huevo de gallina. Serpiente mordió una lentamente, con cautela, pues nunca antes había comido una fresca. El denso jugo chorreó por la piel rota de la cereza. La comió despacio, saboreándola. La semilla que tenía en su interior era grande, casi la mitad del volumen de la fruta. Tenía un grueso envoltorio para protegerla de las tormentas del invierno y los largos meses o años de

sequía. Cuando terminó de comer el fruto, guardó la semilla para que la plantaran cerca del oasis, donde tendría la oportunidad de crecer. Al acostarse, Serpiente recordó que tenía que llevarse algunas semillas con ella. Si podían conseguir que crecieran en las montañas, serían una buena ganancia para el huerto. Un momento después se quedó dormida.

Durmió profundamente, sin soñar, y cuando se despertó aquella noche, se sintió mejor de lo que se había sentido durante días. El campamento estaba en silencio. Para Grum y sus nietas, ésta era una parada de descanso planeada para sus animales y para ellas. Eran mercaderes que regresaban a casa después de haber pasado el verano comerciando, comprando y vendiendo. La familia de Grum, como las otras familias acampadas aquí, tenía derechos hereditarios sobre una porción de las bayas de los árboles. Cuando la cosecha terminara y la fruta se secara, la caravana de Grum dejaría el desierto y viajaría de regreso a sus cuarteles de invierno. La cosecha empezaría pronto: en el aire flotaba el fuerte olor de la fruta.

Grum se encontraba cerca del corral, con las manos cruzadas sobre su bastón. Al oír a Serpiente, se dio la vuelta y sonrió.

—¿Has dormido bien, niña-curadora?

—Sí, Grum, gracias.

Ardilla no parecía destacar entre los caballos de Grum; la vieja mercader atesoraba appaloosas, bayos, pintos. Pensaba que hacían la caravana más llamativa, y probablemente tenía razón. Serpiente silbó y Ardilla sacudió la cabeza y trotó hacia ella, completamente sano.

—Te ha echado de menos.

Serpiente rascó las orejas del caballo mientras éste la apretaba con su suave hocico.

—Sí, ya veo que ha engordado. Grum se echó a reír.

—Les alimentamos bien. Nadie me ha acusado jamás de maltratar a un animal.

—Tendré que obligarlo para que se venga conmigo.

—Entonces quédate... ven con nosotros a nuestro poblado y pasa allí el invierno. Nuestra salud no es mejor que la de ningún otro pueblo.

Gracias, Grum. Pero hay algo que tengo que hacer primero.

Por un momento casi había olvidado la muerte de Jesse, pero sabía que aquello nunca sería posible. Serpiente se introdujo bajo las cuerdas del corral y alzó la pata del pony atigrado.

—Intentamos reemplazar la herradura —dijo Grum—. Pero las nuestras son demasiado grandes y aquí, a estas alturas, no hay ningún herrero que le forje la suya o le haga una nueva.

Serpiente cogió los pedazos de la herradura rota. Era casi nueva, pues había mandado herrar a Ardilla poco antes de internarse en el desierto. Los bordes estaban aún afilados y cuadrados. El metal tenía que estar defectuoso. Tendió las piezas a Grum.

—Tal vez Ao pueda usar el metal. Si trato a Ardilla con cuidado, podré llevarlo a Montaña, ¿no?

—Oh, desde luego, ya que puedes montar la hermosa yegua gris.

Serpiente lamentó haber cabalgado a Ardilla. Normalmente no lo hacía. Le bastaba con caminar, y el animal llevaba las serpientes y su carga. Pero después de abandonar el campamento de Arevin, había vuelto a sentir los efectos de la mordedura de la víbora. Su intención era montar a Ardilla solamente hasta que la debilidad la abandonara, pero entonces se había desmayado. El animal la había cargado pacientemente sobre el lomo. Sólo cuando empezó a flaquear, ella volvió en sí, al escuchar el sonido del hierro roto.

Serpiente rascó la testuz del pony.

—Entonces nos iremos mañana, en cuanto mengüe el calor. Eso nos deja todo el día para vacunar a la gente, si es que acuden.

—Muchos acudiremos, querida. ¿Pero por qué nos dejas tan pronto? Ven a casa con nosotros. Hay la misma distancia que a Montaña.

—Voy a continuar hasta la ciudad.

—¿Ahora? Es demasiado tarde. Te cogerán las tormentas.

—No, si no pierdo tiempo.

—Niña-curadora, querida, no sabes cómo son.

—Si lo sé. Crecí en las montañas. Las veía todos los inviernos.

—Observarlas desde lo alto de una montaña no es lo mismo que intentar vivir en ellas —dijo Grum.

Ardilla se dio la vuelta y galopó hacia un grupo de caballos que pastaban en la sombra, al otro lado del corral. Serpiente se echó a reír.

—Cuéntame el chiste, pequeña.

Serpiente miró a la mujer encorvada cuyos ojos eran astutos y brillantes como los de un zorro.

—Acabo de advertir con cuál de tus caballos lo has puesto. Grum se ruborizó incluso por encima de su profundo bronceado.

—Curadora, niña querida, no pretendía que pagaras por su estancia... pensé que no te importaría.

—Grum, no pasa nada. No me importa. Y estoy segura de que a Ardilla tampoco. Pero me temo que vas a llevarte una decepción cuando llegue la época de los partos. Grum sacudió la cabeza sabiamente.

—No, se comporta bien para ser un semental pequeño, pero sabe cuál es su deber. Me gustan los caballos manchados, especialmente si sus manchas se parecen a las de los leopardos. —Grum tenía un appaloosa moteado como un leopardo, su campeón: blanco con manchas negras del tamaño de una moneda por todo el cuerpo—. Y ahora los tendré también rayados.

—Me alegro de que te guste su color. —Inducir un virus para seleccionar los genes adecuados había requerido a Serpiente buena parte de su trabajo—. Pero no creo que te dé muchos potrillos.

—¿Por qué no? Como he dicho...

—Puede que nos sorprenda... Eso espero, por ti. Pero creo que es estéril.

—Ah —dijo Grum—. Ah, lástima. Pero comprendo. Es un cruce de caballo y uno de esos burros a rayas de los que he oído hablar.

Serpiente no insistió más. La explicación de Grum era equivocada; Ardilla no era más híbrido que los caballos de la anciana, excepto por una pequeña complicación genética. Pero Ardilla era resistente al veneno de Sombra y Susurro, y aunque la causa era diferente, el resultado era el mismo que si fuera un mulo. Sus inmunidades eran tan eficientes que probablemente su sistema no reconocía las células haploides, el esperma, como propio, y por eso las destruía.

—Sabes, niña-Serpiente, una vez tuve un mulo que resultó un buen semental. Sucede a veces. Tal vez en esta ocasión...

—Tal vez —dijo Serpiente. La posibilidad de que las inmunidades de su pony le permitieran ser fértil no era más remota que la de conseguir un mulo fértil: Serpiente no sentía que estuviera engañando a Grum con su cautelosa conformidad.

Regresó a su tienda, sacó a Susurro del zurrón y le extrajo su veneno. El ofidio no se resistió al proceso. Sujetándola por la cabeza, Serpiente la apretó gentilmente para que abriera la boca y vertió un frasco de catalizador en su garganta. Era mucho más fácil de drogar que Sombra. Se enroscaba simplemente en su compartimento, de manera muy parecida a la normal, mientras las glándulas productoras de veneno manufacturaban una complicada sopa química de varias proteínas, anticuerpos para varias enfermedades endémicas y estimulantes para los sistemas inmunológicos de los seres humanos. Los curadores llevaban utilizando a los crótalos mucho más tiempo que a las cobras;

comparada con Sombra, la cascabel estaba decenas de generaciones y cientos de experimentos genéticos por delante en la adaptación a las drogas catalizadores y a sus cambios.

Por la mañana, Serpiente extrajo de Susurro una botella de suero. No podía utilizar al ofidio para administrar la vacuna, pues cada persona requería solamente una pequeña cantidad. Susurro inyectaría demasiado veneno o a demasiada profundidad.

Para las vacunas utilizaba un inoculador, un instrumento con un círculo de puntos afilados como agujas que introducía la vacuna justo bajo la piel. Devolvió el crótalo a su compartimento y salió de la tienda.

Los nómadas habían empezado a agruparse, adultos y niños, tres o cuatro generaciones en cada familia. Grum era la primera, y estaba rodeada por todas sus nietas. Eran siete en total, desde Pauli, la mayor, a una niñita pequeña de unos seis años, la que había pulido la silla de Veloz. No todas eran descendientes directas de Grum, pues la organización de su clan dependía de una familia más extensa. Los hijos de los hermanos muertos de sus padres, de su hermana, y de los hermanos del compañero de su hermana, eran igualmente considerados nietos suyos. No todos habían venido con ella. Solamente lo habían hecho aquéllas que eran aprendices de futuras conductoras de caravanas.

—¿Quién va primero? —preguntó Serpiente jovialmente.

—Yo —respondió Grum—. Dije que sería yo, y aquí me tienes —miró a los recolectores, que permanecían pintorescamente apiñados en un extremo—. ¡Mira bien, Ao! —gritó en dirección al que había pedido los destrozados pertrechos de Serpiente—. Ya verás cómo no me mata.

—Nada podría matarte, vieja piel de cuero. Esperaré a ver qué le sucede a los otros.

—¿Vieja piel de cuero, yo? ¡Ao, eres un saco de harapos!

—No importa —dijo Serpiente. Alzó levemente la voz—. Antes quiero decir un par de cosas a todos. Primero, algunas personas son sensibles al suero. Si la marca se vuelve rojo brillante, si duele, si la piel se pone caliente, regresad. Estaré aquí hasta la noche. Si ha de pasar algo, será antes de ese momento, ¿de acuerdo? Si hay alguien sensible, puedo evitar que enferme. Es muy importante que acudáis a mí si sentís algo peor que un dolor apagado. No intentéis haceros los valientes.

Ao volvió a hablar entre asentimientos y afirmaciones.

—Entonces, nos puedes matar.

—¿Tan tonto eres que pretendes que no pasa nada si te rompes una pierna?

Ao resopló indeciso.

—Entonces no seas tonto, no pretendas que no pasa nada y no te dejes morir si tienes una reacción. —Serpiente se quitó la túnica y se levantó la manga—. Lo segundo que tengo que decir es esto. La vacuna deja una pequeña cicatriz como ésta —fue de grupo en grupo para mostrarles la marca de su primera inmunización contra el veneno—. De modo que si alguien quiere tener la cicatriz en un sitio menos obvio, por favor, que me lo diga ahora.

La visión de la pequeña cicatriz calmó incluso a Ao, quien murmuró sin convicción que los curadores podían soportar cualquier veneno y luego cerró el pico.

Grum era la primera en la cola, y Serpiente se sorprendió al ver que estaba pálida.

—Grum, ¿te encuentras bien?

—Es la sangre —dijo la anciana—. Sólo es eso, niña-Serpiente; no me gusta ver la sangre.

—Apenas la verás. Simplemente, relájate. —Mientras le hablaba con voz tranquilizadora, Serpiente frotó el brazo de la anciana con yodo de alcohol. Sólo le quedaba una botella de desinfectante en el compartimento de las medicinas de su zurrón, pero aquello bastaría para hoy, y podría conseguir más en la farmacia de Montaña.

Serpiente exprimió una gota de suero en el brazo de Grum e introdujo el inoculador a través de su piel.

Grum dio un respingo cuando sintió las puntas, pero su expresión no cambió. Serpiente metió el inoculador en el alcohol y volvió a frotarle el brazo.

—Ya está.

Grum la miró sorprendida y luego observó su hombro. Los pinchazos tenían un tono rojo brillante, pero no sangraban.

—¿Se acabó?

—Es todo.

Grum sonrió y se volvió hacia Ao.

—Ya ves, viejo basurero, no pasa nada.

—Esperaremos —respondió Ao.

La mañana progresó sin ninguna complicación. Algunos niños lloraron, más por causa de la picazón del alcohol que por las afiladas agujas del inoculador. Pauli se había ofrecido a ayudar, y entretenía a los pequeños con historias y chistes mientras Serpiente trabajaba. La mayoría de los niños, y también muchos adultos, se quedaron a escuchar a Pauli después de que Serpiente los vacunara.

Aparentemente, Ao y los otros recolectores se sintieron más tranquilos sobre la seguridad que ofrecía la vacuna al ver que nadie había caído muerto al suelo cuando les tocó el turno. Se entregaron estoicamente a las agujas y el alcohol.

—¿No más tétanos? —preguntó otra vez Ao.

—Esto os protegerá durante unos diez años. Después, será mejor volver a vacunarse.

Serpiente apretó el inoculador contra el brazo de Ao, luego frotó la piel. Tras un momento de sombría duda, Ao sonrió por primera vez, mostrando una sonrisa amplia y complacida.

—Tememos al tétanos. Mala enfermedad. Lenta. Dolorosa.

—Sí —dijo Serpiente—. ¿Sabes qué la causa?

Ao colocó un dedo contra la palma de la otra mano y realizó un gesto que imitaba un corte.

—Tenemos cuidado, pero...

Serpiente asintió. Se daba cuenta de que los recolectores podían recibir cortes y pinchazos con más frecuencia que los demás, considerando su trabajo. Pero Ao conocía la conexión entre la herida y la enfermedad; dar una charla sobre el tema sería tiempo perdido.

—Nunca habíamos visto curadores. No en este lado del desierto. La gente del otro lado nos ha hablado de vosotros.

—Bueno, somos gente de las montañas —dijo Serpiente—. No sabemos mucho del desierto, y por eso muy pocos de nosotros vienen aquí.

Aquello era cierto sólo en parte, pero era la explicación más plausible.

—Nadie antes que tú. Eres la primera.

—Tal vez.

—¿Por qué?

—Sentía curiosidad. Pensé que podía resultar útil.

—Di a los otros que vengan también. No corren peligro —de repente, la expresión de la cara de Ao, estropeada por el clima, se ensombreció—. Hay locos, sí, pero no más que en las montañas. Hay locos en todas partes.

—Lo sé.

—Alguna vez le encontraremos.

—¿Querrás hacer una cosa por mí, Ao?

—Lo que tú digas.

—El loco no se llevó nada más que mis mapas y mi diario. Supongo que conservará los mapas si está lo suficientemente cuerdo como para utilizarlos, pero el diario no es de utilidad para nadie más que para mí. Tal vez lo tire y tu gente lo encuentre.

—¡Te lo guardaremos!

—Eso es lo que quería pedirte —describió el diario—. Antes de marcharme, te daré una carta para el campamento de los curadores en las montañas del norte. Si un mensajero les llevara el diario y la carta, estoy segura de que recibirá una recompensa.

—Lo buscaremos. Encontramos muchas cosas, pero los libros no son frecuentes.

—Probablemente no aparezca nunca, lo sé. Tal vez el loco pensó que era algo valioso y lo quemó cuando se dio cuenta de que no lo era.

Ao puso mala cara ante la idea de quemar un trozo de papel en perfectas condiciones y dejarlo reducido a la nada.

—Buscaremos con interés.

—Gracias.

Mientras Pauli terminaba de contar la historia de Sapo y las Tres Ranitas del Árbol, Serpiente comprobó el estado de los niños y se alegró al no encontrar ninguna señal de reacción alérgica.

—Ya Sapito no le importó no poder escalar a los árboles nunca más —dijo Pauli—. Y ese es el fin. Ahora, iros a casa. Os habéis portado muy bien.

Salieron corriendo en tropel, aullando e imitando el croar de las ranas. Pauli suspiró y se relajó.

—Espero que las ranas de verdad no crean que la temporada de apareamiento ha llegado antes de tiempo, o las tendremos saltando por todo el campamento.

—Ese es el tipo de riesgo que corre el artista —dijo Serpiente.

—¡Artista! —Pauli se echó a reír y empezó a arremangarse el brazo.

—Eres una juglar muy buena.

—Narradora de historias, tal vez —dijo Pauli—. Pero juglar, no.

—¿Por qué no?

—Soy sorda como una tapia. No sé cantar.

—La mayoría de los juglares que he conocido no saben contar historias. Tienes un don.

Serpiente preparó el inoculador y lo colocó sobre la suave y aterciopelada piel de Pauli. Las pequeñas agujas resplandecían con las gotas de la vacuna que contenían.

—¿Estás segura de que quieres la cicatriz aquí? —preguntó Serpiente súbitamente.

—Sí, ¿por qué no?

—Tu piel es tan hermosa que me molesta tener que marcarla —Serpiente mostró a Pauli las cicatrices de su mano libre—. Creo que te envidio un poco.

Pauli palmeó la mano de Serpiente. Su contacto fue tan amable como el de Grum, pero más firme y fuerte.

—Son cicatrices dignas. Estaré orgullosa de la que me produzcas. Cualquiera que la vea sabrá que he conocido a una curadora.

Con cierta aprensión, Serpiente apretó las agujas contra la piel de Pauli.

Serpiente descansó durante toda la tarde, igual que el resto del campamento. No tenía nada que hacer después de escribir la carta para Ao, ni nada que empaquetar. No le quedaba nada. Ardilla llevaría su silla de montar, porque el armazón estaba intacto y se podría reparar el cuero. Aparte de eso y de las ropas que llevaba puestas, sólo tenía el zurrón de las serpientes, a Sombra y Susurro, y a la fea víbora de arena en el lugar donde debería estar Silencio.

A pesar del calor, Serpiente echó las puertas de la tienda y abrió dos de los compartimentos de la bolsa. Sombra se escurrió, alzó la cabeza y ensanchó los músculos del cuello, asomando la lengua para saborear la extrañeza de la tienda. Susurro, como de costumbre, reptó muy despacio. Mientras las observaba brillar en la tibia penumbra, con sólo la débil luz azul de las linternas bioluminiscentes iluminando sus escamas, Serpiente

se preguntó qué habría pasado si el loco hubiera saqueado su campamento mientras ella estaba allí. Si los animales hubieran estado en su compartimento habría entrado sin que lo advirtiera pues había dormido profundamente mientras se recuperaba de la picadura de la víbora. El loco la habría golpeado en la cabeza y se habría dedicado a sus actos vandálicos, o a su búsqueda. Serpiente seguía sin comprender por qué un loco lo destruiría todo tan metódicamente a menos que estuviera buscando algo y, por tanto, no se tratara en absoluto de un loco. Sus mapas no eran diferentes de los que la mayoría de los habitantes del desierto poseían y compartían. Ella los habría prestado a cualquiera para que hiciera una copia. Los mapas eran esenciales, pero se obtenían fácilmente. El diario, sin embargo, sólo tenía valor para ella. Casi deseaba que el loco hubiera atacado el campamento mientras estaba presente, pues si hubiera abierto el zurrón de las serpientes, no habría destruido nada más. No se sentía orgullosa de considerar aquella posibilidad con un escalofrío de placer, pero era exactamente así como se sentía.

Susurro reptó sobre su rodilla y se enroscó en su muñeca tomando la apariencia de un grueso brazalete. Varios años antes, cuando era más pequeña, encajaba mejor en aquel sitio. Unos pocos minutos después, Sombra se arrastró por la cintura de Serpiente y acabó colocándose en sus hombros.

En tiempos mejores, si todo salía bien, Silencio se habría enroscado en su garganta, convirtiéndose en un suave collar viviente de esmeraldas.

—Niña-Serpiente, ¿puedo entrar? —Grum no apartó las telas de la puerta de la tienda más que lo justo para asomarse.

—Desde luego, si no tienes miedo. ¿Quieres que las retire? Grum dudó.

—Bueno... no.

Entró tras abrir la puerta. Tenía las manos llenas. Mientras sus ojos se acostumbraban a la tenue luz de la tienda, se quedó quieta.

—No pasa nada —dijo Serpiente—. Las dos están aquí conmigo.

Parpadeando, Grum se acercó. Colocó junto a la silla de montar una manta, una bolsa de cuero, una cantimplora y una pequeña olla de cocina.

—Pauli está recogiendo provisiones —dijo—. Nada de esto podrá reparar lo que ha sucedido, pero...

—Grum, ni siquiera te he pagado aún por haber cuidado de Ardilla.

—Ni quiero que lo hagas —dijo Grum, sonriendo—. Yate lo he explicado.

—Tenéis la parte mala de un trato que a mí no me cuesta nada.

—No importa. Visítanos en primavera y verás los potrillos rayados de tu pony. Tengo un presentimiento.

—Déjame pagar el nuevo equipo.

—No. Hablamos y quisimos dártelo —encogió el hombro izquierdo, que ahora probablemente estaba dolorido por la vacuna—. Para darte las gracias.

—No quiero parecer desagradecida —dijo Serpiente—, pero ningún curador acepta pago por las vacunas. Aquí no había nadie enfermo. No he hecho nada por nadie.

—Nadie estaba enfermo, cierto, pero si lo hubiéramos estado, nos habrías ayudado, ¿tengo razón?

—Sí, por supuesto, pero...

—Si alguien no pudiera pagarte, te entregarías igualmente, ¿íbamos a hacer nosotros menos? ¿Debemos enviarte al desierto sin nada?

—Pero puedo pagar. —En su bolsa llevaba monedas de oro y plata.

—¡Serpiente! —Grum frunció el ceño, y el tono cariñoso abandonó bruscamente su voz—. La gente del desierto no roba, y no permite que roben a sus amigos. Te hemos fallado. Déjanos nuestro honor.

Serpiente advirtió que Grum no hubiese permitido que la convenciera para aceptar ningún tipo de pago. Para ella era importante que Serpiente aceptara el regalo.

—Lo siento, Grum. Gracias.

Los caballos estaban ensillados y dispuestos para la marcha. Serpiente cargó a Veloz con la mayor parte del equipo para aliviar a Ardilla. La silla de la yegua, aunque decorada e intrincadamente trabajada, era funcional. Encajaba tan bien en el caballo y era tan cómoda y de una calidad tan excelente que Serpiente empezaba a sentirse incómoda por lo llamativa que era.

Grum y Pauli acudieron a despedirla. Nadie había sufrido ninguna reacción adversa a la vacuna, así que Serpiente podía marcharse sin problemas. Abrazó cariñosamente a las dos mujeres. Grum la besó en la mejilla con sus labios suaves, cálidos y muy secos.

—Adiós —susurró Grum mientras Serpiente montaba en la yegua—. ¡Adiós! —repitió en voz alta.

—¡Adiós! —Serpiente azuzó al animal y se giró en la silla para despedirse.

—Si llegan las tormentas —chilló Grum—, busca una cueva. No olvides las señales. ¡Te llevarán a Montaña más rápidamente!

Sonriendo, Serpiente guió a la yegua entre los árboles. Aún podía oír los consejos y avisos de Grum referentes a los oasis, el agua y las dunas de arena, la dirección del viento, los sistemas que tenían las caravanas de conservar sus pertrechos en el desierto; y sobre senderos, carreteras y posadas para cuando llegara a las montañas cenitales, la alta hileras que separaba los desiertos orientales y occidentales. Ardilla trotaba al lado de Serpiente, sano y con su pata sin herrar.

La yegua, bien descansada y alimentada, habría querido galopar, pero Serpiente la obligó a ir al trote. Tenían un largo camino por delante.

Veloz resopló y Serpiente se despertó con brusquedad y casi se golpeó la cabeza con la cornisa de roca. Era mediodía; en su sueño se había acurrucado en la única sombra que quedaba.

—¿Quién anda ahí?

No respondió nadie. No había ninguna razón para que hubiera alguien cerca. El oasis de Grum y el siguiente antes de llegar a las montañas estaban a dos noches de distancia: Serpiente había acampado para pasar el día en las rocas desoladas. No había plantas, ni comida, ni agua.

—Soy curadora —gritó y se sintió como una idiota—. Ten cuidado, mis serpientes están sueltas. Habla, déjame verte o hazme alguna señal y las recogeré.

No contestó nadie.

No hay nadie ahí fuera, por eso, pensó Serpiente. Por el amor de los dioses, nadie te está siguiendo. Los locos no siguen a la gente, simplemente están... locos.

Se tumbó de nuevo y trató de quedarse dormida, pero cada vez que las arenas arrastradas por el viento la tocaban, se despertaba. No se sintió cómoda hasta que llegó la noche y levantó el campamento para dirigirse hacia el este.

El sendero rocoso montaña arriba refrenaba a los caballos y volvió a hacer cojear a Ardilla. Serpiente cojeaba también ligeramente, pues el cambio de altitud y temperatura le afectaban la rodilla mala. Pero el paso hacia el valle que albergaba la Montaña se encontraba a otra hora de marcha. Al principio, el sendero había sido escarpado, pero lo habían superado; pronto pasarían la cima del macizo oriental de las montañas centrales. Serpiente desmontó para dejar descansar a Veloz.

Serpiente contempló el horizonte mientras rascaba la testuz de Ardilla. El animal mordisqueó sus bolsillos. Una fina polvareda oscurecía el horizonte, pero las dunas cercanas de arena negra brillaban ante ella, reflejando la luz rojiza del sol. Las ondas de calor daban ilusión de movimiento. Una vez, uno de sus maestros le describió el océano, y Serpiente imaginó que tenía este aspecto.

Se alegraba de dejar atrás el desierto. El aire era ya más frío, y la hierba y los matojos se aferraban tenazmente en las grietas llenas de rica ceniza volcánica. Más abajo, el viento arrastraba arena, tierra y ceniza de la falda de las montañas. Estas plantas altas y resistentes crecían al socaire, pero no había mucha agua para ayudarlas.

Serpiente se dio la vuelta y condujo al caballo y al pony hacia arriba. Sus botas resbalaban en la roca pulida por el viento. La túnica del desierto la molestaba, así que se la quitó y la anudó tras la silla. Los pantalones anchos y la blusa de mangas cortas que llevaba aleteaban contra sus piernas con el viento. A medida que se iba acercando al paso, el viento aumentaba, pues el estrecho desfiladero en la roca funcionaba como un embudo que ampliaba la más leve brisa. Dentro de unas horas haría frío. ¡Frío...! Apenas podía imaginar semejante lujo.

Serpiente alcanzó la salida y se internó en otro mundo. Al contemplar el verde valle, sintió que tenía que dejar detrás todas las desgracias del desierto. Ardilla y Veloz alzaron la cabeza y olisquearon y resoplaron ante el olor del fresco pasto, el agua corriente y otros animales.

La ciudad en sí se extendía a ambos lados del camino principal, macizos en edificios de piedra contruidos contra la montaña, escarbados en ella, asomados negro sobre negro. Los campos cubrían el suelo del valle, esmeraldas y dorados sobre el plano curso de un río plateado. El extremo más lejano del valle, más alto que el lugar donde Serpiente se encontraba, era vegetación y bosque hasta por debajo de los picos pelados del otro macizo montañoso.

Serpiente inspiró profundamente el aire libre y empezó a descender.

La hermosa gente de Montaña conocía a los curadores desde mucho antes. Su deferencia, contrariamente al miedo que Serpiente había saboreado al otro lado del desierto, estaba coloreada por la admiración y la cautela. Estaba acostumbrada a la cautela; se debía solamente al sentido común, pues Sombra y Susurro podían resultar peligrosas para cualquier persona menos para ella. Serpiente devolvió los respetuosos saludos con una sonrisa mientras guiaba sus caballos entre las calles empedradas.

Las tiendas cerraban y las tabernas abrían. Mañana, la gente empezaría a acudir a Serpiente para pedirle su ayuda, pero esperaba que esta noche le permitieran una cómoda habitación en la posada, una buena cena y una botella de vino. El desierto la había dejado exhausta. Si alguien acudía a verla ahora, tan tarde, sería un caso de enfermedad grave. Esperaba que no hubiera nadie muriendo esta noche en Montaña.

Dejó los caballos en la puerta de una tienda que estaba aún abierta y se compró pantalones nuevos y una camisa; escogió la talla por aproximación, siguiendo los consejos del propietario, pues estaba demasiado cansada para probárselos.

—No importa —dijo el dueño—. Puedo adaptarlos más tarde, si quiere. O también puede devolverlos si no le gustan. Puedo cambiar cosas, en el caso de una curadora.

—Me estarán bien —respondió Serpiente—. Gracias. —Pagó y salió de la tienda. Había una farmacia en la esquina, y la propietaria estaba cerrando la puerta.

—Discúlpeme —dijo Serpiente.

La farmacéutica se dio la vuelta, sonriendo resignadamente. Entonces, al mirar a Serpiente y su carga, vio el zurrón de las serpientes. La sonrisa se convirtió en sorpresa.

—¡Una curadora! —exclamó—. Entre. ¿Qué necesita?

—Aspirina —dijo Serpiente. Sólo le quedaban unos pocos granos, y no quería agotarlos—. Y alcohol de yodo, si lo tiene.

—Sí, por supuesto. Yo misma hago la aspirina y purifico el yodo cuando lo tengo. Mis productos no están adulterados —rellenó las botellas de Serpiente—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que vimos un curador en Montaña.

La belleza y la salud de su pueblo es proverbial —dijo Serpiente, y no estaba haciendo ningún cumplido. Contempló la tienda—. Y su material es excelente. Espero que pueda manejarlo todo.

En una sección de los estantes, la farmacéutica conservaba los calmantes del tipo fuerte y abrumador que debilitaba el cuerpo en vez de fortalecerlo. Sintió vergüenza de comprarlos porque tendría que admitir de nuevo la pérdida de Silencio, así que evitó mirarlos. Sin embargo, si había alguien muy enfermo en Montaña, tendría que utilizarlos.

—Oh, vamos tirando —dijo la farmacéutica—. ¿Dónde se alojará? ¿Puedo enviarle gente?

—Por supuesto. —Serpiente mencionó la posada que le había recomendado Grum, pagó las medicinas y salió de la tienda junto con la propietaria, quien giró en dirección contraria. Sola, emprendió la marcha calle abajo.

Vio de reojo una figura embozada. Serpiente se giró y se situó en posición defensiva. Veloz resopló y se hizo a un lado. La figura embozada se detuvo.

Avergonzada, Serpiente se enderezó. La persona que se le acercaba no iba ataviada con las ropas del desierto, sino envuelta en una capa encapuchada. No pudo verle la cara, oculta por la capucha, pero no era ningún loco.

—¿Puedo hablar contigo un momento, curadora? —Su voz reflejaba duda.

—Por supuesto. —Si el hombre podía ignorar lo extraño de su conducta, ella la dejaría pasar también sin hacer ningún otro comentario.

—Me llamo Gabriel. Mi padre es el gobernador de la ciudad. He venido a invitarte a nuestra residencia.

—Eres muy amable. Había planeado quedarme en la posada...

—Es una posada excelente —dijo Gabriel— Y el dueño se sentirá honrado con tu presencia. Pero mi padre y yo deshonraríamos a Montaña si no te ofreciéramos lo mejor.

—Gracias —contestó Serpiente. Estaba empezando a sentirse, si no cómoda, al menos agradecida por la generosidad y hospitalidad que ofrecían a los curadores—. Acepto tu invitación. No obstante, debo dejar un mensaje en la posada. La farmacéutica dijo que era posible que me enviara gente.

Gabriel la miró. Serpiente no podía ver más allá de la sombra de la capucha, pero pensó que tal vez estaba sonriendo.

—Curadora, a media noche, todo el mundo en el valle sabrá exactamente dónde estás.

Gabriel la guió a través de las calles que se curvaban siguiendo los contornos de la montaña, entre edificios de piedra negra de una sola planta. Los cascos de los caballos y las botas de Gabriel y Serpiente resonaban con fuerza sobre el empedrado, produciendo ecos por delante y detrás. Los edificios terminaron y la calle se ensanchó hasta convertirse en una carretera pavimentada, separada de la hondonada del valle tan sólo por un grueso muro.

—Normalmente, mi padre habría venido a saludarte —dijo Gabriel. Su tono no sólo era de disculpa, sino inseguro, como si tuviera algo que decirle y no supiera cómo empezar.

—No estoy acostumbrada a ser recibida por dignatarios.

—Quiero que sepas que te habríamos invitado bajo cualquier circunstancia, incluso si... —Su voz se quebró.

—¡Ah! —dijo Serpiente—. Tu padre está enfermo.

—Sí.

—No tienes que dudar en pedirme ayuda. Es mi profesión, después de todo. Y si consigo alojamiento gratis, es un beneficio inesperado.

Serpiente no veía la cara de Gabriel, pero la tensión desapareció de su voz.

—No quería que creyeras que somos de esa clase de gente que nunca ofrece nada sin esperar algo a cambio.

Continuaron en silencio. La carretera se curvaba para rodear un macizo de roca que cortaba la línea de visión, y Serpiente contempló por primera vez la residencia del gobernador. Era ancha y alta, construida contra la cara inclinada de un acantilado. La habitual piedra negra estaba salpicada con franjas estrechas de blanco justo bajo el tejado, que presentaba un grupo de brillantes paneles solares al este y al sur. Las

ventanas de las habitaciones superiores eran enormes paneles curvados para igualar las torres de cada lado del edificio principal. Las luces que brillaban a través de ellas no mostraban ninguna falla. A pesar de las ventanas y el labrado de las altas puertas de madera, la residencia era tanto una fortaleza como una exhibición de belleza. No tenía ventanas en la planta baja, y las puertas eran sólidas y compactas. Su extremo más lejano estaba escudado por un segundo macizo. El patio pavimentado terminaba en el acantilado, que en ese punto no era tan alto como en el sitio donde Serpiente se encontraba ahora. Un sendero iluminado llevaba a su pie, donde se encontraban los establos y una pequeña zona de pastos.

—Es impresionante —dijo Serpiente.

—Pertenece a Montaña, aunque mi padre lleva viviendo aquí desde mucho antes de mi nacimiento.

Continuaron recorriendo la carretera de piedra.

—Háblame de la enfermedad de tu padre —estaba segura de que no podía ser demasiado seria, o Gabriel habría estado mucho más preocupado.

—Fue un accidente de caza. Uno de sus amigos le atravesó la pierna con una lanza. No quiere admitir que está infectada. Tiene miedo de que se la amputen.

—¿Qué aspecto tiene?

—No lo sé. No me permite verla. Ni siquiera me ha dejado verle desde ayer —hablaba con resignada tristeza.

Serpiente le miró, preocupada, pues si su padre era lo bastante testarudo y temeroso como para soportar un dolor considerable, su pierna podría estar infectada hasta un punto irreversible.

—Odio las amputaciones —dijo Serpiente con bastante sinceridad—. Te sería difícil creer lo que llevo a hacer para evitar tener que practicarlas.

Gabriel llamó a la entrada de la residencia, y las pesadas puertas se abrieron. Saludó al criado e hizo llevar a Ardilla y Veloz a los establos.

Serpiente y Gabriel entraron en el vestíbulo, una cámara de negra piedra pulida que reflejaba el movimiento e imágenes borrosas. Como no había ventanas, estaba bastante oscuro, pero otro criado entró rápidamente y encendió las luces de gas. Gabriel dejó el petate de Serpiente en el suelo, se echó hacia atrás la capucha y dejó que la capa le resbalara por los hombros. Las paredes pulidas reflejaron su cara erráticamente.

—Podemos dejar aquí tu equipaje. Alguien lo subirá. Serpiente se rió para sí al oír que llamaba «equipaje» a su petate, como si fuera una rica mercader a punto de iniciar un viaje de negocios.

Gabriel se volvió hacia ella. Al ver su cara por primera vez, Serpiente contuvo la respiración. Los habitantes de Montaña eran muy conscientes de su belleza; este joven salía a la calle tan embozado que Serpiente se había preguntado si no sería feo, o incluso marcado con cicatrices, o deforme. Estaba preparada para eso. Pero en realidad, Gabriel era la persona más hermosa que jamás había visto. Era fornido y bien proporcionado. Su cara era bastante cuadrada, pero no llena de planos y ángulos como la de Arevin; reflejaba más vulnerabilidad, sentimientos más cerca de la superficie. El muchacho se aproximó a ella y pudo ver que sus ojos eran de un azul inusitadamente brillante. Su piel tenía el mismo tono bronceado que su pelo rubio oscuro. Serpiente no podía decir por qué resultaba tan hermoso, si la belleza se debía a la simetría de sus rasgos, a su equilibrio y su piel sin mácula, o a cualidades menos definibles, o a todo a la vez y más; pero Gabriel era, simplemente, impresionante.

El muchacho la miró expectante, y Serpiente se dio cuenta de que pensaba que debería dejar también el zurrón de cuero. No pareció darse cuenta del efecto que producía en ella.

—Mis serpientes están aquí dentro —dijo—. Las llevo siempre conmigo.

—Oh... lo siento —empezó a sonrojarse hasta las cejas—. Tendría que haber sabido...

—No te preocupes, no tiene importancia. Creo que es mejor que veamos a tu padre cuanto antes.

—De acuerdo.

Subieron por una amplia escalera de caracol hecha de bloques de piedra cuyos bordes estaban gastados por el tiempo y el uso.

Serpiente no había conocido nunca a una persona tan extremadamente hermosa que fuera tan sensible a las críticas como Gabriel, especialmente a las críticas intencionadas. La gente muy atractiva normalmente exudaba un aura de autoconfianza y seguridad que a veces llegaba a la arrogancia. Gabriel, por el contrario, parecía excesivamente vulnerable. Serpiente se preguntó a qué se debería aquello.

Las gruesas paredes de roca de los edificios de las ciudades montañosas conservaban sus habitaciones a una temperatura casi constante. Después de pasar tanto tiempo en el desierto, Serpiente agradecía su frescor. Sabía que estaba sudada y cubierta de polvo por el viaje, pero ahora no se sentía cansada. El zurrón de cuero era un peso satisfactorio en su mano. Agradecería un simple caso de infección. A menos que fuera tan grave que no pudiera hacer otra cosa sino amputar, había pocas posibilidades de complicación, y casi ninguna de muerte. Estaba contenta porque probablemente no tendría que enfrentarse al hecho de perder otro paciente tan pronto.

Siguió a Gabriel por la escalera de caracol. El muchacho no se detuvo al llegar a lo alto, pero Serpiente hizo una pausa para echar un vistazo a la enorme habitación. Su alta ventana de color de humo, el panel curvado en la cima de la torre, ofrecían un espectacular panorama del valle entero. La escena dominaba toda la habitación, y alguien se había dado cuenta de eso, pues no había muebles para distraer la atención, excepto grandes almohadones de colores neutros. El suelo tenía dos niveles, un semicírculo superior colocado contra la pared negra, a donde conducían las escaleras, y un anillo más bajo y más ancho que bordeaba la ventana.

Serpiente oyó gritos de enfado, y un momento después un hombre viejo salió de la habitación de al lado, tropezó con Gabriel y le hizo perder el equilibrio. Gabriel, una vez que hubo recuperado el equilibrio, agarró al viejo por los hombros para sostenerle, y el viejo se agarró a él por la misma razón. Se miraron mutuamente con gravedad, ajenos a lo gracioso de la situación.

—¿Cómo está? —preguntó Gabriel.

—Peor —respondió el viejo. Miró a Serpiente—. ¿Es...?

—Sí, he traído a la curadora —se volvió a presentarla al viejo—. Brian es el ayudante de mi padre. Nadie más puede acercársele.

—Ahora no puedo hacerlo ni siquiera yo —dijo Brian. Se apartó el pelo blanco de la frente—. No me permitió verle la pierna. Le duele tanto que ha tenido que meter una almohada bajo las mantas para colocar el pie encima. Tu padre es un hombre testarudo, señor.

—Nadie lo sabe mejor que yo.

—¡Dejad de hacer ruido ahí fuera! —gritó el padre de Gabriel—. ¿Es que no tenéis respeto? Salid de mis habitaciones.

Gabriel se enderezó y miró a Brian.

—Será mejor que entremos.

—Yo no, señor —dijo Brian—. Me ordenó que saliera. Me dijo que no volviera a entrar hasta que me llamara, si lo hacía alguna vez. —El viejo parecía abatido.

—No importa. No hablaba en serio. Nunca te haría daño.

—De verdad, ¿crees eso, señor? ¿Que no pretende hacer daño?

—No te hará daño a ti. Eres indispensable. Yo no.

—Gabriel... —dijo el viejo, abandonando su pose de servilismo.

—No te vayas muy lejos —dijo Gabriel rápidamente—. Espero que quiera verte pronto. —Entró en el dormitorio de su padre.

Serpiente le siguió al interior. Sus ojos se acostumbraron lentamente a la oscuridad, pues las cortinas escondían las amplias ventanas y las lámparas no estaban encendidas.

—Hola, padre —saludó Gabriel.

—Lárgate. Te dije que no me molestaras.

—He traído a una curadora.

Como todos los otros habitantes de Montaña, el padre de Gabriel era guapo. Serpiente lo notaba, a pesar de las arrugas de ansiedad que surcaban su fuerte rostro. Tenía la piel blanca, ojos oscuros y pelo negro enmarañado por su permanencia en cama. Sano, resultaría impresionante, el tipo de persona que siempre toma el control del grupo al que se une. Era guapo de una manera completamente diferente de Gabriel, una que Serpiente podía reconocer pero hacia la que no sentía ninguna atracción.

—No necesito ninguna curadora —dijo—. Márchate. Quiero a Brian.

—Le asustaste y le has hecho daño, padre.

—Llámale.

—Vendría si lo hiciera. Pero no puede ayudarte. La curadora sí puede. Por favor... —la voz de Gabriel adquirió un tinte de desesperación.

—Gabriel, por favor, enciende las lámparas —dijo Serpiente. Dio un paso hacia adelante y se plantó junto a la cama del gobernador.

Gabriel obedeció, y su padre se apartó de la luz. Tenía los párpados hinchados y los ojos inyectados en sangre.

Sólo movió la cabeza.

—Se pondrá peor —dijo Serpiente amablemente—. Llegará un momento en que no se atreverá a moverse. Al final, aunque quiera no podrá hacerlo, porque el veneno de la herida le debilitará demasiado. Entonces morirá.

—¡Mira quién viene a hablar de venenos!

—Me llamo Serpiente. Soy curadora. Yo entiendo de venenos.

El hombre no reaccionó ante el significado de su nombre, pero Gabriel sí lo hizo, y se volvió a mirarla con renovado respeto, e incluso temor.

—¡Serpiente! —exclamó el gobernador.

Serpiente no estaba acostumbrada a malgastar fuerzas con discusiones o métodos de persuasión. Se dirigió al pie de la cama y apartó las mantas para poder observar la pierna herida del gobernador. Éste empezó a sentarse, protestando, pero se tumbó bruscamente, respirando con dificultad, con la cara pálida y brillante debido al sudor.

Gabriel se acercó a Serpiente.

—Será mejor que te pongas allí con él —dijo. Podía oler el empalagoso olor de la infección.

La pierna era un espectáculo desagradable. La gangrena había empezado. La carne estaba hinchada, franjas rojas subían hasta el muslo. Dentro de unos pocos días, el tejido moriría y se volvería negro, y entonces no se podría hacer otra cosa sino amputar.

El olor era fuerte y nauseabundo. Gabriel estaba más pálido que su padre.

—No tienes por qué quedarte —dijo Serpiente.

—Yo... —tragó saliva y empezó de nuevo—. Estoy bien.

Serpiente volvió a colocar las mantas en su sitio, cuidando de no presionar el pie hinchado. Curar al gobernador no sería ningún problema. Pero tendría que lidiar con su beligerancia defensiva.

—¿Puedes ayudarlo? —preguntó Gabriel.

—¡No hace falta que me hagas de intérprete! ¡Puedo hablar por mí mismo! —dijo el gobernador.

Gabriel bajó la mirada con aquella ilegible expresión suya que su padre ignoró, pero que a Serpiente le pareció resignada, lastimera y carente por completo de furia.

Gabriel se dio la vuelta y se dedicó a las lámparas de gas. Serpiente se sentó en el borde de la cama y palpó la frente del gobernador. Como había esperado, la fiebre era alta.

El gobernador se dio la vuelta.

—No me mires.

—Puede ignorarme —dijo Serpiente—. Puede incluso ordenarme que me marche. Pero no puede ignorar la infección, y ésta no se detendrá porque usted lo diga.

—No me amputarás la pierna —dijo el gobernador, pronunciando cada palabra por separado, sin expresión.

—No pretendo hacerlo. No será necesario.

—Sólo necesito que Brian la lave.

—¡No puede lavar la gangrena! —Serpiente empezaba a enfurecerse por la actitud infantil del gobernador. Si la fiebre lo hubiera hecho delirar, le habría tratado con infinita paciencia; si estuviera a punto de morir, comprendería que no estuviese dispuesto a admitir lo que pasaba. Pero no era el caso. Parecía tan acostumbrado a salirse con la suya que no podía aceptar la mala suerte.

—Padre, escúchala, por favor.

—No finjas que te preocupas por mí —dijo el padre de Gabriel—. Serías muy feliz si me muriera.

Blanco como el mármol, Gabriel se quedó inmóvil durante unos segundos; luego, lentamente, se dio la vuelta y salió de la habitación.

Serpiente se levantó.

—Ha dicho algo terrible. ¿Cómo se atreve? Cualquiera podría ver que quiere que viva. Le ama.

—No quiero ni su amor ni tus medicinas. Ninguna de las dos cosas pueden ayudarme.

Cerrando los puños, Serpiente siguió a Gabriel.

El joven estaba sentado en la habitación de la torre, mirando la ventana, apoyado contra el escalón que formaba el desnivel. Serpiente se sentó a su lado.

—No siente las cosas que dice —la voz de Gabriel era tensa y humillada—. En realidad...

Se echó hacia adelante y se cubrió la cara con las manos, sollozando. Serpiente lo rodeó con sus brazos y trató de consolarle, le sostuvo, palmeó sus fuertes hombros y acarició su suave cabello. Fuera cual fuese el origen de la animosidad que sentía el gobernador, Serpiente estaba segura de que no se debía al odio o a la envidia por parte de Gabriel. El muchacho se secó la cara con la manga.

—Gracias —dijo—. Lo siento. Cuando se pone así...

—Gabriel, ¿tiene tu padre un historial de inestabilidad? Por un momento, Gabriel pareció sorprendido. Se echó a reír bruscamente, pero sin amargura.

—¿Inestabilidad mental, quieres decir? No, está bastante sano. Es un asunto personal entre nosotros. Supongo... —Gabriel dudó—. A veces debe desear que me muera, para poder adoptar un hijo mayor más adecuado, o tener otro. Pero no se volverá a unir a nadie. Tal vez tiene razón. Tal vez a veces también yo deseo que se muera.

—¿Lo crees así?

—No quiero creerlo.

—Yo no lo creo. En absoluto.

Él la miró, iniciando lo que Serpiente pensaba sería una sonrisa absolutamente radiante, pero sollozó otra vez.

—¿Qué pasará si no se hace nada?

—Estará inconsciente dentro de un par de días. Luego... luego la elección será amputarle la pierna contra su voluntad, o dejarle morir.

—¿No puedes tratarle ahora? ¿Sin su consentimiento? Serpiente deseó poder darle una respuesta que le gustara más.

—Gabriel, no es fácil decir esto, pero si pierde la conciencia mientras aún está decidido a que no le ayude, entonces tendré que dejarlo morir. Tú mismo has dicho que está cuerdo. No tengo ningún derecho a actuar en contra de sus deseos. No importa lo estúpidos y desmesurados que éstos sean.

—Pero podrías salvarle la vida.

—Sí. Pero es su vida.

Gabriel se frotó los ojos con las manos en un gesto de cansancio.

—Iré a hablar con él.

Serpiente le siguió a las habitaciones de su padre, pero estuvo de acuerdo en quedarse fuera cuando Gabriel entró. El joven tenía valor. A pesar de los defectos que tuviera a los ojos de su padre (y al parecer también a los suyos propios), tenía valor. Sin embargo, quizás a otro nivel, la cobardía no estaba totalmente ausente, pues ¿por qué razón iba a quedarse aquí y permitía que le trataran de aquella forma? Serpiente no pudo imaginarse a sí misma en aquella situación. Pensaba que sus lazos con los otros curadores, su familia, eran todo lo fuertes que podían sostener una relación, pero tal vez los lazos de sangre eran aún más fuertes.

Serpiente no se sintió culpable por escuchar la conversación.

—Quiero que dejes que te ayude, padre.

—Nadie puede ayudarme. Ya no.

—Sólo tienes cuarenta y nueve años. Puede que alguien te hiciera sentir lo mismo que sentiste por madre.

—No metas a tu madre en esto.

—No, ya no. Nunca la conocí, pero la mitad de mí es ella. Lamento haberte decepcionado. He decidido marcharme de aquí. Después de unos pocos meses puedes decir... no, dentro de unos meses vendrá un mensajero y te dirá que he muerto, y nunca tendrás que saber si es cierto o no.

El gobernador no respondió.

—¿Qué quieres que diga? ¿Que lamento no haberme marchado antes? De acuerdo... lo lamento.

—Eso es algo que nunca tendrías que haberme dicho —dijo el padre de Gabriel—. Eres testarudo, e insolente, pero nunca me habías mentido antes.

El silencio se alargó. Serpiente estaba a punto de entrar cuando Gabriel volvió a hablar.

—Esperaba poder redimirme. Pensaba que podría ser de suficiente utilidad...

—Tengo que pensar en la familia —dijo el gobernador—. Y en la ciudad. Pase lo que pase, siempre serías mi primogénito, aunque no fueras mi único hijo. No podría renegar de ti sin humillarte en público.

Serpiente se sorprendió al notar la compasión en aquella voz ronca.

—Lo sé. Ahora lo comprendo. Pero el que mueras no servirá de nada.

—¿Cumplirás tu plan?

—Lo juro —dijo Gabriel.

—De acuerdo. Que entre la curadora. Si Serpiente no hubiera hecho un juramento para ayudar a los heridos y enfermos, habría dejado el castillo en este mismo momento. Nunca antes había oído un rechazo tan calmado y razonado. Y era entre padre e hijo...

Gabriel salió al pasillo y Serpiente entró en silencio en el dormitorio.

—He cambiado de opinión —dijo el gobernador. Y luego, como si advirtiera lo arrogante que parecía, añadió—: Si aún consientes en tratarme.

—Le trataré —dijo Serpiente brevemente, y salió de la habitación.

Gabriel la siguió, preocupado.

—¿Pasa algo malo? ¿Has cambiado de idea? Gabriel parecía calmado e ileso. Serpiente se detuvo.

—Prometí ayudarle y lo haré. Pero necesito una habitación y unas cuantas horas antes de poder tratar su pierna.

—Te daremos todo lo que pidas.

La guió por toda la planta superior hasta que llegaron a la torre sur. En vez de contener una única habitación inmensa, ésta se hallaba dividida en varias cámaras más pequeñas, menos abrumadoras y más cómodas que las habitaciones del gobernador. La habitación de Serpiente era un segmento de la circunferencia de la torre. El pasillo curvo tras la habitación de invitados rodeaba un baño común central.

—Es casi la hora de la cena —dijo Gabriel mientras le mostraba su cuarto—. ¿Cenarás conmigo?

—No, gracias. Esta vez no.

—¿Quieres que te suba algo?

—No. Sólo vuelve dentro de tres horas.

Le prestó poca atención porque no podía entretenerse con sus problemas mientras planeaba la operación de su padre. Con tono ausente, le dio unas cuantas instrucciones de lo que tenía que preparar en la habitación del gobernador. Como la infección era tan fuerte, sería un trabajo sucio y maloliente.

Una vez que hubo terminado, Gabriel continuó allí.

—Le duele muchísimo —dijo Gabriel—. ¿No tienes nada que pueda sedarle?

—No —dijo Serpiente—. Pero no le vendría mal si pudieras emborracharle.

—¿Emborracharle? De acuerdo, lo intentaré. Pero creo que no servirá de mucho. Nunca le he visto inconsciente por acción de la bebida.

—El valor anestésico es secundario. El alcohol activa la circulación.

—Oh.

Cuando Gabriel se hubo ido, Serpiente drogó a Susurro para elaborar un antídoto para la gangrena. El veneno tendría una suave anestesia local propia, pero aquello no serviría de mucho hasta después de que Serpiente hubiera purgado la herida del gobernador y su circulación no estuviera tan seriamente impedida. No le agradaba la idea de tener que hacerle daño, pero no lo lamentaba tanto como con otros pacientes a los que había tenido que causar dolor en el transcurso de una cura.

Se quitó las polvorientas ropas del desierto y las botas, que necesitaban con urgencia un poco de ventilación. Había dejado su camisa y sus nuevos pantalones en su petate, pero alguien los había subido y los había sacado. Sería agradable volver a vestir las ropas a las que estaba acostumbrada, pero pasaría mucho tiempo antes de que fueran tan cómodas como las que el loco había destruido.

El cuarto de baño estaba suavemente iluminado con lámparas de gas. La mayoría de los edificios tan grandes como este tenían sus generadores de metano propios. Fuera privados o comunales, los generadores usaban la basura y los desechos humanos como un sustrato para la producción bacteriana de combustible. Con un generador y los paneles solares en el tejado, el castillo probablemente se autoabastecía en lo referente a la energía. Incluso podía tener un sobrante para controlar la temperatura. Si se daba el caso de un verano tan caluroso que sobrepasara el aislamiento natural de la roca, el edificio podría refrigerarse. La estación de los curadores contaba con recursos similares, y Serpiente no lamentaba demasiado volver a disfrutar de ellas. Llenó el baño de agua caliente y se lavó con regalo. Incluso el jabón perfumado era una mejora sobre la arena negra, pero cuando buscó una toalla y descubrió que olía a menta, simplemente se echó a reír.

Pasarían tres horas antes de que la droga surtiera efecto sobre Susurro. Serpiente estaba tumbada en la cama, completamente vestida pero descalza, despierta, cuando Gabriel llamó a la puerta. Serpiente se levantó, agarró amablemente a Susurro por detrás de la cabeza y la dejó enroscarse por su brazo antes de dejar entrar a Gabriel.

El joven observó al ofidio con cautela, suficientemente fascinado para vencer una inquietud obvia.

—No dejaré que te ataque —dijo Serpiente.

—Me estaba preguntando cómo son al tacto.

Serpiente extendió el brazo y el muchacho acarició las suaves escamas de Susurro. Retiró la mano sin hacer ningún comentario.

De vuelta al dormitorio del gobernador, Brian, que ahora no parecía tan abatido, se hallaba contento por tener una vez más a su amo bajo su cargo. El gobernador era un borracho llorón. Sollozaba casi cantarínamente cuando Serpiente se le acercó, y gruesas lágrimas le corrían por las mejillas. Los lamentos cesaron en cuanto vio a Serpiente. La curadora se detuvo al pie de la cama. Le observó, temerosa.

—¿Cuánto ha bebido?

—Todo lo que ha querido —respondió Gabriel.

—Sería mejor que estuviera inconsciente —dijo Serpiente, sintiendo piedad por él.

—Lo he visto beber hasta el amanecer con los miembros del consejo, pero nunca le he visto inconsciente.

El gobernador bizqueó.

—No más brandy —dijo—. No más —las palabras sonaban potentes a pesar de un ligero farfalleo—. Si estoy despierto, no me podrás cortar la pierna.

—Eso es —respondió Serpiente—. Quédese despierto, entonces.

El gobernador miró a Susurro, vio sus ojos que no parpadeaban y su lengua fluctuante, y se echó a temblar.

—Otro medio —dijo—. Tiene que haber otro medio...

—Está probando mi paciencia —dijo Serpiente. Sabía que iba a estallar de un momento a otro o, aún peor, empezaría a llorar por Jesse otra vez. Sólo podía comparar lo mucho que había querido ayudarla y cuán fácilmente podía curara este hombre.

El gobernador se tumbó en la cama. Serpiente sintió que aún temblaba, pero al menos estaba callado. Gabriel y Brian permanecían uno a cada lado. Serpiente apartó las sábanas del pie de la cama y las colocó a modo de barricada visual sobre las rodillas del gobernador.

—Quiero ver —susurró el hombre. Tenía la pierna hinchada y violácea.

—No —dijo Serpiente—. Brian, por favor, abre las ventanas.

El viejo criado se apresuró a obedecer; descorrió las cortinas y abrió los paneles de cristal a la oscuridad exterior. El aire fresco entró en la habitación.

—Cuando Susurro le muerda —dijo Serpiente—, sentirá un dolor agudo. Entonces, la zona alrededor de la mordedura se quedará entumecida. Eso sólo por encima de la herida. El entumecimiento se extenderá lentamente, porque la circulación está casi cortada. Pero cuando se extienda más rápido, purgaré la herida. Después de eso, la antitoxina actuará con más efectividad.

Las mejillas arreboladas del gobernador palidecieron. No dijo nada, pero Brian le acercó un vaso a los labios y bebió copiosamente. El color regresó a su rostro.

Bien, pensó Serpiente. A algunas personas se le puede decir, a otras no.

Serpiente le tendió a Brian un paño limpio.

—Esparce un poco de brandy aquí y pónselo sobre la nariz y la boca. Gabriel y tú podéis hacer lo mismo si queréis, esto no va a ser nada agradable. Y echad un buen trago cada uno. Luego agarradle los hombros. No le dejéis sentarse bruscamente, o asustará a la serpiente.

—Sí, curadora —dijo Brian.

Serpiente limpió la piel por encima de la profunda herida del muslo.

Menos mal que no tiene también el tétanos, pensó, recordando a Ao y los otros recolectores. Los curadores habían visitado Montaña ocasionalmente, aunque lo habían hecho con más frecuencia en el pasado. Tal vez el gobernador había sido vacunado después de saber que no tendría que ver a una serpiente. Se desenredó a Susurro del brazo y la agarró por la protuberancia de su mandíbula, dejándola tocar con la lengua la

piel descolorida. El ofidio empezó a reptar sobre la cama. Cuando Serpiente quedó satisfecha con su posición, le soltó la cabeza.

Mordió.

El gobernador gritó.

Susurro sólo mordió una vez, y tan rápidamente que volvió a enroscarse antes de que nadie pudiera darse cuenta de que se había movido. Pero el gobernador lo sabía. Empezó a temblar violentamente otra vez.

Sangre oscura y pus manaron de los dos pequeños pinchazos.

El resto del trabajo de Serpiente fue maloliente y sanguinolento, pero rutinario. Abrió la herida y la dejó desangrarse. Esperaba que Gabriel no hubiera cenado demasiado, porque parecía a punto de vomitar, incluso con el paño empapado en brandy sobre la cara. Brian permanecía estoicamente al lado de su señor, confortándole y tranquilizándole.

Cuando Serpiente terminó, la hinchazón de la pierna se había reducido considerablemente. Se pondría bien en unas pocas semanas.

—Brian, ven aquí, ¿quieres?

El viejo la obedeció dubitativo, pero se relajó cuando vio lo que había hecho.

—Tiene mejor aspecto —dijo—. Al menos está mejor que la última vez que me dejó mirarlo.

—Bien. Seguirá sangrando, así que es mejor conservarlo limpio.

Le enseñó cómo tenía que vendar la herida. Brian llamó a un criado joven para que se llevara los paños, empapados, y el olor de la infección y carne putrefacta se disipó pronto. Gabriel estaba sentado en la cama y limpiaba la frente de su padre con una esponja. Un poco antes, el paño empapado en brandy se le había caído de la cara, pero no se había molestado en reemplazarlo. Ya no parecía tan pálido.

Serpiente recogió a Susurro y dejó que el animal se enroscara sobre sus hombros.

—Si le duele mucho la herida, o si le vuelve a subir la temperatura... si hay algún cambio que no sea una mejora, llámame. De lo contrario, lo veré por la mañana.

—Gracias, curadora —dijo Brian.

Serpiente vaciló al pasar junto a Gabriel, pero éste no alzó la mirada. Su padre permanecía muy quieto, respirando pesadamente, estaba dormido o a punto de hacerlo.

Serpiente se encogió de hombros y salió de la torre del gobernador, regresó a su habitación y metió a Susurro en su compartimento. Luego, deambuló escaleras abajo hasta que encontró la cocina. Otro de los omnipresentes e innumerables sirvientes del gobernador le preparó la cena, y después se fue a la cama.

El gobernador se sentía bastante mejor por la mañana. Era evidente que Brian había pasado toda la noche en vela a su lado. Aunque aceptaba sus órdenes no con alegría, pues aquel no era su estilo, sí lo hacía sin reservas ni resentimiento.

—¿Dejará cicatriz? —preguntó el gobernador.

—Sí —contestó Serpiente, sorprendida—. Por supuesto varias. Le he quitado gran cantidad de músculo muerto que nunca podrá reponer. Pero, probablemente, no cojeará.

—Brian, ¿dónde está mi té —el tono de la voz del gobernador revelaba su malestar por la respuesta de Serpiente.

—Ya viene, señor —la fragancia de las especias inundó la habitación. El gobernador bebió su té solo, ignorando a Serpiente mientras ésta volvía a vendarle la pierna.

Cuando se marchó, enfurruñada, Brian la siguió al pasillo.

—Curadora, perdónale. No está acostumbrado a la enfermedad. Siempre espera que las cosas salgan como él quiere.

—Ya me he dado cuenta.

—Quiero decir... al pensar que está marcado... Siente que se ha traicionado a sí mismo —Brian abrió las manos, incapaz de encontrar las palabras adecuadas.

No era tan extraño conocer a gente que se creía invulnerable a la enfermedad. Serpiente estaba acostumbrada a pacientes difíciles que querían volver a la normalidad demasiado pronto, a pesar de la necesidad de recuperación, y que se quejaban cuando veían que no podían hacerlo.

—Eso no le da derecho a tratar a la gente de la forma en que lo hace —dijo Serpiente.

Brian miró al suelo.

—Es un buen hombre, curadora.

Lamentando que su furia (no, su malestar y su orgullo herido) le alcanzaran, Serpiente volvió a hablar, esta vez con más amabilidad.

—¿Está vinculado aquí?

—¡No! Oh, no, curadora, soy libre. El gobernador no permite que haya vínculos en Montaña. Los conductores que vienen con vinculoservos son enviados fuera de la ciudad, y su gente puede elegir entre irse con ellos o dar a la ciudad un año de servicio. Si se quedan, el gobernador les compra al conductor sus papeles.

—¿Es eso lo que pasó contigo?

Él vaciló al principio, pero al final contestó.

—No muchos saben que estaba vinculado. Fui uno de los primeros en ser liberados. Después de un año, el gobernador rompió mis papeles vinculantes. Aún tenían una validez de veinte años, y ya había servido cinco. Hasta entonces no estaba seguro de poder confiar en él... o en nadie. Pero no podía —se encogió de hombros—. Y después me quedé.

—Comprendo por qué sientes gratitud hacia él —dijo Serpiente—. Pero sigue sin tener derecho a darte órdenes las veinticuatro horas del día.

—Anoche dormí.

—¿En una silla? Brian sonrió.

—Llama a alguien para que le cuide un rato —dijo Serpiente—. Ven conmigo.

—¿Necesitas ayuda, curadora?.

—No, voy a bajar a los establos. Pero al menos podrás dar una cabezada mientras tanto.

—Gracias, curadora. Prefiero quedarme aquí.

—Como quieras.

Dejó la residencia y cruzó el patio. Era agradable pasear por la mañana, incluso estando cerradas las curvas del sendero del acantilado. Los pastos del gobernador se extendían bajo ella. La yegua gris estaba sola en un campo verde, galopaba de un lado a otro con la cabeza alta, sacudía la cola, se detenía ante la cerca, resoplaba, daba luego la vuelta y corría en dirección contraria. Si hubiera decidido seguir corriendo, habría saltado sin problemas la altura de la cerca, pues no corría por ninguna otra razón que por el placer de jugar. Serpiente recorrió el sendero hasta el establo. Al acercarse, oyó un golpe y un lamento, y después una voz fuerte y furiosa.

—¡Continúa con tu trabajo!

Serpiente corrió hacia el establo y abrió las puertas. El interior estaba casi oscuro.

Parpadeó. Oyó el rumor de la paja y notó el olor agradable y denso de una cuadra limpia. Un momento después, sus ojos se acostumbraron a la penumbra y pudo ver el amplio pasillo, las dos filas de establos y al capataz que se volvía hacia ella.

—Buenos días, curadora. —El capataz era un gigante de al menos dos metros de altura, muy fornido. Tenía el pelo rizado de color rojo brillante y la barba rubia.

Serpiente le miró.

—¿Qué ha sido ese ruido.

—¿Ruido? No... Oh, sólo estaba dando remedio a los placeres de la pereza.

Su remedio tuvo que haber sido efectivo, pues el perezoso, fuera quien fuera, había desaparecido rápidamente.

—A esta hora de la mañana, la pereza parece una buena idea —dijo Serpiente.

—Bueno, empezamos temprano. —El capataz la guió por el establo—. Metí aquí sus caballos. La yegua está correteando por el prado, pero he dejado aquí al pony.

—Bien —dijo Serpiente—. Necesita que lo hierren en cuanto sea posible.

—Le he dicho al herrero que venga esta tarde.

—Muy bien.

Serpiente entró en la cuadra de Ardilla. El caballo la mordisqueó y comió el trozo de pan que le había traído. Su pelaje brillaba, le habían peinado la melena y la cola, e incluso sus cascos habían sido untados con aceite.

—Han cuidado muy bien de él.

—Intentamos complacer al gobernador y a su huésped —dijo el hombretón. Se quedó por los alrededores, solícito, hasta que Serpiente salió del establo en busca de la yegua. Veloz y Ardilla tenían que acostumbrarse despacio al pasto después de permanecer tanto tiempo en el desierto, o la rica hierba los haría enfermar.

Cuando regresó montando a Veloz a pelo y guiándola con las rodillas, el capataz estaba ocupado en otra parte del edificio. Serpiente se bajó de la yegua y la condujo a su establo.

—Fui yo, señora, no él.

Sorprendida, Serpiente se dio la vuelta, pero quien había susurrado no estaba en el establo, ni en el pasillo.

—¿Quién anda ahí? —preguntó Serpiente—. ¿Dónde estás? De vuelta al establo, miró hacia arriba y vio el agujero en el techo por donde se arrojaba el forraje. Saltó sobre el pesebre, se agarró a los bordes del agujero y se encaramó para poder ver el ático. Una figurita pequeña dio un respingo, llena de miedo, y se escondió tras una bala de heno.

—Sal —dijo Serpiente—. No te haré daño.

Estaba en una posición ridícula, colgada en mitad del establo con Veloz mordisqueándole las botas, sin fuerza suficiente para poder auparse al desván.

—Baja —dijo, y se dejó caer al suelo.

Pudo ver la forma de la persona en el desván, pero no sus rasgos.

Es una niña, pensó. Sólo una niña pequeña.

—No es nada, señora —dijo la chiquilla—. Es que siempre pretende que él es el que hace todo el trabajo cuando son otros los que lo hacen. No importa.

—Por favor, baja —repitió Serpiente—. Has hecho un buen trabajo con Ardilla y Veloz, me gustaría agradecértelo.

—Con eso ya es suficiente, señora.

—No me llames así. Mi nombre es Serpiente. ¿Cuál es el tuyo?

Pero la niña ya se había ido.

La gente de la ciudad, pacientes y mensajeros, esperaban para verla cuando llegó a lo alto del acantilado con Veloz. No iba a poder desayunar hoy.

Vio gran parte de Montaña antes de que cayera la tarde. Durante unas cuantas horas trabajó duramente, atareada y con prisas, pero contenta. Luego, en una ocasión en que terminaba con un paciente y se disponía a escuchar al siguiente, la aprensión se apoderó de ella y pensó que esta vez podrían pedirle que ayudara a alguien que estuviera muriendo, alguien como Jesse a quien no podría prestar ningún tipo de auxilio. Pero eso no sucedió.

Por la tarde, condujo a Veloz hacia el norte, junto al lecho del río. Dejó la ciudad a la izquierda mientras el brillo del sol se hundía bajo las nubes y tocaba los picos de las montañas de poniente. Las largas sombras reptaban hacia ella cuando llegó a los establos del gobernador. Al no ver a nadie por los alrededores, condujo ella misma a

Veloz a su cuadra, la desensilló y empezó a cepillarle el suave pelaje. No se sentía particularmente ansiosa por regresar a la residencia del gobernador y a su atmósfera de sumisa lealtad y dolor.

—Señora, eso no es para ti. Déjame a mí. Sube a la colina.

—No, baja tú —dijo Serpiente a la voz susurrante e incorpórea—. Puedes ayudarme. Y no me llames señora.

—Ve ahora, señora, por favor.

Serpiente cepilló a Veloz y no contestó. Como no sucedía nada, pensó que la niña se había marchado; entonces oyó un rumor en el heno, por encima de su cabeza. Por impulso pasó el cepillo hacia atrás siguiendo el flanco de Veloz. Un instante después la niña estaba a su lado, y le quitó amablemente el cepillo de la mano.

—Verás, señora...

—Serpiente.

—Este trabajo no es para ti. Tú entiendes de curar, y yode cepillar a los caballos.

Serpiente sonrió.

La niña tenía solamente nueve o diez años, era pequeña y delgada. Ni siquiera había mirado a Serpiente a la cara; cepillaba el erizado pelaje de Veloz, con el rostro vuelto y pegado al flanco de la yegua. Tenía el pelo de color rojo brillante, y las uñas sucias y mordisqueadas.

—Tienes razón —dijo Serpiente—. Lo haces mejor que yo.

La niña guardó silencio un instante.

—Me has engañado —dijo hoscamente, sin darse la vuelta.

—Un poco —admitió Serpiente—. Pero tenía que hacerlo o de otro modo no me dejarías darte las gracias cara a cara.

La niña se giró y alzó el rostro.

—¡Entonces agradécelo! —gritó.

La parte izquierda de su cara estaba deformada por una terrible cicatriz.

Quemaduras de tercer grado, pensó Serpiente. Pobre chiquilla... Y luego pensó: si hubiera tenido cerca un curador, la cicatriz no sería tan mala.

Pero al mismo tiempo, advirtió el hematoma en la parte derecha de su cara. Serpiente se arrodilló y la niña se apartó, temerosa del contacto, volviéndose de nuevo para que la cicatriz quedara menos visible. Serpiente tocó con cuidado el hematoma.

—Oí cómo el capataz le gritaba a alguien esta mañana.

Fue a ti, ¿verdad? Te pegó.

La niña se dio la vuelta y la miró. Su ojo derecho estaba muy abierto, el izquierdo se veía cerrado parcialmente por el tejido de la cicatriz.

—Estoy bien —dijo. Entonces se escabulló de las manos de Serpiente y subió corriendo por una escalera hasta perderse en la oscuridad.

—Por favor, vuelve —llamó Serpiente. Pero la niña había desaparecido, y cuando Serpiente la siguió al desván no pudo encontrarla.

Serpiente emprendió el camino hacia la residencia. Su sombra oscilaba de un lado a otro con el balanceo de la linterna que portaba. Pensaba en la niña sin nombre que se avergonzaba de acercarse a la luz. El hematoma estaba en un mal sitio, en la sien. Pero no había retrocedido ante el contacto de Serpiente (al menos no al tocarle al hematoma), y no tenía síntomas de contusión. Serpiente no tenía que preocuparse por la salud inmediata de la niña. Pero ¿qué pasaría en el futuro? Quería ayudarla de alguna manera, pero sabía que si hacía que reprendieran al capataz, la niña sufriría las consecuencias cuando ella se marchara.

Serpiente subió a la habitación del gobernador.

Brian parecía exhausto, pero el gobernador estaba descansado. La hinchazón casi había desaparecido de su pierna. Los pinchazos habían formado una postilla, pero Brian estaba haciendo un buen trabajo manteniendo la herida principal abierta y limpia.

—¿Cuándo podré levantarme? —preguntó el gobernador—. Tengo trabajo que hacer, gente a la que ver, disputas que resolver.

—Puede levantarse cuando quiera —contestó Serpiente—. Si no le importa tener que permanecer en cama después el triple de tiempo.

—Insisto...

—Quédese en la cama —dijo Serpiente, cansada. Sabía que el gobernador desobedecería. Brian, como de costumbre, la siguió al vestíbulo.

—Si la herida sangra por la noche, ven a verme —dijo Serpiente. Sabía que si el gobernador se levantaba, así sería, Y no quería que el viejo criado tuviera que enfrentarse solo con la herida.

—¿Se encuentra bien? ¿Mejorará?

—Sí, si no se fuerza demasiado. Está recuperándose bastante bien.

—Gracias, curadora.

—¿Dónde está Gabriel?

—Ya no viene aquí.

—Brian, ¿qué es lo que ocurre entre su padre y él?

—Lo siento curadora. No puedo decirlo. Querrás decir que no quieres, pensó Serpiente.

Serpiente se quedó despierta contemplando el valle oscuro. No le apetecía dormir todavía. Aquélla era una de las cosas que menos le gustaba de su año de prueba: tener que dormir sola la mayor parte de las veces. Había demasiadas personas en los lugares que visitaba que sólo conocían a los curadores por reputación, y le tenían miedo. Incluso Arevin la temía al principio, y cuando su miedo cesó y su respeto mutuo se convirtió en atracción, Serpiente tuvo que marcharse.

No tuvieron oportunidad de estar juntos.

Apoyó la cabeza contra el frío cristal.

La primera vez que Serpiente cruzó el desierto fue para explorar, para ver los lugares que los curadores no visitaban desde hacía décadas o que no habían visitado nunca antes. Había sido presuntuosa, tal vez incluso alocada, al hacer lo que sus maestros ya no hacían o ni siquiera consideraban. Ya no había suficientes curadores para la gente que vivía en su parte del desierto. Si Serpiente tenía éxito en su visita a la ciudad, todo aquello podría cambiar. Pero el nombre de Jesse era la única diferencia entre Serpiente y cualquier otro curador que hubiera acudido anteriormente a Centro en busca de conocimiento. Si fracasaba... sus maestros eran amables, tolerantes con las diferencias y excentricidades, pero Serpiente no sabía cómo podrían reaccionar ante los errores que había cometido.

La llamada a la puerta resultó un alivio, pues interrumpió sus pensamientos.

—Adelante.

Gabriel entró, y ella se sintió impresionada una vez más por su belleza.

—Brian me ha dicho que mi padre se recupera bien.

—Bastante bien.

—Gracias por ayudarme. Sé que puede ser difícil —dudó, miró alrededor, se encogió de hombros—. Bien... venía para ver si puedo hacer algo por ti.

A pesar de su preocupación, el muchacho parecía amable y agradable, cualidades que atraían tanto a Serpiente como su belleza física. Y se sentía sola. Decidió aceptar su oferta.

—Sí —dijo—. Gracias.

Se detuvo ante él, le acarició la mejilla, le tocó la mano y le condujo hacia un sofá. Había una botella de vino y varios vasos sobre una mesita baja junto a la ventaja.

Serpiente advirtió que Gabriel enrojecía.

Aunque no conocía todas las costumbres del desierto, las de las montañas no le eran extrañas: no había sobrepasado sus privilegios como huésped, y él había hecho una oferta. Miró a Gabriel a la cara y lo cogió por los brazos. El muchacho estaba ahora pálido.

—Gabriel, ¿qué es lo que pasa?

—Yo... me he expresado mal. No pretendía... Si quieres, puedo enviarte a alguien...

Serpiente frunció el ceño.

—Si hubiera querido a «alguien» lo habría contratado en la ciudad. Quería estar con una persona que me gustara.

Él la miró con una débil sonrisa de gratitud. Tal vez había decidido dejar de afeitarse la barba al mismo tiempo que decidió abandonar la casa de su padre, pues sus mejillas mostraban un rastro de fino pelo dorado rojizo.

—Gracias —dijo.

Ella le guió al sofá, le hizo acomodarse y tomó asiento a su lado.

—Gabriel, ¿nunca te has dado cuenta de que eres hermoso?

—Sí —él consiguió forzar una sonrisa triste—. Lo sé.

—¿Tengo que sacártelo a la fuerza? ¿Soy yo? Los dioses saben que mi aspecto no puede compararse a la gente de Montaña. Si prefieres a los hombres, también puedo comprenderlo.

No conseguía descubrir qué hacía que el muchacho se mantuviera apartado de ella; no reaccionaba a ninguna de las cosas que sugería.

—¿Estás enfermo? ¡Soy la primera persona a la que deberías decírselo!

—No estoy enfermo —dijo él en voz baja, sin mirarla a los ojos—. Y no eres tú. Quiero decir, si pudiera elegir a alguien... me honra que pienses así de mí.

Serpiente esperó que continuara.

—No sería justo para ti que me quedase. Podría...

—Es el problema que existe entre tu padre y tú —dijo Serpiente cuando volvió a callarse—. Por eso te marchas.

Gabriel asintió.

—Y tiene razón en querer que me vaya.

—¿Porque no has estado a la altura de lo que él esperaba de ti? —Serpiente sacudió la cabeza—. Castigarse no sirve de nada. Es estúpido y denigrante. Ven a la cama conmigo, Gabriel. No te exigiré nada.

—No comprendes —dijo Gabriel tristemente. Le cogió la mano y se la llevó a la cara, pasando la yemas por el fino y suave mentón—. No puedo mantener mi parte del acuerdo que hacen los amantes entre sí. No sé por qué. Tuve un buen maestro. Pero el biocontrol está fuera de mi alcance. Lo he intentado. Dioses, cómo lo he intentado.

Sus ojos azules brillaban. Dejó caer la mano. Serpiente le acarició la mejilla una vez más y le pasó un brazo por los hombros, ocultando su sorpresa. Podía comprender la impotencia, pero ¡falta de control...! No sabía qué decirle. Y él tenía que contarle algo más, algo de lo que quería hablar con desesperación: Serpiente podía sentirlo por la presión de su cuerpo. Tenía los puños cerrados. Ella no quería forzarle; ya lo habían herido demasiado en ese aspecto. Buscó palabras amables y medios suaves para decir las cosas que de ordinario diría directamente.

—No importa —dijo Serpiente—. Comprendo lo que dices. Tranquilízate. Conmigo, eso no importa.

Él la miró, con los ojos tan abiertos y sorprendidos como la niña del establo cuando Serpiente había mirado el nuevo hematoma en vez de la vieja y fea cicatriz.

—No puedes hablar en serio. No puedo hablar con nadie. Se disgustarían, como mi padre. No les echo la culpa.

—Puedes hablar conmigo. No te juzgaré.

Él dudó un instante más. Luego, las palabras, contenidas durante años, salieron atropelladamente.

—Tenía una amiga llamada Leah —dijo Gabriel—. Eso fue hace tres años, cuando yo tenía quince y ella trece. La primera vez que decidió hacer el amor con alguien, algo más que un simple juego, ya me entiendes, me escogió a mí. No había terminado aún su formación, por supuesto, pero eso no debería haber importado porque yo sí había terminado la mía. Eso pensaba.

Apoyó la cabeza, en el hombro de Serpiente, y miró con ojos borrosos las ventanas negras.

—Tal vez debí tomar otras precauciones —dijo—. Pero ni siquiera pensé en la posibilidad de ser fértil. Nunca había oído hablar de nadie que no pudiera manejar el biocontrol. Bueno, tal vez el trance profundo no, pero la fertilidad... —Rió amargamente—. Y la barba, pero entonces todavía no había empezado a crecerme. —Serpiente le sintió encogerse de hombros mientras el suave material de su camisa se restregaba con el de la suya—. Pocos meses después dimos una fiesta para ella, porque pensamos que había aprendido su biocontrol más rápido que de costumbre. Nadie se sorprendió. Todo llegaba rápidamente para Leah. Era brillante —se detuvo un instante y simplemente se apoyó en Serpiente, respirando lenta y profundamente. La miró—. Pero no fue su biocontrol lo que detuvo la menstruación. Fui yo, que la dejé embarazada. Tenía doce años, era mi amiga, me eligió, y yo casi arruiné su vida.

Serpiente lo comprendía todo ahora, la timidez de Gabriel, su inseguridad, su vergüenza, incluso por qué embozaba su belleza cuando salía al exterior: no quería que lo reconocieran; aún más, no quería que nadie le ofreciera su cama.

—Pobrecito —dijo Serpiente.

—Creo que siempre habíamos asumido que, con el tiempo, nos uniríamos, cuando los dos supiéramos qué íbamos a hacer. Cuando estuviéramos establecidos. ¿Pero quién querría un compañero sin control? Siempre sabrían que si su control fallaba sólo un poco, el otro no tendría ninguno. Una unión no podría durar de esa manera. Aun así, ella no quiso humillarme. No se lo dijo a nadie. Abortó, pero lo hizo sola. Y su formación no había llegado hasta ese extremo. Poco le faltó para morir desangrada.

—No deberías tratarte como si la hubieras dañado adrede —dijo Serpiente, sabiendo que las palabras no serían suficientes para hacer que Gabriel dejara de despreciarse, o para enmendar el trato que le dispensaba su padre. Él no podía saber que era fértil si no había sido examinado recientemente, y en cuanto se aprendía la técnica, normalmente no era necesario preocuparse. Serpiente había oído hablar de gente incapaz de aprender el biocontrol, pero no muy a menudo. Sólo una persona incapaz de preocuparse por nadie habría salido ileso de lo que Gabriel había sufrido. Y Gabriel, obviamente, se preocupaba.

—Se recuperó —continuó el muchacho—. Pero yo, que debí de haber sido un placer para ella, me convertí en una pesadilla. Leah... creo que quería volver a verme, pero no se atrevía. Si es que eso tiene sentido.

—Sí —dijo Serpiente. Doce años: tal vez aquella fue la primera vez que Leah se daba cuenta de que otras personas podrían influir en su vida sin su control o incluso sin su conocimiento; no era una lección que los niños aprendieran voluntaria ni fácilmente.

—Quería ser formadora de cristal, y tenía un contrato para ayudar a Ashley.

Serpiente silbó llena de admiración. Formar el cristal era una ocupación respetada y con mucha demanda. Sólo los mejores podían construir espejos solares; se tardaba mucho tiempo en hacer paneles decentes, o pantallas curvas como las que había en las torres. Ashley no era simplemente una de las mejores en su oficio. Era la mejor.

—¿Tuvo que renunciar Leah?

—Sí. Pudo haber sido permanente. Lo consiguió al año siguiente, pero ya había perdido un año de su vida —hablaba suave y cuidadosamente, pero sin emoción, como si hubiera repetido la conversación tantas veces en su mente que hubiera colocado alguna distancia ente el recuerdo y su persona—. Por supuesto, volví con el maestro, pero cuando estudiaron mis reacciones más tiempo, advirtieron que sólo podía mantener el diferencial de la temperatura unas pocas horas. No era suficiente.

—No —dijo Serpiente pensativamente, preguntándose hasta qué punto era bueno el maestro de Gabriel.

—Ya ves —dijo el muchacho. Se echó hacia atrás para mirarla a la cara—. No puedo quedarme contigo esta noche.

—Sí puedes. Por favor, quédate. Los dos estamos solos y podemos ayudarnos mutuamente.

El contuvo la respiración y se puso en pie bruscamente.

—No comprendes... —gimió.

—Gabriel.

Se sentó lentamente, pero no la tocó.

—No tengo doce años. No tienes por qué tener miedo de darme un hijo que no quiero. Los curadores nunca tienen hijos. Aceptamos nuestra responsabilidad, pero no podemos permitirnos el compartirla con nuestros compañeros.

—¿Nunca tenéis hijos?

—Nunca. Las mujeres no los conciben y los hombres no los engendran.

Él la miró.

—¿Me crees?

—¿De verdad quieres que yo, incluso sabiendo...?

Por respuesta, Serpiente se puso en pie y empezó a desabrocharse la camisa. Los botones estaban rígidos porque el tejido era nuevo, así que se la sacó por la cabeza y la dejó caer al suelo. Gabriel se puso lentamente de pie, y la miró tímidamente. Serpiente le desabotonó la camisa y los pantalones mientras él extendía los brazos para abrazarla.

Cuando estuvo sin pantalones, empezó a ruborizarse.

—¿Qué pasa?

—No he estado desnudo delante de nadie desde que tenía quince años.

—Bien —dijo Serpiente, sonriendo—, es un buen momento.

El cuerpo de Gabriel era tan hermoso como su cara. Serpiente se quitó los pantalones y los dejó caer al suelo.

Tras llevar a Gabriel a la cama, Serpiente se deslizó a su lado entre las sábanas. El suave brillo de la lámpara iluminaba el pelo rubio y la hermosa piel del muchacho. Estaba temblando.

—Relájate —susurró Serpiente—. No hay prisa, hacemos esto por placer.

A medida que iba masajeando los hombros del muchacho, la tensión empezó a abandonarlo. Serpiente advirtió que también ella estaba tensa, tensa de deseo, excitación y necesidad. Se preguntó qué estaría haciendo Arevin.

Gabriel se tendió de lado y la abrazó. Se acariciaron mutuamente y Serpiente sonrió para sí, pensando que aunque ninguna experiencia aislada compensaría a Gabriel por los tres últimos años, haría todo lo que estuviera en su mano para empezar.

No obstante, pronto se dio cuenta de que Gabriel no prolongaba el prelude amoroso. Actuaba para satisfacerla, todavía pensaba y se preocupaba demasiado, como si ella fuera Leah, una niña de doce años cuyo primer placer sexual fuera su responsabilidad. A Serpiente no le hacía ninguna gracia ser tratada así, como un simple instrumento del deber. Además, el muchacho intentaba con voluntad responder a sus estímulos, pero fracasaba y se turbaba más a cada momento. Serpiente le acarició suavemente, recorriéndole la cara con los labios.

Gabriel se apartó de ella con una maldición y se acurrucó dándole la espalda.

—Lo siento —dijo. Su voz era tan ronca que Serpiente pensó que estaba llorando. Se sentó junto a él y le acarició el hombro.

—Te dije que no haría ninguna demanda.

—Sigo pensando...

Ella le besó en el hombro y dejó que su aliento le hiciera cosquillas.

—No se trata de pensar.

—No puedo evitarlo. Todo lo que puedo ofrecer son problemas y dolor, sin ni siquiera dar placer antes. Tal vez es así, simplemente.

—Gabriel, un hombre impotente puede satisfacer a otra persona. Debes de saber eso. De lo que estamos hablando ahora es de tu propio placer.

Él no respondió ni la miró: había dado un respingo cuando ella dijo «impotente», pues aquélla era una dificultad que Gabriel no había considerado hasta ahora.

—Sigues sin creer que estás a salvo conmigo, ¿verdad? Él se dio la vuelta y la miró.

—Leah no lo estuvo.

Serpiente se acurrucó sentada, acercó las rodillas al pecho y apoyó la barbilla en los puños.

Miró a Gabriel largo rato, suspiró, y tendió una mano para que pudiera ver las cicatrices y rasguños de las mordeduras de las serpientes.

—Una sola de estas mordeduras habría matado a cualquiera que no fuera un curador. De forma rápida o lenta, pero ambas desagradables.

Hizo una pausa para que sus palabras calaran hondo.

—He pasado muchísimo tiempo desarrollando inmunidades para esos venenos —dijo—. Y mucha incomodidad. Nunca me pongo enferma. Nunca sufro infecciones. No puedo contraer cáncer. No se me caen los dientes. Las inmunidades de los curadores son tan activas que responden ante cualquier cosa que no sea usual. La mayoría de nosotros somos estériles porque incluso formamos anticuerpos a nuestras propias células sexuales. Y no digamos ya a las otras personas.

Gabriel se apoyó en un codo.

—Entonces... si no podéis tener hijos, ¿por qué dijiste que los curadores no os podéis permitir tenerlos? Pensé que querías decir que no teníais tiempo. Por tanto, si yo...

—¡Tenemos niños! —dijo Serpiente—. Los adoptamos. Los primeros curadores intentaron engendrarlos, pero la mayoría no pudieron. Unos pocos lo lograron, pero los niños eran deformes, y no tenían mente.

Gabriel se tumbó de espaldas y miró al techo. Suspiró profundamente.

—Dioses.

—Aprendemos a controlar la fertilidad muy bien —dijo Serpiente.

Gabriel no respondió.

—Sigues preocupado —Serpiente se apoyó sobre un codo a su lado, pero todavía no extendió la mano para acariciarle.

Gabriel la miró con una sonrisa irónica y desprovista de humor, con la cara tensa por las dudas.

—Supongo que tengo miedo.

—Lo sé.

—¿Nunca has tenido miedo? ¿No has estado asustada de verdad?

—Claro que sí —dijo Serpiente.

Colocó la mano en su vientre y pasó los dedos sobre su suave piel y el delicado vello dorado. Gabriel no se estremecía visiblemente, pero Serpiente podía sentir su temblor profundo, firme y asustado.

—¿Qué estas haciendo?

—Sh-h. Quédate quieto.

Siguió acariciándolo, y le habló, dejó que su voz adquiriera un tono hipnótico y tranquilizador. Podía sentir su lucha por no moverse mientras le acariciaba: luchaba consigo mismo, y el temblor desapareció sin que se diera cuenta.

—¡Serpiente!

—¿Qué? —preguntó ella inocentemente—. ¿Algo va mal?

—No puedo...

—Sh-h.

Él gimió, pero ésta vez su temblor no se debía al miedo. Serpiente sonrió, se acurrucó a su lado y le dio la vuelta para que le mirara a la cara.

—Ahora puedes moverte —dijo.

Fuera cual fuera la razón, por sus caricias, o porque Serpiente se había mostrado tan vulnerable ante Gabriel como él lo era ante ella y podía entregarle su confianza, o más probablemente porque era joven, sano y tenía sólo dieciocho años y se encontraba en el momento final de tres años de culpable autoprivación, el caso es que el muchacho se comportó bien después de aquello.

Serpiente se sentía como una observadora, no una mirona morbosa, sino como una vigilante imperturbable, casi desinteresada y eso era extraño. Gabriel era hermoso, y Serpiente le condujo al abandono. Aunque su propio clímax fue satisfactorio, una bienvenida liberación de las tensiones emocionales que habían estado formándose durante todo el tiempo en que había permanecido sola, se sentía principalmente preocupada por Gabriel. Aunque correspondió ansiosamente a su pasión, no podía evitar dejar de preguntarse cómo sería hacer el amor con Arevin.

Permanecieron tendidos juntos, los dos sudorosos y respirando pesadamente, abrazados. Para Serpiente, la compañía era tan importante como el mismo sexo. Más importante, pues era fácil dominar las emociones sexuales, pero la soledad era una cosa completamente diferente. Se inclinó sobre Gabriel y le besó la garganta y el mentón.

—Gracias —susurró él. Serpiente podía sentir la vibración de sus palabras contra sus labios.

—No hay de qué, pero no lo he hecho por razones humanitarias.

Él permaneció en silencio un rato, con los dedos extendidos sobre la curva de su cintura. Serpiente le palmeó la mano. Era un muchacho amable. Sabía que el pensamiento era condescendiente, pero no podía evitarlo, no podía dejar de desear, con aquella parte observadora y apartada de sí, que fuera Arevin quien estuviera con ella. Quería alguien con quien pudiera compartir, no que se sintiera agradecido hacia ella.

Gabriel, de repente, la agarró con fuerza y escondió su cara en su hombro. Ella acarició los cortos rizos de su nuca.

—¿Qué voy a hacer? —sentía su voz ahogada, su aliento cálido en la piel—. ¿A dónde iré?

Serpiente le abrazó y le meció. De repente se preguntó si no habría sido mejor hacerle caso cuando se ofreció a enviar a alguien en su lugar, permitirle continuar con su vida de abstinencia. Sin embargo, no podía creer que Gabriel fuera uno de los lamentables seres humanos que nunca podían aprender el biocontrol.

—¿Gabriel, qué clase de formación tuviste? Cuando te hicieron las pruebas, ¿cuánto tiempo podías contener el diferencial de temperatura? ¿No te dieron un aparato?

—¿Qué clase de aparato?

—Un pequeño disco con un producto químico en su interior que cambia de color con la temperatura. La mayoría de los que he visto se vuelven rojos cuando la temperatura genital del hombre es muy elevada —sonrió, recordando aun conocido que presumía de la intensidad del color de su disco, y a quien había que pedir que se lo quitara para irse con él a la cama.

Pero Gabriel la miraba con el ceño fruncido.

—¿Temperatura elevada?

—Sí, por supuesto. ¿No es así como lo hacéis?

Sus rubias cejas se juntaron en una expresión mezcla de inquietud y sorpresa.

—Nuestro maestro nos instruye para que la mantengamos baja.

El recuerdo de su presumido amigo y unos cuantos chistes mordaces acudieron a la mente de Serpiente. Quiso reírse en voz alta. Consiguió contestar a Gabriel con la cara perfectamente seria.

—Gabriel, querido amigo, ¿qué edad tenía tu maestro? ¿Cien años?

—Sí —respondió Gabriel—. Como mínimo. Era un hombre muy sabio, lo sigue siendo.

—Estoy segura de que es sabio, pero también de que va con ochenta años de retraso. Bajar la temperatura de tu escroto te convierte en infértil. Pero subirla es mucho más efectivo, y se supone que es mucho más fácil de aprender.

—Pero dijo que nunca podría aprender a controlarme adecuadamente...

Serpiente frunció el ceño, pero no dijo lo que pensaba: que ningún maestro tendría que decir una cosa así a ningún alumno.

—Bien, a menudo alumno y maestro no se llevan bien, todo lo que necesitas es un maestro diferente.

—¿Crees que podría aprender?

—Sí —evitó hacer ningún otro comentario agudo sobre la sabiduría y habilidad del primer maestro de Gabriel. Sena mejor que el muchacho advirtiera por sí mismo los defectos del maestro. Estaba claro que todavía sentía demasiada admiración y respeto: Serpiente no quería forzarlo a que se pusiera en defensa del viejo, la persona que quizás había hecho más por lastimarlo.

Gabriel agarró la mano de Serpiente.

—¿Qué hago? ¿A dónde voy? —esta vez habló con esperanza y excitación.

—En todas partes hay maestros de hombres que conocen técnicas que tienen menos de cien años. ¿Qué dirección vas a tomar cuando te marches?

—Yo... no lo he decidido aún. —Varió la mirada.

—Es duro partir —dijo Serpiente—. Lo sé. Pero es lo mejor. Pasa una temporada explorando. Decide qué será lo mejor para ti.

—Tengo que encontrar un nuevo lugar —dijo Gabriel tristemente.

—Puedes ir a Encrucijada. Allí viven los mejores maestros. Y cuando hayas terminado, puedes volver aquí. No habría ninguna razón para no hacerlo.

—Creo que sí. Creo que nunca podré volver a casa porque, aunque aprenda lo que necesito, la gente siempre se hará preguntas sobre mí. Los rumores siempre estarán aquí —se encogió de hombros—. Pero tengo que irme de todas formas. Lo prometí. Iré a Encrucijada.

—Bien —Serpiente extendió la mano y redujo la lámpara a una débil chispita—. Me han dicho que la nueva técnica tiene otras ventajas.

—¿Qué quieres decir? Ella le acarició.

—Hace falta que incrementes la circulación en la zona genital. Y eso se supone que aumenta la resistencia. Y la sensibilidad.

—Me pregunto si podré resistir ahora.

Serpiente empezó a contestarle en serio y entonces se dio cuenta de que Gabriel había hecho su primer intento de chiste sobre el sexo.

—Veamos —dijo.

Unos apresurados golpes en la puerta despertaron a Serpiente mucho antes del amanecer. La habitación estaba fría y fantasmagórica, la lámpara la iluminaba tenuemente con sombras anaranjadas y rosáceas. Gabriel dormía profundamente, sonriendo, sus largas pestañas rubias acariciaban suavemente sus mejillas. Había apartado las sábanas y mostraba su hermoso cuerpo desnudo hasta los muslos. De mala gana, Serpiente se volvió hacia la puerta.

—Adelante.

Una joven criada sorprendentemente hermosa entró dubitativa, y la luz del corredor se desparramó sobre la cama.

—Curadora, el gobernador... —abrió la boca y se quedó mirando a Gabriel, olvidando la prisa que sentía—. El gobernador...

—Voy hacia allí ahora mismo.

Serpiente se levantó, se puso los pantalones y la camisa nuevos y siguió a la joven a las habitaciones del gobernador.

La sangre de la herida abierta empapaba las sábanas, pero Brian había actuado bien: la hemorragia casi se había detenido. El mayor estaba sepulcralmente pálido, y le temblaban las manos.

—Si no pareciera tan enfermo —dijo Serpiente—, le daría la reprimenda que se merece —se ocupó de las vendas—. Tiene la suerte de poder contar con un enfermero excelente —dijo cuando Brian regresó con sábanas limpias y podía oírlo—. Espero que le pague lo que se merece.

—Pensaba...

—Piense todo lo que quiera. Es una ocupación admirable. Pero no intente levantarse de nuevo.

—De acuerdo —murmuró, y Serpiente lo interpretó como una promesa.

Decidió que no tenía por qué ayudar a cambiar las sábanas. Cuando era necesario, o cuando se trataba de gente que le gustaba, no le importaba hacer servicios domésticos. Pero a veces podía ser insoportablemente orgullosa. Sabía que se había portado mal con el gobernador, pero no podía evitarlo.

La criada era más alta que Serpiente y más fuerte que Brian; Serpiente suponía que podría hacer bien su parte y también la de Brian. Pero la muchacha la miró con expresión de angustia cuando salió de la habitación para volver a la cama y la siguió corriendo por el pasillo.

—¿Señora...?

Serpiente se dio la vuelta. La criada miró alrededor como si temiera que alguien pudiera verlas juntas.

—¿Cómo te llamas?

—Larril.

—Larril, mi nombre es Serpiente, y odio que me llamen «señora». ¿De acuerdo?

Larril asintió, pero no empleó el nombre de Serpiente. La curadora suspiró para sus adentros.

—¿Qué pasa?

—Curadora... en tu habitación vi... una criada no debería ver ciertas cosas. No quiero avergonzar a ningún miembro de esta familia —su voz era aguda y tensa—. Pero... pero Gabriel es... —las palabras se atropellaban en su boca, llenas de confusión y vergüenza—. Si le preguntara a Brian qué tengo que hacer, él tendría que decírselo al amo. Eso sería... desagradable. Pero nadie debe lastimarlo. Nunca pensé que el hijo del gobernador pudiera...

—Larril, Larril, no pasa nada. Me lo contó todo. La responsabilidad es mía.

—¿Sabes el... peligro?

—Me lo contó todo —repitió Serpiente—. No existe peligro para mí.

—Has sido amable con él —dijo Larril bruscamente.

—Tonterías. Le deseaba. Y tengo mucha más experiencia con el control que una criatura de doce años. O de dieciocho.

Larril evitó su mirada.

—Y yo también —dijo—. Y he sentido tanta lástima por él... Pero yo... tenía miedo. Era tan hermoso que una podría pensar que... se puede cometer un error, sin pretenderlo. No

podía correr el riesgo. Aún me quedan otros seis meses antes de que mi vida vuelva a ser mía.

—¿Estabas vinculada? Larril asintió.

—Nací en Montaña. Mis padres me vendieron. Antes de las nuevas leyes del gobernador, podían hacerlo —la tensión de su voz contradecía lo indiferente de sus palabras—. Pasó mucho tiempo antes de que me enterara de los rumores que decían que los vínculos habían sido prohibidos aquí, pero cuando lo hice, escapé y regresé —alzó la mirada, casi llorando—. No rompí mi palabra... —se recuperó y habló con más confianza—. Era una niña, y no tuve otra elección. No le debía mi lealtad a ningún conductor. Pero la ciudad compró mis papeles y ahora le debo lealtad al gobernador.

Serpiente comprendió el valor que Larril había necesitado para hablar como lo había hecho.

—Gracias —dijo Serpiente—. Por contarme lo de Gabriel. No diré nada de esto, estoy en deuda contigo.

—Oh, no, curadora, no pretendía...

Había algo en la voz de Larril, una vergüenza repentina, que Serpiente encontraba perturbadora. Se preguntó si Larril pensaba que sospechaba cuáles eran sus verdaderos motivos para hablarle.

—No era mi intención —repitió Serpiente—. ¿Puedo hacer algo para ayudarte?

Larril negó rápidamente con la cabeza, una vez, en un gesto dirigido más a ella misma que a Serpiente.

—Creo que nadie puede ayudarme.

—Cuéntame.

Larril dudó, luego se sentó en el suelo y furiosamente se arremangó los pantalones.

Serpiente se acuclilló a su lado.

—Oh, dioses —dijo.

El talón de Larril había sido taladrado, entre el hueso y el talón de Aquiles. Serpiente pensó que alguien había utilizado con ella un hierro al rojo. La cicatriz acomodaba una pequeña anilla de un material gris y cristalino. Serpiente cogió con un mano el pie de Larril y tocó la anilla. No mostraba ninguna junta visible.

Serpiente frunció el ceño.

—Esto no es más que fruto de la crueldad.

—Si los desobedeces, tienen derecho a marcarte —dijo Larril—. Intenté escapar antes, y dijeron que tenían que marcarme para que recordará cuál era mi lugar —la furia derrotó la serenidad de su voz. Serpiente tembló.

—Siempre estaré marcada —dijo Larril—. Si sólo fueran las cicatrices, no me importaría mucho —retiró el pie de las manos de Serpiente—. ¿Has visto las cúpulas de las montañas? Están hechas del mismo material que las anillas.

Serpiente miró su otro talón, también marcado, también con una anilla. Ahora reconoció la sustancia gris translúcida. Pero nunca había visto que se hiciera con ella algo diferente a las cúpulas, que se encontraban misteriosas e inviolables en los lugares más insospechados.

—El herrero intentó cortar ésta —dijo Larril—. Cuando no logró ni siquiera hacerle una marca, se sintió tan turbado que rompió una barra de acero de un solo golpe, sólo para probar que podía hacerlo, —tocó la fina hebra de su tendón, atrapada dentro de la delicada anilla—. Una vez que el cristal se endurece, es para siempre. Como las cúpulas. A menos que se corte el tendón, y entonces me quedaría coja. A veces pienso que casi merecería la pena —volvió a cubrir la anilla con los pantalones—. Como ves, nadie puede ayudarme. Es vanidad, lo sé. Pronto seré libre, no importa lo que digan estas anillas.

—No puedo ayudarte aquí —dijo Serpiente—. Y de todas formas, sería peligroso.

—¿Quieres decir que podrías hacerlo?

—Se podría hacer, se podría intentar en la estación de los curadores.

—Oh, curadora...

—Larril, podría haber un riesgo —señalando su propio tobillo, mostró lo que habría que hacer—. No se podría cortar el tendón, habría que separarlo. Entonces se podría sacarla anilla. Pero tendrías que permanecer escayolada una buena temporada. Y no puedo asegurarte que los tendones sanen adecuadamente. Puede que tus piernas nunca vuelvan a ser tan fuertes como ahora, tal vez los tendones no puedan volver a adherirse.

—Ya veo... —dijo Larril, con esperanza y alegría en la voz. Tal vez ni siquiera oía a Serpiente.

—¿Me prometes una cosa?

—Sí, curadora, por supuesto.

—No decidas todavía lo que vas a hacer. No decidas inmediatamente después de que haya terminado tu servicio en Montaña. Espera unos cuantos meses. Asegúrate. En cuanto estés libre, puede que decidas que ya no te importa.

Larril la miró sarcásticamente y Serpiente supo que iba a preguntarle cómo se sentiría ella en aquella situación, pero no lo hizo porque pensó que la pregunta era impertinente.

—¿Lo prometes?

—Sí, curadora. Lo prometo. Se levantaron.

—Bien, buenas noches —dijo Serpiente.

—Buenas noches, curadora.

Serpiente emprendió la marcha pasillo abajo.

—¿Curadora?

—¿Sí?

Larril la abrazó.

—¡Gracias!

Turbada, se separó de ella. Las dos reemprendieron sus respectivos caminos, pero Serpiente se volvió a mirar.

—Larril, ¿dónde consiguen las anillas los conductores? Nunca he oído hablar de nadie que pudiera trabajar el material de las cúpulas.

—La gente de la ciudad se las da —dijo Larril—. Sólo les proporcionan una pequeña cantidad, para que no puedan hacer nada útil. Sólo las anillas.

—Gracias.

Serpiente regresó a la cama pensando en Centro, que concedía cadenas a los esclavistas pero rehusaba hablar con los curadores.

Serpiente se despertó antes que Gabriel, cuando ya terminaba la noche. A medida que iba amaneciendo, la débil luz gris empezó a iluminar el dormitorio. Serpiente estaba tendida de lado, apoyada en uno de sus codos, contemplando a Gabriel. Parecía, si aquello fuera posible, aún más hermoso dormido que despierto.

Extendió la mano, pero se detuvo antes de tocarle. Normalmente le gustaba hacer el amor por la mañana. Pero no quería despertar al muchacho.

Frunciendo el ceño, se tumbó de espaldas y trató de sopesar su reacción. El de anoche no había sido el encuentro sexual más memorable de su vida, pues Gabriel, aunque no exactamente torpe, sí era algo inexperto. Sin embargo, aunque no se había sentido completamente satisfecha, tampoco había encontrado desagradable del todo dormir con Gabriel.

Serpiente reflexionó más profundamente, y descubrió que sus pensamientos la perturbaban, se acercaban demasiado al miedo. Ciertamente, no temía a Gabriel: la misma idea era ridícula.

Pero nunca antes había conocido a un hombre que no pudiera controlar su fertilidad. La hacía sentirse incómoda, no podía negarlo. Su propio control era completo; en este aspecto, tenía plena confianza en sí misma. Y aunque por algún extraño accidente se quedara embarazada, podía abortar sin la reacción que había estado a punto de matar a la amiga de Gabriel, Lean. No, su intranquilidad tenía poca base real.

Era simplemente el conocimiento de la incapacidad de Gabriel lo que la hacía apartarse de él, pues había crecido en la confianza que sus amantes poseían control, que tenían exactamente la misma seguridad que ella. No podía esperar lo mismo del muchacho, a pesar de que sus dificultades no eran culpa suya.

Por primera vez, comprendió verdaderamente lo solitario que tenía que haberse sentido el muchacho en los tres últimos años, cómo tenía que haber reaccionado todo el mundo hacia él y la manera en que el propio Gabriel se había sentido. Suspiró llena de tristeza y lo sacudió con la punta de los dedos para despertarle gradualmente, descartando todas sus dudas y su intranquilidad.

Llevando el zurrón consigo, Serpiente bajó el acantilado para reunirse con Veloz. Tenía que volver a observar a algunos pacientes de la ciudad, y pasaría la tarde administrando vacunas. Gabriel se quedó en la casa de su padre, haciendo los preparativos de su viaje.

Ardilla y Veloz resplandecían después de haber sido cepillados. Ras, el capataz, no estaba a la vista. Serpiente entró en el establo de Ardilla para inspeccionar su pata recién herrada. Rascó las orejas del caballo y le dijo que necesitaba hacer ejercicio o se pondría gordo. Sobre ella, podía escuchar el rumor del heno suelto en el desván, pero aunque esperó, no oyó nada más.

—Tendré que pedirle al capataz que te lleve a dar un paseo por el campo —le dijo al pony, y volvió a esperar.

—Yo lo montaré por ti, señora —susurró la niña.

—¿Cómo sé que sabes montar?

—Porque sé.

—Baja, por favor.

Lentamente, la niña bajo por el hueco del techo, colgada de las manos, y cayó a los pies de Serpiente. Se puso de pie, con la cabeza gacha.

—¿Cómo te llamas?

La niña murmuró dos sílabas. Serpiente se arrodilló y la agarró suavemente por los hombros.

—Lo siento, no pude oírte.

La niña alzó la mirada, bizqueando a través de la terrible cicatriz. El hematoma estaba desapareciendo.

—M-Melissa.

Tras un primer momento de duda, repitió el nombre a la defensiva, como si desafiara a Serpiente a que lo negara. La curadora se preguntó qué habría dicho la primera vez.

—Melissa —repitió la niña, relamiéndose con los sonidos.

—Mi nombre es Serpiente, Melissa. —Serpiente tendió una mano y la niña la estrechó, en guardia—. ¿Montarás a Ardilla por mí?

—Sí.

—Puede cabriolar un poco.

Melissa agarró las barras de la mitad superior de la puerta del establo y se aupó.

—¿Ves aquél de allí?

El caballo era un enorme pinto, de aspecto difícil. Serpiente lo había visto antes. Tensaba las orejas y sacaba los dientes cada vez que se acercaba alguien.

—Yo lo monto —dijo Melissa.

—Santos dioses —susurró Serpiente, llena de sincera admiración.

—Soy la única que puede hacerlo —dijo Melissa—. A excepción del otro.

—¿Quién, Ras?

—No —dijo Melissa con desdén—. El no. El del castillo. El del pelo rubio.

—Gabriel.

—Ése. Pero no viene mucho por aquí, así que monto su caballo —Melissa bajó al suelo—. Es divertido. Pero tu pony es bonito.

Ante la destreza de la niña, Serpiente no dio más consejos.

—Entonces, gracias. Me alegra tener alguien que lo monte y sepa lo que hace.

Melissa subió al borde del pesebre, a punto de volver a esconderse en el desván, antes de que Serpiente pudiera pensar en algo más que pudiera interesarla y seguir charlando. Entonces, a medio camino, Melissa se volvió hacia ella.

—Señora, ¿le dirás que tengo tu permiso? —Toda la confianza había desaparecido de su voz.

—Claro que sí —respondió Serpiente.

Melissa desapareció.

Serpiente ensilló a Veloz y la condujo al exterior, donde encontró al capataz.

—Melissa va a montar a Ardilla por mí —le dijo Serpiente—. Le di permiso.

—¿Quién?

—Melissa.

—¿Alguien de la ciudad?

—Su ayudante —dijo Serpiente—. La niña pelirroja.

—¿Se refiere a Fea? —El hombre se echó a reír. Serpiente se sintió enrojecer, primero por la sorpresa y después por la furia.

—¿Cómo se atreve a insultar a una niña de esa forma?

—¿Insultarla? ¿Cómo? ¿Porque digo la verdad? Nadie quiere mirarla, y es mejor que lo recuerde. ¿La ha molestado?

Serpiente montó en su yegua y lo miró.

—Será mejor que de ahora en adelante utilice los puños con alguien de su tamaño.

Apretó los flancos de Veloz con los talones y la yegua partió rápidamente dejando atrás el establo, Ras, el castillo y el gobernador.

El día pasó más rápidamente de lo que Serpiente esperaba. Toda la gente del valle, al oír que había una curadora en Montaña, acudió a verla con niños pequeños para que les diera la protección que ofrecía y gente mayor con males crónicos, a algunos de los cuales, como en el caso de la artritis de Grum, no podía ayudar. Su buena fortuna continuó, pues aunque atendió a algunos pacientes de malas infecciones, tumores, incluso unas cuantas enfermedades infecciosas, no vino nadie que se estuviera muriendo. Los habitantes de Montaña eran casi tan sanos como hermosos.

Pasó toda la tarde trabajando en una habitación de la planta baja de la posada donde había intentado hospedarse. Era un lugar céntrico de la ciudad, y la posadera le dio la bienvenida. Por la tarde, cuando el último padre sacó de la habitación al último niño llorón, Serpiente deseó que Pauli hubiera estado presente para contarles chistes e historias. Se tendió en su silla, bostezando, y se relajó, todavía con los brazos en alto, la cabeza hacia atrás, los ojos cerrados. Oyó que la puerta se abría y percibió pasos entre el rumor de ropas largas; después olió la cálida fragancia del té de hierbas.

Serpiente se enderezó mientras Lainie, la posadera, colocaba una bandeja sobre una mesa cercana. Lainie era una hermosa y agradable mujer de mediana edad, bastante robusta. Se sentó, sirvió dos tazones de té y tendió uno a Serpiente.

—Gracias. —Serpiente inhaló el vapor.

Después de sorber el té durante unos cuantos minutos, Lainie rompió el silencio.

—Me alegro que viniera —dijo—. Hemos pasado mucho tiempo sin una curadora en Montaña.

—Lo sé —respondió Serpiente—. No podemos llegar tan al sur con mucha frecuencia.

—Se preguntó si Lainie sabía también, como ella, que el problema no era la distancia entre Montaña y la estación de los curadores.

—Si un curador se estableciera aquí —dijo Lainie—, sé que la ciudad sería generosa en su gratitud. Estoy segura de que el gobernador le hablará de esto cuando se ponga mejor. Pero pertenezco al consejo y puedo asegurarle que su propuesta encontrará apoyo.

—Gracias, Lainie. Lo recordaré.

—¿Entonces se quedará?

—¿Yo? —miró su taza, sorprendida. Ni siquiera se le había ocurrido que Lainie estuviera haciendo una invitación directa. Montaña, con su gente hermosa y sana, era un lugar donde un curador podía asentarse después de toda una vida de duro trabajo, un lugar donde alguien que no quisiera enseñar podría descansar—. No, no puedo. Me marcho por la mañana. Pero cuando llegue a casa le hablaré a los otros curadores de su oferta.

—¿Está segura de que no desea quedarse?

—No puedo. No tengo el grado suficiente para aceptar una posición semejante.

—¿Y tiene que marcharse mañana?

—Sí. La verdad es que no hay mucho que hacer en Montaña. Todos ustedes están terriblemente sanos. —Serpiente sonrió.

Lainie devolvió la sonrisa rápidamente, pero su voz continuó seria.

—Si siente que tiene que marcharse por el lugar en el que se aloja... porque necesita un sitio más conveniente para su trabajo —dijo dubitativa—, mi posada estará siempre abierta.

—Gracias. Si fuera a quedarme más tiempo, me mudaría. No quisiera... abusar de la hospitalidad del gobernador. Pero la verdad es que tengo que irme.

Miró a Lainie, quien volvió a sonreír. Se comprendían mutuamente.

—¿Pasará aquí la noche? —preguntó Lainie—. Debe estar cansada, y el camino es largo.

—Oh, es un paseo agradable —respondió Serpiente—. Relajante.

Serpiente se dirigió a la residencia del gobernador a través de las calles en sombra. El rítmico sonido de los cascos de Veloz era un telón de fondo para sus sueños. Dio una cabezada mientras la yegua seguía avanzando. Las nubes esa noche eran altas y delgadas; la pálida luna arrojaba sombras sobre las piedras.

Súbitamente, Serpiente oyó el roce de unas botas sobre el pavimento. Veloz se escoró violentamente a la izquierda. Perdido el equilibrio, Serpiente se agarró con desesperación al pomo de la silla y la melena del caballo, intentando evitar la caída. Alguien la agarró de la camisa y tiró, derribándola. Serpiente soltó una mano y golpeó a su atacante. Su puño rozó unas ropas ásperas. Golpeó de nuevo y dio en el blanco. El hombre emitió un quejido y la soltó. Serpiente se agarró al lomo de Veloz y pateó los flancos de la yegua. Veloz dio un salto hacia adelante. El asaltante estaba aún agarrado a la silla. Serpiente pudo oír el ruido de botas al raspar el empedrado mientras intentaba auparse. Dirigía la silla hacia él. De repente, ésta se enderezó de golpe cuando el hombre perdió la tenaza.

Pero una décima de segundo después, Serpiente logró hacerse con las riendas de la yegua. El zurrón de las serpientes había desaparecido.

Serpiente hizo dar la vuelta a Veloz y galopó tras el hombre que huía.

—¡Alto! —gritó. No quería atropellarlo con Veloz, pero el hombre no estaba dispuesto a obedecer. Podía zambullirse en un callejón demasiado estrecho para que pudiera pasar el caballo, y antes de que ella pudiera bajarse y perseguirlo, desaparecería.

Serpiente se inclinó, le agarró la túnica y tiró de él. Los dos cayeron en una maraña. El hombre se dio la vuelta mientras caía, y Serpiente se golpeó contra el pavimento de la calle, aplastada por su peso. De alguna manera, siguió agarrando al hombre mientras forcejeaba para escapar y recuperaba el aliento. Quería decirle que soltara el zurrón, pero no podía hablar todavía. El hombre la golpeó y sintió un agudo dolor que le surcaba la frente, en la línea del pelo. Serpiente devolvió el golpe y los dos rodaron y forcejearon por la calle. Serpiente oyó el sonido del zurrón al ser arrastrado por el suelo de piedra: estiró la mano y lo agarró al mismo tiempo que el hombre encapuchado. Mientras Susurro crotaleaba furiosamente en su interior, los dos forcejearon como niños.

—¡Suéltalo! —gritó Serpiente. Le pareció que oscurecía y apenas podía ver. Sabía que no se había herido la cabeza ni se sentía atontada. Parpadeó y el mundo giró a su alrededor—. ¡No hay nada que puedas utilizar!

El hombre tiró del zurrón, gimiendo de desesperación. Por un instante, Serpiente cedió el terreno, luego tiró del zurrón y lo soltó. Se quedó sorprendida al comprobar que un truco tan obvio funcionaba, que cayó hacia atrás, se golpeó la cadera y el codo, y aulló al sentir la raspadura en el hueso. Antes de que Serpiente pudiera volver a ponerse en pie, su atacante salió corriendo calle abajo.

Serpiente se puso en pie, sujetándose un costado con el codo y agarrando fuertemente el asa del zurrón con la otra mano. Como todas las peleas, ésta no había sido demasiado larga. Se frotó la cara, parpadeó y su visión no se aclaró. Tenía los ojos llenos de sangre por causa de un corte en el cuero cabelludo. Al dar un paso, hizo una mueca de dolor: se había lastimado la rodilla derecha. Cojeó hacia la yegua, quien resopló caprichosamente pero no se retiró. Serpiente la palmeó. No le apetecía perseguir caballos, ni ninguna otra cosa, esta noche. Quería sacar a Sombra y Susurro para asegurarse de que estaban bien, pero sabía que aquello forzaría la tolerancia de la yegua más allá de sus límites. Ató el zurrón a la silla y volvió a montar.

Serpiente hizo que la yegua se detuviera delante del establo cuando éste apareció bruscamente ante ellos en la oscuridad. Se sentía cansada y mareada. Aunque no había perdido mucha sangre y el atacante no la había herido con fuerza suficiente para contusionarla; había consumido tanta adrenalina en la pelea que se sentía totalmente desfallecida.

Inspiró profundamente.

—¡Capataz!

Nadie contestó durante un momento. Luego, cinco o seis metros por encima, la puerta del desván se abrió sobre sus goznes.

—No está aquí, señora —dijo Melissa—. Duerme en el castillo. ¿Puedo ayudarte en algo?

Serpiente alzó la mirada. Melissa permanecía en las sombras, fuera del alcance de la luz de la luna.

—Esperaba no despertarte...

—Señora, ¿qué te ha pasado? ¡Estás sangrando!

—No, ya no. Tuve una pelea. ¿Te importaría subir la colina conmigo? Puedes sentarte junto a mí en la subida y montar a Veloz cuando bajés.

Melissa agarró los dos lados de una polea y descendió al suelo mano sobre mano.

—Haría cualquier cosa que me pidieras, señora —dijo en voz baja.

Serpiente extendió la mano, Melissa la tomó y montó a su lado. En el mundo que Serpiente conocía, todos los niños trabajaban, pero la mano que agarraba la suya, la mano de una niña de diez años, estaba cubierta de callosidades, era áspera y dura como la mano de cualquier trabajador adulto.

—Serpiente apretó las piernas contra los flancos de Veloz y la yegua empezó a subir el sendero. Melissa agarraba la perilla de la silla, una manera incómoda y extraña de guardar el equilibrio. Serpiente hizo que la niña le rodeara la cintura con las manos. Melissa estaba tan envarada y distante como Gabriel, y Serpiente se preguntó si llevaba aún más tiempo que él sin que nadie la tocara con afecto.

—¿Qué pasó? —preguntó Melissa.

—Alguien intentó robarme.

—Señora, eso es horrible. En Montaña no hay ladrones.

—Alguien intentó robarme. Quiso llevarse el zurrón de las serpientes.

—Tiene que haber sido un loco —dijo Melissa.

Un escalofrío de reconocimiento recorrió la espina dorsal de Serpiente.

—Oh, dioses —dijo. Recordó la túnica del desierto que llevaba su atacante, un ropaje que rara vez se veía en Montaña—. Lo era.

—¿Qué?

—Un loco. No, un loco no. Un loco no me seguiría hasta tan lejos. Está buscando algo, ¿pero qué? No tengo nada que pueda interesar a nadie. Nadie más que un curador puede utilizar las serpientes.

—Tal vez quería a Veloz, señora. Es un buen caballo, y nunca he visto unos arreos tan bonitos.

—Saqueó mi campamento antes de que me dieran a Veloz.

—Entonces es un loco auténtico. Nadie querría robar a una curadora.

—Desearía que la gente no siguiera diciéndome eso. Si no quiere robarme, ¿qué es lo que quiere?

Melissa se apretó en torno a la cintura de Serpiente, y su brazo rozó el mango de su cuchillo.

—¿Por qué no le mataste? —preguntó—. Al menos podrías haberle dado una puñalada.

Serpiente palpó el suave mango de hueso.

—Ni siquiera se me ocurrió —dijo—. Nunca he usado el cuchillo contra nadie. —Se preguntó si, en realidad, podría hacerlo. Melissa no contestó.

Veloz siguió avanzando. Los guijarros salían despedidos debido al contacto de sus cascos y caían por el borde del acantilado.

—¿Se portó bien Ardilla? —preguntó por fin Serpiente.

—Sí, señora. Y ahora ya no está cojo.

—Qué bien.

—Es divertido montarlo. Nunca había visto un caballo a rayas como él.

—Tenía que hacer algo original antes de que me aceptaran como curadora, así que hice a Ardilla —dijo—. Nadie había aislado ese gen antes.

Se dio cuenta de que Melissa no entendería nada de lo que estaba diciendo; se preguntó si la pelea la había afectado más de lo que pensaba.

—¿Tú lo hiciste?

—Hice una medicina... que le hizo nacer con el color que tiene. Tenía que cambiar a una criatura viva sin dañarla para demostrar que era lo suficientemente buena para trabajar con las serpientes. Así podemos curar más enfermedades.

—Me gustaría poder hacer algo así.

—Melissa, eres capaz de montar caballos a los que yo no podría ni siquiera acercarme.

Melissa no dijo nada.

—Iba a ser jockey.

Era una niña pequeña y delgada, y desde luego podría montar cualquier tipo de caballo.

—¿Entonces por qué...? —Serpiente se interrumpió, pues advirtió por qué Melissa no podía ser jockey en Montaña.

—El gobernador quiere que los jockeys sean tan hermosos como sus caballos —dijo la niña por fin.

Serpiente le cogió la mano y la apretó amablemente.

—Lo siento.

—Me encuentro muy bien aquí, señora.

Las luces del patio las alcanzaron. Los cascos de Veloz resonaron sobre el pavimento. Melissa se bajó de la grupa de la yegua.

—¿Melissa?

—No te preocupes, señora. Retiraré tu caballo. ¡Eh!—llamó—. ¡Abrid la puerta!

Serpiente se bajó despacio y desató el zurrón de la silla.

Ya se sentía rígida, y la rodilla dañada le dolía enormemente.

La puerta de la residencia se abrió y se asomó un criado.

—¿Quién anda ahí?

—Es la señora Serpiente —dijo Melissa desde la oscuridad—. Está herida.

—Me encuentro bien —dijo Serpiente, pero con una exclamación de sorpresa, el criado se dio la vuelta para pedir ayuda y luego volvió corriendo al patio.

—¿Por qué no la has metido dentro? —extendió una mano para que Serpiente se apoyase. Con amabilidad, ella lo apartó. Otras personas llegaron corriendo y se arremolinaron a su alrededor.

—¡Ven a coger el caballo, niña estúpida!

—¡Dejadla en paz! —dijo Serpiente bruscamente—. Gracias, Melissa.

—No hay de qué, señora.

Mientras Serpiente entraba en el corredor cubierto, Gabriel bajó corriendo la escalera de caracol.

—Serpiente, ¿qué pasa...? Santos dioses, ¿qué ha sucedido?

—Estoy bien —repitió ella—. Tuve una pelea con un ladrón incompetente. —Sin embargo, era más que eso. Ahora lo sabía.

Dio las gracias a los criados y subió con Gabriel a la torre sur. Este permaneció incómodo y apurado a su lado mientras ella comprobaba el estado de Sombra y Susurro, pues la había urgido a que se cuidara primero. Las dos serpientes no estaban heridas, la curadora las devolvió a sus respectivos compartimentos y entró en el cuarto de baño.

Se miró en el espejo: tenía la cara cubierta de sangre y el pelo estaba aplastado contra su cuero cabelludo. Sus ojos azules la observaban.

—Parece que te hayan herido de muerte —Gabriel abrió el grifo y sacó los paños y toallas.

—Sí, ¿verdad?

Gabriel enjugó el arañazo que le cruzaba la frente y se perdía en el pelo. Serpiente podía ver sus bordes en el espejo: era un corte delgado y profundo, posiblemente realizado con el borde de un anillo, no con un nudillo.

—Tal vez deberías tumbarte.

—Las heridas en la cabeza siempre sangran así —dijo Serpiente—. No es tan grave como parece —se miró y sonrió tristemente—. Las camisas nuevas no son nunca cómodas, pero esta manera de gastarlas no me convence.

La camisa tenía el hombro y el codo desgarrados, igual que la rodilla derecha de sus pantalones, todo debido a su caída. Además, el tejido estaba sucio. A través de los agujeros, pudo ver cómo se formaban los hematomas.

—Te conseguiré otra —dijo Gabriel—. No puedo creer que haya pasado esto. Apenas se producen robos en Montaña. Y todo el mundo sabe a qué te dedicas. ¿Quién querría atacar a una curadora?

Serpiente cogió el paño que le ofrecía y terminó de lavar el corte. Gabriel lo había hecho con demasiada amabilidad; Serpiente no quería que sanara sobre una capa de mugre y trocitos de grava.

—El que me atacó no era un habitante de Montaña —dijo. Gabriel mojó la rodillera para aflojar el material donde la sangre seca se había pegado a la piel. Serpiente le contó la historia del loco.

—Al menos no fue uno de los nuestros —dijo Gabriel—. Y un extranjero será más fácil de encontrar.

—Tal vez —pero el loco había escapado a la búsqueda de la gente del desierto. Una ciudad tenía muchos más escondites.

Se levantó. La rodilla empezaba a dolerle. Cojeó hasta la bañera y abrió el grifo del agua caliente. Gabriel la ayudó a quitarse el resto de la ropa y se sentó cerca mientras ella lavaba las heridas. Estaba furioso por lo que había sucedido.

—¿Dónde estabas cuando te atacó el loco? Voy a enviar los guardias de la ciudad a que lo busquen.

—Oh, Gabriel, déjalo por esta noche. Ha pasado por lo menos una hora... se habrá marchado hace rato. Todo lo que conseguirás es que la gente se levante de sus cálidas camas para correr por la ciudad a despertar a más gente.

—Quiero hacer algo útil.

—Lo sé. Pero por ahora no se puede hacer nada. —Se tumbó y cerró los ojos.

—Gabriel —dijo súbitamente tras varios minutos de silencio—, ¿qué le paso a Melissa? Le miró. El muchacho frunció el ceño.

—¿A quién?

—Melissa. La niña del establo, la de las quemaduras. Tiene diez u once años y el pelo rojo.

—No sé... creo que nunca la he visto.

—Monta tu caballo por ti.

—¿Mi caballo? ¿Una niña de diez años? Eso es ridículo.

—Me dijo que lo hace, y no me pareció que estuviera mintiendo.

Tal vez se sienta en la grupa mientras Ras lo saca a pastar. Ni siquiera estoy seguro de que sea así. Ras no puede montarle, ¿cómo podría hacerlo una chiquilla?

—Bueno, no importa —dijo Serpiente. Tal vez Melissa simplemente había querido impresionarla; no le extrañaría nada que la niña viviera en un mundo de fantasías. Pero Serpiente descubrió que no podía olvidar tan a la ligera la afirmación de Melissa—. Esto no importa. Sólo quería saber cómo se quemó.

—No lo sé.

Exhausta, sintiendo que si se quedaba más tiempo en el baño acabaría por dormirse, Serpiente se puso en pie. Gabriel la envolvió en una gran toalla y la ayudó a secarse la espalda y las piernas, pues estaba aún muy dolorida.

—Hubo un incendio en el establo —dijo bruscamente—. Hace cuatro o cinco años. Pero creía que nadie había resultado herido. Ras incluso pudo sacar la mayoría de los caballos.

—Melissa se escondió de mí —dijo Serpiente—. ¿Es posible que lleve escondiéndose cuatro años? Gabriel guardó silencio por un instante.

—Si está deformada... —se encogió de hombros, incómodo—. No me gusta pensarlo en estos términos, pero yo me he estado escondiendo de casi todo el mundo durante tres años. Supongo que es posible.

La ayudó a regresar al dormitorio y se detuvo justo en la puerta, repentinamente torpe. Serpiente advirtió de inmediato que, sin pretenderlo, lo había excitado de nuevo. Deseó poder ofrecerle un lugar en su cama esa noche; le habría gustado tener compañía. Pero también ella tenía un límite. Ahora mismo no tenía energías para el sexo, ni siquiera para la compasión y no quería excitarlo más esperando que estuviera tendido a su lado toda la noche sin hacer nada.

—Buenas noches, Gabriel —dijo—. Me hubiera gustado poder disponer de otra noche juntos.

El controló bien la decepción, la decepción y el embarazo de darse cuenta de que estaba decepcionado, aunque sabía que ella estaba herida y cansada. Simplemente se dieron un beso de despedida. Serpiente sintió de repente erupción de deseo.

Lo único que evitó que se ofreciera fue el conocimiento de cómo se sentiría por la mañana, después del cansancio físico y emocional de esta noche. Ejercitar más el cuerpo y la mente con el placer de la pasión empeoraría las cosas.

—Maldición —dijo mientras Gabriel se marchaba—. Ese loco sigue añadiendo deudas a su cuenta.

Un sonido despertó a Serpiente de un sueño profundo y exhausto. Pensó que Larril había venido por algún asunto relacionado con el gobernador, pero no oyó hablar a nadie. La luz del pasillo iluminó la habitación durante un instante, y luego la puerta se cerró, sumiéndola de nuevo en las sombras. Serpiente permaneció inmóvil. Podía oír cómo latía su corazón y se dispuso para la defensa, recordando lo que había dicho Melissa sobre su cuchillo. Siempre lo tenía cerca en campamento, aunque no creía ser más vulnerable mientras viajaba que mientras dormía en el castillo del gobernador. Pero esta noche su cinturón y su cuchillo se encontraban en algún lugar del suelo, donde los había dejado caer, o tal vez incluso en el cuarto de baño. No lo recordaba. Le dolía la cabeza y la rodilla le escocía.

¿En qué estoy pensando?, se dijo. Ni siquiera sé cómo pelear con un cuchillo.

—¿Señora Serpiente? —La voz era tan baja que apenas pudo oírla.

Girándose, Serpiente se enderezó, completamente despierta, relajando el puño que había crispado por reflejo.

—¿Qué... Melissa?

—Sí, señora.

—Gracias a los dioses que has hablado. Estaba a punto de golpearte.

—Lo siento. No tenía intención de despertarte. Sólo... quería asegurarme...

—¿Algo va mal?

—No, pero no sabía cómo te encontrabas. Vi las luces encendidas y pensé que no se acostarían hasta muy tarde. Pensé que tal vez podría preguntarle a alguien. Sólo que... no pude. Será mejor que me marche.

No, espera —Los ojos de Serpiente se habían acostumbrado mejor a la oscuridad y podía ver la silueta de Melissa, el fantasma de pálida luz de los manojos de su pelo rojo; y podía oler el agradable aroma del heno y los caballos limpios.

—Has sido muy amable al subir a interesarte por mí. —Atrajo a Melissa hacia sí, se agachó y la besó en la frente. Los densos rizos no podían esconder por completo la irregularidad del tejido cicatrizado bajo ellos.

Melissa se enderezó y se apartó.

—¿Cómo puedes soportar tocarme?

—Melissa, querida... —Serpiente alargó la mano y encendió la luz antes de que la niña pudiera detenerla. Melissa se dio la vuelta.

Serpiente la cogió por el hombro y amablemente la hizo girarse hasta que las dos quedaron cara a cara. Melissa no quiso mirarla.

—Me gustas. Siempre acaricio a la gente que me gusta. También le gustarías a otras personas si les dieras la oportunidad.

—Eso no es lo que dice Ras. Dice que nadie en Montaña quiere mirar a los feos.

—Bien, pues yo digo que Ras es una persona odiosa, y digo además que tiene otras razones para hacer temer a la gente. Se lleva el crédito de todo lo que tú haces, ¿no es cierto? Pretende que es él quien cuida a los caballos y los monta.

Melissa se encogió de hombros, con la cabeza gacha para que la cicatriz fuera menos visible.

—Y el incendio —continuó Serpiente—. ¿Qué pasó realmente? Gabriel dice que Ras salvó a los caballos, pero sólo tú resultaste herida.

—Todo el mundo sabe que una niña de ocho años no podría sacar a los caballos de un incendio —dijo Melissa.

—Oh, Melissa...

—¡No me importa!

—¿No?

—Tengo un lugar donde vivir y donde comer. Puedo quedarme con los caballos, a ellos no les importa...

—¡Dioses, Melissa! ¿Para qué vives? ¡Las personas necesitan algo más que comida y un lugar donde dormir!

—No puedo marcharme. Aún no tengo catorce años.

—¿Te dijo Ras que estás vinculada a él? Los vínculos ya no están permitidos en Montaña.

—No soy una vinculosierva —repuso Melissa, irritada—. Tengo doce años. ¿Qué edad me hubieras puesto?

—Pensaba que tenías ésa aproximadamente —dijo Serpiente, sin querer admitir que había pensado que Melissa era mucho más pequeña—. ¿Qué tiene eso que ver?

—¿Podías ir adonde quisieras cuando tenías doce años?

—Sí, por supuesto que sí. Tuve la suerte de vivir en un lugar que no quería abandonar, pero podría haberme marchado.

Melissa parpadeó.

—Oh —dijo—. Bien... aquí es diferente. Si te marchas, tu guardián te persigue. Lo hice una vez y eso es lo que pasó.

—Pero ¿por qué?

—Porque no puedo esconderme —dijo Melissa furiosamente—. Crees que a la gente no le importa, pero le dijeron a Ras dónde estaba para que me trajera de vuelta...

Serpiente la cogió de la mano. Melissa guardó silencio.

—Lo siento —dijo Serpiente—, No me refería a eso. Quería decir que nadie tiene derecho a hacer que te quedes donde no quieres estar. ¿Por qué tuviste que esconderte? ¿No podías cobrar tu paga y marcharte adonde quisieras?

Melissa se rió bruscamente.

—¡Mi paga! Los niños no reciben ninguna paga. Ras es mi guardián. Tengo que hacer lo que él dice. Tengo que quedarme con él: es la ley.

—Es una ley terrible. Sé que te golpea... la ley no debería permitir que te quedaras con un hombre como él. Déjame hablar con el gobernador, tal vez él pueda arreglarlo para que se te permita hacer lo que quieras.

—¡Señora, no! —Melissa se arrodilló junto a la cama, agarrando las sábanas—. ¿Quién más me aceptaría? ¡Nadie! Me dejarían con Ras, pero me harían decir cosas malas sobre él. Y luego sería aún más cruel. ¡Por favor, no cambies nada!

Serpiente la puso en pie y la abrazó, pero Melissa se escabulló de entre sus brazos. Entonces, súbitamente, dio un respingo hacia adelante con un quejido cuando Serpiente, al soltarla, le pasó la mano por la espalda.

—Melissa, ¿qué sucede?

—¡Nada!

Serpiente desabrochó el vestido de la niña y le miró la espalda. La habían golpeado con un trozo de cuero o una porra: algo que no hacía sangre ni la apartaba del trabajo.

—¿Cómo...? —Se detuvo—. Oh, maldición. Ras se enfadó conmigo, ¿verdad? Le reprendí y te metí en problemas, ¿no es cierto?

—Señora Serpiente, cuando él quiere golpear, golpea. No lo planea. Da lo mismo que sea yo o los caballos. —Dio un paso atrás y miró al suelo.

—No te vayas. Quédate aquí esta noche. Mañana podremos pensar algo.

—No, señora, por favor, no pasa nada. No importa. He estado aquí toda la vida. Sé cómo valerme por mí misma. No hagas nada. Por favor, tengo que irme.

—Espera...

Pero Melissa se marchó. La puerta se cerró tras ella. Cuando Serpiente saltó de la cama y corrió tras ella, ya estaba a mitad de camino de las escaleras. Serpiente se apoyó contra el marco de la puerta y se asomó.

—¡Tenemos que hablar! —llamó, pero Melissa siguió corriendo en silencio y desapareció.

Serpiente cojeó de regreso a su lujosa cama, se metió bajo las cálidas sábanas y apagó la lámpara mientras pensaba que Melissa estaba ahí fuera, en la noche fría y oscura.

Serpiente se despertó despacio, sin moverse, deseando poder dormir el resto del día para recuperarse. Enfermaba tan raramente que tenía dificultad en aceptar con calma el hecho. Considerando las reprimendas que había dirigido al padre de Gabriel, sería bastante idiota si no siguiera ahora sus propios consejos. Suspiró. Podía trabajar duro durante todo un día; podía hacer largos viajes a pie o a caballo, y no le pasaba nada. Pero la furia, la adrenalina y la violencia de una pelea se combinaban en su contra.

Sintiéndose algo recuperada, se movió lentamente. Inspiró y se detuvo. El dolor de su rodilla derecha, donde la artritis era peor, se tornó agudo. La tenía hinchada y rígida, y le dolían todas las articulaciones. Estaba acostumbrada al dolor. Pero hoy, por primera vez, los peores retortijones habían pasado a su hombro derecho. Se tendió de nuevo. Si se obligaba a viajar hoy, tendría que tenderse pronto en algún lugar del desierto. Podía ignorar el dolor cuando era necesario, pero aquello requería gran cantidad de energía por la que había que pagar luego. Ahora mismo, su cuerpo no tenía fuerzas para malgastar.

Seguía sin poder recordar dónde había dejado el cinturón, ni, ahora que lo pensaba, por qué lo había estado buscando durante la noche. Al recordar a Melissa se sentó bruscamente y estuvo a punto de gritar de dolor. Pero la culpa era tan fuerte como las protestas de su cuerpo. Tenía que hacer algo. Sin embargo, enfrentarse a Ras no ayudaría en nada a su pequeña amiga, ya lo había visto. No sabía qué hacer. Por el momento, ni siquiera sabía si podría llegar al baño.

Al menos lo consiguió. Y allí estaba su bolsa, colgada en una percha junto con su cinturón y el cuchillo. Por lo que recordaba, lo había dejado todo donde había caído. Se sintió levemente turbada, pues de ordinario no era tan desordenada.

Tenía la frente arañada y el corte había cicatrizado hoscamente: no se podía hacer nada al respecto. Serpiente sacó la aspirina de su bolsa, tomó una buena dosis y cojeó de regreso a la cama. Mientras esperaba a dormirse, se preguntó qué frecuencia adquirirían los ataques de artritis a medida que fuera envejeciendo. Eran inevitables, pero no siempre dispondría de un lugar tan cómodo donde recuperarse.

El sol brillaba alto y escarlata tras las finas nubes grises cuando volvió a despertarse. Notaba los oídos ligeramente embotados por efecto de la aspirina. Dobló con cuidado la rodilla derecha y se sintió aliviada al notar menos dolor. En la puerta se repitió el golpe que la había despertado.

—Adelante.

Gabriel abrió la puerta y se asomó al interior.

—Serpiente, ¿te encuentras bien?

—Sí, pasa.

Gabriel entró mientras ella se sentaba.

—Lamento haberte despertado, pero me asomé un par de veces y ni siquiera te movías.

Serpiente apartó las sábanas y le mostró la rodilla. Gran parte de la hinchazón había desaparecido, pero tenía un aspecto claramente anormal, y las magulladuras se habían vuelto negras y púrpuras.

—Santos dioses —dijo Gabriel.

—Me pondré mejor por la mañana —dijo Serpiente. Se movió para que él pudiera sentarse a su lado—. Supongo que podría ser peor.

—Me torcí la rodilla una vez y tuvo el aspecto de un melón durante una semana. ¿Mañana, dices? Veo que los curadores os recuperáis rápido.

—No me la torcí anoche, simplemente me lastimé. La hinchazón se debe en gran medida a la artritis.

—¿Artritis? Creía que no enfermabas jamás.

—Nunca contraigo enfermedades contagiosas. Los curadores siempre sufrimos artritis, a menos que sea algo peor —se encogió de hombros—. Es por causa de las inmunidades de las que te hablé. A veces se equivocan y atacan al mismo cuerpo que las formó.

No vio ninguna razón para describirle las enfermedades realmente serias a las que estaban expuestos los curadores. Gabriel se ofreció a traerle el desayuno y ella descubrió, para su sorpresa que tenía hambre.

Comió con avidez.

Serpiente se pasó el día tomando baños calientes y durmiendo en la cama debido a la acción de tanta aspirina. Al menos, éste era el efecto que tenía sobre ella. De vez en cuando, Gabriel entraba y se sentaba a su lado, o Larril traía una bandeja, o Brian la informaba del estado del gobernador. El padre de Gabriel no había necesitado la atención de Serpiente desde la noche que había intentado levantarse; Brian era mucho mejor enfermero que ella.

Estaba ansiosa por marcharse, ansiosa por cruzar el valle y el siguiente grupo de montañas, ansiosa por iniciar su viaje a la ciudad. Sus potencialidades le fascinaban. Y estaba ansiosa también por abandonar el castillo del gobernador. Se encontraba más cómoda en él que en ningún otro sitio, más incluso que en la estación de los curadores. Sin embargo, la residencia era un lugar desagradable para vivir: la familiaridad le proporcionó una visión más clara de las tensiones emocionales que reinaban entre sus habitantes. Había demasiado edificio para tan poca familia, demasiado poder y ninguna protección contra él. El gobernador conservaba sus fuerzas, sin delegarlas en nadie, y la de Ras era mal empleada. Por más que quisiera marcharse, Serpiente no sabía cómo sin hacer algo por Melissa. Melissa...

El gobernador tenía una biblioteca, y Larril le había traído algunos libros. Intentó leer. Normalmente habría devorado varios en un día, aunque leyendo demasiado rápido, lo sabía, para apreciarlos adecuadamente. Pero esta vez se encontraba aburrida, inquieta e incómoda.

Media tarde. Serpiente se levantó y cojeó hasta una silla situada junto a la ventana donde podía observar el valle. Ni siquiera podía hablar con Gabriel, pues había ido a Montaña para dar la descripción del loco. Serpiente esperaba que alguien pudiera encontrarlo y le ayudara. Le esperaba un largo viaje por delante y no le agradaba la idea de tener que preocuparse todo el tiempo por su perseguidor. A estas alturas del año, no encontraría ninguna caravana que se dirigiera a la ciudad, tendría que viajar sola o no hacerlo.

La invitación que le había hecho Grum para que se quedara el invierno en su aldea parecía ahora mucho más atractiva. Pero la idea de pasar medio año sin ejercer su profesión, sin saber si podría ser capaz de redimirse alguna vez, era insoportable. Iría a la ciudad, o regresaría a la estación de los curadores y afrontaría el juicio de sus maestros.

Grum. Tal vez Melissa pudiera ir con ella si Serpiente conseguía liberarla de Montaña. Grum no era hermosa, ni estaba obsesionada con la belleza física, las cicatrices de Melissa no le importarían.

Pero pasarían días antes de que enviara un mensaje a Grum y recibiera su respuesta, pues su aldea se encontraba muy lejos, hacia el norte. Serpiente tuvo que admitir también que no la conocía lo suficiente como para pedirle que aceptara semejante responsabilidad. Suspiró y se pasó los dedos por el pelo. Deseó poder sumergir el problema en su subconsciente y sacarlo de allí resuelto, como un sueño. Contempló la habitación como si algo en ella pudiera darle la solución.

Sobre la mesa situada junto a la ventana había una cesta de frutas, un plato de galletas y una bandeja de pastelillos de carne. El personal del gobernador sabía tratar generosamente a los inválidos; durante todo aquel largo día Serpiente ni siquiera había tenido la distracción de esperar la hora de las comidas. Había pedido reiteradamente a Gabriel, a Larril y a Brian y los otros criados que habían venido a hacer la cama, a limpiar

las ventanas, a retirar las migajas (aún no tenía ni idea de cuántas personas trabajaban en la residencia y servían a Gabriel y a su padre, cada vez que aprendía un nombre aparecía otra cara nueva), que se sirvieran de los platos, pero éstos estaban casi llenos.

Siguiendo un impulso, Serpiente vació la cesta y dejó en ella solamente las frutas más suculentas, y luego la relleno con galletas, queso y pastelillos de carne envueltos en servilletas. Empezó a escribir una nota, cambió de opinión y dibujó una Serpiente enroscada. Introdujo el trozo de papel entre las viandas y lo tapó todo con una servilleta. Luego, hizo sonar la campanilla.

Apareció un muchacho joven (otro criado al que no había visto antes), y le pidió que llevara la cesta al establo y la pusiera en el desván sobre la caballeriza de Ardilla. El muchacho sólo tenía trece o catorce años, larguirucho por el rápido desarrollo, así que le hizo prometer que no picotearía la cesta. A cambio, le prometió todo lo que quisiera de lo que quedaba en la mesa. No parecía desnutrido, pero Serpiente nunca había conocido a ningún muchacho que estuviera pasando por la fase del estirón que no tuviera siempre un poquitín de hambre.

—¿Es un trato satisfactorio? —preguntó.

El muchacho sonrió. Tenía los dientes grandes, blancos y ligeramente separados: se convertiría en un guapo joven.

Serpiente pensó que en Montaña incluso los adolescentes tenían el cutis aterciopelado.

—Sí, señora —contestó el chico.

—Bien. Asegúrate de que el capataz no te vea. Por lo que a mí respecta, que se busque él sus propias comidas.

—¡Sí, señora!

El muchacho volvió a sonreír, cogió la cesta y salió de la habitación. Por el tono de su voz, Serpiente decidió que Melissa no era la única niña indefensa que sufría el mal carácter de Ras. Pero aquello no servía de nada. El criado no estaba en mejor posición para hablar contra Ras que Melissa.

Quería hablar con la niña, pero el día pasó y Melissa no apareció. Serpiente tuvo miedo de enviar un mensaje más concreto que el de la cesta; no quería que volvieran a golpear a Melissa por mezclarse con una extraña.

Cuando Gabriel regresó al castillo y subió a la habitación de Serpiente, ya casi había oscurecido. Estaba preocupado, pero no había olvidado su promesa de reemplazar la camisa estropeada de Serpiente.

—Nada —dijo—. No hay nadie vestido con ropas del desierto. Nadie está actuando extrañamente.

Serpiente se probó la camisa, que le quedaba sorprendentemente bien. La que había comprado un par de días antes era marrón, de tela áspera. Ésta era de un tejido mucho más suave, de un sedoso material blanco y fuerte estampado con intrincados diseños azules. Serpiente se encogió de hombros, extendió los brazos y acarició el rico color con la punta de los dedos.

—El loco puede haber comprado ropas nuevas y convertirse en una persona diferente. Alquila una habitación en una posada y no le ve nadie. Probablemente no es distinto a ningún otro forastero que vaya de paso.

—La mayoría de los forasteros pasaron hace semanas —dijo Gabriel, luego suspiró—. Pero tienes razón. Ni siquiera ahora llamaría la atención.

Serpiente miró por la ventana. Pudo ver unas pocas luces, las de las granjas del valle, ampliamente esparcidas.

—¿Cómo va tu rodilla?

—Ahora está bien —la hinchazón había desaparecido y el dolor que le quedaba era similar al que sentía cuando cambiaba el tiempo. Una cosa que le gustaba del desierto

negro, a pesar del calor, era la constancia de su clima. En él no se había despertado nunca por la mañana sintiéndose como un enfermo centenario.

—Qué bien —dijo Gabriel, con una nota esperanzada e interrogante en la voz.

—Los curadores sanamos rápido —dijo Serpiente—, cuando tenemos buenas razones para hacerlo.

Descartó sus preocupaciones, sonrió, y obtuvo como recompensa la radiante sonrisa de Gabriel.

Esta vez, el sonido de la puerta al abrirse no asustó a Serpiente. Se despertó tranquilamente y se apoyó sobre un codo.

—¿Melissa? —encendió la lámpara lo suficiente para que pudieran verse, pues no quería despertar a Gabriel.

—Recibí la cesta —dijo Melissa—. Las cosas estaban muy ricas. A Ardilla le gusta el queso, pero a Veloz no.

Serpiente se echó a reír.

—Me alegra que hayas venido. Quería hablar contigo.

—Sí —suspiró Melissa muy despacio—. ¿Adonde podría ir? Si pudiera...

—No sé si puedes creer esto, después de todo lo que ha dicho Ras. Podrías ser una jockey, si eso es lo que quieres, en cualquier parte menos en Montaña. Puede que tuvieras que trabajar un poco más duro al principio, pero la gente llegaría a valorarte por lo que eres y por lo que puedes hacer.

Las palabras parecían huecas incluso para la propia Serpiente: Idiota, pensó, le estás diciendo a una niña asustada que salga al mundo y triunfe sola. Pensó en algo mejor que decir.

Tendido junto a ella, con una mano sobre su cadera, Gabriel se dio la vuelta y murmuró. Serpiente le miró y le cogió la mano.

—No pasa nada, Gabriel —dijo—. Vuelve a dormirte. Gabriel suspiró y el instante de conciencia pasó. Serpiente volvió a mirar a Melissa. La niña la observó por un instante, fantasmalmente pálida a la tenue luz. De repente, se dio la vuelta y salió corriendo.

Serpiente saltó de la cama y la siguió. Sollozando, Melissa alcanzó la puerta y la abrió justo en el momento en que Serpiente la alcanzaba. La niña se internó en el pasillo, pero la mujer la agarró y la detuvo.

—Melissa, ¿qué pasa?

Melissa se revolvió, llorando incontroladamente. Serpiente se arrodilló y la abrazó, hizo que se girara muy despacio y le acarició el pelo.

—Tranquila, tranquila —murmuró Serpiente.

—No sabía, no comprendía... —Melissa se apartó de ella—. Pensaba que eras más fuerte. Pensaba que podías hacer lo que quisieras, pero eres igual que yo.

Serpiente no quiso soltar la mano de la niña. La metió en una de las habitaciones de invitados y encendió la luz. Aquí no había calefacción en el suelo, y la piedra parecía absorber el calor de las plantas de los pies descalzos de Serpiente. Quitó la manta de una de las camas y se la echó por los hombros mientras acercaba a Melissa a la silla que había junto a la venta. Se sentaron. La niña lo hizo con desconfianza.

—Ahora dime, qué es lo que te pasa.

Con la cabeza gacha, Melissa se apretó las rodillas contra el pecho.

—También tú tienes que hacer lo que ellos quieren.

—No tengo que hacer lo que quiere nadie.

Melissa alzó la cabeza. Las lágrimas brotaban de su ojo derecho y corrían mejilla abajo. Los bordes de la cicatriz hacían que las lágrimas que salían del izquierdo lo hicieran hacia los lados. Volvió a agachar la cabeza. Serpiente se acercó más y le pasó un brazo por encima de los hombros.

—Tranquilízate. No hay prisa.

—Ellos... hacen cosas.

Serpiente frunció el ceño, totalmente confundida.

—¿Qué cosas? ¿Quiénes son «ellos»?

—El.

—¿Quién? ¡No será Gabriel!

Melissa asintió rápidamente sin mirarla a los ojos. Serpiente no podía imaginarse a Gabriel lastimando a nadie deliberadamente.

—¿Qué pasó? Si te hizo daño, estoy segura de que fue un accidente.

Melissa la miró.

—No me ha hecho nada a mí —su voz era desdeñosa.

—Melissa, querida, no entiendo una palabra de lo que estás diciendo. Si Gabriel no te ha hecho nada, ¿por qué te has trastornado tanto al verlo?

Pensó que tal vez Melissa se hubiera enterado de la historia de Leah y tenía miedo por Serpiente.

—Hace que te metas en su cama.

—Esa cama es mía.

—¡No importa de quién sea! Ras no puede encontrar dónde duermo, pero a veces...

—¿Ras?

—El y yo. Tú y el otro.

—Espera —dijo Serpiente—. ¿Ras te obliga a meterte en su cama? ¿Cuando tú no quieres? —Aquella era una pregunta estúpida, pero no se le ocurría ninguna mejor.

—¿Querer? —dijo Melissa, con disgusto.

Con la calma de la incredulidad, Serpiente dijo cuidadosamente:

—¿Te hizo algo más?

—Dijo que dejaría de doler, pero eso no pasa nunca... —Escondió la cara contra sus rodillas.

El fragmentario mensaje de Melissa abrió los ojos de Serpiente en un arrebatado de pena y disgusto. Abrazó a la niña, la consoló y le acarició el pelo hasta que gradualmente, como si tuviera miedo de que alguien lo advirtiera y la hiciera detenerse, Melissa rodeó a Serpiente con sus brazos y lloró contra su hombro.

- No tienes que contarme más —dijo Serpiente—. Al principio no comprendía, pero ahora sí. Oh, Melissa, se supone que no tiene que ser así. ¿No te lo ha dicho nunca nadie?

- Dijo que tenía suerte —susurró Melissa—. Dijo que tenía que sentirme agradecida de que me tocara. —Tembló violentamente.

Serpiente la meció entre sus brazos.

—El sí que ha tenido suerte —dijo—. Suerte de que nadie lo supiera.

La puerta se abrió y entró Gabriel.

—¿Serpiente...? Oh, estás aquí.

Se acercó a ella. La luz resplandecía sobre su cuerpo dorado. Alarmada, Melissa alzó la cara hacia él. Gabriel se detuvo, la sorpresa y el horror se dibujaron en su cara. Melissa volvió a bajar la cabeza y agarró a Serpiente con más fuerza, temblando por el esfuerzo que suponía controlar sus sollozos.

—¿Qué...?

—Vuelve a la cama —dijo Serpiente, con más brusquedad de lo que había pretendido, pero menos rudeza de la que sentía hacia él en este momento.

—¿Qué pasa? —preguntó él llanamente. Miró a Melissa con el ceño fruncido.

—¡Vete! Hablaré contigo mañana.

Gabriel empezó a protestar, pero vio que la expresión de Serpiente cambiaba; interrumpió sus palabras y salió de la habitación.

Serpiente y Melissa permanecieron sentadas juntas en silencio durante largo rato. Lentamente, los sollozos de la niña se hicieron más quedos y regulares.

—¿Has visto cómo me mira la gente?

—Sí, querida. He visto.

Después de la reacción de Gabriel, Serpiente sentía que ya no podía hacer ninguna descripción optimista sobre la tolerancia de la gente. Sin embargo, ahora más que nunca deseaba que Melissa decidiera abandonar este lugar. Cualquier cosa sería mejor que esto. Cualquier cosa.

La ira de Serpiente aumentó lenta, peligrosa, inexorablemente. Una niña marcada, herida y asustada tenía tanto derecho a una iniciación sexual amable como cualquier otra, hermosa y confiada, quizás incluso más. Pero Melissa sólo había obtenido más dolor, heridas y miedo y humillación. Serpiente la abrazó y la meció. Melissa se aferró a ella como si fuera mucho más pequeña.

—Melissa...

—Sí, señora.

—Ras es un hombre malvado. Te ha herido de una forma que nadie que no fuera malo heriría a nadie. Te prometo que nunca volverá a hacerlo.

—¿Qué importa que sea él o cualquier otro?

—¿Recuerdas lo mucho que te sorprendió que alguien intentara robarme?

—Pero ese fue un loco. Ras no está loco.

—Hay más locos que gente como Ras.

—El rubio es como Ras. Has tenido que estar con él.

—No. Le invité a quedarse conmigo. Hay cosas que la gente puede hacer mutuamente.

Melissa alzó la cara. Serpiente no pudo decir si su expresión era de curiosidad o preocupación, pues las terribles cicatrices del incendio deformaban su rostro. Por primera vez, Serpiente pudo ver que las cicatrices se extendían más allá del cuello de su camisa. Serpiente se sintió empalidecer.

—Señora, ¿qué pasa?

—Dime una cosa, querida. ¿Hasta dónde resultaste quemada? ¿Dónde terminan las cicatrices?

El ojo derecho de Melissa se estrechó: eso era todo lo que podía hacer para fruncir el ceño.

—Mi cara —se tocó la clavícula, a la izquierda de la garganta—. De aquí —movió la mano por el pecho hacia la cavidad torácica, luego al lado—, hasta aquí.

—¿No más abajo?

—No. Tuve el brazo rígido durante mucho tiempo —rotó el hombro izquierdo; no era tan flexible como debería haber sido—. Tuve suerte. Si hubiera sido peor y no pudiera montar, entonces mi vida no valdría para nadie.

Serpiente suspiró con gran alivio. Había visto gente tan quemada que no les quedaba sexo, ni órganos externos ni capacidad para sentir placer. Serpiente agradeció a los dioses de todas las gentes del mundo lo que Melissa acababa de decirle. Ras la había lastimado, pero el dolor se debía a que era una niña y el hombre era un adulto grande y brutal, no porque el fuego hubiera destruido todas las demás sensaciones.

—Las personas pueden hacer cosas que les proporcionan placer —dijo Serpiente—. Por eso estábamos juntos Gabriel y yo. Yo quería que me tocara y él quería que yo lo tocara a él. Pero cuando alguien toca a otra persona sin que le importe lo que siente... contra su voluntad... —Se detuvo, pues no podía comprender que existiera nadie tan retorcido como para convertir la sexualidad en un ataque—. Ras es un hombre malvado —repitió.

—¿El otro no te lastimó?

—No. Lo estábamos pasando bien.

—De acuerdo —dijo Melissa sin mucha seguridad.

—Puedo enseñarte.

—¡No! Por favor, no lo hagas.

—No te preocupes. De ahora en adelante, nadie te obligará a hacer nada que no quieras.

Señora Serpiente, no puedes detenerle. Yo no puedo detenerle. Tú tienes que marcharte y yo tengo que quedarme. Cualquier cosa sería mejor que quedarse aquí, pensó Serpiente. Cualquier cosa. Incluso el exilio. Como el sueño que había estado buscando, las respuestas se deslizaron en la mente de Serpiente, y se rió y se gritó a sí misma por no haberlas visto antes.

—¿Vendrías conmigo si pudieras?

—¿Contigo?

—Sí.

—Señora Serpiente.

—Los curadores adoptan a sus hijos, ¿no lo sabías? Nome había dado cuenta antes, pero he estado buscando a alguien durante mucho tiempo.

—Pero podrías tener a quien quisieras.

—Te quiero a ti, si me aceptas como madre. Melissa se apretó contra ella.

—Nunca me dejarán ir —susurró—. Tengo miedo.

Serpiente le acarició el pelo y a través de la ventana observó la oscuridad y las luces de la hermosa y sana gente de Montaña. Poco después, justo al borde del sueño, Melissa volvió a susurrar:

—Tengo miedo.

8

Serpiente despertó con los primeros rayos escarlatas del sol de la mañana. Melissa se había marchado. Posiblemente había regresado al establo, y Serpiente tuvo miedo por ella.

Se levantó del asiento junto a la ventana y regresó a su habitación, envuelta en la manta. La torre estaba fría y silenciosa. Su habitación, vacía. Gabriel, afortunadamente, también se había marchado, pues aunque estaba molesta con él no quería disipar su furia. No era él quien la merecía, y tenía cosas mejores donde emplearla. Se vistió después de asearse y se asomó al valle. Los picos orientales aún estaban envueltos en sombras. Mientras observaba, la oscuridad empezó a retroceder y dejó libre el establo y sus geométricas cuadras blancas. Todo estaba en calma.

De repente, un caballo salió galopando de la oscuridad. Aumentaba enormemente, su sombra brotaba de sus cascos y marchaba como un gigante por la hierba centelleante. Era el semental moteado, y lo montaba Melissa.

El semental trotó y cruzó tranquilamente el prado. Serpiente deseó poder cabalgar también con el viento en la cara; casi podía oír el hueco tamborileo de los cascos sobre la tierra, oler la fragancia de la hierba nueva, ver las brillantes gotas del rocío volando a su paso.

El semental cruzó el prado, con la cola y la melena ondeando al viento. Melissa se acurrucó sobre su lomo. Una de las altas paredes de piedra se alzaba ante ellos.

Serpiente contuvo la respiración, convencida de que Melissa había perdido el control del animal, que no redujo el ritmo. Serpiente se inclinó hacia adelante como si extendiendo la mano pudiera detenerlos antes de que el caballo arrojara a la niña contra el muro. Podía ver la tensión en el semental, pero Melissa estaba tranquila. El caballo se afianzó y saltó limpiamente la barrera.

Poco después, redujo su ritmo; trotó unos pocos metros y después avanzó al paso, tranquilo, majestuoso, en dirección al establo, como si no tuviera prisa por regresar.

Si Serpiente había albergado alguna duda sobre la verdad de las palabras de Melissa, ésta había desaparecido ahora. No dudaba de que Ras abusaba de la niña: la

incomodidad y la confusión de Melissa eran demasiado reales. Serpiente se había preguntado si cabalgar el caballo de Gabriel no habría sido una fantasía comprensible, pero era igualmente real, y por ello comprendió lo difícil que sería liberar a su joven amiga. Melissa era valiosa para Ras y éste no querría dejarla marchar. Serpiente temía acudir directamente al gobernador, con quien no se llevaba muy bien, y denunciar a Ras por su perversión. ¿Quién iba a creerla? A la luz del día, ella misma tenía problemas para creer que una cosa así pudiera llegar a pasar, y Melissa estaba demasiado asustada para acusar al capataz directamente. No la culpaba.

Se dirigió a la otra torre y llamó a la puerta del gobernador. Cuando el ruido se repitió como un eco por los pasillos de piedra, advirtió lo temprano que era. Pero no le importaba; no estaba de humor para observar ninguna cortesía. Brian abrió la puerta.

—¿Sí, señora?

—He venido a hablar con el gobernador respecto a mi paga.

El criado la condujo al interior.

—Está despierto. Estoy seguro de que te verá. Serpiente alzó una ceja ante el mensaje implícito de que el señor del castillo podría haber decidido no recibirla. Pero las palabras del criado tenían el tono de quien adora a otra persona más allá de ninguna otra consideración referida a otras costumbres. Brian tampoco se merecía su furia.

—Ha pasado toda la noche despierto —dijo Brian, conduciéndola a la habitación de la torre—. La postilla le pica mucho, ¿no podrías...?

—Si no está infectada es asunto de la farmacéutica, no mío —dijo Serpiente fríamente. Brian la miró.

—Pero señora...

—Quiero hablar con él a solas, Brian. ¿Quieres llamar por favor al capataz del establo y a Melissa?

—¿Melissa? —esta vez fue él quien alzó una ceja—. ¿La niña del pelo rojo?

—Sí.

—Señora, ¿estás segura de que quieres que venga?

—Por favor, haz lo que te pido.

Brian se inclinó ligeramente, su cara había adoptado de nuevo la máscara del criado perfecto. Serpiente entró en la habitación del gobernador.

El padre de Gabriel yacía torcido en su cama. Las sábanas y mantas formaban una maraña en el suelo y a su alrededor. Se había quitado las vendas de su pierna y se veía la limpia costra marrón. Con expresión de placer y alivio, se rascaba la herida lentamente.

Vio a Serpiente y trató de volver a poner los vendajes en su sitio, sonriendo con aspecto culpable.

—Pica —dijo—. Supongo que eso significa que está mejorando, ¿no?

—Rásquese todo lo que quiera —dijo Serpiente—. Para cuando vuelva a infectarla, ya estaré a más de dos días de distancia.

El gobernador retiró la mano y se introdujo bajo las mantas. Mientras intentaba torpemente alisar la ropa de la cama, miró alrededor, otra vez irritado.

—¿Dónde está Brian?

—Me está haciendo un favor.

—Ya veo. —Serpiente detectó más molestia en su tono, pero el gobernador cambió de tema—. ¿Querías verme para algo?

—Mi paga.

—Naturalmente... debí haberlo pensado. No tenía ni idea de que fueras a dejarnos tan pronto, querida.

Serpiente odiaba ser tratada así por la gente hacia la que no sentía ninguna simpatía. Posiblemente Grum había pronunciado las mismas palabras centenares de veces al día, y no la habían molestado de la forma en que lo hacía ese hombre.

—No conozco ninguna ciudad que rehúse el dinero de Montaña —dijo el gobernador—. Saben que nunca adulteramos el metal ni reducimos el peso de las monedas. Sin embargo, podemos pagarte en piedras preciosas si lo prefieres.

—No quiero nada de eso —contestó Serpiente—. Quiero a Melissa.

—¿Melissa? ¿Una ciudadana? ¡Curadora, he tardado veinte años en conseguir que los vínculos desaparezcan de Montaña! Aquí liberamos a los vinculosierros, no los hacemos.

—Los curadores no tenemos esclavos. Debía de haber dicho que quiero su libertad. Ella quiere marcharse conmigo, pero su capataz, Ras, es... ¿cómo lo llaman ustedes? Su guardián.

El gobernador la miró.

—Curadora, no puedo pedirle a un hombre que disuelva su familia.

Serpiente se obligó a guardar la calma. No quería tener que explicar su disgusto. Como no respondía, el gobernador se inquietó, se frotó la pierna y apartó otra vez la mano de la venda.

—Esto es muy complicado. ¿Estás segura de que no quieres elegir a nadie más?

—¿Rehúsa mi petición?

El gobernador reconoció la velada amenaza de su tono; tocó la campanilla y Brian apareció en la puerta.

—Envía un mensaje a Ras. Pídele que suba en cuanto pueda. Y que traiga a la niña.

—La curadora ya los ha mandado llamar, señor.

—Ya veo. —Miró a Serpiente mientras Brian se retiraba—. ¿Y si Ras rehúsa tu demanda?

—Cualquiera puede negarse a pagar a un curador —dijo Serpiente—. Llevamos las armas sólo para defendernos, y nunca hacemos amenazas. Pero no vamos donde no somos bienvenidos.

—Quieres decir que boicoteáis cualquier lugar que no os agrada.

Serpiente se encogió de hombros.

—Ras está aquí, señor —anunció Brian desde la puerta.

—Dile que pase.

Serpiente se tensó y se obligó a controlar el desdén y la repulsa. El hombretón entró en la estancia, tranquilo. Tenía el pelo mojado y peinado hacia atrás. Hizo una leve reverencia al gobernador.

Tras él, junto a Brian, se escondía Melissa. El viejo criado la condujo a la habitación, pero la niña no alzó la cara.

—No pasa nada, niña —dijo el gobernador—. No estás aquí para ser castigada.

—¡Vaya una manera de tranquilizar a nadie! —replicó Serpiente.

—Curadora, por favor, siéntate —dijo el gobernador amablemente—. ¿Ras...? —Señaló dos sillas.

Ras se sentó y miró a Serpiente con desagrado. Brian hizo que Melissa avanzara hasta que se colocó entre Serpiente y Ras, pero la niña siguió con la mirada fija en el suelo.

—Ras es tu guardián —dijo el gobernador—. ¿Correcto?

—Sí —susurró Melissa.

Ras extendió la mano, puso un dedo sobre el hombro de Melissa y empujó ligera pero deliberadamente.

—Muestra un poco de respeto cuando hables al gobernador.

—Señor. —La voz de Melissa era baja y temblorosa. Ras se revolvió en su asiento.

—¿Qué es lo que quiere? —Señaló a Serpiente—. ¿Qué se supone que es esto?

—Curadora —repitió el gobernador, enfatizando un poco más su tono cauteloso—, por favor. Ras, tengo un problema considerable. Y sólo tú, amigo mío, puedes ayudarme.

—No comprendo.

—La curadora me ha salvado la vida, como bien sabes, y ahora tengo que pagarle. Parece que tu niña y ella se han hecho muy amigas.

—¿Y qué es lo que quiere que haga?

—No te pediría que hicieras este sacrificio si no fuera por el bien de la ciudad. Y, según la curadora, eso es lo que quiere la niña.

—¿Qué es lo que quiere?

—Tu niña...

—Melissa —dijo Serpiente.

—Su nombre no es Melissa —repuso Ras secamente—. No lo es ahora y no lo ha sido nunca.

—¡Entonces, dile al gobernador cómo la llamas!

—La palabra que yo utilizo es más adecuada que ese nombre pretencioso que ella misma se puso.

—Entonces, le pertenece con más razón.

—Por favor —dijo el gobernador—. Estamos hablando de la custodia de la niña, no de su nombre.

—¿La custodia? ¿De eso se trata? ¿Quieres que renuncie a ella?

—Es una manera un tanto brusca de expresarlo, pero... adecuada.

Ras miró primero a Melissa, que seguía sin moverse, y luego a Serpiente. Antes de volverse de nuevo hacia el gobernador tuvo un rápido destello de lucidez y triunfo que Serpiente vio claramente.

—¿Entregársela a una extraña? He sido su tutor desde que tenía tres años. Sus padres eran mis amigos. ¿A qué otro sitio podría ir donde fuera feliz y la gente no la mirara?

—No es feliz aquí —dijo Serpiente.

—¿Mirarla? —preguntó el gobernador—. ¿Por qué?

—Levanta la cabeza —le ordenó Ras a Melissa. Como ésta no obedeció, volvió a empujarla, y la niña alzó el rostro lentamente.

La reacción del gobernador fue más controlada que la de su hijo, pero también vaciló. Melissa evitó rápidamente su mirada y volvió a clavar los ojos en el suelo, dejando que el pelo le cayera sobre la cara.

—Se quemó en el incendio del establo, señor —dijo Ras—. Estuvo a punto de morir. Yo la cuidé.

El gobernador se volvió hacia Serpiente.

—Curadora, ¿no quieres cambiar de opinión?

—¿Acaso no tiene importancia que ella quiera venir conmigo? En cualquier otra parte, eso sería suficiente.

—¿Quieres ir con ella, niña? Ras ha sido bueno contigo, ¿no? ¿Por qué quieres dejarnos?

Con las manos tensamente entrelazadas a la espalda, Melissa siguió sin contestar. Serpiente deseó que hablara, pero sabía que no podía hacerlo; estaba demasiado asustada, y con buena razón.

—Es sólo una niña —dijo el gobernador—. No puede tomar una decisión como ésta. La responsabilidad tiene que ser mía, igual que ha sido mía la responsabilidad de todos los niños de Montaña durante veinte años.

—Entonces debe darse cuenta de que puedo hacer más por ella que ninguno de ustedes —dijo Serpiente—. Si se queda aquí, se pasará la vida escondida en un establo. Deje que se venga conmigo y no tendrá que ocultarse nunca más.

—Se esconderá siempre —dijo Ras—. Pobrecilla cara marcada.

—¡Bien que te has asegurado de que no lo olvide nunca!

—No ha dicho nada estrictamente desagradable, curadora —repuso el gobernador amablemente.

—¡Lo único que ven ustedes es la belleza! —gritó Serpiente, aunque sabía que no podían comprender lo que decía.

—Me necesita —dijo Ras—. Verdad, ¿niña? ¿Quién más cuidará de ti como yo? ¿Y ahora quieres marcharte? —sacudió la cabeza—. No comprendo. ¿Por qué quiere irse? ¿Y para qué la quieres?

—Ésa es una pregunta excelente, curadora —dijo el gobernador—. ¿Por qué quieres a esta niña? La gente puede decir que hemos pasado de vender a nuestros niños hermosos a desprendernos de los desfigurados.

—No puede pasar toda la vida escondiéndose —dijo Serpiente—. Es una niña con talento, lista y valiente. Puedo hacer más por ella que ninguno de ustedes. Puedo ayudarla a aprender una profesión. Puedo ayudarla a ser alguien que no sea juzgada por sus cicatrices.

—¿Una curadora?

—Es posible, si eso es lo que ella quiere.

—Lo que estás diciendo es que la adoptarías.

—Sí, por supuesto. ¿Qué más podía hacer si no?

El gobernador se volvió hacia Ras.

—Sería muy importante para Montaña que uno de los nuestros se convirtiera en curador.

—No sería feliz fuera de aquí —dijo Ras.

—¿No quieres hacer lo que es mejor para la niña? —la voz del gobernador se había suavizado, adquiriendo un tono adulator.

—¿Enviarla fuera de su hogar es lo mejor para ella? ¿Enviarías a tu...? —Ras se interrumpió y palideció.

El gobernador se recostó sobre sus almohadas.

—No, no enviaría a mi propio hijo. Pero si decidiera irse, lo dejaría —sonrió tristemente a Ras—. Tú y yo tenemos un problema similar, amigo mío. Gracias por recordármelo. —Se colocó las manos tras la cabeza y miró al techo durante largo rato.

—No puedes dejarla marchar —dijo Ras—. Sería igual que venderla como vinculosierva.

—Ras, amigo mío... —dijo el gobernador amablemente.

—No intentes decirme que es diferente. Lo sé mejor que nadie.

—Pero los beneficios...

—¿De verdad crees que alguien podría ofrecer a esta pobre criatura la oportunidad de convertirse en curadora? La idea es una locura.

Melissa miró rápida y subrepticamente a Serpiente, ocultando sus emociones como siempre. Luego volvió a bajar los ojos.

—No me gusta que me llamen mentirosa —dijo Serpiente.

—Curadora, Ras no pretendía hacer eso. Conservemos la calma. No estamos hablando tanto de la realidad como de las apariencias. Las apariencias son muy importantes y son lo que la gente cree. Tengo que tenerlo en cuenta. No creas que es fácil conservar este puesto que ocupo. Más de un joven impetuoso (más de uno no tan joven), me expulsaría de esta casa si tuviera una oportunidad. No importa que la haya ocupado durante veinte años. Una acusación de esclavismo... —sacudió la cabeza.

Serpiente le contempló razonar consigo mismo, cada vez más decidido a rehusar su petición, incapaz de decidirse a aceptarla. Ras sabía exactamente qué argumentos le afectarían más, mientras que Serpiente había supuesto que se fiaría de ella, o al menos la dejaría seguir su método. Pero el posible interdicto de los curadores contra Montaña era un problema futuro que se convertiría en más serio por lo escasas que se habían vuelto las visitas de éstos a la ciudad en los últimos años.

Si el gobernador podía arriesgarse a aceptar el ultimátum, Serpiente no podía arriesgarse a forzarlo. No podía permitir la posibilidad de dejar a Melissa con Ras otro día, otra hora. La había puesto en peligro. Aún más, había mostrado su disgusto hacia el capataz, y por eso era posible que el gobernador no la creyera. Aunque Melissa lo

acusara, no habría ninguna prueba. Serpiente buscó desesperadamente otra manera de conseguir la libertad de la niña; esperaba no haber echado ya a perder todas las probabilidades de ganarla directamente. Habló con toda la calma posible.

—Retiro mi petición.

Melissa contuvo la respiración pero no alzó la mirada. La expresión del gobernador se tornó de alivio, y Ras se arrellanó en su asiento.

—Con una condición —dijo Serpiente. Hizo una pausa para escoger bien sus palabras, para decir únicamente lo que pudiera ser probado—. Con una condición. Cuando Gabriel se marche, se dirigirá hacia el norte. Que Melissa vaya con él, al menos hasta Encrucijada —Serpiente no dijo nada de los planes de Gabriel; eran asunto suyo y de nadie más—. Allí vive una buena maestra de mujeres que no rechazará a nadie que necesite su ayuda.

Un pequeño goterón húmedo se ensanchaba sobre la camisa de Melissa a medida que las lágrimas caían silenciosamente sobre el basto material. Serpiente se apresuró.

—Que Melissa vaya con Gabriel. Puede que su formación tarde más de lo corriente, ya que es muy mayor para empezar. Pero es por su salud y su seguridad. Aunque Ras la ame... —casi se ahogó con la palabra—, aunque la ame demasiado para entregarla a los curadores, no creo que quiera privarle de este derecho.

Los rudos rasgos de Ras palidieron.

—¿Encrucijada? —el gobernador frunció el ceño—. Aquí tenemos maestros perfectamente buenos. ¿Por qué necesita ir a Encrucijada?

—Sé que valoran ustedes la belleza —dijo Serpiente—, pero creo que también consideran la importancia del autocontrol. Deje que Melissa aprenda las habilidades, aunque tenga que ir a otra parte a encontrar una maestra.

—¿Pretendes decirme que esta niña nunca ha tenido una?

—¡Por supuesto que sí! —chilló Ras—. ¡Es un truco para dejar a la niña sin protección! ¿Cree que puede venir a un sitio y removerlo todo para que se ajuste a su antojo? —aulló a Serpiente—. Ahora piensa que la gente creerá todo lo que usted y esa mocosa desagradecida puedan inventar sobre mí. Todo el mundo le tiene miedo por causa de sus reptiles, pero yo no. ¡Póngame uno delante, vamos, y lo aplastaré de un golpe! —se detuvo bruscamente y miró a izquierda y derecha como si hubiera olvidado dónde se encontraba. No tenía forma de hacer una salida dramática.

—No es necesario que se proteja de las serpientes —dijo la curadora.

Ignorándole, ignorando también a Serpiente, el gobernador se inclinó hacia Melissa.

—Niña, ¿has ido a una maestra de mujeres? Melissa dudó, pero contestó finalmente.

—No sé qué es eso.

—Nadie quiso aceptarla —dijo Ras.

—No seas ridículo. Nuestros maestros no rehúsan a nadie. ¿La llevaste o no?

Ras bajó la mirada y no dijo nada más.

—Es fácil de comprobar.

—No, señor.

—¡No! ¿No? —el gobernador apartó las sábanas y se levantó, tambaleándose, aunque logró recuperar el equilibrio. Se plantó ante Ras, un hombre grande ante otro, dos criaturas hermosas enfrentándose mutuamente, una lívida, la otra pálida ante la furia de la otra.

—¿Por qué no?

—No necesita una maestra.

—¿Cómo te atreves a decir una cosa así? —el gobernador se inclinó hacia adelante hasta que Ras quedó apretujado contra el respaldo de la silla—. ¿Cómo te atreves a ponerla en peligro? ¿Cómo te atreves a condenarla a la ignorancia y a la incomodidad?

—¡No corre peligro! ¡No necesita protegerse...! ¿Quién querría tocarla?

—¡Tú me tocas! —Melissa corrió hacia Serpiente y se apretó contra ella. La curadora la abrazó.

—Tú... —El gobernador se enderezó y dio un paso atrás. Brian, que apareció silenciosamente, le sostuvo antes de que la pierna le fallara—. ¿Qué quiere decir, Ras? ¿Por qué está tan asustada?

Ras sacudió la cabeza.

—¡Haz que lo diga! —gritó Melissa, mirándolos a ambos—. ¡Hazlo!

El gobernador cojeó hasta ella y se agachó torpemente. Miró a Melissa directamente a la cara. Ninguno de los dos vaciló.

—Sé que le tienes miedo, Melissa. ¿Por qué te tiene miedo él?

—Porque la señora Serpiente me cree. El gobernador suspiró largamente.

—¿Querías estar con él?

—No —susurró Melissa.

—¡Mocosa desagradecida! —gritó Ras—. ¡Fea repugnante! ¿Quién sino yo querría tocarla?

El gobernador ignoró a Ras y cogió las manos de Melissa.

—La curadora es tu tutora de ahora en adelante. Eres libre de irte con ella.

—Gracias. Gracias, señor.

El gobernador se puso en pie.

—Brian, búscame los papeles de su custodia en los archivos de la ciudad. Siéntate, Ras. Y quiero un mensajero que vaya a la ciudad. A los reparadores.

—Esclavista —rugió Ras—. Así es como robas a los niños. La gente...

—Cállate, Ras —el gobernador parecía agotado por su breve esfuerzo, y estaba pálido—. No puedo exiliarte. Tengo la responsabilidad de proteger a otras personas. A otros niños. Tus problemas son ahora los míos, y tienen que ser resueltos. ¿Hablarás con los reparadores?

—No necesito reparadores.

—¿Irás voluntariamente o prefieres un juicio?

Ras volvió a hundirse lentamente en la silla, y por fin asintió.

—Voluntariamente —dijo.

Serpiente se levantó sin dejar de rodear con el brazo los hombros de Melissa. La niña estaba abrazada a su cintura y tenía la cabeza ligeramente inclinada, de modo que la cicatriz era casi inapreciable.

Se marcharon juntas.

—Gracias, curadora —dijo el gobernador.

—Adiós —respondió Serpiente, y cerró la puerta.

Melissa y ella recorrieron los resonantes pasillos hasta la segunda de las torres.

—Estaba tan asustada... —dijo Melissa.

—Yo también. Por un momento pensé que tendría que raptarte.

Melissa alzó la mirada.

—¿Lo habrías hecho de veras?

—Sí.

Melissa guardó silencio un instante.

—Lo siento —dijo.

—¿Lo sientes? ¿Qué?

—Debí de haber confiado en ti. Antes no lo hice, pero lo haré de ahora en adelante. No volveré a estar asustada.

—Tenías derecho a estarlo, Melissa.

—Ahora no lo estoy. Ni lo estaré nunca más. ¿Adonde vamos a ir? —por primera vez desde que se ofreciera a montar a Ardilla, la voz de Melissa mostró autoconfianza y entusiasmo sin ningún tono de temor.

—Bien —contestó Serpiente—. Creo que deberías dirigirte al norte, a la estación de los curadores. A casa.

—¿Y tú?

—Tengo que hacer una cosa más antes de regresar a casa. No te preocupes. Puedes hacer casi la mitad del camino con Gabriel. Te daré una carta, y te llevarás a Ardilla. Sabrán que te he enviado.

—Preferiría ir contigo.

Al ver lo agitada que estaba Melissa, Serpiente se detuvo.

—Yo también preferiría que vinieras, por favor, créeme. Pero tengo que ir a Centro y puede que no sea seguro.

—No temo a ningún loco. Además, si te acompaño, podremos vigilar juntas.

Serpiente se había olvidado del loco. El recuerdo la hizo sentir un escalofrío.

—Sí, el loco es otro problema. Pero se acercan las tormentas, y es casi invierno. No sé si podré regresar de la ciudad.

Y sería mejor para Melissa establecerse en la estación antes de que Serpiente regresara, por si fracasaba el viaje a Centro. Entonces, aunque Serpiente tuviera que marcharse, Melissa podría permanecer allí.

—No me preocupan las tormentas —dijo Melissa—. No tengo miedo.

—Sé que no. Simplemente es que no hay razón para ponerte en peligro.

Melissa no respondió. Serpiente se arrodilló e hizo que la mirara.

—¿Crees que estoy intentando evitarte ahora?

—No sé que pensar, señora Serpiente —dijo Melissa después de unos instantes—. Dijiste que si no vivía aquí podría ser responsable de mí misma y hacer lo que pensara que estuviera bien. Pero no creo que sea justo que tenga que dejarte con el loco y las tormentas.

Serpiente se sentó sobre sus talones.

—Dije todo eso. Y lo sentía —se miró las manos cubiertas de cicatrices, suspiró, y volvió a posar los ojos en Melissa—. Será mejor que te diga la verdadera razón de por qué quiero que vayas a casa. Debería de habértela dicho antes.

—¿Cuál es? —la voz de Melissa era tensa, controlada; estaba preparada a ser lastimada de nuevo. Serpiente la cogió de la mano.

—La mayoría de los curadores tienen tres serpientes. Yo sólo tengo dos. Hice algo estúpido y mataron a la tercera —Le habló a Melissa del pueblo de Arevin, de Stavin, del más joven de sus padres y de Silencio.

—No hay muchas serpiente(s del sueño —explicó la curadora—. Es difícil hacer que se reproduzcan. La verdades que no lo hemos conseguido nunca. Sólo esperamos que alguna vez lo hagan. Conseguimos alguna más de la misma forma en que hice a Ardilla.

—Con la medicina especial —dijo Melissa.

—Más o menos.

La biología alienígena de las serpientes del sueño no permitía ni transducción viral ni microcirugía. Los virus de la Tierra no podían interactuar con los componentes químicos que las serpientes del sueño empleaban en lugar de ADN, y los curadores no habían tenido éxito al tratar de aislar algo comparable a un virus de las serpientes alienígenas. Por tanto, no podían transferir sus genes para producir el veneno de las serpientes del sueño en otras serpientes, y nadie había conseguido sintetizar todos sus cientos de componentes.

—Yo hice a Silencio —dijo Serpiente—, y a otras cuatro serpientes del sueño. Pero ya no puedo hacer más. Mis manos no son lo bastante firmes, y les pasa lo mismo que me pasaba ayer en la rodilla.

A veces, se preguntaba si su artritis no era tan psicológica como física, una reacción contra el hecho de estar sentada en el laboratorio cuatro horas seguidas, manipulando delicadamente los controles de la micropipeta y forzando la vista para encontrar cada uno de los innumerables núcleos en cada una de las células de las serpientes del sueño. Había sido la primera curadora en años que conseguía trasplantar material genético a un óvulo no fertilizado. Tuvo que preparar varios cientos para conseguir a Silencio y sus

cuatro hermanas; aún así, su porcentaje de éxito era superior al de nadie que se hubiera empleado en aquella tarea. Nadie había descubierto nunca qué hacía madurar a las serpientes. Por eso, los curadores tenían un pequeño stock de óvulos inmaduros congelados, extraídos de los cuerpos de las serpientes del sueño que habían muerto, pero nadie podía clonaras; y un stock congelado de lo que probablemente era esperma de serpiente, células demasiado inmaduras para fertilizar el óvulo cuando se los mezclaba en un tubo de ensayo. Serpiente creía que su éxito era tanto cuestión de suerte como de técnica. Si su gente dispusiera de la tecnología suficiente, si hubiera uno de los microscopios electrónicos descritos en los libros, estaba segura de que podrían descubrir genes independientes de los cuerpos nucleares, moléculas tan pequeñas que no podían ser vistas, demasiado pequeñas para ser trasplantadas a menos que la micropipeta la absorbiera por casualidad.

—Voy a ir a Centro a entregar un mensaje, y a pedir a sus habitantes que me ayuden a conseguir más serpientes del sueño. Pero me temo que se negarán. Y si tengo que volver a casa sin ninguna, después de haber perdido la mía, no sé qué sucederá. Puede que hayan nacido algunas serpientes del sueño desde mi marcha, puede que incluso hayan conseguido clonar algunas, pero si no es así, es posible que no me permitan seguir siendo curadora. No puedo serlo sin una serpiente del sueño.

—Si no hay más, deberían darte una de las que hiciste —dijo Melissa—. Es lo justo.

—No, eso tampoco sería justo con los curadores más jóvenes a los que se las di —dijo Serpiente—. Tendría que regresar a casa y decirle a un hermano o hermana que no podrían ser curadores a menos que las serpientes del sueño que tenemos vuelvan a reproducirse —suspiró profundamente—. Quiero que sepas todo esto. Por eso quiero que vayas a casa antes que yo, para que todos tengan oportunidad de conocerte. Tenía que liberarte de Ras, pero si vienes conmigo, no puedo asegurarte que las cosas sean mejores.

—¡Serpiente! —Melissa estaba enfadada—. No importa. Estar contigo será mejor que... que quedarme en Montaña. Nome importa lo que pase. Aunque me pegues...

—¡Melissa! —exclamó Serpiente, tan sorprendida como la niña.

Melissa sonrió. El lado derecho de su cara se curvó ligeramente.

—¿Ves? —dijo.

—De acuerdo.

—Estaré bien. No me importa lo que pase en la estación de los curadores. Y sé que las tormentas son peligrosas. Yate vi después de que pelearas con el loco, así que sé que también él es peligroso. Pero sigo queriendo ir contigo. Por favor, no me hagas ir con nadie más.

—¿Estás segura? Melissa asintió.

—De acuerdo —dijo Serpiente; sonrió—. Nunca había adoptado a nadie antes. Las teorías no son lo mismo cuando hay que empezar a ponerlas en práctica. Iremos juntas —en realidad, apreciaba la completa confianza que Melissa, por fin, tenía en ella.

Recorrieron juntas el pasillo cogidas de la mano, balanceando los brazos como dos niñas. Entonces doblaron la última esquina y Melissa se detuvo súbitamente. Gabriel estaba sentado ante la puerta de Serpiente, con la silla de montar al lado y la barbilla apoyada en sus rodillas. Parecía sumido en honda reflexión.

—Gabriel —dijo Serpiente.

El muchacho alzó la mirada, y esta vez no vaciló cuando vio a Melissa.

—Hola —le dijo—. Lo siento.

Melissa estaba vuelta hacia Serpiente, así que lo peor de la cicatriz quedaba oculto.

—Está bien. No importa. Estoy acostumbrada.

—La verdad es que no estaba despierto del todo anoche... —Gabriel vio el gesto de Serpiente y guardó silencio.

Melissa miró a la curadora, que le apretó la mano, y luego a Gabriel, y de nuevo a Serpiente.

—Será mejor que... iré a preparar los caballos.

—Melissa... —Serpiente extendió la mano, pero la niña salió corriendo. La curadora la vio marchar, suspiró y abrió la puerta de su habitación. Gabriel se puso de pie.

—Lo siento —repitió.

—Sí que tienes habilidad —entró, recogió las alforjas y las colocó sobre la cama. Gabriel la siguió.

—Por favor, no te enfades conmigo.

—No estoy enfadada —abrió las solapas—. Lo estaba anoche, pero ahora no.

—Me alegro —Gabriel se sentó en la cama y la observó empaquetar—. Estoy preparado para marcharme. Pero quena decirte adiós. Y darte las gracias. Y siento que...

—Está bien —dijo Serpiente.

—De acuerdo.

Serpiente dobló sus ropas del desierto limpias y las metió en las alforjas.

—¿Por qué no me admites contigo? —Gabriel se inclinó ansiosamente hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas—. Tiene que ser más fácil viajar con alguien con quien charlar que hacerlo sola.

—No estaré sola. Melissa se viene conmigo.

—Oh. —Parecía lastimado.

—Voy a adoptarla, Gabriel. Montaña no es un buen lugar para ella... no más que para ti. Puedo ayudarla, pero no puedo hacer nada por ti, excepto hacer que dependas de mí, y no quiero que pase eso. Nunca encontrarás tus fuerzas sin tu libertad.

Serpiente metió la bolsa con su pasta de dientes, el peine, el frasco de aspirina y el jabón en las alforjas, cerró la solapa y se sentó. Cogió la mano fuerte y suave de Gabriel.

—Aquí todo es demasiado difícil para ti. Yo lo haría demasiado fácil. Ninguna de las dos cosas es adecuada.

Él le alzó la mano y la besó, en el dorso bronceado y cubierto de cicatrices y en la palma.

—¿Ves lo rápido que aprendes? —Acarició con la otra mano su hermoso pelo rubio.

—¿Volveré a verte?

—No lo sé. Probablemente no. —Serpiente sonrió—. Note hará falta.

—Me gustaría —contestó él, esperanzado.

—Sal al mundo. Pon tu vida en tus manos y haz con ella lo que quieras.

Gabriel se levantó, se agachó y la besó. Al incorporarse, ella le devolvió el beso con más pasión de lo que pretendía, deseando tener más tiempo, deseando haberle conocido un año antes. Le pasó los dedos por la espalda y convirtió el abrazo en un apretón.

—Adiós, Gabriel.

—Adiós, Serpiente.

La puerta se cerró suavemente tras él.

Serpiente sacó a Sombra y Susurro del zurrón para que saborearan brevemente la libertad antes del largo viaje. Los reptiles se deslizaron sobre sus pies y en torno a sus piernas mientras miraba por la ventana.

Llamaron a la puerta.

—Un momento —dejó que Sombra subiera por su brazo y su hombro, y cogió a Susurro con las dos manos. No pasaría mucho tiempo antes de que se hiciera demasiado grande para enroscarse cómodamente en su cintura.

—Ahora puedes pasar.

Brian entró y luego dio bruscamente un paso atrás.

—No pasa nada —dijo Serpiente—. Están tranquilas. Brian no se retiró mucho más, pero siguió vigilando a las serpientes con mucho cuidado. Sus cabezas giraban al unísono

cada vez que la curadora se movía, sus lenguas asomaban y desaparecían mientras la cobra y la cascabel miraban a Brian y saboreaban su olor.

—He traído los papeles de la niña —dijo el viejo criado—. Demuestran que ahora eres su tutora.

Serpiente enroscó a Susurro en su brazo derecho y cogió los papeles con la mano izquierda. Brian se los entregó cautelosamente. Serpiente los miró con curiosidad. El pergamino estaba rígido y crujiente, y pesaba debido a los sellos de cera. La firma arácnida del gobernador aparecía en una esquina; la de Ras, elaborada y temblona, en la otra.

—¿Hay algún medio de que Ras pueda denunciar esto?

—Podría hacerlo, pero creo que no hará nada. Si dice que se le obligó a firmar, tendrá que decir por qué. Y entonces tendría que explicar otras... tendencias tuyas. Creo que prefiere un retiro voluntario a uno forzoso y público.

—Bien.

—Algo más, curadora.

—¿Sí?

Le tendió una pesada bolsita. En su interior unas monedas tintinearón con el claro sonido del oro. Serpiente miró a Brian burlonamente.

—Tu paga —dijo, y le ofreció una factura y una pluma para que firmara.

—¿Tiene miedo el gobernador de lo que acusen de esclavista?

—Podría ser. Es mejor estar precavidos.

Serpiente escribió en la factura: «Aceptado en nombre de mi hija, en pago por su trabajo como domadora de caballos.» La firmó y la tendió de vuelta.

Brian la leyó lentamente.

—Creo que eso está mejor —dijo Serpiente—. Es justo con Melissa, y si le han pagado, quedado claro que no está vinculada.

—Es prueba más que suficiente de que la has adoptado —dijo Brian—. Creo que satisfará al gobernador.

Serpiente se metió la bolsa con las monedas en su bolsillo y devolvió a Sombra y Susurro a sus compartimentos. Se encogió de hombros.

—De acuerdo. Nada importa mientras Melissa pueda marcharse.

De repente se sintió deprimida, y se preguntó si había obrado con demasiada firmeza y arrogancia y manejado las vidas de otras personas sin beneficiarlas. No tenía dudas de que había hecho lo justo por Melissa, al menos liberarla de Ras. Mientras que en el caso de Gabriel, o del gobernador, o incluso de Ras...

Montaña era una ciudad rica, y la mayoría de la gente parecía feliz; desde luego, estaban más contentos y seguros que antes de que el gobernador ocupara su cargo hacía ya veinte años. ¿Pero de qué había servido aquello para los niños de su propia casa? Serpiente se alegraba de marcharse, y se alegraba, para bien o para mal, de que Gabriel se marchara también.

—¿Curadora?

—¿Sí, Brian?

El criado, desde atrás, la tocó rápidamente en el hombro y la soltó.

—Gracias.

Cuando Serpiente se volvió un momento después, ya había desaparecido silenciosamente.

Mientras la puerta de su habitación se cerraba con suavidad, Serpiente oyó el retumbar de la puerta principal cerrándose en el patio. Volvió a asomarse a la ventana. Abajo, Gabriel montaba su gran caballo pinto. El muchacho miró el valle, luego se dio lentamente la vuelta hasta contemplar la ventana de la habitación de su padre. La observó largo rato. Serpiente no miró a la otra torre, porque sabía por la expresión del muchacho que su padre no estaba asomado. Gabriel suspiró, luego se enderezó y cuando miró hacia la

torre de Serpiente su expresión era tranquila. La vio y le dirigió una sonrisa triste y autodespreciativa. Ella le despidió con la mano. El hizo lo mismo.

Pocos minutos después, Serpiente continuaba observando cómo el pinto agitaba su larga cola blanca y negra y desaparecía tras la última curva visible del sendero del norte. Otros cascos resonaron en el patio. Serpiente devolvió sus pensamientos a su propio viaje. Melissa montaba a Ardilla y guiaba a Veloz, miró hacia arriba y la llamó. Serpiente sonrió y asintió, se echó las alforjas al hombro, recogió el zurrón y bajó al encuentro de su hija.

9

El viento que le golpeaba la cara era límpido y frío. Arevin se sentía agradecido por el clima de la montaña, libre de polvo, calor y la omnipresente arena. En la cima de un paso, desmontó y contempló el paisaje ante el cual Serpiente se había criado. La tierra era brillante y muy verde, y podía ver y oír grandes cantidades de agua al fluir. Un río bajaba hacia el centro del valle, y a un tiro de piedra del sendero, un manantial borboteaba sobre roca cubierta de moho. Su respeto por Serpiente aumentó. Su pueblo no emigraba sino que vivían aquí todo el año. Serpiente contaba con poquísima experiencia en temperaturas extremas cuando se internó en el desierto. Este paisaje no suponía ninguna preparación para la inmensa desolación de arena negra, ni siquiera el propio Arevin estaba preparado para la severidad del desierto central. Sus mapas eran viejos; ningún miembro del clan los había usado, pero le habían conducido a salvo al otro lado del desierto, a través de una línea de oasis dignos de confianza. Dado lo avanzado de la estación, no había encontrado a nadie en el camino: no había podido pedir consejo a nadie sobre cuál era la mejor ruta a seguir, ni pudo preguntar tampoco por Serpiente.

Montó su caballo y cabalgó hacia el valle de los curadores.

Antes de encontrar a ningún habitante, llegó a un pequeño huerto. Era extraño: los árboles más lejanos eran maduros, retorcidos, mientras que los más cercanos eran jóvenes, como si se hubieran ido plantando unos pocos árboles cada año. Había un muchacho de unos catorce o quince años tendido en las sombras, comiendo fruta. Cuando Arevin se detuvo, el joven alzó la mirada, se puso en pie y se encaminó hacia él. Arevin espoleó a su caballo para que cruzara el verde prado. Los dos se reunieron en una fila de árboles que parecían tener unos cinco o seis años.

—Hola —dijo el muchacho. Cogió otra fruta y se la tendió a Arevin—. ¿Quieres una pera? Los melocotones y las cerezas se han acabado, y las naranjas todavía no están maduras del todo.

Arevin vio que, de hecho, cada árbol tenía frutas de diferentes formas, pero las hojas eran todas iguales. Tendió la mano, inseguro, para aceptar la pera, preguntándose si el terreno en donde crecían los árboles estaría envenenado.

—No te preocupes —dijo el muchacho—. No es radiactiva. No hay cráteres por aquí.

A pesar de sus palabras Arevin retiró la mano. No había dicho una sola palabra, y sin embargo el joven parecía saber qué estaba pensando.

—Yo mismo hice el árbol, y nunca trabajo con mutágenos peligrosos.

Arevin no tenía idea de lo que decía el muchacho, excepto que parecía estar asegurándole que la fruta era buena. Deseó poder comprender tan bien al chico como éste le comprendía a él. Como no quería ser descortés, aceptó la pera.

—Gracias.

El muchacho le observaba con esperanza y expectación, así que Arevin dio un mordisco a la fruta. Era dulce y agria al mismo tiempo, y muy jugosa. Dio otro bocado.

—Está muy buena —dijo—. Nunca había visto una planta que diera cuatro cosas diferentes.

—Mi primer proyecto —contestó el muchacho. Hizo un gesto hacia los otros árboles más viejos—. Todos hacemos uno. Resulta muy sencillo, pero es la tradición.

—Ya veo —dijo Arevin.

—Me llamo Thad.

—Me siento muy honrado —dijo Arevin—. Estoy buscando a Serpiente.

—¡Serpiente! —Thad frunció el ceño—. Me temo que has hecho un largo viaje para nada. No está aquí. Ni siquiera esperamos que vuelva hasta dentro de varios meses.

—Pero no puedo haberla adelantado.

La expresión agradable y servicial de Thad se trocó en preocupación.

—¿Quieres decir que ya viene de regreso? ¿Qué ha pasado? ¿Está bien?

—Lo estaba la última vez que la vi —contestó Arevin. Estaba claro que Serpiente debería haber llegado a casa si no le hubiera pasado nada.

Pensó en la posibilidad de que hubiera sufrido algún accidente, ante los cuales, al contrario que a las picaduras de las víboras, era vulnerable.

—Eh, ¿te encuentras bien?

Thad estaba a su lado y le cogía el codo para sostenerle.

—Sí —contestó Arevin, pero su voz temblaba.

—¿Estás enfermo? Aún no he terminado mi formación, pero cualquiera de los otros curadores puede ayudarte.

—No, no, no estoy enfermo. Pero no comprendo cómo he podido llegar antes que ella.

—¿Pero por qué regresaba a casa tan pronto?

Arevin miró al joven que ahora tenía una apariencia tan preocupada como él mismo.

—Creo que no debo contar su historia por ella —dijo—. Tal vez debería hablar con sus padres. ¿Quieres mostrarme dónde viven?

—Lo haría si pudiera —contestó Thad—, pero no tiene ninguno. Te lo puedo asegurar sin lugar a dudas porque soy su hermano.

—Lamento causarte esta inquietud. No sabía que vuestros padres estuvieran muertos.

—No lo están. O puede que sí. No lo sé. Quiero decir que no sé quiénes son. Ni quiénes son los de Serpiente.

Arevin se sintió completamente confundido. Nunca había tenido problemas para comprender lo que le decía Serpiente. Pero tenía la impresión de que no entendía la mitad de lo que este joven le había dicho en los últimos minutos.

—Si no sabes quiénes son tus padres ni los de Serpiente, ¿cómo puedes asegurar que eres su hermano?

Thad le miró sarcásticamente.

—No sabes mucho de los curadores, ¿no?

—No —contestó Arevin y se dio cuenta que la conversación había tomado otro rumbo inesperado—. No lo sé. Hemos oído hablar de vosotros, por supuesto, pero Serpiente había sido la única en visitar mi clan.

—La razón de que te preguntara es porque la mayoría de la gente sabe que todos somos adoptados —dijo Triad—. No tenemos familia, exactamente. Todos formamos una.

—Sin embargo, dijiste que eras su hermano, como si no tuviera otro. —A excepción de sus ojos azules, que además tenían otra tonalidad diferente, Thad no se parecía en nada a Serpiente.

—Es así como pensamos el uno del otro. Cuando era niño me metía en muchos problemas, y ella siempre acudía al rescate.

—Ya veo —Arevin desmontó y ajustó la brida de su caballo, considerando lo que el muchacho acababa de decirle—. No tienes lazos de sangre con Serpiente, pero sientes una relación especial con ella. ¿Es correcto?

—Sí —La actitud tranquila de Thad había desaparecido.

—Si te dijera por qué he venido, ¿me aconsejarías pensando primero en Serpiente, aunque tuvieras que ir contra tus propias costumbres?

Arevin se alegró de ver que el joven dudaba, pues no había sido capaz de confiar en una respuesta impulsiva y emocional.

—Ha pasado algo verdaderamente malo, ¿verdad?

—Sí. Y ella se cree responsable.

—También sientes un algo especial hacia ella, ¿no?

—Sí.

—¿Y ella por ti?

—Eso creo.

—Estoy de su parte —dijo Thad—. Siempre.

Arevin desató la brida del caballo para que su montura pudiera pastar. Se sentó bajo el árbol frutal de Thad y el muchacho le acompañó.

—Vengo del otro lado del desierto occidental —dijo Arevin—. No tenemos buenas serpientes, sólo víboras de arena cuya mordedura produce la muerte.

Arevin contó su historia y esperó que Thad respondiera, pero el joven curador se quedó mirándose las manos cubiertas de cicatrices durante largo rato.

—Y dices que la serpiente del sueño murió —dijo finalmente.

La voz de Thad era tensa y desesperanzada; el tono provocó un escalofrío en el controlado y casi impasible Arevin.

—No fue culpa suya —repitió Arevin, aunque había insistido constantemente en ese tema. Thad conocía ahora el miedo de su clan hacia las serpientes e incluso la horrible muerte de su hermana. Pero Arevin no podía ver claramente en qué punto se perdía la comprensión de Thad.

El muchacho le miró.

—No sé qué decirte. Esto es horrible —hizo una pausa y miró alrededor y se pasó la mano por la frente—. Supongo que será mejor hablar con Sándalo. Fue una de las maestras de Serpiente y ahora es la decana.

Arevin dudó.

—¿Crees que es una buena idea? Perdóname, pero si tú, que eres amigo de Serpiente, no puedes comprender cómo sucedió todo esto, ¿podrá hacerlo cualquier otro curador?

—¡Comprendo lo que sucedió!

—Sabes lo que pasó —dijo Arevin—. Pero no lo comprendes. No quiero ofenderte, pero temes que lo que diga sea cierto.

—No importa —repuso Thad—. Aún sigo queriendo ayudarla. Sándalo pensará en algo.

El exquisito valle donde vivían los curadores combinaba zonas de total soledad con lugares de completa civilización. Lo que a Arevin le parecía un bosque virgen, antiguo e imperturbable, se extendía hasta donde alcanzaba su vista y empezaba en el borde norte del valle. Sin embargo, inmediatamente después de los enormes árboles oscuros, un conjunto de molinos de viento giraban alegremente. El bosque de árboles y el bosque de molinos armonizaban juntos.

La estación era un lugar sereno, una ciudad pequeña de casas de madera y piedra. La gente saludaba a Thad o le hacía señas, y asentía a Arevin. La brisa trajo los débiles gritos de unos niños jugando.

Thad dejó al caballo de Arevin en una zona de pastos y luego le condujo a un edificio poco más grande que los otros y algo apartado de los demás. Arevin se sorprendió al notar que en su interior las paredes no eran de madera, sino de losas de cerámica blancas. A pesar de que no había ventanas, la iluminación era brillante como el día, sin tener el extraño brillo azul de la bioluminiscencia ni la suave luz amarilla de las lámparas de gas. El lugar poseía una sensación de actividad completamente distinta de la plácida atmósfera de la ciudad en sí. A través de una puerta medio abierta, Arevin vio a varias

personas jóvenes, algunas todavía más que Thad, inclinadas sobre complicados instrumentos, completamente absortas en su trabajo.

Thad señaló a los estudiantes.

—Estos son los laboratorios. Fabrican las lentes para los microscopios aquí mismo, en la estación. También hacemos todos nuestros objetos de cristal.

Casi todas las personas que veía allí (y, ahora que lo pensaba, la mayor parte de las que había en el poblado), eran muy jóvenes o muy mayores. Los jóvenes recibían su formación, pensó, y los viejos la impartían. Serpiente y los demás estaban fuera, practicando su profesión.

Thad subió un tramo de escaleras, recorrió un salón alfombrado y llamó suavemente a una puerta. Esperaron varios minutos, y al parecer el muchacho encontró esto bastante común, pues no se impacientó. Finalmente, una voz aguda anunció:

—Adelante.

La habitación no era tan rígida y severa como el laboratorio. Las paredes estaban recubiertas de paneles de madera, y una gran ventana daba a los molinos. Arevin había oído hablar de libros, pero nunca había visto uno. Aquí había dos paredes alineadas con estanterías llenas de ellos. La vieja curadora que se encontraba sentada en una hamaca tenía uno en el regazo.

—Thad —dijo, asintiendo, con tono de bienvenida aunque también de interrogación.

—Sándalo —el muchacho presentó a Arevin—. Éste es un amigo de Serpiente. Ha recorrido un largo camino para hablar con nosotros.

—Sentaos. —La voz y las manos de la mujer temblaban ligeramente. Era muy anciana, y tenía las articulaciones hinchadas y retorcidas. Su piel era suave y translúcida, profundamente arrugada en las mejillas y la frente. Tenía los ojos azules.

Siguiendo las instrucciones de Thad, Arevin se sentó en una silla. Se sintió incómodo: estaba acostumbrado a hacerlo en el suelo, con las piernas cruzadas.

—¿Qué tienes que decir?

—¿Eres amiga de Serpiente? —preguntó Arevin—. ¿O sólo su maestra?

Pensó que quizás iba a echarse a reír, pero en cambio lo miró sombríamente.

—Su amiga.

—Sándalo propuso su nombre —dijo Thad—. ¿Creías que iba a llevarte a hablar con cualquiera?

No obstante, Arevin se preguntó si debería contar su historia a esta amable anciana, pues recordaba demasiado claramente las palabras de Serpiente: «Mis maestros rara vez dan el nombre que llevo, y se sentirán decepcionados.» Tal vez la decepción de Sándalo sería suficientemente grande para exiliar a Serpiente de su pueblo.

—Dime qué sucede —dijo Sándalo—. Serpiente es mi amiga, y la quiero. No tienes que temerme.

Arevin contó su historia por segunda vez en el día, observando fijamente la cara de Sándalo. La expresión de la anciana no cambió. Seguramente, debido a mucha experiencia, podía comprender lo que había sucedido mucho mejor que el joven Thad.

—Ah —dijo—. Serpiente cruzó el desierto —sacudió la cabeza—. Mi niña valiente e impulsiva.

—Sándalo —preguntó Thad—, ¿qué podemos hacer?

—No lo sé, querido —suspiró—. Ojalá hubiera regresado a casa.

—Pero también las serpientes pequeñas mueren, ¿no? —dijo Arevin—. Seguro que otros curadores las habrán perdido en algún accidente. ¿Qué es lo que se hace en estos casos?

—Las serpientes del sueño viven mucho tiempo —contestó Thad—. A veces sobreviven a sus curadores. No se reproducen bien.

—Cada año formamos a menos gente porque nos faltan serpientes del sueño —dijo Sándalo con su voz leve.

—La habilidad de Serpiente debe titularla para que se le conceda otra —dijo Arevin.

—No se puede dar lo que no se tiene —repuso Sándalo.

—Serpiente pensaba que tal vez hubieran nacido algunas.

—Sólo lo hacen unas pocas —dijo tristemente la anciana. Thad varió la mirada.

—Uno de nosotros podría decidir no terminar su formación...

—Thad —dijo Sándalo—, no tenemos suficientes para todos vosotros. ¿Crees que Serpiente te pediría que le devolvieras la que te dio?

Thad se encogió de hombros, todavía sin mirar a los ojos a Sándalo ni a Arevin.

—No tendría que pedírmela. Yo se la daría.

—No podemos decidir sin Serpiente —dijo Sándalo—. Tiene que regresar a casa.

Arevin se miró las manos y se dio cuenta de que no habría ninguna solución fácil para este dilema, ninguna explicación simple de lo sucedido, ni por tanto perdón para Serpiente.

—No podéis castigarla por el error de mi clan —repitió. Sándalo negó con la cabeza.

—No es cuestión de castigo. Pero no puede ser curadora sin una serpiente del sueño. Y no tengo ninguna para darle.

Permanecieron sentados en silencio. Después de unos minutos, Arevin se preguntó si Sándalo se había quedado dormida. Se sobresaltó cuando la anciana le habló sin apartar la mirada de la ventana.

—¿La seguirás buscando?

—Sí —respondió sin vacilación.

—Cuando la encuentres, dile por favor que regrese a casa. El consejo se reunirá con ella.

Thad se puso en pie, y con una profunda sensación de fracaso y depresión Arevin comprendió que la audiencia había acabado.

Salieron al exterior, abandonando las salas de trabajo y sus extrañas máquinas, su extraña luz, sus raros olores. El sol se ponía, uniendo las largas sombras con la oscuridad.

—¿Por dónde empiezo a buscarla? —dijo Arevin súbitamente.

—¿Qué?

—Vine aquí porque pensaba que Serpiente volvía a casa. Ahora no sé dónde puede estar. Ya casi es invierno. Si las tormentas han empezado...

—Serpiente sabe mejor que nadie que tiene que mantenerse alejada del desierto en invierno —dijo Thad—. No, lo que debe de haber sucedido es que han requerido su ayuda y ha tenido que desviarse de su ruta. Tal vez su paciente se encontraba en las montañas centrales. Puede que esté en algún lugar al sur, en Encrucijada, Nuevo Tíbet o Montaña.

—Muy bien —dijo Arevin, agradeciendo cualquier nueva posibilidad—. Iré hacia el sur. —Pero se preguntó si Thad no estaría hablando con la incuestionable autoconfianza de la extrema juventud.

Thad abrió la puerta de una casita baja. En el interior, las habitaciones conducían a un comedor central. Thad se tendió en un diván. Olvidando sus cuidadosos modales, Arevin se sentó en el suelo.

—Cenaremos dentro de un rato —dijo Thad—. La habitación junto a la mía está ahora libre. Puedes usarla.

—Tal vez debería continuar.

—¿Esta noche? Es una locura cabalgar en la oscuridad por esta zona. Te encontraríamos en el fondo de un precipicio por la mañana. Al menos quédate hasta el amanecer.

—Si ése es tu consejo.

En realidad, sentía un profundo sopor. Siguió a Thad a la habitación vacía.

—Te traeré tu equipaje —dijo el muchacho—. Descansa. Parece que lo necesitas.

Arevin se sentó lentamente en el borde de la cama. Thad se volvió al llegar a la puerta.

—Escucha, me gustaría ayudarte. ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

—No —dijo Arevin—. Gracias, estoy muy cómodo. Thad se encogió de hombros.

—Muy bien.

El desierto de arenas negras se extendía en el horizonte, llano y vacío, ningún signo indicaba que hubiera sido cruzado alguna vez antes. Las olas de calor se alzaban como si fueran humo. El viento aún no era fuerte, pero todas las marcas y detritos de la ruta de los mercaderes habían desaparecido ya borrados o cubiertos por las brisas cambiantes que precedían al invierno. En la cima del borde oriental de las montañas centrales, Serpiente y Melissa miraban hacia su invisible destino.

Desmontaron para dejar descansar a los caballos. Melissa ajustó una cincha de la nueva silla de Ardilla, y luego volvió la cabeza para mirar el camino por donde habían venido, el valle que había sido su hogar. La ciudad se aferraba a la inclinada pendiente de la montaña, sobre el fértil valle. Las ventanas y los paneles de cristal negro brillaban bajo el sol de mediodía.

—Nunca había llegado tan lejos —dijo Melissa maravillada—. En toda mi vida. —Se volvió hacia la curadora—. Gracias, Serpiente.

—No hay de qué, Melissa.

La niña bajó la cabeza. Su mejilla derecha, la que no estaba marcada por la cicatriz, se tornó roja.

—Tengo que decirte algo sobre eso.

—¿Sobre qué?

—Mi nombre. Lo que dijo Ras es cierto, no es de verdad...

—No importa. Por lo que a mi respecta, te llamas Melissa. De niña yo también tuve un nombre diferente.

—Pero te dieron un nombre. Es un honor. No lo elegiste, como yo hice con el mío.

Volvieron a montar y emprendieron la marcha por el gastado sendero.

—Podría haberlo rechazado —dijo Serpiente—. De hacerlo así, habría elegido mi propio nombre de adulto como hacen el resto de los curadores.

—¿Podrías haberlo rechazado?

—Sí.

—¡Pero si este nombre apenas lo ponen! Es lo que he oído.

—Es cierto.

—¿Ha dicho alguien alguna vez que no lo quería?

—No que yo sepa. De todas formas, sólo fui la cuarta, pues no han sido muchos los que han tenido la oportunidad. A veces desearía no haberlo aceptado.

—¿Pero por qué?

Por la responsabilidad —su mano descansaba en el zurrón de las serpientes. Desde el ataque del loco había empezado a hacerlo con más frecuencia. La retiró. Los curadores solían morir muy jóvenes o vivir hasta edad muy avanzada. El hombre llamado Serpiente que la había precedido sólo tenía cuarenta y tres años cuando murió, pero los otros dos habían vivido cada uno más de un siglo. Serpiente tenía una enorme cantidad de logros que seguir, y hasta el momento había fracasado.

El sendero transcurría entre los árboles perennes, entre los troncos retorcidos y las oscuras agujas de los árboles que según las leyendas nunca daban semillas y nunca morían. Su resina llenaba el aire de un fuerte olor.

—Serpiente... —dijo Melissa.

—¿Sí?

—¿Eres... eres mi madre?

Tomada por sorpresa, Serpiente vaciló un momento. Su pueblo no formaba grupos familiares como lo hacían los otros. Ella misma no había llamado a nadie «madre» o

«padre», aunque todos los curadores mayores tenían exactamente esa relación con ella. Y el tono de Melissa era tan triste...

—Todos los curadores son tu familia ahora —dijo Serpiente—, pero yo te he adoptado, y creo que eso me convierte en tu madre.

—Me alegro.

—Yo también.

Bajo la estrecha banda del denso bosque, en los lados de la montaña, no crecía casi nada excepto líquen. Aunque la altura era aún elevada y el sendero empinado, Serpiente y Melissa podrían haberse encontrado igualmente en el desierto. Bajos los árboles, el calor y la sequedad del aire aumentaban firmemente. Cuando por fin llegaron a la arena, se detuvieron un momento para cambiarse. Serpiente se puso las ropas que le había dado el pueblo de Arevin. Melissa se vistió con las que habían comprado en Montaña.

No vieron a nadie en todo el día. Serpiente miraba de vez en cuando por encima del hombro, y montaba guardia cada vez que los caballos atravesaban las zonas de dunas que ofrecían un emplazamiento ideal para una emboscada. Pero no había ni rastro del loco. Serpiente empezó a preguntarse si los dos ataques no habrían sido una coincidencia, y si sus recuerdos de otros ruidos en torno a su campamento no serían un sueño. Si el loco era en efecto un loco, su ataque contra ella se había distraído ahora por alguna otra preocupación irresistible. No se convenció.

Al atardecer, las montañas quedaron muy por detrás, y adquirieron la apariencia de una abrupta muralla. Los cascos de los caballos resonaron en la arena, pero el silencio subyacente era completo y sepulcral. Serpiente y Melissa continuaron cabalgando y charlando a medida que caía la oscuridad.

Las densas nubes oscurecieron la luna; el constante brillo de las luciérnagas de la linterna de Serpiente, relativamente más brillante ahora, proporcionó iluminación suficiente para que continuaran el viaje. Colgada de la silla, la linterna se mecía al paso de Veloz. La arena negra reflejaba la luz como si fuera agua.

Ardilla y Veloz cabalgaban juntos. Gradualmente, Serpiente y Melissa empezaron a hablar en voz cada vez más baja, y finalmente dejaron de hacerlo.

La brújula de Serpiente, la luna casi invisible, la dirección del viento, las formas de las dunas las ayudaban a seguir en la dirección adecuada, pero Serpiente no podía apartar el miedo a estar cabalgando en círculos. Girándose en la silla, contempló el sendero invisible a sus espaldas durante varios minutos, pero ninguna otra luz las seguía. Estaban solas; no había nada más que oscuridad. Serpiente continuó la marcha.

—Es fantasmal —susurró Melissa.

—Lo sé. Ojalá pudiéramos cabalgar de día.

—Tal vez llueva.

—Eso estaría bien.

El desierto recibía la lluvia sólo una vez cada año, pero cuando lo hacía, era antes del invierno. Entonces las semillas dormidas brotaban y se reproducían, y el árido desierto se suavizaba con tintes verdes y parches de color. En tres días, las delicadas plantas se volvían de color marrón y morían, dejando duras semillas para que soportaran otro año, o dos, o tres, hasta que la lluvia volviera a despertarlas. Pero esta noche el aire era seco y tranquilo, y no dejaba entrever que fuera a producirse ningún cambio.

Una luz titiló en la distancia. Serpiente, adormilada, se despertó bruscamente de un sueño en el que el loco la seguía y vio que la linterna se acercaba más y más. Hasta ahora no había advertido lo segura que se encontraba de que aún la seguía de cerca, propulsado por motivos incomprensibles.

Pero la luz no era una linterna transportada, sino que permanecía firme y estacionaria por delante. El viento arrastró el sonido de hojas secas: se estaban acercando al primer oasis de la ruta a Centro.

Aún no había amanecido siquiera. Serpiente extendió la mano y palmeó el cuello de Veloz.

—No queda mucho —dijo.

—¿Qué? —Melissa se despertó también—. ¿Dónde...?

—Tranquila. Pronto podremos parar.

—Oh —Melissa miró en derredor, parpadeando—. Olvidé dónde estaba.

Llegaron a los árboles que rodeaban el oasis. La linterna de Serpiente iluminó las hojas ya caídas y dispersadas por la arena que arrastraba el viento. No vio ninguna tienda y no pudo oír ningún sonido de gente o animales. Todos los nómadas se habían retirado ya a la seguridad de las montañas.

—¿Dónde está esa luz?

—No lo sé —dijo Serpiente.

Miró a Melissa, pues su voz sonaba extraña: estaba ahogada por el turbante colocado ante su cara. Cuando vio que no aparecía nadie, lo soltó como si no se diera cuenta de que se había estado ocultando.

Serpiente hizo dar la vuelta a Veloz, preocupada por la luz.

—Mira —dijo Melissa.

El cuerpo de Veloz cortó la luz de la linterna en una dirección, y contra la oscuridad se alzó una franja de luminiscencia. Cuando se hubo cerrado, Serpiente pudo ver que era una palmera muerta que, al estar cerca del agua, se había podrido en vez de secarse. Las luciérnagas habían invadido su frágil tronco y lo habían deformado en una señal brillante. Serpiente suspiró aliviada.

Siguieron cabalgando, circundaron la laguna negra y tranquila hasta que encontraron un lugar rodeado de árboles suficientemente gruesos para proporcionarles sombra. En cuanto Serpiente refrenó a Veloz, Melissa saltó del pony y empezó a desensillarlo. Serpiente desmontó más despacio, pues a pesar del clima constante del desierto, la rodilla había vuelto a entumecerse durante la larga cabalgata. Melissa frotó a Ardilla con un puñado de hojas, hablándole en voz casi inaudible. Pronto estuvieron acostadas, esperando que pasara el día.

Serpiente se acercó al agua descalza, bostezando y desperezándose. Había dormido bien durante todo el día, y ahora quería darse un baño antes de volver a emprender el viaje. Aún era demasiado temprano para dejar el refugio de los gruesos árboles. Rebuscó con la esperanza de encontrar algunas frutas maduras en las ramas, pero la recolección de los habitantes del desierto había sido exhaustiva.

Sólo unos pocos días antes, al otro lado de las montañas, el follaje de los oasis era lujurioso y suave; ahora, las hojas estaban secas y moribundas. Crujieron cuando las pisó. Las hojas se desmoronan en su mano.

Se detuvo al borde del agua. La línea negra tenía sólo unos pocos metros de anchura: un semicírculo de arena en torno a una minúscula laguna que reflejaba un entretejido de las ramas de los árboles. En la orilla, Melissa estaba arrodillada en la arena, medio desnuda. Estaba inclinada sobre el agua, contemplando en silencio su reflejo. Las marcas de los golpes de Ras habían desaparecido, y el incendio no había dejado cicatrices en su espalda. Tenía la piel más blanca de lo que Serpiente había supuesto al ver el profundo bronceado de su cara y sus manos. Mientras Serpiente observaba, Melissa extendió la mano lentamente y tocó la superficie del agua oscura. Sus dedos provocaron ondas en el espejo negro.

Melissa contemplaba, fascinada, cómo Serpiente sacaba a Sombra y Susurro del zurrón. Sombra reptó entre los pies de la curadora, saboreando los olores del oasis. Serpiente la recogió con cuidado. Notó frías entre la manos las suaves escamas blancas.

—Quiero que te huela —dijo Serpiente—. Su reacción instintiva es atacar a cualquier cosa que la moleste. Si reconoce tu olor, será más seguro. ¿De acuerdo?

Melissa asintió despacio, claramente asustada.

—Es muy venenosa, ¿verdad? ¿Más que la otra?

—Sí. En cuanto lleguemos a casa procederé a inmunizarte, pero no quiero empezar a hacerlo aquí. Tengo que hacerte unas pruebas antes y no tengo el equipo adecuado.

—¿Quieres decir que puedes arreglar las cosas de manera que si me muerde no pase nada?

—Nada, lo que se dice nada, no. Pero me ha mordido por error varias veces y sigo aquí.

—Supongo que será mejor que la deje olerme. Serpiente se sentó junto a ella.

—Sé que es difícil no tenerle miedo. Pero respira profundamente y procura relajarte. Cierra los ojos y escucha mi voz.

—Los caballos también notan si una tiene miedo —dijo Melissa e hizo lo que Serpiente le decía.

La lengua bífida de la cobra aleteó sobre las manos de Melissa, y la niña permaneció quieta y en silencio. Serpiente recordó la primera vez que vio las cobras albinas: un momento aterrador y agónico cuando un grupo de ellas, enroscadas juntas y formando nudos infinitos, sintió sus pasos y alzaron la cabeza al unísono, como una bestia de muchas cabezas o una planta alienígena que creciera bruscamente.

Serpiente no soltó a Sombra mientras la cobra se deslizaba por los brazos de Melissa.

—Su contacto es agradable —dijo Melissa. Le temblaba un POCO la voz, y estaba algo asustada, pero su tono era sincero.

Melissa había visto antes a los crótalos; su peligro era conocido y no le causaba tanto miedo. Susurro reptó por su manos y ella le acarició suavemente. Serpiente se sintió complacida: las habilidades de su hija no se limitaban a los caballos.

—Esperaba que te llevaras bien con Sombra y Susurro —dijo—. Es importante para una curadora.

Melissa alzó la cabeza, sorprendida.

—Pero tú no querías decir... —Se detuvo.

—¿Qué?

Melissa inspiró profundamente.

—Lo que le contaste al gobernador —dijo, dubitativa—. Sobre lo que yo podría hacer. No lo decías de verdad. Tuviste que hacerlo para que me dejara marchar.

—Sentía cada una de las palabras que dije.

—Pero yo no podría ser curadora.

—¿Por qué no? —Melissa no respondió, así que Serpiente continuó—. Te he dicho que los curadores adoptamos a nuestros hijos, porque no podemos tenerlos. Déjame que te cuente más cosas. Muchos curadores tienen compañeros con profesiones diferentes. Y no todos nuestros niños se convierten en curadores. No somos una comunidad cerrada. Pero cuando decidimos adoptar a alguien, normalmente es porque pensamos que podría ser uno de nosotros.

—¿Yo?

—Sí. Si así lo deseas. Eso es lo importante: que hagas lo que quieras hacer, no lo que pienses que quiere otra persona o lo que espera que hagas.

—Curadora... —dijo Melissa.

El tono de asombro en la voz de su hija proporcionó a Serpiente otra nueva razón de peso para hacer que la gente de la ciudad la ayudará a encontrar más serpientes del sueño.

La segunda noche, Serpiente y Melissa cabalgaron duro. No había oasis, y por la mañana Serpiente no se detuvo, aunque hacía demasiado calor para viajar. El sudor la empapaba. Las gotas pegajosas corrían por su espalda y sus costados. Recorrían su cara y se secaban en una costra salada. La piel de Veloz se oscurecía y el sudor caía por sus patas. Cada paso desprendía goterones de sus menudillos.

—Señora...

La formalidad sorprendió a Serpiente y miró a Melissa preocupada.

—¿Qué pasa?

—¿Cuánto nos falta para detenernos?

—No lo sé. Tenemos que seguir mientras podamos —Señaló al cielo, donde las nubes flotaban bajas y amenazadoras—. Ése es el aspecto que tienen antes de una tormenta.

—Lo sé. Pero no podemos seguir mucho más, Ardilla y Veloz tienen que descansar. Dijiste que la ciudad está en medio del desierto. Bien, aunque lleguemos también tendremos que regresar, y los caballos tienen que llevarnos.

Serpiente se hundió en su silla.

—Tenemos que continuar. Es demasiado peligroso detenerse.

—Serpiente... Serpiente, tu entiendes de personas y de tormentas, de curaciones, desiertos y ciudades. Yo no. Pero sí entiendo de caballos. Si los dejamos descansar unas cuantas horas, nos llevarán muy lejos esta noche. Si tienen que seguir avanzando, cuando oscurezca tendremos que abandonarlos.

—De acuerdo —dijo Serpiente por fin—. Nos pararemos cuando lleguemos a esas rocas. Al menos allí habrá un poco de sombra.

En casa, en la estación de los curadores, Serpiente se pasaba meses enteros sin pensar en la ciudad. Pero en el desierto y en las montañas donde los nómadas pasaban el invierno, la vida giraba en torno a ella. Serpiente había empezado a sentir que también su vida dependía de ella cuando por fin, al amanecer después de la tercera noche, las montañas truncadas que protegían a Centro aparecieron en la distancia.

El sol se elevaba directamente detrás, iluminándolas de escarlata como un ídolo. Al oler el agua, sintiendo que se acercaba el final de su largo viaje, los caballos alzaron la cabeza y aceleraron su cansado paso. A medida que el sol fue ascendiendo, las nubes bajas y espesas esparcieron la luz en una pincelada roja que cubría el horizonte. Serpiente sentía que la rodilla le dolía con cada paso de Veloz, pero no necesitaba la señal de las articulaciones hinchadas para saber que la tormenta se acercaba. Cerró los puños en torno a las riendas hasta que la correa de cuero se le clavó dolorosamente en las palmas, y luego, lentamente, relajó las manos y acarició el cuello húmedo de su montura. Sin duda Veloz sentía tanto dolor como ella.

Se acercaron a la montaña. Los árboles eran marrones y marchitos, los troncos susurrantes rodeaban un estanque oscuro y varios campamentos desiertos. El viento susurraba entre las hojas secas y sobre la arena, primero venía de una dirección, después de otra, a la manera que tienen los vientos que se acercan a una montaña solitaria. La sombra de la ciudad las envolvía.

—Es mucho más grande de lo que pensaba —dijo Melissa en voz baja—. Tenía un escondite desde donde escuchaba hablar a la gente, pero siempre pensé que estaban exagerando.

—Creo que yo también —contestó Serpiente. Notaba su propia voz perdida y muy distante. Mientras se acercaban a los grandes acantilados de roca, el sudor se borró de su frente, y sus manos se volvieron frías a pesar del calor. La cansada yegua la llevó hacia adelante.

La ciudad había dominado la estación de los curadores cuando Serpiente tenía siete años, y otra vez a los diecisiete. En cada ocasión, un curador veterano emprendía el largo viaje hacia Centro. Cada uno de esos años suponía el principio de una década, y

entonces los curadores ofrecían a los habitantes de la ciudad un intercambio de conocimiento y ayuda. Siempre los rechazaban. Tal vez ahora hicieran lo mismo, a pesar del mensaje que Serpiente tenía que darles.

—¿Serpiente?

—¿Qué?

—¿Te encuentras bien? Parecías tan distante, y no sé...

—Creo que «asustada» sería la palabra adecuada.

—Nos dejarán entrar.

Las oscuras nubes parecían hacerse más gruesas y pesadas a cada minuto.

—Eso espero —dijo Serpiente.

La ancha laguna oscura en la base de la montaña de Centro no tenía entrantes ni sumideros. El agua manaba desde abajo, y fluía invisible a la arena. Los árboles estaban muertos, pero el terreno estaba cubierto de hierba y matojos que crecían lujuriosamente. La hierba fresca ya brotaba en las zonas de los campamentos abandonados y los senderos intermedios, pero no en el amplio camino que conducía a la puerta de la ciudad.

Serpiente no tuvo valor para seguir montando a Veloz más allá del agua. Le tendió las riendas a Melissa al borde de la laguna.

—Sígueme cuando hayan terminado de beber. No entraré sin ti, así que no te preocupes. Sin embargo, si se levanta viento, ven corriendo. ¿De acuerdo?

Melissa asintió.

—Pero las tormentas no pueden saltar tan rápidamente, ¿no?

—Me temo que sí.

Bebió rápidamente y se echó agua en la cara. Secándose las gotas con una esquina de su turbante, emprendió el solitario camino. Cerca, bajo la arena negra, se extendía una superficie suave e imperturbable. ¿Una antigua carretera? Había visto restos en otras partes, carne de asfalto desintegrado e incluso los huesos de acero podrido en aquellos lugares que los recolectores no habían trabajado todavía.

Serpiente se detuvo ante la puerta de Centro. Tenía cinco veces su altura. Generaciones de tormentas de arena habían pulido el metal de su superficie. Pero no tenía pomo, ni campana, ni aldaba, ningún medio por el que Serpiente pudiera llamar para que la dejaran entrar.

Se acercó, alzó el puño y golpeó el metal. El sólido bramido no sonó hueco. Palpó la puerta, pensando que tenía que ser muy gruesa. Mientras sus ojos se acostumbraban a la tenue luz del hueco del portal, vio que la parte delantera de la puerta era cóncava, perceptiblemente gastada por la furia de las tormentas.

Le dolía la mano. Dio un paso atrás.

—Ya era hora de que dejaras de hacer ruido. Serpiente saltó ante la voz y se dio la vuelta, pero no había nadie. En cambio, en el lugar del hueco, un panel se introdujo en la roca y apareció una ventana. Un hombre pálido de pelo rojo se asomó.

—¿Qué pretendes llamando a la puerta después del cierre?

—Quiero entrar.

—No vives en la ciudad.

—No. Me llamo Serpiente. Soy curadora.

El hombre no contestó a su nombre, como dictaba la cortesía en el lugar donde Serpiente había sido educada. Ella apenas lo notó, pues empezaba a acostumbrarse a las diferencias que convertían las cortesías de un sitio en ofensas en el siguiente. Pero cuando el hombre echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada, se sorprendió. Frunció el ceño y esperó hasta que parara.

—De modo que han dejado de enviar a viejos chochos para que supliquen, ¿eh? ¡Ahora vienen los jóvenes! —volvió a reírse—. Yo creo que harían mejor en elegir a alguien hermoso.

Por su tono, Serpiente asumió que la había insultado. Se encogió de hombros.

—Abre la puerta.

El hombre dejó de reír.

—No dejamos entrar a los forasteros.

—Traigo un mensaje para la familia de una amiga. El hombre no contestó durante un momento.

—Todos los que salieron este año han regresado ya.

—Ella se marchó hace mucho tiempo.

—Si esperas que salga corriendo y me ponga a buscar ala familia de una loca significa que no sabes nada de esta ciudad.

—No sé nada de tu ciudad. Pero por tu aspecto, eres pariente de mi amiga.

—¿Y qué se supone que significa eso? —por primera vez, el hombre parecía sorprendido.

—Me dijo que su familia era pariente de los guardianes de la puerta. Y también puedo verlo: el pelo, la frente... los ojos son distintos. Los de ella son marrones —los del hombre eran verde claro.

—¿Y no te mencionó, por casualidad, exactamente a qué familia se supone que pertenece? —preguntó el joven, con un intento de sarcasmo.

—A la dirigente.

—Espera un momento —dijo lentamente. Miró hacia abajo y sus manos desaparecieron del alcance de la visión de Serpiente, pero cuando se acercó no pudo ver nada más allá del marco de la «ventana», pues no era tal, sino un panel de cristal con una imagen móvil. Sorprendida, no se permitió reaccionar. Sabía, después de todo, que los habitantes de la ciudad estaban más avanzados tecnológicamente que su pueblo. Ésa era una de las razones por las que se encontraba aquí.

El joven alzó la cara lentamente y enarcó una ceja, atónito.

—Tengo que llamar a alguien para que hable contigo —la imagen del panel de cristal se disolvió en un amasijo de líneas multicolores.

Durante un rato no sucedió nada. Serpiente se asomó al estrecho hueco del portal y miró alrededor.

—¡Melissa!

Ni la niña ni los caballos estaban a la vista. Serpiente podía ver la mayor parte de la orilla del estanque a través de una cortina translúcida de árboles marchitos, pero en algunos sitios había vegetación suficiente para ocultar a los dos caballos y a la chiquilla.

—¡Melissa! —volvió a llamar Serpiente.

Siguió sin recibir respuesta, pero era posible que el viento se hubiera tragado sus palabras. La falsa ventana se había vuelto completamente negra. Serpiente estaba a punto de salir a buscar a su hija cuando volvió a la vida.

—¿Dónde estás? —dijo una nueva voz—. Vuelve aquí. Serpiente miró al exterior una última vez y regresó de mala gana al transportador de imágenes.

—Has perturbado mucho a mi primo —dijo la imagen. Serpiente contempló el panel, muda, pues la persona que hablaba se parecía extraordinariamente a Jesse, mucho más que el hombre de antes. O era hermana gemela de Jesse, o su familia era poderosamente endogámica. Mientras la figura continuaba hablando, Serpiente pensó que la endogamia era una útil manera de concentrar y fijar características deseadas, si el experimentador estaba dispuesto a encontrar unos POCOS fracasos espectaculares entre los resultados. Serpiente no estaba preparada para la aceptación implícita de aquello entre los seres humanos.

—¿Hola? ¿Funciona esto?

La figura pelirroja la observó preocupada, y un extraño sonido siguió a su voz. Su voz: la de Jesse era grave y agradable, pero no tan grave. Serpiente advirtió que estaba hablando a un hombre, no a una mujer, como había pensado por el parecido. Entonces, claramente, no era gemelo de Jesse. Serpiente se preguntó si los habitantes de la ciudad

clonaban seres humanos; si lo hacían con tanta frecuencia que incluso podían hacer clones de ambos sexos, tal vez tuvieran métodos que les permitieran cosechar más éxitos que los curadores en la creación de nuevas serpientes del sueño.

—Puedo oírte, si eso es lo que quieres decir —anunció Serpiente.

—Bien. ¿Qué quieres? A juzgar por el aspecto de la cara de Richard, debe ser preocupante.

—Tengo un mensaje para ti, si es que eres pariente de Jesse, la prospectora.

Las mejillas sonrosadas del hombre palidieron bruscamente.

—Jesse? —sacudió la cabeza. Luego, recuperó la compostura—. ¿Ha cambiado tanto en todos estos años que no parezco su pariente directo?

—No —respondió Serpiente—. Lo pareces.

—Es mi hermana mayor —dijo—. Y supongo que ahora quiere regresar y ser de nuevo la primogénita, mientras que yo tendré que volver a ser un simple segundón.

La amargura de su voz lo traicionaba; Serpiente la sintió como una conmoción. La noticia de la muerte de Jesse no proporcionaría a su hermano sino alegría.

—Va a volver, ¿no? —dijo él—. Sabe que el consejo volverá a ponerla a la cabeza de nuestra familia. ¡Maldita sea! Será como si yo no hubiera existido durante los últimos veinte años.

Serpiente le escuchó, con la garganta tensa por la pena. A pesar del resentimiento de su hermano, si hubiera sido capaz de salvar la vida de Jesse, su pueblo la habría aceptado, le habría dado la bienvenida: si hubiese sido posible, la habría curado.

Serpiente habló con cierta dificultad.

—Ese consejo... tal vez debería entregarles el mensaje a ellos —quería hablar con alguien que se preocupara, alguien que amara a Jesse, que no se riera y le diera las gracias por su fracaso.

—Esto es un asunto de familia, no una cuestión para el consejo. Debes darme el mensaje de Jesse.

Preferiría hablar contigo cara a cara.

—Estoy seguro. Pero eso es imposible. Mis primos siguen la política de no dejar entrar a nadie de fuera.

—Seguramente en este caso...

—Y además, ni siquiera podría aunque quisiera. La puerta está cerrada hasta la primavera.

—No te creo.

—Es la verdad.

—Jesse me habría advertido. El hombre resopló.

—Era una incrédula. Se marchó cuando era una niña, y los niños nunca creen en la verdad. Juegan a quedarse fuera hasta el último minuto, pretendiendo que pueden quedarse en el exterior. Por eso algunas veces perdemos a alguno que se pasa de listo en la comprobación de las reglas.

—Jesse dejó de creer en casi todo lo que decís. —La furia tensaba la voz de Serpiente.

El hermano de Jesse varió la mirada y contempló intensamente algo que quedaba fuera de su visión durante un momento. Luego se volvió de nuevo hacia Serpiente.

—Bien, espero que creas lo que ahora te digo. Se acerca una tormenta, así que te sugiero que me entregues el mensaje y te marches a tiempo de encontrar refugio.

Aunque le estuviera mintiendo, no iba a dejarla entrar. Serpiente ya ni siquiera sentía ninguna esperanza al respecto.

—Su mensaje es éste —dijo—. Fue feliz ahí fuera. Quiere que dejéis de mentir a vuestros niños sobre lo que hay en el exterior de vuestra ciudad.

El hermano de Jesse la miró, esperando. Luego, súbitamente, sonrió y se echó a reír, rápida y bruscamente.

—¿Eso es todo? ¿Quieres decir que no va a regresar?

—No puede regresar —contestó Serpiente—. Está muerta. Una extraña mezcla de alivio y pena se dibujó en aquella cara tan parecida a la de Jesse.

—¿Muerta? —dijo en voz baja.

—No pude salvarla. Se rompió la espalda...

—Nunca deseé su muerte —el hombre inspiró profundamente y luego soltó el aire muy despacio—. Se rompió la espalda... entonces tuvo una muerte rápida. Menos mal.

—No murió en el accidente. Sus compañeros y yo íbamos a traerla a casa, porque pensábamos que podríais curarla.

—Tal vez lo hubiéramos podido hacer. ¿Cómo murió?

—Estaba explorando en los cráteres de la guerra. No creía que fueran realmente peligrosos, por las muchas mentiras que le contasteis. Murió envenenada por la radiación.

El hombre vaciló.

—Yo estaba con ella —continuó Serpiente—. Hice lo que pude, pero no tenía mi serpiente del sueño. No pude ayudarla a morir.

El hombre parecía mirar a través de Serpiente.

—Estamos en deuda contigo, curadora —dijo—. Por haber servido a un miembro de la familia, por traernos la noticia de su muerte —hablaba con tono tenso y distraído, luego alzó la mirada súbitamente para mirarla—. No me gusta que mi familia deba nada. Hay un puesto de pago en la base de la pantalla. El dinero...

—No quiero dinero.

—¡No puedo dejarte entrar! —exclamó él.

—Lo acepto.

—¿Entonces qué quieres? —sacudió la cabeza rápidamente—. Por supuesto. Serpientes del sueño. ¿Por qué no queréis creer que no tenemos ninguna? No puedo pagar nuestra deuda con serpientes del sueño, y no estoy dispuesto a transformar mi deuda contigo en otra deuda con los extraños. Los extraños... —Se detuvo; parecía trastornado.

—Si los extraños pueden ayudarme, déjame hablar con ellos.

—Aunque pudiera, te rechazarían.

—Si son humanos, me escucharán.

—Hay... algunas dudas sobre su humanidad. ¿Quién puede decirlo, sin pruebas? No comprendes, curadora. Nunca los has visto. Son peligrosos e impredecibles.

—Déjame intentarlo. —Serpiente tendió las manos, palmas arriba, en un rápido gesto de súplica en un intento de que él la comprendiera—. Otras personas han muerto como Jesse, en agonía, porque no hay suficientes curadores. No hay suficientes serpientes del sueño. Quiero hablar con los extraños.

—Déjame pagarte ahora, curadora —dijo tristemente el hermano de Jesse, y Serpiente sintió que lo mismo podría estar de vuelta en Montaña—. El poder en Centro se encuentra en un precario equilibrio. El consejo nunca permitiría que una forastera tratara con los extraños. Las tensiones son demasiado grandes, y no quieren correr ningún riesgo con una alteración brusca de las circunstancias. Lamento que mi hermana muriera dolorosamente, pero lo que me pides pondría en peligro muchas más vidas.

—¿Cómo puede ser cierto eso? —dijo Serpiente—. Una simple reunión, una sola pregunta...

—No comprendes. Hay que crecer aquí y tratar con las fuerzas de aquí. Me he pasado la vida aprendiendo.

—Creo que te has pasado la vida aprendiendo a buscar excusas a tus obligaciones —dijo Serpiente, enfadada.

—¡Eso es mentira! —el hermano de Jesse se enfureció—. Te daría todo lo que estuviera en mi mano, pero pides lo imposible. No puedo ayudarte a encontrar más serpientes del sueño.

—Espera —dijo Serpiente súbitamente—. Tal vez puedas ayudarnos de otra manera.

El hermano de Jesse suspiró y desvió la mirada.

—No tengo tiempo para planes y esquemas —dijo—. Ni tú. La tormenta se acerca, curadora.

Serpiente miró por encima del hombro. Melissa seguía sin aparecer. En la distancia, las nubes arañaron el horizonte, y sarros de arena arrastrada por el viento revolotearon entre la tierra y el cielo. Empezaba a hacer frío, pero temblaba por otras razones. Había demasiadas cosas en juego para rendirse ahora. Estaba segura de que si pudiera entrar en la ciudad, encontraría el medio de hablar con los extraños. Le dio la espalda al hermano de Jesse.

—Déjame entrar en primavera. Tenéis técnicas que nuestra ciencia no nos permite descubrir —de repente, Serpiente sonrió. Ya era imposible ayudar a Jesse, pero otras personas podrían recibir ayuda..., como Melissa—. Si pudierais enseñarme a inducir regeneraciones.

Se sorprendió al darse cuenta de que no se le había ocurrido la posibilidad antes. Se había preocupado completa y egoístamente por las serpientes del sueño, por su propio prestigio y honor. Tanta gente se beneficiaría si los curadores aprendieran a regenerar músculos y nervios... pero primero aprendería regenerar la piel para que su hija pudiera vivir sin cicatrices. Serpiente miró al hermano de Jesse y descubrió para su alegría que su expresión mostraba alivio.

—Es posible —dijo—. Lo discutiré con el consejo. Hablaré por ti.

—Gracias —respondió Serpiente. Apenas podía creer que, por fin los habitantes de la ciudad accedieran a la petición de una curadora—. Esto nos ayudará más de lo que crees. Si podemos mejorar nuestras técnicas, no tendremos que preocuparnos por conseguir más serpientes del sueño... conseguiremos clonaras con éxito.

El hermano de Jesse empezó a fruncir el ceño. Serpiente se detuvo, confundida por aquel brusco cambio.

—Tendréis la gratitud de los curadores —dijo Serpiente rápidamente, sin saber en qué se había equivocado, y por tanto sin saber tampoco cómo arreglarlo—. Y de toda la gente a la que sirvamos.

—¡Clonación! —dijo el hermano de Jesse—. ¿Por qué crees que te ayudaríamos con la clonación?

—Pensé que Jesse y tú... —Se detuvo, pensando que aquello le molestaría aún más—. Simplemente supuse que con vuestras técnicas avanzadas...

—¡Estás hablando de manipulación genética! —el hermano de Jesse parecía enfermo—. ¿Consagrar nuestro conocimiento a la fabricación de monstruos?

—¿Qué? —preguntó Serpiente, anonadada.

—La manipulación genética... ¡Dioses, ya tenemos suficientes problemas con la alteración genética sin inducirla deliberadamente! Tienes suerte de que no pueda dejarte entrar, curadora. Tendría que denunciarte. Pasarías la vida en el exilio con el resto de los monstruos.

Serpiente miró la pantalla mientras él pasaba de comportarse racionalmente a acusarla. Si no era un clon de Jesse, entonces su familia era tan endogámica que las deformidades eran inevitables sin la ayuda de la manipulación genética. Sin embargo, lo que estaba diciendo era que los habitantes de la ciudad se negaban a servirse de ese método.

—No consentiré que mi familia esté en deuda con un monstruo —dijo sin mirarla, haciendo algo con sus manos. Las monedas resonaron en el puesto de pago bajo la pantalla—. ¡Coge tu dinero y vete!

—¡Ahí fuera muere gente por culpa de la información que retenéis! —gritó Serpiente—. ¡Ayudáis a los conductores a esclavizar a la gente con vuestras anillas de cristal, pero no queréis ayudar a las personas que están lisiadas y deformes!

El hermano de Jesse se echó hacia adelante, lleno de furia.

—Curadora... —se detuvo, mirando más allá de Serpiente. Su expresión se trocó en horror—. ¿Cómo te atreves a venir aquí con un cambiado? ¿Es que exilian tanto a la madre como a la criatura ahí fuera? ¡Y tú me das lecciones de humanidad?

—¿De qué estás hablando?

—¡Queréis regeneración y ni siquiera sabéis que no se puede reformar a los mutantes! Dan el mismo resultado —se rió amarga, históricamente—. Vuélvete por donde viniste, curadora. No puede haber más palabras entre nosotros.

Mientras su imagen empezaba a difuminarse, Serpiente agarró las monedas y se las arrojó. Las monedas chocaron contra la pantalla, y una se introdujo en el panel protector. La maquinaria rechinó, pero el panel no se cerró por completo, y Serpiente sintió una satisfacción perversa.

Se apartó de la pantalla para buscar a Melissa y se encontró cara a cara con su hija. Las mejillas de la niña estaban surcadas de lágrimas. La agarró de la mano y ciegamente la sacó del hueco del portal.

—Melissa, tenemos que intentar buscar un refugio... —intentó replegarse en el hueco. Estaba casi oscuro, aunque aún era de día. Las nubes ya no eran grises, sino negras, y Serpiente pudo ver dos remolinos separados.

—Encontré un sitio —era difícil entender las palabras: Melissa aún lloraba—. Esperaba que te dejaran entrar, pero como temía que no, fui a buscar uno.

Serpiente la siguió, casi cegada por la arena. Ardilla y Veloz las siguieron a regañadientes, con las cabezas bajas y las orejas aplastadas. Melissa las condujo a una fisura en el brusco acantilado del flanco de la montaña. El viento aumentaba por momentos, aullando y ululando, arrojándoles arena a la cara.

—Están asustados —gritó Melissa por encima del viento ensordecedor—. Hay que cegarlos... —se descubrió la cara, parpadeando con fuerza, y cubrió los ojos de Ardilla con su turbante. Serpiente hizo lo mismo con la yegua gris. El viento le impedía respirar. Con los ojos anegados en lágrimas y aguantando el aliento, condujo a Veloz al interior de la cueva, tras el pony.

El viento cesó bruscamente. Serpiente apenas podía abrir los ojos, y sentía como si la arena se le hubiera metido en los pulmones. Los caballos resoplaban mientras Serpiente y Melissa tosían y trataban de sacudirse la arena de encima, del pelo y la ropa, de los ojos, de la boca. Por fin, Serpiente consiguió desembarazarse de las partículas más molestas, y las lágrimas limpiaron sus ojos.

Melissa quitó su turbante de los ojos de Ardilla y luego, con un sollozo, se agarró al cuello del animal.

—Es culpa mía —dijo—. Me vio y te echó.

—La puerta estaba cerrada —repuso Serpiente—. No habría podido dejarnos entrar ni aunque hubiera querido. Sino fuera por ti, estaríamos ahí fuera, en la tormenta.

—Pero no quieren que regreses. Por mí.

—Melissa, ya había decidido no ayudarnos. Créeme. Se asustó de lo que le pedí. No nos comprenden.

—Pero le oí. Vi como me miraba. Le pediste ayuda para... para mí, y él te dijo que te marcharas.

Serpiente deseaba que Melissa no hubiera comprendido esa parte de la conversación, pues no quería que abrigara esperanzas sobre algo que tal vez no sucediera nunca.

—No sabía lo de tus quemaduras —dijo Serpiente—. Y no le importó nada. Estaba buscando excusas para deshacerse de mí.

Sin dejarse convencer, Melissa frotó ausente el cuello de Ardilla, le quitó la brida y la silla.

—Si alguien tiene la culpa, soy yo —dijo Serpiente—. Soy la que se ha empeñado en este viaje... —el impacto de su situación la golpeó tan violentamente como los vientos de la tormenta. El débil brillo de las luciérnagas apenas iluminaba la cueva en la que estaban

atrapadas. La voz de Serpiente se llenó de miedo y frustración—. Yo soy la que nos trajo aquí, y ahora estamos atrapadas...

Melissa se apartó de Ardilla y cogió la mano de la curadora.

—Serpiente... Serpiente, sabía lo que podía pasar. No quisiste que te siguiera. Sabía lo rastreros y malvados que pueden ser los habitantes de este lugar. Todo el mundo que comercia con ellos lo dice. —Abrazó a la curadora y la consoló como ésta la había consolado sólo unos días antes.

De repente, se detuvo y los caballos relincharon. Serpiente oyó el furioso rugido de un gran felino. Veloz salió corriendo y la derribó. Mientras pugnaba por ponerse en pie para agarrar la brida, Serpiente vio a la pantera negra que agitaba la cola a la entrada de la cueva. Rugió de nuevo, Veloz retrocedió y la derribó de nuevo. Melissa intentó refrenar a Ardilla mientras los dos se acurrucaban en una esquina. La pantera saltó. Serpiente contuvo la respiración mientras la fiera pasaba a su lado como el viento, y la cola cimbreante le tocó la mano. La pantera dio un salto de cuatro metros y desapareció a través de una estrecha fisura en la pared negra.

Melissa se rió temblorosa, llena de alivio, liberando el terror. Veloz resopló, asustada.

—Santos dioses —dijo Serpiente.

—Oí... oí decir una vez que los animales salvajes están tan asustados de ti como tú de ellos —dijo Melissa—. Pero me parece que ya no lo creo.

Serpiente desató la linterna de la silla de Veloz y la sostuvo en alto, hacia la fisura, preguntándose si podrían seguir a la pantera. Montó en la nerviosa yegua y se puso de pie sobre la silla. Melissa cogió las riendas de Veloz y la calmó.

—¿Qué haces?

Serpiente se apoyó contra la pared de la cueva, estirándose para que la luz de la linterna pudiera iluminar el pasillo.

—No podemos quedarnos aquí —dijo—. Moriremos de sed o de hambre. Tal vez haya un camino que conduzca a la ciudad —no podía ver muy lejos a través de la abertura, estaba demasiado baja. Pero la pantera había desaparecido. Serpiente oyó el eco de su propia voz repitiéndose como si hubiera muchas cámaras más allá de la estrecha rendija—. O un camino a alguna parte —se volvió y se sentó en la silla, desmontó, y desensilló a la yegua gris.

—Serpiente —dijo Melissa en voz baja.

—¿Sí?

—Mira... cubre la linterna.

Melissa señaló la roca sobre la entrada de la cueva. Serpiente tapó la linterna y la forma luminosa se hizo más brillante y se agitó. Sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Alzó la linterna y se aproximó más a la forma.

—Es un dibujo —dijo. Había parecido que se movía, una forma arácnida reptando por la pared, pero era simplemente una pintura. Una inteligente ilusión óptica que ahora parecía reptar hacia ella.

—Me pregunto para qué sirve. —La voz de Melissa se convirtió también en un susurro.

—Tal vez para mantener a la gente alejada... puede que signifique que hay algo más allá.

—¿Pero qué hacemos con Veloz y Ardilla? No podemos dejarlos aquí.

—Si no encontramos comida para ellos, también morirán —dijo Serpiente amablemente.

Melissa alzó la cara hacia el saliente por donde había marchado la pantera. La luz del sol iluminaba espectralmente su cara marcada.

—Melissa —dijo Serpiente de repente—, ¿no oyes algo? Era un cambio, pero no podía decidir de qué se trataba.

¿La pantera negra que rugía en la distancia? ¿El que había pintado el símbolo arácnido en la pared de la cueva? Cerró los dedos en torno al cuchillo que llevaba en el cinturón.

—¡El viento ha parado! —dijo Melissa. Y corrió hacia la entrada de la cueva.

Serpiente la siguió de cerca, dispuesta a arrebatársela de la violencia de la tormenta. Pero su hija tenía razón: lo que había oído no era un sonido, sino el brusco fin de otro sonido al que se había acostumbrado.

No pasó nada. Fuera, el aire estaba absolutamente tranquilo. Las nubes de polvo habían cruzado el desierto y ahora habían desaparecido, sustituidas por los truenos que destellaban con un lujoso tono celeste. Serpiente salió a la extraña luz de la mañana, y la fría brisa agitó su túnica.

De repente, empezó a llover.

Serpiente corrió, alzando los brazos a las gotas como una niña. Ardilla trotó a su lado y rompió al galope. Veloz se le unió, y los dos corretearon como potrillos. Melissa permaneció quieta, mirando hacia arriba, dejando que la lluvia le lavara la cara.

Las nubes, un banco largo y amplio, surcaban lentamente el cielo, ora descargando lluvia, ora rompiendo por un instante la deslumbrante brillantez del sol. Serpiente y Melissa se retiraron finalmente al refugio de las rocas, empapadas, heladas y felices. Un triple arcoiris se dibujó en el cielo. Serpiente suspiró y se sentó sobre sus talones para contemplarlo. Estaba tan absorta observando cómo los colores recorrían todo el espectro, que no se dio cuenta exactamente de cuándo Melissa se sentó a su lado. Pasó un brazo por encima de los hombros de su hija. Esta vez Melissa se relajó contra ella, ya no estaba tan intranquila ni se apartaba de todo contacto humano.

Las nubes pasaron, el arcoiris se desvaneció, y Ardilla regresó trotando junto a Serpiente. Estaba tan mojado que la textura de sus rayas era visible, así como su color. Serpiente le rascó tras las orejas y bajo la mandíbula; entonces, por primera vez en media hora, miró el desierto.

En la dirección que habían tomado las nubes, un tono verde pálido y delicado suavizaba las dunas negras. Las plantas del desierto crecían tan rápidamente que Serpiente imaginó que casi podía ver sus límites deslizándose hacia ella como una ola, siguiendo el avance de la lluvia.

10

Serpiente aceptó a regañadientes que no podía quedarse en Centro. Era demasiado peligroso malgastar el tiempo explorando las cavernas de la montaña, aunque la atraían enormemente. Tal vez alguna de ellas las llevara finalmente a la ciudad, pero también podían quedar atrapadas con la misma facilidad en un laberinto de estériles túneles de piedra. La lluvia ofrecía un único respiro. Si Serpiente no lo aceptaba, su hija y ella, los caballos y los reptiles, no tendrían una segunda oportunidad.

De alguna manera, no le parecía justo que su regreso a las montañas fuera tan fácil como un placentero viaje a través de las praderas, pues en eso se había metamorfoseado el desierto después de la lluvia. Durante todo el día los caballos estuvieron mordisqueando hierba fresca mientras avanzaban, y sus jinetes arrancaban grandes ramos de flores y las chupaban para saborear su néctar. El polen inundaba el aire. Guiando a los caballos, Serpiente y Melissa siguieron caminando hasta muy avanzada la noche, mientras la aurora boreal danzaba en el cielo; el desierto se iluminó y ni los caballos ni sus jinetes parecían cansados. Serpiente y Melissa comían a intervalos, mascaban fruta seca o tasajo; casi al amanecer, acamparon sobre una hierba suave y espléndida donde sólo había habido arena unas cuantas horas antes. Durmieron un rato y se despertaron con la salida del sol, refrescadas.

Las plantas sobre las que habían descansado ya habían florecido. Por la tarde, las flores cubrían las dunas de nubes de color, una blanca, la siguiente púrpura brillante, la tercera multicolorada con arroyos desde la cima al valle. Las flores moderaban el calor, y

el cielo estaba más claro que nunca. Incluso los contornos de las dunas estaban alterados por la acción de la lluvia: suaves ondulaciones se habían convertido en afilados surcos erosionados, marcados por los estrechos cañones de arroyuelos de corta vida.

A la tercera mañana, las nubes de polvo empezaron a agruparse de nuevo. La lluvia se había evaporado; las plantas capturaron todo lo que pudieron. Ahora la sequedad moteaba las hojas de marrón mientras las plantas se marchitaban y morían. El viento arrastraba sus semillas al paso de Serpiente. La vasta paz del desierto se enroscaba en sus hombros, pero los pies de las colinas del este de las montañas centrales se alzaban ante ella, recordándole de nuevo su fracaso. No quería volver a casa.

Veloz, respondiendo a algún movimiento inconsciente del cuerpo de Serpiente, su indecisión a continuar, se detuvo bruscamente. Serpiente no la urgió a seguir andando. Unos pocos pasos por delante, Melissa tiró de las riendas y miró hacia atrás.

—¿Serpiente?

—Oh, Melissa, ¿adonde te estoy llevando?

—Vamos a casa —dijo la niña, tratando de consolarla.

—Puede que ya ni siquiera tenga una casa.

—No te expulsarán. No pueden hacerlo.

Serpiente se secó furiosamente las lágrimas con la manga, frotando el tejido sedoso contra su mejilla. La desesperanza y la frustración no le darían consuelo ni alivio. Se apretó contra el cuello de Veloz y cerró los puños en la larga melena negra de la yegua.

—Dijiste que era tu hogar, dijiste que todos eran tu familia. ¿Cómo van a poder echarte?

—No lo harían —susurró Serpiente—. Pero si me dijeran que no puedo ser curadora, ¿cómo podría quedarme?

Melissa extendió la mano y la palmeó torpemente.

—Todo saldrá bien. Lo sé. ¿Qué puedo hacer para que no estés tan triste?

Serpiente suspiró profundamente. Alzó la cabeza. Melissa la miró fijamente, sin vacilar. Serpiente se volvió y le besó la mano, que sujetaba la suya propia.

—Tú confías en mí —dijo—. Y tal vez eso es lo que más necesito ahora mismo.

Melissa sonrió a medias, cohibida y animada mientras continuaban, pero después de unos pocos pasos Serpiente volvió a refrenar a Veloz. La niña se detuvo también, y la miró con preocupación.

—Pase lo que pase —dijo Serpiente—, decidan lo que decidan, eres su hija tanto como mía. Puedes ser aún una curadora. Si tengo que marcharme...

—Iré contigo.

—Melissa...

—No me importa. Además, nunca quise ser curadora —dijo Melissa con firmeza—. Quiero ser jockey. No podría quedarme con la gente que te hizo marchar.

La intensidad de la lealtad de Melissa preocupó a Serpiente. Nunca había conocido a nadie que fuera tan completamente ajena a la propia conveniencia. Tal vez Melissa no podía aún pensar en sí misma como alguien con derecho a tener sus propios sueños; tal vez le habían quitado ya tantos sueños que ni se atrevía a tenerlos. Serpiente esperaba poder devolvérselos.

—No importa —dijo—. Aún no hemos llegado a casa. Ya nos preocuparemos cuando lleguemos.

La faja máscara de decisión de Melissa se relajó un poco y continuaron cabalgando.

Al final del tercer día, las minúsculas plantas se convirtieron en polvo bajo los cascos de los caballos. Una fina neblina marrón cubría el desierto. De vez en cuando, una nubecilla de semillas pasaba volando, arrastrada por el aire, y cuando el viento soplaba más fuerte, semillas más pesadas surcaban la arena como olas. Al caer la noche,

Serpiente y Melissa llegaron al pie de las colinas, y el desierto, negro y pelado, quedó tras ellas.

Habían regresado a las montañas viajando directamente al oeste, por el camino más rápido hacia la seguridad. Aquí, las colinas se alzaban menos escarpadas que los acantilados de Montaña; la escalada era mucho más fácil que en el paso del norte, pero más larga. En la primera cima, antes de emprender el camino a las siguientes, más altas, Melissa refrenó a Ardilla y se dio la vuelta para dar una mirada al desierto oscuro. Después de un instante, sonrió a Serpiente.

—Lo conseguimos —dijo.

Serpiente sonrió lentamente en respuesta.

—Tienes razón —dijo—. Lo conseguimos.

Su miedo más inmediato, el de las tormentas, se disolvió lentamente con el frío y claro aire de las colinas. Las nubes gravitaban opresivamente bajas, desfigurando el cielo. Nadie, nómada o habitante de las montañas, vería ni siquiera un trozo de azul, o una estrella, o la luna, hasta la próxima primavera, y el disco del sol se iría haciendo más y más sombrío. Ahora, mientras se hundía tras los picos de las montañas, proyectaba la negra sombra de Serpiente hacia el desierto llano y oscuro. Más allá del alcance del viento más violento, más allá del calor y la arena sin agua, Serpiente azuzó a Veloz a continuar hacia las montañas a las que pertenecían.

Serpiente buscó un lugar para acampar. Poco después escuchó el bienvenido tintineo de un arroyo. El sendero conducía más allá de un hueco, la fuente de un manantial, un lugar que parecía un campamento usado mucho tiempo antes. El agua mantenía unos cuantos árboles perennes y un poco de pasto para los caballos. En el centro del terreno, la tierra mostraba restos carbonizados, pero Serpiente no tenía madera para encender un fuego. Sabía que no podía talar los árboles, al contrario de otros viajeros que habían dejado fútiles marcas de hacha en la gruesa corteza. La madera era dura y resistente como el acero.

Era tan difícil viajar de noche por las montañas como hacerlo durante el día en el desierto, y el fácil regreso de la ciudad no había borrado el esfuerzo de todo el viaje. Serpiente desmontó. Se detendrían a pasar la noche, y al amanecer...

¿Al amanecer, qué? Llevaba tantos días viajando con prisa, corriendo contra la enfermedad o la muerte o las arenas implacables, que tuvo que pararse y darse cuenta de que no había razón para seguir corriendo. Ya no tenía ninguna necesidad acuciante para llegar a ninguna parte, ni de dormir unas pocas horas y despertarse bostezando al amanecer o en el ocaso. Su hogar la esperaba, y no estaba segura de que cuando lo alcanzara continuara siendo su hogar. No tenía nada que ofrecer, sólo fracaso, malas noticias y una víbora de arena de mal temperamento que podría o no ser útil. Desató el zurrón y lo depositó suavemente en el suelo.

Después de cepillar a los caballos, Melissa se arrodilló junto a las mochilas y empezó a sacar la comida y el horno de parafina. Ésta era la primera vez, desde que empezaron el viaje, que montaban un campamento adecuado. Serpiente se sentó junto a su hija para ayudarle con la cena.

—Yo lo haré —dijo Melissa—. ¿Por qué no descansas?

—No me parece justo.

—No me importa.

—No se trata de si te importa o no.

—Me gusta hacer cosas por ti.

Serpiente colocó las manos sobre los hombros de Melissa, sin forzarla ni obligarla a darse la vuelta.

—Lo sé. Pero a mí también me gusta hacerlas por ti. Los dedos de Melissa jugaron con las cinchas y las riendas.

—Eso no es justo —dijo por fin—. Eres una curadora, y yo... yo trabajo en un establo. Lo normal es que yo haga cosas por ti.

—¿Dónde está escrito que un curador tiene más derechos que el trabajador de un establo? Eres mi hija, y formamos una unión.

Melissa se dio la vuelta y abrazó a Serpiente con fuerza, escondiendo su cara contra su camisa. Serpiente le devolvió el abrazo y la sostuvo, meciéndose sobre el duro suelo, consolando a Melissa como si fuera una niña muchísimo más pequeña de lo que nunca había tenido oportunidad de ser.

Después de unos pocos minutos, los brazos de Melissa se aflojaron y se echó hacia atrás. Había recuperado el control y apañó la vista, turbada.

—No me gusta estar sin hacer nada.

—¿Alguna vez has tenido la oportunidad de intentarlo? Melissa se encogió de hombros.

—Podemos hacer turnos —dijo Serpiente—, o compartirás tareas cada día. ¿Qué prefieres hacer?

Melissa la miró a los ojos con una rápida sonrisa de alivio.

—Compartir las tareas —miró a su alrededor como si viera el campamento por primera vez—. Tal vez haya algún tronco muerto por ahí cerca. Y necesitamos agua.

Buscó la correa para sujetar la leña y la cantimplora. Serpiente se la quitó de las manos.

—Me reuniré contigo dentro de unos minutos. Si no encuentras nada, no pierdas mucho tiempo buscando. Es probable que los árboles que caen durante el invierno sean utilizados por el primer viajero que pasa cada primavera. Si es que los hay.

El lugar no sólo parecía no haber sido utilizado desde hacía años, sino que tenía un aura indefinible de abandono. El arroyo corría más allá del campamento y no había señales de barro donde Veloz y Ardilla habían bebido, pero, de todas formas, Serpiente caminó un poco corriente arriba. Cuando hubo llegado cerca de la fuente, soltó la cantimplora y se encaramó a lo alto de un enorme peñasco que permitía ver la mayor parte de los alrededores. No había nadie a la vista, ningún caballo, ningún campamento, nada de humo. Serpiente casi deseaba creer que el loco se había ido, o que nunca había existido realmente y que su doble encuentro con un loco real y un ladrón equivocado e incompetente se trataban de una coincidencia. Aunque fueran la misma persona, no había visto ni rastro de él desde la pelea en la calle. Aquello no había sucedido hacía tanto tiempo como parecía, pero tal vez era más que suficiente.

Serpiente bajó el peñasco, regresó al arroyo y metió la cantimplora bajo la superficie plateada. El agua borboteó camino de la abertura y le mojó los dedos y las manos, fría y rápida. El agua era algo diferente en las montañas. El pellejo de cuero se llenó. Se refrescó el cuello con unas pocas gotas y se echó la cantimplora al hombro.

Melissa no había regresado al campamento todavía. Serpiente esperó durante unos minutos y se puso a preparar una comida de provisiones secas que parecía la misma incluso después de haber sido empapada. También sabía igual, pero era un poco más fácil de comer. Desenrolló las mantas. Abrió el zurrón de las serpientes, pero Sombra se quedó dentro. La cobra solía quedarse en su compartimento después de un viaje largo, y se enfadaba si la molestaban. Serpiente se sintió incómoda porque no veía a Melissa. No podía ahuyentar su incomodidad recordándose que la niña era dura e independiente. En vez de abrir el compartimento de Susurro para que el crótalo pudiera salir, o comprobar el estado de la víbora de arena, una tarea que no le gustaba mucho, volvió a cerrar el zurrón y se puso en pie para llamar a su hija. De repente, Veloz y Ardilla se agitaron violentamente, llenos de miedo.

—¡Serpiente! ¡Cuidado! —gritó Melissa con voz cargada de aviso y terror. Un puñado de rocas y arena rodaron sonoramente colina abajo.

Serpiente corrió hacia el ruido de la trifulca mientras sacaba a medias el cuchillo de su funda. Rodeó un peñasco y se detuvo.

Melissa se debatía violentamente contra una figura alta y cadavérica vestida con ropas del desierto. Tenía una mano sobre la boca de la niña y la rodeaba con la otra, retorciéndole los brazos. Melissa peleaba y pateaba, pero el hombre no reaccionaba con dolor ni con furia.

—Dile que se esté quieta —dijo—. No quiero lastimarla. Sus palabras eran pastosas y confusas, como si estuviera borracho. Tenía la ropa rota y sucia, y el pelo salvajemente despeinado. El iris de sus ojos parecía más pálido que la blanca córnea inyectada en sangre, lo cual le daba un aspecto inexpresivo e inhumano. Serpiente supo inmediatamente que era el loco, incluso antes de ver el anillo que le había cortado la frente cuando la atacó en las calles de Montaña.

—Suéltala.

—Haré un trato contigo —dijo él.

—No tenemos mucho, pero es tuyo. ¿Qué quieres?

—La serpiente del sueño. Nada más. —Melissa volvió a debatirse y el hombre se movió para asirla con mayor fuerza y crueldad.

—De acuerdo —dijo Serpiente—. No tengo elección, ¿verdad? Está en mi zurrón.

El loco la siguió hasta el campamento. El viejo misterio había quedado resuelto, pero a cambio se enfrentaba a uno nuevo.

Serpiente señaló el zurrón.

—El compartimento superior —dijo.

El loco se dirigió hacia él sin soltar a Melissa. Tendió la mano hacia el cierre, luego la retiró. Estaba temblando.

—Hazlo tú —le dijo a Melissa—. Es más seguro.

Sin mirar a Serpiente, Melissa extendió la mano hacia el cierre.

—Alto —dijo Serpiente—. No hay nada ahí dentro. Melissa dejó caer la mano al costado y miró a Serpiente con una mezcla de alivio y miedo.

—Suéltala —repitió la curadora—. Si lo que quieres es la serpiente del sueño, no puedo ayudarte. La mataron antes de que encontraras mi campamento.

El hombre la miró, encogiendo los ojos, y luego se dio la vuelta hacia el zurrón. Abrió el cierre y le dio una patada. La grotesca víbora de arena salió en una maraña, revolviéndose y siseando. Alzó la cabeza por un instante como si fuera a morder como venganza por su cautiverio, pero tanto el loco como Melissa permanecieron inmóviles. Serpiente saltó hacia adelante y arrancó a Melissa de las manos del loco, pero éste ni siquiera se dio cuenta.

—¡Me has engañado! —de repente empezó a reírse histéricamente y alzó las manos al cielo—. ¡Me habrías podido dar lo que necesito! —cayó a tierra llorando y riendo, con las lágrimas corriéndole por la cara.

Serpiente se abalanzó rápidamente hacia las rocas, pero la víbora de arena había desaparecido ya. Con el ceño fruncido, cogió la empuñadura de su cuchillo y se alzó sobre el loco. Las víboras eran bastante raras en el desierto, pero en las colinas ni siquiera existían. Ahora no podría hacer la vacuna para el pueblo de Arevin, y no tenía nada que llevar a sus maestros.

—Levántate —dijo, con voz ronca. Miró a Melissa—. ¿Estás bien?

—Sí —contestó la niña—. Pero dejó escapar a la víbora. El loco continuó acurrucado en el suelo, llorando en voz baja.

—¿Qué le pasa? —preguntó Melissa, junto a Serpiente, mirando al hombre.

—No lo sé —Serpiente lo tocó con la punta del pie—. Tú. Basta. Levántate.

El hombre se movió débilmente a sus pies. Las muñecas le sobresalían de las mangas hechas harapos; sus manos y brazos eran como ramas peladas.

—Debí haber sido capaz de librarme de él —dijo Melissa, disgustada.

—Es más fuerte de lo que parece —contestó Serpiente—. Por el amor de los dioses, hombre, deja de aullar de esa manera. No vamos a hacerte nada.

—Ya estoy muerto —susurró—. Eras mi última oportunidad, ahora es como si ya estuviera muerto.

—¿Tu última oportunidad para qué?

—Para ser feliz.

—Vaya una porquería de felicidad si te induce a romperlas cosas y asaltar a la gente —dijo Melissa.

El loco las miró, con la esquelética cara surcada de lágrimas. Su piel mostraba profundas arrugas.

—¿Por qué regresaste? Ya no podía seguirte. Quería volver a casa para morir, si me dejaban. Pero regresaste. Derechita a mí —enterró la cara en las mangas rasgadas de su túnica. Había perdido su turbante. Tenía el pelo oscuro y reseco. Ya no sollozaba, pero sus hombros temblaban.

Serpiente se arrodilló y le ayudó a ponerse en pie. Tuvo que soportar la mayor parte de su peso. Melissa se quedó al margen por un instante, luego se encogió de hombros y se acercó a ayudar. Mientras empezaban a caminar, Serpiente sintió una forma cuadrada, afilada y dura bajo las ropas del loco. Le dio la vuelta, y le abrió la túnica, desprendiendo al mismo tiempo capas de polvo y suciedad.

—¿Qué estas haciendo? ¡Detente! —se revolvió contra ella, y alzó sus huesudos brazos en un intento de volver a cubrirse el cuerpo esquelético con sus ropas.

Serpiente encontró el bolsillo interior. En cuanto palpó la forma oculta, supo que era su diario. Lo agarró y soltó al loco. El hombre retrocedió uno o dos pasos y se quedó temblando, reordenando frenéticamente los pliegues de su ropa. Serpiente le ignoró, y asió el libro con fuerza.

—¿Qué es eso? —preguntó Melissa.

—El diario de mi año de prueba. Lo robó de mi campamento.

—Mi intención era tirarlo —dijo el loco—. Olvidé que lo tenía.

Serpiente lo miró.

—Pensaba que me serviría de algo, pero me equivoqué. No servía para nada.

Serpiente suspiró.

De vuelta al campamento, Serpiente y Melissa depositaron al loco en el suelo y le hicieron recostar la cabeza contra una silla de montar, donde se quedó mirando ausente el cielo. Cada vez que parpadeaba, una nueva lágrima le corría por la cara y lavaba el polvo y la suciedad. Serpiente le dio un poco de agua y se sentó sobre los talones a observarle, mientras se preguntaba qué significaba aquella última observación. Era un loco, después de todo, pero tenía una misión. Estaba impulsado por la desesperación.

—No va a hacer nada, ¿verdad? —preguntó Melissa.

—No creo.

—Me hizo soltar la madera —dijo la niña. Claramente disgustada, se internó entre las rocas.

—Melissa...

La niña volvió la cabeza.

—Espero que la víbora se haya marchado, pero puede que esté aún por aquí cerca. Será mejor que nos pasemos la noche sin encender una hoguera.

Melissa dudó tanto que Serpiente se preguntó si iba a decir que prefería la compañía de la víbora que la del loco, pero al final se encogió de hombros y se acercó a los caballos.

Serpiente volvió a acercar el recipiente del agua a los labios del loco. Éste tragó una vez, y luego dejó que el agua le cayera por las comisuras de la boca a través de la barba de varios días. El agua cayó al suelo bajo él y se perdió formando pequeños arroyos.

—¿Cómo te llamas?

Serpiente esperó, pero el hombre no respondió. Empezaba a preguntarse si no habría entrado en estado catatónico cuando el loco se encogió de hombros, profundamente.

—Debes tener un nombre.

—Supongo —dijo; se pasó la lengua por los labios, retorció las manos, parpadeó y otras dos lágrimas surcaron la suciedad de su cara—. Supongo que alguna vez tuve uno.

—¿Qué querías decir con eso de ser feliz? ¿Por qué querías mi serpiente del sueño? ¿Te estás muriendo?

—Ya te he dicho que sí.

—¿De qué?

—De necesidad. Serpiente frunció el ceño.

—¿Necesidad de qué?

—De una serpiente del sueño.

Serpiente suspiró. Le dolían las rodillas. Se cambió de postura y se sentó con las piernas cruzadas cerca del hombro del loco.

—No puedo ayudarte si no me ayudas a saber qué sucede.

El hombre se enderezó, hurgó entre las ropas que había alisado con tanto cuidado y tiró del material gastado hasta que se rasgó. Lo abrió y desnudó su garganta al mismo tiempo que alzaba la barbilla.

—¡Esto es todo lo que necesitas saber!

Serpiente miró más cerca. Entre el áspero vello negro de la barba del loco pudo ver numerosas cicatrices diminutas, todas en parejas, agrupadas en torno a la arteria carótida. Se echó hacia atrás, sorprendida. No tenía ninguna duda de que aquellas marcas habían sido causadas por los colmillos de una serpiente del sueño, pero no podía imaginar, ni mucho menos recordar, una enfermedad tan severa y agónica que requiriera tanto veneno para suavizar el dolor, y que al mismo tiempo dejara a su víctima con vida. Aquellas cicatrices tenían que haber sido hechas a través de un considerable espacio de tiempo, pues algunas eran viejas y blancas mientras que otras se veían tan frescas, sonrosadas y brillantes que aún tenían que haber sido simples postillas cuando saqueó su primer campamento.

—¿Comprendes ahora?

—No —dijo Serpiente—. No sé. ¿Qué pasa...? —Se detuvo, frunciendo el ceño—. ¿Fuiste curador?

Pero aquello era imposible. Le habría reconocido, o al menos habría oído hablar de él. Además, el veneno de una serpiente del sueño no tendría más efecto en un curador que el de cualquier otra serpiente.

No se le ocurrió ninguna razón para usar tanto veneno de serpiente del sueño durante mucho tiempo. Mucha gente había muerto dolorosamente a causa de este hombre, fuera lo que fuese.

Sacudiendo la cabeza, el loco se hundió de nuevo en el suelo.

—No, curador nunca... yo no. No necesitamos curadores en la cúpula rota.

Serpiente esperó, impaciente pero sin querer correr el riesgo de sonsacarle. El loco se lamió los labios y volvió a hablar.

—Agua... por favor.

Serpiente le llevó el recipiente a los labios y el hombre bebió ansiosamente, sin derramar ni sorber como antes. Intentó volver a sentarse, pero su codo resbaló bajo su peso y se quedó tendido, sin intentar hablar siquiera.

—¿Por qué tienes tantas mordeduras de serpientes del sueño?

El loco la miró. Sus ojos pálidos e inyectados en sangre eran ahora bastante firmes.

—Porque fui un suplicante bueno y útil, y llevé muchos tesoros a la cúpula rota. Me recompensaban a menudo.

—¿Te recompensaban? Su expresión se suavizó.

—Oh, sí —sus ojos se nublaron; parecía mirar más allá de Serpiente—. Con felicidad y olvido y la realidad de los sueños.

Cerró los ojos y no volvería a hablar, ni siquiera aunque Serpiente le interrogara con fuerza.

Serpiente regresó con Melissa, que había encontrado ramas resacas al otro lado del campamento y estaba sentada junto a una pequeña hoguera, esperando descubrir qué sucedía.

—Alguien tiene una serpiente del sueño —dijo la curadora—. Están utilizando el veneno como droga de placer.

—Vaya tontería —dijo Melissa—. ¿Por qué no usan cualquiera de las cosas que crecen por aquí? Hay un montón de material diferente.

—No lo sé —contestó Serpiente—. No sé por mí misma qué efecto tiene el veneno. Lo que me gustaría saber es dónde consiguieron la serpiente del sueño. No se la dio un curador, al menos no voluntariamente.

Melissa agitó la sopa. La luz de la hoguera hacía que sus cabellos rubios parecieran rojos.

—Serpiente —dijo por fin—, aquella noche, cuando regresaste al establo después de la pelea con el loco... él te habría matado si lo hubieras dejado. Hoy me habría matado a mí de tener una oportunidad. Si tiene amigos y decidieron quitarle la serpiente del sueño a un curador...

—Lo sé. —¿Matar a los curadores para quitarles las serpientes? Era difícil aceptar aquella idea. Serpiente trazó en el suelo con la punta de un guijarro afilado un dibujo sin sentido—. Ésa es la única explicación que tiene algún sentido.

Cenaron. El loco dormía profundamente, así que no comió, aunque estaba lejos de la muerte, como decía. En realidad, bajo la suciedad y los harapos, estaba sorprendentemente sano: era delgado, pero sus músculos eran fuertes, y no mostraba ningún signo de anemia. Era, sin ninguna duda, muy fuerte.

Pero por eso, pensó Serpiente, llevaban los curadores las serpientes del sueño. El veneno no mataba, y no hacía inevitable la muerte. Más bien, suavizaba el tránsito entre la vida y la muerte y ayudaba al moribundo a aceptar su destino irreversible.

Con el tiempo, el loco se entregaría sin duda a la muerte. Pero Serpiente no tenía intención de dejarle cumplir su voluntad antes de averiguar de dónde venía y qué hacía aquí. Tampoco tenía intención de pasar en vela la mitad de la noche para evitar que atacara a Melissa. Las dos necesitaban dormir.

Los brazos del loco eran tan flácidos como los harapos que los cubrían. Serpiente le alzó las manos por encima de la cabeza y le ató las muñecas a su silla de montar con dos tiras de cuero. No lo hizo con saña o con crueldad, sólo con la fuerza suficiente para poder oírlo si intentaba zafarse. La noche se había vuelto fría, así que lo arrojó con una manta, y luego Melissa y ella tendieron sus petates en el duro suelo y se pusieron a dormir.

Hacia la medianoche, Serpiente volvió a despertarse. El fuego se había apagado y había dejado el campamento sumido en la oscuridad. Serpiente se quedó tendida, sin moverse, esperando el ruido del loco al intentar escapar.

Melissa lloriqueó en sueños. Serpiente se arrastró hacia ella y le tocó el hombro. Se sentó junto a ella y le acarició la cara y el pelo.

—Tranquila, Melissa —susurró Serpiente—. Despierta, sólo es un mal sueño.

Un instante después, Melissa se enderezó con un respingo.

—¿Qué...?

—Soy yo, Serpiente. Tenías una pesadilla. La voz de Melissa tembló.

—Creía que estaba de vuelta en Montaña —dijo—. Creía que Ras...

Serpiente la abrazó y le acarició aún su suave pelo rizado.

—No importa. Nunca tendrás que volver allí. Notó que Melissa asentía.

—¿Quieres que me quede a tu lado? —preguntó Serpiente—. ¿O eso hará volver la pesadilla?

Melissa dudó.

—Quédate, por favor —susurró.

Serpiente se tendió a su lado y tendió la manta sobre las dos.

La noche se había vuelto fría, pero Serpiente se alegraba de haber dejado el desierto atrás y estar de regreso a un sitio donde el suelo no absorbía tenazmente el calor del día. Melissa se apretujó contra ella.

La oscuridad era completa, pero por la respiración de la niña, Serpiente supo que estaba dormida de nuevo. Tal vez nunca había llegado a despertarse del todo. Serpiente no concilio el sueño durante un rato. Podía oír los ronquidos del loco por encima del tintineo del agua del arroyo, y sentía las vibraciones de los cascos de los caballos sobre la dura tierra mientras se agitaban en la noche. Bajo su cuerpo, el suelo no cedía, y sobre ella ninguna estrella ni ningún resquicio de la luna atravesaban el cielo.

La voz del loco era fuerte y quejumbrosa, mucho más que la noche anterior.

—Déjame levantarme. Desátame. ¿Vas a torturarme hasta la muerte? Necesito mear. Tengo sed.

Serpiente apartó las mantas y se sentó. Estuvo tentada de ofrecerle agua primero, pero decidió que aquello era la indigna fantasía de ser despertada al amanecer. Se levantó y se desperezó, bostezando, y luego saludó a Melissa, que se encontraba entre Veloz y Ardilla sirviéndoles el desayuno. Melissa se rió y agitó una mano en respuesta.

El loco se debatió contra las cuerdas.

¿Bien? ¿Vas a dejar que me levante?

Dentro de un minuto.

Utilizó la letrina que habían cavado tras los arbustos, y se acercó al arroyo para lavarse la cara. Le apetecía darse un baño, pero el caudal no era suficiente, ni tenía intención de hacer esperar tanto tiempo al loco. Regresó al campamento y lo desató. El hombre se sentó mientras se frotaba las muñecas y gruñía, y luego se puso en pie y empezó a andar.

—No quiero invadir tu intimidad —dijo Serpiente—, pero no te me pierdas de vista.

Él replicó algo ininteligible, pero no dejó que la pantalla natural lo ocultara por completo. De regreso junto a Serpiente, se sentó en el suelo y cogió el recipiente con el agua. Bebió ansiosamente y se secó la boca con la manga, mirando a su alrededor con aspecto hambriento.

—¿Qué hay para desayunar?

—Pensaba que tenías planeado morir. El hombre puso mala cara.

—En mi campamento, todo el mundo trabaja por su comida —dijo Serpiente—. Puedes dar información a cambio de la tuya.

El hombre miró al suelo y suspiró. Tenía unas cejas espesas y oscuras que ensombrecían sus ojos claros.

—De acuerdo —dijo. Se sentó con las piernas cruzadas, apoyó los brazos sobre las rodillas y dejó caer las manos. Sus dedos temblaban.

Serpiente esperó, pero el hombre no habló.

Dos curadores habían desaparecido en los últimos años. Serpiente aún pensaba en ellos por sus nombres de niño, los nombres con que los había conocido hasta que se marcharon a cumplir su año de práctica. No había conocido muy íntimamente a Philippe, pero Jenneth era su hermana mayor favorita, una de las tres personas a las que se sentía más unida. Aún podía sentir la conmoción del invierno y la primavera del año de pruebas de Jenneth, a medida que los días pasaban y la comunidad advertía lentamente que no iba a regresar. Nunca descubrieron qué le había sucedido. A veces, cuando moría un curador, un mensajero traía la mala noticia a la estación, y a veces incluso devolvían las

serpientes. Pero los curadores nunca llegaron a recibir un mensaje de Jenneth. Tal vez el loco que tenía al lado había saltado sobre ella en algún oscuro callejón y la había matado para conseguir su serpiente del sueño.

—¿Bien? —preguntó bruscamente. El loco se sobresaltó.

—¿Qué? —La miró con los ojillos bizcos, esforzándose por enfocar la visión.

Serpiente se contuvo.

—¿De dónde eres?

—Del sur.

—¿De qué ciudad? —Sus mapas mostraban este paso, pero nada más allá. Tanto en las montañas como en el desierto, la gente tenía buenas razones para evitar las tierras extremas del sur.

El loco se encogió de hombros.

—Ninguna ciudad. No queda ninguna allí. Sólo la cúpula rota.

—¿Dónde conseguiste la serpiente del sueño? El loco volvió a ignorarla.

Serpiente se puso en pie de un salto y lo agarró por el cuello de la sucia túnica y lo levantó.

—¡Respóndeme!

Una lágrima resbaló por su cara.

—¿Cómo? No te entiendo. ¿Dónde la conseguí? Nunca he tenido una. Siempre las había allí, pero no eran mías. Estaban allí cuando llegaba y seguían estándolo cuando me marché. ¿Para qué iba a necesitar la tuya si tuviera las mías? —El loco se hundió en el suelo mientras Serpiente soltaba lentamente su presa.

—¿Si tuvieras las tuyas?

El loco extendió las manos y las alzó para dejar al descubierto las mangas. También sus brazos en el interior del codo, en las muñecas, en todas partes donde las venas eran prominentes, mostraban las cicatrices de las mordeduras.

—Es mejor si te muerden por todas partes a la vez —dijo soñadoramente—. En la garganta, que es rápido y seguro, es mejor para emergencias, para salir del paso. Eso es lo que Norte suele dar. Pero por todas partes es lo que te da si haces algo especial para él.

El loco se abrazó y se frotó los brazos como si tuviera frío. Se sonrojó lleno de excitación, frotándose con más fuerza, más rápido.

—Entonces sientes, sientes... todo se ilumina, eres de fuego, todo... sigue y sigue.

—¡Basta!

El loco dejó caer las manos y la miró, otra vez ausente.

—¿Qué?

—Ese Norte... tiene serpientes del sueño.

El loco asintió ansiosamente, dejando que la memoria lo excitara de nuevo.

—¿Muchas?

—Un pozo lleno. A veces deja que alguien baje al pozo, como recompensa... pero nunca a mí. No desde la primera vez.

Serpiente se sentó, miró al loco sin verlo e imaginó a las criaturas atrapadas en un pozo, expuestas a los elementos...

—¿Dónde las consigues? ¿Comercia con él la gente de la ciudad? ¿Trata con los extraños?

—¿Que dónde las consigues? Están allí. Norte las tiene. Serpiente temblaba con la misma intensidad que el loco.

Se apretó las rodillas con las manos, fuerte, tensando todos sus músculos, y luego lentamente se relajó. Sus manos se volvieron más firmes.

—Se enfadó conmigo y me echó —dijo el loco—. Estaba tan enfermo... y entonces oí hablar de una curadora y fui a buscarte, pero no estabas allí y te habías llevado la serpiente del sueño contigo... —su voz se elevaba a medida que sus palabras se hacían

más y más rápidas—. Y la gente me dio caza, pero te seguí, y te seguí y te seguí hasta que volviste a meterte en el desierto, y entonces ya no pude seguirte, no pude, intenté volver a casa pero no pude, así que me tumbé para morir pero tampoco pude hacerlo. ¿Por qué viniste directamente a mí si no tienes la serpiente del sueño? ¿Por qué no me dejas morir?

—No vas a morir. Vas a vivir hasta que me lleves con Norte y las serpientes del sueño. Después de eso, el que vivas o mueras será asunto tuyo.

El loco la miró.

—Pero Norte me expulsó.

—Ya no tienes que seguir obedeciéndole. Si no quiere darte lo que quieres, ya no tiene ningún poder sobre ti. Tu única posibilidad es ayudarme a conseguir algunas serpientes del sueño.

El loco la miró durante rato, parpadeando, con el ceño fruncido, pensativo. De repente, su expresión se aclaró. Su cara se tornó serena y alegre. Se acercó a ella, tropezó y se arrastró. De rodillas a su lado, le cogió las manos. Las suyas estaban sucias y cubiertas de callos. El anillo que cortó la Serpiente en la frente no era más que un engarce que había perdido su piedra.

—¿Quieres decir que me ayudarás a conseguir una serpiente del sueño para mí? —sonrió— ¿Para usarla cuando quiera?

—Sí —respondió Serpiente con los dientes apretados. Apartó las manos cuando el loco se dispuso a besarlas. Aunque sabía que aquella promesa era el único medio de conseguir su cooperación, se sentía como si hubiera cometido un pecado terrible.

11

La luz de la luna iluminaba tenuemente la excelente carretera que conducía a Montaña. Arevín cabalgaba tan inmerso en sus pensamientos que no advirtió que la noche había dado paso a los rayos del sol. Aunque hacía días que había dejado atrás la estación de los curadores, al norte, seguía sin encontrar a nadie que tuviera noticia de Serpiente. Montaña era el último lugar donde podía estar, pues no había nada más al sur. Los mapas que Arevín tenía sobre las montañas centrales mostraban un sendero de pastores, un viejo paso sin usar que cortaba sólo la cordillera oriental, y terminaba. Los viajeros de las montañas, al igual que los del país de Arevín, no se aventuraban en las lejanas regiones septentrionales de su mundo.

Arevín intentaba no preguntarse qué haría si no encontraba aquí a Serpiente. No se encontraba tan cerca de las cimas de las montañas para ver el desierto oriental, y se alegraba de ello. Si no veía empezar las tormentas, podía imaginar que el clima tranquilo duraba más que de ordinario.

Rodeó una amplia curva, miró al cielo, y escudó su linterna, parpadeando. Había luces delante: suaves luces de gas amarillas. La ciudad parecía una cesta de chispas esparcidas por la pendiente, todas descansando juntas excepto unas cuantas separadas en el valle.

Aunque conocía varias ciudades, aún le parecía sorprendente lo mucho que trabajaban sus habitantes después de la oscuridad. Decidió continuar hacia Montaña esta misma noche: tal vez podría tener noticias de Serpiente antes de la mañana. Se arrebujó en su túnica para protegerse del frío nocturno.

A pesar suyo, Arevín se quedó adormilado, y no se despertó hasta que los cascos de su caballo golpearon el empedrado. No había actividad aquí, así que continuó cabalgando hasta que alcanzó el centro de la ciudad con sus tabernas y otros lugares de entretenimiento. Esta zona era casi tan brillante como el día, y la gente actuaba como si nunca fuera a llegar la noche. A través de la puerta de una taberna vio a un grupo de

trabajadores que cantaban con los brazos sobre los hombros, la contralto desafinando ligeramente. La taberna estaba adosada a una posada, así que detuvo su caballo y desmontó. El consejo de Thad de que pidiera información en las posadas parecía bueno, aunque hasta el momento ninguno de los propietarios con los que había hablado poseía información que darle.

Entró en la taberna. Los trabajadores seguían cantando, perdiendo el compás, o lo que quiera que la flautista del rincón estuviera intentando construir. La mujer depositó el instrumento sobre su rodilla, alzó una jarra de licor y bebió. Cerveza, pensó Arevin. El agradable olor de la levadura inundaba la taberna.

Los trabajadores entonaron otra canción, pero la contralto cerró la boca de repente y miró a Arevin. Uno de los hombres la imitó. La canción murió poco a poco a medida que los demás seguían su mirada. La melodía de la flauta se extinguió. La atención de todos los presentes en la habitación quedó centrada en Arevin.

—Os saludo —dijo el muchacho formalmente—. Me gustaría hablar con el propietario, si es posible.

Ninguno se movió. Entonces la contralto se puso bruscamente en pie y derribó su taburete.

—Veré... veré si puedo encontrarla. —Y desapareció tras una cortina.

Nadie habló, ni siquiera el encargado de la barra. Arevin no supo qué decir. No creía que estuviera tan sucio y polvoriento como para provocar tanta sorpresa y, desde luego, en una ciudad de comerciantes como ésta la gente debería estar acostumbrada a su forma de vestir. Todo lo que pudo hacer fue devolverles la mirada y esperar. Tal vez reemprenderían sus cánticos, o beberían sus cervezas, o le preguntarían si tenía sed.

Pero no hicieron nada. Arevin esperó.

Se sentía un poco ridículo. Dio un paso hacia adelante en un intento de romper la tensión actuando como si todo fuera normal. Pero en cuanto se movió, todos los presentes parecieron contener la respiración y apartarse de él. La tensión de la sala no era la típica de la gente que inspecciona a un extraño, sino la de los antagonistas que esperan a un enemigo. Alguien le susurró algo a otra persona que tenía al lado; las palabras eran inaudibles, pero el tono parecía insultante.

Las cortinas se apartaron y una alta figura se detuvo en las sombras. La propietaria avanzó hacia la luz y miró fijamente a Arevin, sin miedo.

—¿Quería hablar conmigo?

Era tan alta como Arevin, elegante y robusta. No sonreía. Los habitantes de las montañas expresaban rápidamente sus sentimientos, así que Arevin se preguntó si no habría irrumpido en una casa privada, o transgredido una costumbre que no conocía.

—Sí —respondió—. Estoy buscando a Serpiente, la curadora. Esperaba poder encontrarla en vuestra ciudad.

—¿Por qué creía que iba a encontrarla aquí?

Arevin se preguntó cómo los habitantes de Montaña podían ser tan prósperos si hablaban tan rudamente a todos los viajeros que llegaban.

—Si no está aquí, entonces no ha alcanzado las montañas... debe encontrarse aún en el desierto occidental. Las tormentas se acercan.

—¿Por qué la está buscando?

Arevin se permitió hacer una leve mueca, pues la pregunta había pasado los límites de la simple brusquedad.

—No creo que eso sea asunto suyo —dijo—. Si en su casa no es costumbre cumplir el trato civilizado, preguntaré en otra parte.

Se dio la vuelta y casi tropezó con un hombre y una mujer que tenían insignias en el cuello de sus uniformes y cadenas en las manos.

—Venga con nosotros, por favor —dijo la mujer.

—¿Por qué razón?

—Sospecha de asalto —anunció el hombre. Arevin le miró completamente sorprendido.

—¿Asalto? No llevo aquí más que unos minutos.

—Eso ya se determinará —repuso la mujer. Le cogió las muñecas para colocarle los grilletes. Arevin se echó hacia atrás, con revulsión, pero la mujer mantuvo su presa. El muchacho se debatió y los dos le cercaron. Un momento después, todos estaban forcejeando, mientras los clientes del bar daban voces de ánimo. Arevin se desembarazó de sus dos asaltantes y se tambaleó. Algo le golpeó la cabeza. Sintió que las rodillas se le debilitaban y perdió el conocimiento.

Arevin se despertó en una habitacioncita de piedra que tenía una sola ventana muy elevada. Le dolía enormemente la cabeza. No comprendía lo sucedido, pues los comerciantes a quienes su clan vendía lana hablaban de Montaña como un lugar de buena gente. Tal vez estos bandidos de ciudad sólo atacaban a los viajeros solitarios y no se metían con las caravanas bien protegidas. Su cinturón, donde guardaba todo su dinero y su cuchillo, había desaparecido. No sabía por qué no estaba muerto en un callejón. Al menos, ya no se encontraba encadenado.

Se sentó muy despacio, deteniéndose cada vez que el dolor lo mareaba, y miró a su alrededor. Oyó pasos en el corredor, se puso en pie, tropezó y volvió a incorporarse para mirar a través de los barrotes de la pequeña abertura de la puerta.

Los pasos se perdieron en la distancia.

—¿Es así como tratáis a los visitantes en vuestra ciudad? —gritó. Era muy difícil perturbar su tranquilo temperamento, pero ahora estaba furioso.

Nadie contestó. Soltó los barrotes y se apartó de la puerta. Fuera de su prisión no podía ver más que otro muro de piedra. La ventana estaba demasiado alta para poder asomarse, incluso si acercaba a ella el camastro y se subía encima. Toda la luz de la habitación llegaba a través de un pequeño orificio en la pared. Alguien le había quitado la túnica y las botas, y ahora no tenía más que sus pantalones de montar.

Calmándose lentamente, se dispuso a esperar.

Pisadas entrecortadas (una persona coja, un bastón) recorrieron el corredor de piedra hacia su celda. Esta vez, Arevin simplemente esperó.

La llave chasqueó y la puerta se abrió de par en par. Primero entraron los guardias, con cautela. Vestían las mismas insignias que sus asaltantes de la noche anterior. Eran tres, lo que extrañó a Arevin, pues no había sido capaz de vencer a los otros dos anoche. No tenía mucha experiencia peleando. En su clan, los adultos generalmente separaban a los niños que se enzarzaban en riñas y trataban de ayudarles a solventar sus diferencias con palabras.

Ayudado por un criado y por un bastón, un hombre grande de pelo oscuro entró en la celda. Arevin no le saludó ni se levantó. Se miraron el uno al otro durante un momento.

—Al menos, la curadora está a salvo de ti —dijo el hombretón. Su criado le soltó un instante para acercar una silla de la pared. Cuando el hombre se sentó, Arevin vio que no era cojo de nacimiento, sino que estaba herido: su pierna derecha permanecía vendada.

—También os ha ayudado a vosotros —dijo Arevin—. ¿Por qué os oponéis a aquellos que quieren encontrarla?

—Finges bien la cordura. Pero supongo que después de que te vigilemos unos cuantos días podrás volver a dar gritos.

—No dudo de que empezaré a hacerlo si me dejáis aquí mucho tiempo.

—¿Crees que te soltaremos para que sigas persiguiendo a la curadora?

—¿Está aquí? —preguntó Arevin ansiosamente, abandonando su reserva—. Debe haber atravesado el desierto a salvo si la habéis visto.

El hombre se le quedó mirando durante unos segundos.

—Me sorprende oírte hablar de su seguridad —dijo—. Pero la inconsistencia es lo que puede esperarse de un loco.

—¿Un loco?

—Cálmate. Estamos enterados de tu ataque.

—¿Ataque...? ¿La han atacado? ¿Se encuentra bien? ¿Dónde está?

—Creo que será más seguro para la curadora que no te diga nada.

Arevin apartó la mirada y buscó algún medio de concentrar sus pensamientos. Una peculiar mezcla de confusión y alivio le inundó. Al menos Serpiente había salido del desierto. Estaba a salvo.

Una abertura en un bloque de piedra reflejaba la luz. Arevin miró el punto chispeante y se calmó.

Alzó la cabeza, casi sonriendo.

—Esta discusión es una locura. Pídele que venga a verme. Te dirá que somos amigos.

—¿De verdad? ¿Y quién le decimos que quiere verla?

—Decidle... que es aquél cuyo nombre conoce. El hombretón frunció el ceño.

—¡Vosotros los bárbaros y vuestras supersticiones...!

—Ella sabe quién soy —dijo Arevin, rehusando entregarse a la furia.

—¿Te has enfrentado a la curadora?

—¿Enfrentarme a ella?

El hombretón se arrellanó en la silla y miró a su ayudante.

—Bueno, Brian, desde luego no habla como un loco.

—No, señor —dijo el anciano.

El hombretón miró a Arevin, pero sus ojos en realidad se centraban en la pared de la celda tras él.

—Me pregunto qué pensaría Gabriel... —se interrumpió, y luego miró a su ayudante—. A veces tenía buenas ideas para situaciones como ésta. —Parecía levemente turbado.

—Sí, gobernador.

Hubo un momento de silencio más largo y más intenso. Arevin sabía que dentro de unos instantes el gobernador, el anciano y los guardias se levantarían y le dejarían solo en la celda. Notó que una gota de sudor le corría por el costado.

—Bien... —dijo el gobernador.

—¿Señor...? —preguntó una de los guardias con voz cargada de duda.

El gobernador se volvió hacia ella.

—Bien, habla. No tengo estómago para encarcelar a inocentes, pero ya hemos tenido demasiados locos sueltos últimamente.

—Se sorprendió anoche cuando le arrestamos. Ahora creo que su sorpresa era genuina. La señora Serpiente peleó con el loco, gobernador. La vi cuando regresó. Ganó la pelea, y tenía serias magulladuras. Sin embargo, este hombre no tiene ni un solo arañazo.

Al oír que Serpiente estaba herida, Arevin tuvo que contenerse y no preguntar de nuevo cómo se encontraba. Pero no estaba dispuesto a suplicar nada a esta gente.

—Eso parece cierto. Eres muy observadora —le dijo el gobernador a la guardia—. ¿Tienes algún hematoma? —le preguntó a Arevin.

—No.

—Me perdonarás si insisto en que lo demuestres. Arevin se levantó. Estaba profundamente disgustado ante la idea de desnudarse ante desconocidos, pero se desabrochó los pantalones y dejó que estos cayeran a sus tobillos. Permitió que el alcalde le estudiara, girándose lentamente. En el último momento recordó la pelea de la noche anterior y que era posible que tuviera alguna magulladura visible. Pero nadie dijo nada, así que se dio la vuelta de nuevo y se subió los pantalones.

Entonces el anciano se le acercó. Los guardias se estiraron. Arevin se quedó muy quieto: podían interpretar cualquier movimiento como una amenaza.

—Ten cuidado, Brian —dijo el gobernador.

Brian alzó las manos de Arevin, miró los dorsos, luego observó las palmas y las soltó por fin. Regresó junto al gobernador.

—No lleva ningún anillo. Dudo que los haya llevado alguna vez. Sus manos están bronceadas y no hay marcas. La curadora dijo que el corte que tenía en la frente fue producido por un anillo.

El gobernador resopló.

—¿Entonces qué piensas?

—Como tú mismo has dicho, señor, no habla como un loco. Además, un loco no tiene por qué ser necesariamente estúpido, y sería una estupidez preguntar por la curadora vestido con ropas del desierto, a menos que fuera inocente... y no tuviera siquiera idea de la existencia del crimen. Tiendo a creer en la palabra de este hombre.

El gobernador alzó la mirada hacia su ayudante y la guardia.

—Espero —dijo con tono no del todo simpático— que me aviséis con tiempo si alguno de los dos decide alguna vez ocupar mi puesto —miró de nuevo a Arevin—. Si te dejamos ver a la curadora, ¿llevarás cadenas hasta que te identifique?

Arevin todavía podía sentir los hierros de la noche pasada atrapándole, encerrándole, fríos hasta el hueso. Pero Serpiente se reiría de ellos cuando le hablaran de las cadenas. Esta vez, sonrió.

—Dadle mi mensaje a la curadora —dijo—. Entonces decidiréis si necesito las cadenas o no.

Brian ayudó a incorporarse al gobernador, que miró a la guardia que creía en la inocencia de Arevin.

—Prepárate. Mandaré a buscarle. Ella asintió.

—Sí, señor.

La guardia regresó, con sus compañeros y las cadenas. Arevin observó horrorizado los tintineantes grilletes. Esperaba haber visto a Serpiente. Se alzó anonadado mientras la guardia se le acercaba.

—Lo siento —dijo. Le colocó una fría banda de metal en la cintura, agarró su muñeca izquierda y pasó la cadena a través de una anilla de la pieza de la cintura, luego cerró las esposas de su muñeca derecha. Le sacaron al pasillo.

Arevin sabía que Serpiente no habría sido capaz de hacer esto. Si así era, entonces la persona que existía en su mente no había existido jamás en la realidad. Le habría resultado mucho más fácil aceptar una muerte real y física, la de ella o incluso la suya propia. Tal vez la centinela no había entendido bien. El mensaje podía haberse confundido, o lo habían enviado tan rápidamente que nadie recordó decirles que no se molestaran en cargarlo de cadenas. Arevin decidió soportar este error humillante con orgullo y buen humor.

Los guardias le condujeron al exterior y la luz del día le deslumbre momentáneamente. Luego volvieron a entrar en otra sala, pero sus ojos no lograron ajustarse a la oscuridad. Subió a tuestas unas escaleras, tropezando de vez en cuando.

La habitación a la que le condujeron estaba casi oscura también. Se detuvo en la puerta, apenas capaz de distinguir la figura embozada que le daba la espalda.

—Curadora —dijo uno de los guardias—, aquí está el que dice que es tu amigo.

Ella no habló ni se movió.

Arevin se quedó petrificado de terror. Si alguien la había atacado, si estaba mal herida, si no podía andar ni moverse, ni reírse cuando sugirieron las cadenas...

Dio un paso hacia ella, atemorizado, luego otro. Quería apresurarse y decirle que él la cuidaría, quería huir y no volver a recordarla más que como estaba antes, viva, fuerte y entera.

Pudo ver su mano, que colgaba fláccidamente. Se arrodilló ante la forma embozada.

—Serpiente...

Las cadenas le entorpecían. Le cogió la mano y se dispuso a besarla.

En cuanto la tocó, incluso antes de ver la piel suave y sin cicatrices, supo que aquella mujer no era Serpiente. Retrocedió con un alarido de desesperación.

—¿Dónde está?

La figura embozada se quitó la capucha con un grito de vergüenza. Se arrodilló ante Arevin y le tendió las manos, con la cara bañada de lágrimas.

—Lo siento —dijo. Por favor, perdóname... —Se derrumbó. Su largo pelo le cubrió la hermosa cara.

El gobernador salió cojeando de una esquina. Brian ayudó esta vez a Arevin a levantarse, y en un momento las cadenas cayeron al suelo.

—Tenía que asegurarme con algo más que con magulladuras y cadenas —dijo el gobernador—. Ahora te creo.

Arevin oía los sonidos, pero no los significados. Sabía que Serpiente no estaba aquí, en ninguna parte. Nunca habría participado en esta farsa.

—¿Dónde está? —susurró.

Se marchó. Fue a la ciudad. A Centro.

Arevin permanecía sentado en un lujoso sofá, en una de las habitaciones de invitados del gobernador. Era la misma habitación donde se había alojado Serpiente, pero por mucho que lo intentaba, no podía captar nada de su presencia.

Las cortinas estaban abiertas a la oscuridad. Arevin no se había movido desde su regreso del puesto de observación, donde había contemplado el desierto oriental y las masas rodantes de nubes cargadas de tormenta. Los vientos asesinos convertían los aguzados granos de arena en armas letales. En la tormenta, las gruesas ropas no protegerían a Arevin, ni tampoco lo haría el valor ni la desesperación. Unos pocos minutos en el desierto le matarían; una hora le pelaría los huesos. En primavera, no quedaría ni rastro de él.

Si Serpiente se encontraba aún en el desierto, estaría muerta.

No lloró. Lo haría cuando supiera que estaba muerta. Pero no lo creía. Se preguntaba si sería una locura pensar que podía saber si Serpiente vivía aún o no. Nunca se había considerado un loco. El padre mayor de Stavín, el primo de Arevin, supo que el pequeño estaba enfermo y regresó con el rebaño un mes antes de lo previsto. Sus lazos con Stavín eran de amor y de familia, no de sangre. Arevin creía tener las mismas habilidades.

Alguien llamó a la puerta.

—Adelante —dijo, con desconfianza.

Larril, la criada que se había hecho pasar por Serpiente, entró en la habitación.

—¿Te encuentras bien?

—Sí.

—¿Te apetece cenar?

—Pensaba que estaba a salvo. Pero está en el desierto, y las tormentas ya han empezado.

—Ha tenido tiempo de llegar a Centro —dijo Larril—. Salió con mucha antelación.

—Sé muchas cosas de esa ciudad. Sus habitantes pueden ser crueles. ¿Y si no la han dejado entrar?

—Aún así, ha tenido tiempo de regresar.

—Pero no lo ha hecho. Nadie la ha visto. Si estuviera aquí, todo el mundo lo sabría.

Interpretó el silencio de Larril como un asentimiento, y los dos miraron melancólicamente por la ventana.

—Tal vez... —Larril se interrumpió. _ ¿Qué?

—Tal vez deberías descansar y esperarla...

—No es eso lo que ibas a decirme.

—No...

—Por favor, dímelo.

—Hay otro paso, al sur. Nadie lo usa ya. Pero está más cerca de Centro que nosotros.

—Tienes razón —dijo Arevin lentamente al tiempo que intentaba reconstruir más precisamente el mapa en su mente—. ¿Es posible que se haya dirigido allí?

—Tienes que haber oído esas palabras tan a menudo...

—Sí.

—Lo siento.

—Pero te lo agradezco. Puede que lo hubiera visto yo mismo al mirar el mapa una vez más, o tal vez habría renunciado a toda esperanza. Partiré mañana —se encogió de hombros—. Traté de esperarla una vez pero no pude. Si lo intento otra vez me convertiré en el loco que todos suponíais que era. Estoy en deuda contigo.

Ella varió la mirada.

—Todos los de esta casa estamos en deuda contigo, una deuda que no puede ser pagada.

—No importa —dijo él—. Está olvidado.

Eso pareció aliviarla un poco. Arevin volvió a mirar por la ventana.

—La curadora fue amable conmigo, y tú eres su amigo. Dijo Larril—. ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

—No —dijo Arevin—. Nada.

Ella dudó, se dio la vuelta y se marchó. Después de un momento, Arevin se dio cuenta de que no había oído cerrarse la puerta. Miró por encima del hombro justo a tiempo de ver cómo lo hacía.

El loco seguía sin querer recordar cómo se llamaba. O tal vez, pensaba Serpiente, procedía de un clan como el de Arevin y no podía decir su nombre a los extraños.

Serpiente no podía imaginarlo en el clan de Arevin. El pueblo del muchacho era orgulloso y firme; el loco era dependiente e inestable. Un instante le daba las gracias por la serpiente del sueño prometida y al siguiente lloriqueaba y gemía argumentando que estaba muerto, pues Norte le mataría. Decirle que se callara no servía de nada.

Serpiente se alegraba de estar de nuevo en las montañas, donde podían viajar de día. La mañana era fría y desagradable, los senderos estrechos y cubiertos de niebla. Los caballos buceaban en ella como criaturas acuáticas, y sus jirones burbujearon entre sus patas.

Serpiente inhaló profundamente hasta que el aire frío le lastimó los pulmones. Podía oler la niebla, el rico humus y el dulce olor picante de la vegetación. El mundo a su alrededor era gris y verde, pues los árboles aún no habían empezado a mudar las hojas. En la parte más alta de las montañas, los árboles de hoja perenne, más oscuros, parecían casi negros a través de la niebla.

Melissa cabalgaba junto a ella, silenciosa y vigilante. No se acercaba al loco más de lo imprescindible. Este era audible pero no visible, y se encontraba en alguna parte a sus espaldas. Su viejo caballo no podía seguir el ritmo de Veloz y Ardilla, pero al menos Serpiente ya no tenía que preocuparse por cargar un caballo con dos personas.

Su voz se hizo más y más débil. Impaciente, Serpiente refrenó a Veloz para que pudiera alcanzarlas. Melissa se detuvo aún de más mala gana. El loco había rehusado cabalgar ningún animal mejor. Sólo éste era lo bastante tranquilo para él. Serpiente había tenido que forzar su pago a sus amos, y no creía que los jóvenes pastores hubieran

rehusado vendérselo porque no se alegraran de deshacerse de él o porque quisieran más dinero. Jean y Kev estaban avergonzados. Bueno, no menos lo estaba Serpiente.

El caballo se abrió paso a través de la niebla, con los ojos caídos y las orejas colgando. El loco canturreaba desafinadamente.

—¿Sigue pareciéndote desconocido el sendero?

El loco la miró, sonriente.

—Todo me da lo mismo —dijo, y se echó a reír. Golpearle, adularle, amenazarle no servía para nada. No parecía sentir ya dolor ni necesidad desde la promesa de la serpiente del sueño, como si la expectación fuera suficiente para mantenerlo. Canturreaba y murmuraba felizmente, hacía chistes incomprensibles y a veces se enderezaba, miraba a su alrededor, exclamaba «¡Siempre hacia el sur!» y volvía a cantar. Serpiente suspiró y dejó que el viejo caballo del loco las adelantara para que así pudiera encabezar la marcha.

—No creo que nos esté llevando a ninguna parte, Serpiente dijo Melissa—. Creo que nos está haciendo dar vueltas para que le cuidemos. Deberíamos dejarlo aquí y dirigirnos a otra parte.

El loco se enderezó. Lentamente, se dio la vuelta. El viejo caballo se detuvo. Serpiente se sorprendió al ver que una lágrima brotaba de los ojos del hombre y resbalaba por su mejilla.

—No me dejéis —dijo. Su expresión y el tono de su voz eran simplemente penosos. Antes, no había parecido capaz de preocuparse por nada. Miró a Melissa y parpadeó—. Haces bien en no confiar en mí, pequeña —dijo—. Pero por favor, no me abandones —sus ojos se nublaron y sus palabras parecían proceder de muy lejos—. Quedaos conmigo hasta la cúpula rota, y los dos tendremos nuestras serpientes del sueño. Seguro que tu señora te dará una —se inclinó hacia ella y extendió una mano, curvando los dedos como si fueran garras—. Olvidarás los malos recuerdos y los problemas, olvidarás tus cicatrices...

Melissa se apartó de él con una incoherente maldición de sorpresa y furia. Azuzó a Ardilla y forzó al pony atigrado al galope. Se separó de los otros sin mirar atrás. En un momento, los árboles oscurecieron todo excepto el sonido apagado de los cascos del caballito.

Serpiente miró al loco.

—¿Cómo has podido decirle una cosa así? El parpadeó, confundido.

—¿Qué he dicho de malo?

—Síguenos, ¿comprendes? No te salgas del sendero. La encenraré y te esperaremos —picó a Veloz con los talones y cabalgó tras la niña. La voz del loco la siguió.

—Pero ¿por qué ha hecho eso?

A Serpiente no le preocupaba la seguridad de Melissa ni de Ardilla. Su hija podía cabalgar cualquier caballo en las montañas todo el día y no correr ni un momento de peligro. A lomos del tranquilo pony atigrado, estaba doblemente a salvo. Pero el loco la había herido y no quería dejarla sola justo ahora.

No tuvo que ir muy lejos. Melissa se encontraba de pie junto a Ardilla, acariciándole el cuello mientras el animal le mordisqueaba el hombro, en un lugar donde el sendero empezaba a subir de nuevo y conducía hacia la pendiente del valle y otra montaña. Al oír que Veloz se aproximaba, la niña se secó la cara con la manga y alzó la cabeza. Serpiente desmontó y se acercó a ella.

—Temía que te hubieras alejado mucho —dijo—. Me alegra que no lo hicieras.

—No es bueno que un caballo que ha estado cojo corra colina arriba —dijo Melissa casualmente, pero con cierto resentimiento.

Serpiente le tendió las riendas de su yegua.

—Si quieres cabalgar rápido un rato, puedes montar a Veloz.

Melissa la miró como si buscara en su expresión el sarcasmo que no había notado en su tono. No lo encontró.

—No —contestó—. No importa. Tal vez sirva de algo, pero estoy bien. Sólo que... no quiero olvidar. Al menos no así.

Serpiente asintió.

—Lo sé.

Melissa la abrazó con una de sus brascas efusiones. Serpiente le palmeó el hombro.

—Está loco.

—Sí —Melissa se separó lentamente— Sé que puede ayudarte. Lamento no poder dejar de odiarlo. Lo he intentado.

—Yo también —dijo Serpiente.

Se sentaron a esperar que el loco, con su lento ritmo, apareciera.

Antes de que el loco reconociera el paisaje o el sendero, Serpiente vio la cúpula rota. Contempló su enorme forma unos instantes antes de darse cuenta, con un sobresalto, de qué era. Al principio parecía el pico de otro macizo montañoso; pero su color, gris en vez de negro, le llamó la atención. Esperaba la semiesfera habitual, no una enorme superficie irregular que se extendía por la colina como una ameba en reposo. El gris translúcido general estaba lleno de colores y enrojecido por la luz de la tarde. Serpiente no sabía si la cúpula había sido construida con forma asimétrica o si empezó siendo una burbuja plástica redonda y las fuerzas de la antigua civilización del planeta la habían fundido y deformado. Pero llevaba en su estado actual mucho, mucho tiempo. La tierra se había aposentado en los huecos y valles de su superficie, y los árboles y la hierba y los matojos crecían en los huecos cubiertos.

Serpiente cabalgó en silencio durante un par de minutos, apenas capaz de creer que por fin había alcanzado su objetivo. Tocó a Melissa en el hombro y la niña alzó bruscamente la mirada del punto indeterminado en el cuello de Ardilla que había estado contemplando. Serpiente señaló. Melissa vio la cúpula y exclamó en voz baja, luego sonrió llena de excitación y alivio. Serpiente le devolvió la sonrisa.

El loco canturreaba tras ellas, ajeno a su destino. Una cúpula rota. Las palabras encajaban extrañamente. Las cúpulas no se rompían, no soportaban los embates del clima, no cambiaban. Simplemente existían, misteriosas e impenetrables.

Serpiente se detuvo y esperó al loco. Cuando el viejo caballo las alcanzó y se detuvo a su lado, señaló hacia adelante. El loco la siguió con la mirada. Parpadeó como si no pudiera creer lo que estaba viendo.

—¿Es eso? —preguntó Serpiente.

—Todavía no —dijo el loco—. No, todavía no. No estoy preparado.

—¿Cómo llegaremos allí arriba? ¿Podremos hacerlo a caballo?

—Norte nos verá...

Serpiente se encogió de hombros y desmontó. El camino hacia la cúpula era escarpado y no podía ver ningún sendero.

—Entonces iremos andando —dijo. Desató las cinchas de la silla de la yegua—. Melissa...

—¡No! —contestó la niña bruscamente—. No me quedaré aquí mientras tú subes con ése. Ardilla y Veloz estarán bien y nadie molestará el zurrón. ¡Excepto tal vez otro loco, y se merecerá cualquier cosa que le suceda!

Serpiente empezaba a comprender por qué su fuerte voluntad había exasperado tan a menudo a los curadores más viejos cuando tenía la edad de Melissa. Pero en la estación nunca había corrido ningún peligro serio, y sus maestros podían permitirse ser indulgentes.

Serpiente se sentó sobre un tronco caído e hizo un gesto a su hija para que se sentara a su lado. Melissa así lo hizo, sin mirarla, con los hombros rígidos de obstinación.

—Necesito tu ayuda —dijo Serpiente—. No puedo tener éxito sin ti. Si algo me pasa...

—¡Eso no es tener éxito!

—En cierto modo, lo es. Melissa... los curadores necesitan serpientes del sueño. Ahí arriba en esa cúpula tienen tantas que pueden permitirse el lujo de jugar con ellas. Tengo que averiguar cómo las consiguen. Pero si no puedo hacerlo, si no regreso, eres la única que puede decir a los otros curadores qué me ha sucedido y por qué. Eres la única que puede informarles de la existencia de las serpientes del sueño.

Melissa miró al suelo, rascándose los nudillos de una mano con las uñas de la otra.

—Esto es muy importante para ti, ¿verdad?

—Sí.

Melissa suspiró. Cerró los puños.

—De acuerdo —dijo—. ¿Qué quieres que haga? Serpiente la abrazó.

—Si no regreso en, digamos, dos días, coge a Veloz y a Ardilla y cabalga hacia el norte. Después de llegar a Montaña y Encrucijada sigue adelante. Es un largo camino, pero hay dinero de sobra en la bolsa. Sabes cómo emplearlo.

—Tengo mi salario —dijo Melissa.

Muy bien, pero lo demás es igualmente tuyo. No necesitas abrir los compartimentos donde están Sombra y Susurro. Pueden sobrevivir hasta que llegues a casa. —Por primera vez, consideró verdaderamente la posibilidad de que Melissa tuviera que hacer sola el viaje—. De todas formas, Susurro está engordando demasiado. —Forzó una sonrisa.

—Pero... —Melissa se interrumpió. — ¿Qué?

—Si te sucede algo, no podré volver a tiempo de ayudarte, no si recorro todo el camino hasta la estación de los curadores.

—Si no regreso por mis propios medios, entonces no habrá ninguna manera de ayudarme. No me sigas sola. Por favor. Necesito saber que no lo harás.

—Si no regresas en tres días, iré a informar a tu pueblo de las serpientes del sueño.

Serpiente le concedió un día extra, no sin cierta gratitud.

—Gracias, Melissa.

Dejaron sueltos al pony atigrado y la yegua gris en un claro cerca del sendero. En vez de galopar hacia el prado y retozar en la hierba, los caballos se quedaron juntos, alertas y nerviosos, agitando las orejas, inflamadas las aletas de la nariz. El jumento del loco se quedó solo a la sombra, cabizbajo. Melissa observó a los animales con los labios fruncidos.

El loco estaba de pie en el lugar donde había desmontado, miraba a Serpiente con lágrimas en los ojos.

—Melissa —dijo Serpiente—, si vuelves sola a casa, diles que te he adoptado. Entonces... entonces sabrán que también eres su hija.

—No quiero ser hija de ellos. Quiero serlo tuya.

—Lo eres. No importa lo que pase —inspiró profundamente y expulsó el aliento lentamente—. ¿Hay sendero? —le preguntó al loco—. ¿Cuál es el camino de subida más rápido?

—No hay sendero... se abre ante mí y se cierra detrás. Serpiente pudo sentir que Melissa contenía una observación sarcástica.

—Marchemos, entonces —dijo—, y vamos a ver si tu magia funciona para más de uno.

Abrazó a Melissa por última vez. Melissa la agarró, no quería dejarla marchar.

—Estaré bien —dijo Serpiente—. No te preocupes.

El loco escalaba a una velocidad sorprendente, como si en efecto un sendero se abriera para él solo. Serpiente tuvo que esforzarse para seguir su ritmo, y el sudor le inundaba los ojos. Subió unos pocos metros más de anda piedra negra y agarró al hombre por la túnica.

—No tan rápido.

El hombre jadeaba rápidamente, pero por la excitación, no por el esfuerzo.

—Las serpientes del sueño están cerca —dijo. Se soltó de su presa de un tirón y subió por la roca. Serpiente se secó la frente con la manga y continuó escalando.

La siguiente vez que le alcanzó lo agarró por el hombro y no lo soltó hasta que se hundió en un recodo.

—Descansaremos aquí —dijo—, y luego continuaremos, más despacio y sin hacer tanto ruido. De otro modo, tus amigos sabrán antes de tiempo que nos acercamos.

—Las serpientes del sueño...

—Hay que tener en cuenta a Norte. Si te ve primero, ¿te dejará continuar?

—¿Me darás una serpiente del sueño? ¿Una para mí solo? ¿No como Norte?

—No como Norte —respondió Serpiente. Se sentó en una estrecha cuña de sombra y apoyó la espalda contra la roca volcánica.

En el valle inferior, una porción del prado aparecía entre las oscuras ramas de los árboles perennes, pero ni Veloz ni Ardilla estaban en aquella parte del claro. Desde la distancia, parecía una pequeña alfombra de terciopelo. De repente, Serpiente se sintió aislada y solitaria.

La roca no estaba tan pelada como parecía desde abajo. Había líquenes verdigrises aquí y allá, y pequeñas plantas carnosas de hojas planas anidaban en la sombra. Serpiente se inclinó hacia adelante para ver una más de cerca. Contra la roca negra, en las sombras, su color era indistinguible. Se sentó de nuevo, bruscamente.

Recogiendo una lasca de roca, Serpiente volvió a inclinarse hacia adelante y se arrodilló junto a la planta verdiazul. Sacudió sus hojas, que se cerraron firmemente. Se escapó, pensó Serpiente. Es de la cúpula rota. Tendría que haber esperado algo parecido; tendría que haber sabido que encontraría cosas que no pertenecían a la tierra. Volvió a pinchar de nuevo, desde el mismo lado. La planta en efecto, se movía. Recorrería arrastrándose toda la montaña si la dejaba. Serpiente introdujo la punta de la roca bajo ella, la sacó del resquicio y la puso boca abajo. A excepción del manojito de raíces en su centro, parecía igual, sus brillantes hojas turquesas rotaban sobre sus bases buscando un asidero. Serpiente nunca había visto esta especie antes, pero sí criaturas similares, plantas que no encajaban en las clasificaciones normales y se apoderaban de un terreno por la noche, envenenando el suelo de forma que nada más pudiera crecer. Varios veranos antes, ella y los otros curadores ayudaron a quemar un enjambre en las granjas cercanas. No habían vuelto a reproducirse, pero de vez en cuando aún aparecían pequeñas colonias de ellas, y los campos de los que se apoderaban se tornaban áridos y estériles.

Quería quemar ésta, pero no podía arriesgarse a hacer fuego ahora. La sacó de las sombras y la empujó hacia la luz, donde se cerró fuertemente. Serpiente advirtió que acá y allá había restos marchitos de otras reptadoras, muertas y reseca por el sol, derrotadas por el árido acantilado.

—Vamos —dijo Serpiente, más para sí misma que para el loco.

Se asomó por encima del borde del acantilado para ver el hueco de la cúpula rota. La extraña cualidad del lugar la golpeó como si fuera un golpe físico. Plantas alienígenas crecían por toda la base de la tremenda estructura medio destruida, casi hasta el acantilado, sin dejar ningún sendero claro. Lo que cubría el terreno no se parecía a la hierba, la maleza, los matorros, ni nada que conociera. Era una extensión plana y sin delimitaciones de brillante hoja roja. Al observar con más atención, Serpiente pudo ver que era más que una simple hoja enorme: cada sección tenía tal vez el doble de su tamaño, de forma irregular, y estaba unida por los bordes a otras hojas vecinas por un sistema de cabellos entrelazados. Donde se tocaban más de dos hojas, una delicada película se elevaba unas pocas cuartas de la intersección. Donde una fisura salpicaba la piedra, una franja turquesa de reptadoras separaba el terreno rojo, buscando sombra tan deliberadamente como las hojas rojas luz. Algún día, varias reptadoras vencerían la

escarpada cara del risco y dominarían el valle de abajo: algún día, cuando el calor y el frío abrieran más hendiduras en la piedra donde refugiarse.

La depresión de la superficie de la cúpula contenía un poco de vegetación normal, pues los tentáculos reproductores de las reptadoras no podían llegar tan lejos. Si esta especie se parecía en algo a las que conocía, no producía semillas. Pero otras plantas alienígenas habían alcanzado la parte superior de la cúpula, pues los huecos fundidos estaban llenos, algunos de hierba verde ordinaria, otros con colores extraños y extraños a este mundo. En algunos de los huecos marchitos y hundidos por el sol, muy por encima del suelo, los colores se arremolinaban, sin que unos hubieran vencido aún a otros.

Dentro de la cúpula translúcida, aparecían las sombras de altas figuras, indeterminadas y extrañas. Entre el borde del acantilado y la cúpula no había lugar a cubierto, ni ninguna otra forma de acercarse. Serpiente advirtió dolorosamente que era visible, pues su silueta se recortaba contra el cielo. El loco se reunió con ella.

—Sigamos el sendero —dijo, señalando las hojas planas que no separaban ningún camino. En algunos sitios, oscuras venas de reptadoras cortaban la línea que indicaba.

Serpiente dio un paso hacia adelante y puso cuidadosamente el pie sobre una hoja plana. No pasó nada. No era distinto a pisar cualquier otra hoja ordinaria. Bajo la planta, el terreno parecía tan sólido como cualquier otro.

El loco la adelantó, dirigiéndose hacia la cúpula. Serpiente le agarró por el hombro.

—¡Las serpientes del sueño! —chilló—. ¡Lo prometiste!

—¿Has olvidado que Norte te desterró? Si puedes volver como si tal cosa, ¿por qué me buscaste?

El loco miró al suelo.

—No le gustará verme —susurró.

—Quédate detrás de mí —dijo ella—. Todo saldrá bien.

Serpiente empezó a atravesar las hojas, escogiendo con mucho cuidado el lugar en donde colocaba los pies por si las anchas hojas rojas ocultaban algunas grietas que las reptadoras azules no hubieran ocupado todavía. El loco la siguió.

—A Norte le gusta ver gente nueva —dijo—. Le agrada cuando vienen y le piden que les deje soñar —su voz se volvió triste—. Tal vez vuelva a apreciarme.

Las botas de Serpiente dejaban marcas en las hojas rojas, señalaban su camino por los afloramientos que mantenían la cúpula rota. Sólo miró atrás una vez: sus pisadas dejaban lívidas marcas púrpuras contra el fondo rojo hasta el borde del acantilado. El rastro del loco era mucho más débil. El hombre avanzaba tras ella, un poco apartado para poder ver siempre la cúpula, no tan asustado del tal Norte como atraído por las serpientes del sueño.

La burbuja oblonga era aún más grande de lo que parecía desde el risco. Su flanco translúcido se elevaba en una curva inmensa y suave hasta el punto más alto de la superficie, a muchos metros por encima de Serpiente. La cara por la que se acercaba estaba salpicada de franjas multicolores. No se fundió en el gris original hasta que llegaron al extremo distante de la cúpula, muy por delante, a la derecha de Serpiente. A su izquierda, a medida que se aproximaban a la parte más estrecha de la estructura, las franjas se hacían más brillantes.

Serpiente llegó a la cúpula. Las hojas planas crecían a su alrededor hasta sus tobillos, pero por encima de esa altura el plástico estaba despejado. Serpiente se acercó al muro y se asomó entre una franja de naranja y otra púrpura, cortando con sus manos la luz del exterior, pero las formas del interior seguían siendo extrañas e inidentificables. No se movió nada.

Siguió las intensas bandas de color.

Mientras rodeaba el extremo estrecho, vio por qué la llamaban la cúpula rota. Lo que había fundido la superficie era un poder que Serpiente no podía comprender, pues también había forzado una abertura en un material que creía indestructible. Las franjas en

arcoiris irradiaban del agujero por todo el plástico combado. El calor tenía que haber cristalizado la sustancia, pues los bordes de la abertura se habían roto y abierto una entrada amplia e irregular. Goterones de plástico, colores fluorescentes que brillaban entre las hojas de las plantas alienígenas, yacían alrededor.

Serpiente se aproximó a la entrada con cautela. El loco empezó a entonar de nuevo su quejumbrosa melodía.

—¡Sh-h! —Serpiente no se volvió, pero el hombre obedeció.

Fascinada, Serpiente atravesó el agujero. Sentía los afilados bordes contra sus palmas, pero en realidad no los advertía. Tras la abertura, donde el lado de la pared se había curvado hacia adentro para formar el techo cuando estaba intacto, todo un arco de plástico estaba derrumbado un poco más arriba de la altura de Serpiente. Aquí y allá el plástico se había caído y desmoronado, formaba hilachas del techo al suelo. Serpiente tocó una con cuidado. Tañó como una gigantesca cuerda de arpa, y la agarró rápidamente para silenciarla. La luz del interior era rojiza y extraña; Serpiente parpadeaba en un intento de aclarar su visión. Pero a su vista no le pasaba nada, excepto que no podía acostumbrarse al paisaje alienígena. La cúpula contenía una jungla aliena que ahora se había desbordado, y muchas más especies que las reptadoras y las hojas-planas abarrotaban el terreno. Una gran enredadera con un tallo más grande que el mayor de los árboles que Serpiente había visto en su vida subía por la pared, con sus gruesos tentáculos adhiriéndose al plástico ahora quebrado, agarrándose a precarios asideros en la cúpula. La enredadera desplegabá por el techo una bóveda de hojas pequeñas y delicadas. Sus flores eran pequeñas pero compuestas de cientos de blancos pétalos aún más pequeños que las hojas.

Serpiente se internó más en la cúpula, hacia donde el derrumbe, menos severo, no había colapsado el techo. Aquí y allá una enredadera se había arrastrado hasta el borde, y luego, donde el plástico era demasiado fuerte para poder romperlo y demasiado resbaladizo para agarrarse a él, había vuelto a caer al suelo. Tras las enredaderas seguían los árboles, o lo que hacían las veces de árboles en el interior de la cúpula. Había uno cerca, sobre un montículo: una masa enmarañada de troncos de madera, o miembros, apilados y retorcidos por encima de la cabeza de Serpiente, que se extendía lentamente mientras se alzaba para moldear a la planta en forma de cono.

Al recordar la vaga descripción del loco, Serpiente señaló hacia una colina central que se elevaba hasta casi tocar el cielo de plástico.

—¿Por ahí, no? —susurró.

Acurrucado tras ella, el loco murmuró algo que parecía una respuesta afirmativa. Serpiente emprendió el camino por debajo de las sombras de los árboles-maraña y a través de zonas ocasionales de luz coloreadas, donde las heridas de la cúpula dejaban pasar el sol. Mientras caminaba escuchaba atentamente, esperando oír el sonido de otra voz humana, el leve siseo de las serpientes en sus nidos, cualquier cosa. Pero incluso el aire estaba inmóvil.

El terreno empezó a elevarse: llegaban al pie de la colina. Aquí y allá la negra roca volcánica salpicaba el suelo: era, por lo que sabía Serpiente tierra alienígena. Parecía bastante común, pero las plantas que crecían en ella no. Aquí, el terreno parecía cubierto de fino pelo marrón y tenía la misma textura viscosa. El loco abrió la marcha, y siguió un sendero que no existía. Serpiente fue tras él. La pendiente se hacía empinada y el sudor le chorreaba por la frente. Empezaba a dolerle la rodilla otra vez. Maldijo entre dientes. Un guijarro rodó bajo las plantas-pelo y Serpiente perdió pie. Se agarró a la hierba para impedir la caída. Lo consiguió, pero cuando se levantó, tenía en la mano un puñado de finos tallos. Cada pieza tenía su propia raíz, como si en efecto fueran cabellos.

Siguieron subiendo, y seguían sin ver a nadie. El sudor de Serpiente se le secó en la frente: el aire empezaba a hacerse más frío. El loco, sonriendo y murmurando para sí, escalaba con más ansia. La frialdad se convirtió en un susurro de aire que corría colina

abajo como si fuera agua. Serpiente había supuesto que la cima de la colma, justo bajo la corona de la cúpula, estaría cálida por acción del calor atrapado. Pero cuanto más alto subían, más fuerte y fría se iba haciendo la brisa.

Dejaron atrás la zona de plantas-pelo y entraron en otra de árboles. Estos eran similares a los de abajo, formados por marañas de ramas y raíces retorcidas y compactas, con pequeñas hojas que oscilaban. Aquí, sin embargo, sólo tenían unos pocos metros de altura, y se arracimaban en grupitos de tres o más, deformándose la simetría unos a otros. El bosque se hizo más denso. Finalmente, serpenteante entre los troncos retorcidos, apareció un sendero. Cuando el bosque se cerró tras ella, la curadora alcanzó al loco y lo detuvo.

—De ahora en adelante, quédate detrás de mí, ¿entendido?

El loco asintió sin mirarla.

La cúpula difuminaba la luz de forma que no había sombras, y la luz apenas era suficientemente brillante para penetrar las retorcidas ramas. Hojas diminutas temblaban bajo la fría brisa que soplaba a través del bosque. Serpiente avanzó. Las rocas bajo sus pies dieron paso a un suave sendero de hongos y hojas cálidas.

A la derecha, un enorme macizo de roca se alzaba en una pendiente, formando un recodo que dominaba la parte más grande de la cúpula. Serpiente pensó en escalarlo, pero aquello la dejaría completamente al descubierto. No quería que Norte y su gente pudieran acusarla de espía, ni quería que supieran de su presencia hasta que llegara a su campamento. Tiritó, pues la brisa se había convertido en un frío viento.

Miró a su alrededor para asegurarse de que el loco la seguía. Al hacerlo, el hombre corrió hacia el recodo, agitando los brazos. Serpiente dudó, sorprendida. Su primer pensamiento fue que había decidido morir de nuevo. En ese instante, Melissa se lanzó tras él.

—¡Norte! —chilló el hombre, y Melissa cayó sobre sus rodillas, de forma que le golpeó con el hombro y le derribó al suelo. Serpiente corrió hacia ellos mientras la niña luchaba por impedir que el loco se incorporase y éste pugnaba por liberarse. El grito del hombre se repitió una y otra vez, capturado por el eco, rebotando en las paredes y las ondulaciones de la cúpula. Melissa se debatió, medio sofocada por sus brazos demacrados y sus voluminosas ropas del desierto, mientras buscaba su cuchillo y le agarraba por las piernas. Serpiente le quitó a Melissa de encima con todo el cuidado posible. El loco se revolvió, dispuesto a gritar de nuevo, pero Serpiente sacó su propio cuchillo y se lo colocó en la garganta. Tenía la otra mano crispada en un puño. Lo abrió lentamente y realizó un esfuerzo por calmarse.

—¿Por qué has hecho eso? ¿Por qué? Teníamos un trato.

—Norte... —susurró—. Norte se enfadará conmigo. Pero si le traigo gente nueva... — Su voz se perdió.

Serpiente miró a Melissa, y la niña clavó los ojos en el suelo.

—No te prometí no seguirte —dijo—. Me aseguré de eso. Sé que es hacer trampas, pero... —alzó la cabeza y aguantó la mirada de Serpiente—. Hay cosas que no sabes de la gente. Confías demasiado en todo el mundo. Hay cosas que yo tampoco sé, pero son diferentes.

—Está bien —respondió Serpiente—. Tienes razón, he confiado demasiado en él. Gracias por detenerle.

Melissa se encogió de hombros.

—Para lo que ha servido... Ahora saben que estamos aquí, estén donde estén.

El loco empezó a reírse, meciéndose adelante y atrás con los brazos cruzados.

—Norte volverá a apreciarme —dijo.

—Oh, cierra la boca —ordenó Serpiente. Volvió a guardar el cuchillo en su funda—. Melissa, tienes que salir de la cúpula antes de que venga nadie.

—Por favor, ven conmigo —dijo la niña—. Aquí no hay nada que tenga sentido.

—Alguien tiene que informar a mi pueblo de la existencia de este lugar.

—¡No me importa tu pueblo! ¡Me importas tú! ¿Cómo puedo ir y decirles que dejé que un loco te matara?

—Melissa, por favor, no hay tiempo para discutir. Melissa dobló el extremo de su turbante, de modo que el material cubrió la cicatriz de su cara. Aunque Serpiente se había vuelto a poner sus ropas normales cuando salieron del desierto, la niña había conservado su túnica.

—Deberías dejar que me quedara contigo —dijo. Se giró con los hombros rígidos, y empezó a recorrer el camino devuelta.

—Tu deseo se cumplirá, pequeña —dijo una voz profunda y cortés.

Por un instante, Serpiente pensó que el loco había hablado con tono normal, pero éste se hallaba acurrucado en la roca junto a ella, y ahora había una cuarta persona en el sendero.

Melissa se detuvo en seco, le miró y luego retrocedió.

—¡Norte! —exclamó el loco—. Norte, te he traído gente nueva. Y te avisé, no dejé que te sorprendiera. ¿Me has oído?

—Te oí —dijo Norte—. Me pregunto por qué me has desobedecido volviendo.

—Pensé que te gustaría esta gente.

—¿Y eso es todo?

—¡Sí!

—¿Estás seguro? —el tono cortés continuaba, pero en su soniquete había un gran placer, y la sonrisa del hombre era más cruel que amable. Su forma, con la escasa luz, parecía extraña, pues era muy alto, tan alto que tenía que encorvarse en el túnel de hojas, patológicamente alto: gigantismo pituitario, pensó Serpiente. Su delgadez acentuaba cada asimetría de su cuerpo. Estaba todo vestido de blanco, y además era albino, con el pelo, las cejas y las pestañas blancas como la tiza y ojos azules muy claros.

—Sí, Norte —dijo el loco—. Eso es todo.

Abrumado por la presencia de Norte, el silencio se extendió por el bosque. Serpiente pensó que podía distinguir a otras personas moviéndose entre los árboles, pero no estaba segura, y la maleza parecía demasiado densa para que pudiera ocultarse nadie. Tal vez en este oscuro bosque alienígena los árboles mezclaban y entrelazaban sus ramas tan fácilmente como lo harían dos amantes con sus manos. Serpiente tiritó.

—Por favor, Norte... déjame volver. Te he traído dos seguidoras...

Serpiente tocó al loco en el hombro. El hombre guardó silencio.

—¿Por qué estás aquí?

En las últimas semanas, Serpiente había aprendido que no tenía que decirle a Norte inmediatamente que era una curadora.

—Por la misma razón que los demás —dijo—. Por las serpientes del sueño.

—No pareces el tipo de persona que viene a buscarlas. —Norte se adelantó y se irguió por encima de Serpiente en la penumbra. Paseó la mirada entre el loco y ella, y entonces reparó en Melissa. Su dura mirada se suavizó—. Ah, ya veo. Has venido por ella.

Melissa estuvo a punto de replicar: Serpiente la vio dar un respingo de furia, y luego obligarse a guardar la calma.

—Venimos los tres juntos —dijo Serpiente—. Todos por la misma razón.

Sintió que el loco se movía, como si fuera a apresurarse hacia Norte y arrojarse a sus pies. Le apretó con fuerza el hombro y volvió a sumirse en su letargo.

—¿Y qué me habéis traído para iniciaros?

—No comprendo —respondió Serpiente.

El ceño fruncido de Norte se disolvió en una carcajada.

—Eso es lo que esperaba de este pobre loco. Os ha traído aquí sin explicaros nuestras costumbres.

—Pero las he traído, Norte. Las he traído para ti.

—¿Y ellas te han traído para mí? Esa no es paga suficiente.

—Podemos llegar a un acuerdo sobre la paga —dijo Serpiente. El hecho de que Norte se hubiera erigido en un dios menor, requiriendo tributo, usando el poder de las serpientes del sueño para reforzar su autoridad, la llenaba de furia. La ofendía. Le habían enseñado, y lo creía fervientemente, que usar las serpientes de los curadores en provecho propio era inmoral e imperdonable. Mientras visitaba otras gentes había oído historias infantiles en las cuales los villanos o los héroes trágicos usaban habilidades mágicas para convertirse en tiranos; siempre terminaban mal. Pero los curadores no tenían historias similares. No era el miedo lo que impedía que emplearan mal lo que tenían. Era el respeto propio.

Norte se acercó unos pasos.

—Mi querida niña, no comprendes. En cuanto te unas a mi campamento, no te marcharás hasta que esté seguro de tu lealtad. En primer lugar, no querrás marcharte. En segundo, cuando envió a alguien al exterior, es prueba de que confío en ellos. Es un honor.

—¿Y él? —dijo Serpiente señalando al loco. Norte se rió sin alegría.

—No le envié al exterior. Lo exilié.

—¡Pero sé dónde están sus cosas, Norte! —el loco se debatió contra Serpiente. Esta vez, disgustada, ella lo soltó—. No las necesitas, sólo a mí —arrodillado, se abrazó a las piernas de Norte—. Todo está en el valle. Sólo tenemos que cogerlo.

Serpiente se encogió de hombros cuando Norte la miró.

—Está bien protegido. Podría llevarte hasta mis bártulos, pero no podrías cogerlos —siguió sin decirle cuál era su oficio.

Norte se zafó de los brazos del loco.

—No soy fuerte —dijo—. No bajo al valle.

Una bolsa pequeña y pesada cayó a sus pies. Serpiente y él miraron a Melissa.

—Si hace falta que te paguen para que hables con alguien —dijo la niña beligerantemente—, aquí tienes.

Norte se agachó dolorosamente y recogió el dinero de Melissa. Abrió la bolsa y vertió las monedas en su mano. Incluso bajo la tenue luz del bosque, el oro centelleaba. Sacudió las piezas, pensativo.

—De acuerdo, esto valdrá para empezar. Tendréis que entregar vuestras armas, naturalmente, y entonces iremos a mi casa.

Serpiente desenvainó su cuchillo y lo arrojó al suelo.

—Serpiente... —susurró Melissa. La miró, sorprendida, preguntándose claramente por qué había hecho aquello y agarrando con fuerza el mango de su propio cuchillo.

—Si queremos que confíe en nosotros, tenemos que confiar en él —dijo Serpiente. Sin embargo, no confiaba en el gigante, ni quería hacerlo. No obstante, los cuchillos servirían de poco contra un grupo de personas, y no pensaba que Norte estuviera solo.

Mi querida hija, pensó Serpiente, nunca dije que fuera a ser fácil.

Melissa retrocedió cuando Norte dio un paso hacia ella.

Sus nudillos estaban blancos.

—No me tengas miedo, pequeña. Y no intentes pasarte de lista. Tengo más recursos de los que puedes imaginar.

Melissa miró al suelo, desenvainó lentamente el cuchillo y lo dejó caer a sus pies.

Norte hizo un rápido gesto de cabeza al loco, con el que señaló a Melissa.

—Regístrala.

Serpiente posó la mano sobre el hombro de Melissa. La niña temblaba y estaba inquieta.

—No tiene por qué hacerlo. Te doy mi palabra de que Melissa no lleva más armas.

Serpiente pudo sentir que Melissa había llevado su control casi hasta el límite. Su rechazo y disgusto por el loco la habían presionado más de lo que su compostura podía soportar.

—Motivo de más para registrarla —dijo Norte—. No seremos fanáticos por la eficiencia. ¿Quieres ir primero?

—Eso está mejor —respondió Serpiente. Alzó las manos, pero Norte le dio un empujoncito, hizo que se diera la vuelta y se apoyara contra las ramas torcidas de un árbol. Si no estuviera preocupada por Melissa, le habría divertido la teatralidad de todo esto.

No pasó nada durante lo que pareció un largo rato. Serpiente empezó a darse la vuelta de nuevo, pero Norte tocó las frescas cicatrices de su mano con la punta de un dedo.

—Ah —dijo, en voz muy baja, tan cerca que pudo sentir su aliento caliente y desagradable—. Eres una curadora.

Serpiente oyó la ballesta justo después de que la flecha se le clavara en el hombro, cuando el dolor la cubrió como una ola. Le fallaron las rodillas, pero no pudo caer. La fuerza de la flecha se disipó a través del tronco del árbol retorcido, sacudiendo su cuerpo arriba y abajo. Melissa gritó llena de furia. La sangre corrió por el pecho de Serpiente.

Con la mano izquierda tanteó la punta del pequeño dardo que la clavaba al árbol, pero sus dedos resbalaron y la madera viva contuvo la punta de la flecha. Melissa estaba a su lado y la sostenía lo mejor que podía. Las voces se unían en un tapiz tras ella.

Alguien agarró el dardo y tiró de él hasta liberarlo, y afloro a través del músculo. El roce de la madera sobre el hueso le arrancó un alarido. La fría punta de metal se deslizó por la herida.

—Mátala ahora —dijo rápidamente el loco, pletórico de excitación—. Mátala y déjala aquí como aviso.

El corazón de Serpiente bombeaba sangre caliente por su hombro. Se tambaleó, trató de recuperarse y cayó de rodillas. La dolorosa vibración le recorrió la espalda, y trató de apartarse de ella, pero no lo consiguió, como la pobre Silencio sacudiéndose con la columna rota.

Melissa se encontraba a su lado, cegada por las lágrimas, susurrándole palabras de alivio como haría con un caballo, con la cara y el pelo descubiertos mientras trataba de taponar la herida con su turbante.

Tanta sangre para una flecha tan pequeña, pensó Serpiente.

Y se desmayó.

La frialdad fue lo primero que despertó a Serpiente. Mientras recuperaba el sentido, se sorprendió de verse consciente. El odio en la voz de Norte al reconocer su profesión no le había hecho sentir ninguna esperanza. Le dolía enormemente el hombro, pero ya no sentía la punzante presión que le impedía concentrarse. Flexionó la mano derecha. Estaba débil, pero podía moverla.

Se incorporó, tintando, parpadeando, con la visión nublada.

—¿Melissa? —susurró.

Cerca, Norte soltó una carcajada.

—Como todavía no es curadora, no ha sido herida.

El aire frío la rodeaba. Serpiente sacudió la cabeza y se pasó la manga por los ojos. Su vista se aclaró bruscamente. El sudor provocado por el esfuerzo de sentarse se enfrió rápidamente debido a la acción del aire. Norte estaba sentado ante ella, sonriendo, flanqueado por los suyos, que formaban un círculo de carne a su alrededor. La sangre de su camisa, excepto en la zona misma de la herida, estaba marrón: había estado inconsciente mucho tiempo.

—¿Dónde está?

—Está a salvo —contestó Norte—. Puede quedarse con nosotros. No tienes por qué preocuparte, será feliz aquí.

—No quiso venir. Ésta no es la clase de felicidad que quiere. Déjala ir a casa.

—Como he dicho antes, no tengo nada en contra de ella.

—¿Qué es lo que tienes contra los curadores? Norte la miró fijamente durante largo rato.

—Creo que es obvio.

—Lo siento —dijo Serpiente—. Probablemente podríamos darte alguna habilidad para formar melanina, pero no somos magos.

El aire gélido procedía de una caverna a sus espaldas, y la rodeaba hasta poner su carne de gallina. Sus botas habían desaparecido; la fría piedra absorbía el calor de sus plantas desnudas. Pero también entumecía el dolor de su hombro. Entonces tiritó violentamente y el dolor la golpeó con más ferocidad que antes. Jadeó y cerró los ojos un instante, luego se quedó inmóvil, respirando profundamente y concentrándose para intentar apartar el dolor de la herida. Volvía a sangrar en un lugar de su espalda que era difícil de alcanzar. Esperaba que Melissa estuviera en algún lugar más cálido, y se preguntó dónde se encontrarían las serpientes del sueño, pues necesitaban calor para sobrevivir. Abrió los ojos.

—Y tu altura... —dijo. Norte se rió amargamente.

—¡De todos los defectos que achaco a los curadores, jamás he incluido la cobardía!

—¿Qué? —preguntó Serpiente, confundida. Estaba mareada por la pérdida de sangre—. Podríamos haberte ayudado si te hubiéramos atendido pronto. Seguramente ya habías crecido del todo antes de que te llevaran a un curador...

La pálida cara de Norte se volvió escarlata de furia.

—¡Cierra el pico! —se puso en pie de un salto y levantó a Serpiente. Ella se colocó el brazo derecho al costado.

—¿Crees que quiero oír eso? ¿Crees que quiero seguir oyendo que podría haber sido normal? —la empujó hacia la caverna. Serpiente tropezó, pero el hombre volvió a levantarla de nuevo—. ¡Curadores! ¿Dónde estabais cuando os necesitaba? Te dejaré ver cómo me sentía...

—¡Norte, por favor, Norte! —el loco salió de la multitud de seguidores del gigante, a quienes Serpiente sólo podía percibir ahora como vagas sombras—. Me ayudó, Norte. Yo tomaré su lugar —se agarró a la manga de Norte, gimiendo y suplicando. El gigante lo empujó y cayó al suelo, donde se quedó inmóvil.

—Tu cerebro está podrido. O crees que lo está el mío. El interior de la cueva resplandecía a la tenue luz de las antorchas, y sus paredes brillaban como joyas de hielo. Por encima de las antorchas, piedra negra asomaba en grandes parches redondos. El agua fluía formando estanques de lodo que se extendían por todo el piso y corrían juntos en un riachuelo. El agua manaba por todas partes con un frío sonido de diáfana claridad. A cada paso que daba, Serpiente volvía a notar el dolor en el hombro, y ya no tenía fuerzas para neutralizar la sensación. El aire estaba impregnado del olor de la brea ardiendo. Gradualmente, se dio cuenta de que había un sordo rumor de maquinaria que sentía táctilmente más que oía. El sonido se metía en su cuerpo, en sus huesos. Más adelante, el túnel se iluminaba. Terminó súbitamente, se abría a una depresión en la cima de la colina, como el cráter de un volcán, pero hecho claramente por manos humanas. Serpiente se detuvo en la boca del túnel helado y parpadeó, mirando estúpidamente a su alrededor. Los ojos negros de otras cuevas la contemplaban. La cúpula formaba por encima un cielo gris y sin dirección. El aire fluía del mayor de los túneles que tenía enfrente, formando un lago casi palpable, cuya salida eran los túneles más pequeños. Norte la volvió a empujar. Serpiente veía cosas, sentía cosas, pero no reaccionaba ante nada. No podía.

—Por ahí. Baja —Norte pateó una escalera de madera y cuerda, y ésta resonó en la profunda hendidura tallada en la roca en el centro del cráter. La escalerilla se desenrolló. Serpiente podía ver su parte superior, pero la inferior estaba sumida en la oscuridad.

—Baja —repitió Norte—. O te tiro.

—Norte, por favor —gimió el loco, y Serpiente se dio cuenta súbitamente del lugar a donde la enviaban. Norte la miró mientras se reía. Sentía como si el viento y la tierra le infundieran nuevas fuerzas.

—¿Es así como torturas a una curadora? —preguntó. Se asomó a la grieta, torpe pero ansiosamente. Con una mano, bajó peldaño tras peldaño hacia la fría oscuridad, agarrando cada escalón con sus pies desnudos para tener donde asirse. Oyó al loco estallar en sollozos incontenibles.

—Ya veremos cómo te sientes por la mañana —dijo Norte.

—¡Matará a todas las serpientes, Norte! —gritó el loco, lleno de terror—. ¡Ha venido para eso!

—Me gustaría verlo —contestó el gigante—. Una curadora que mata serpientes del sueño.

Por el sonido que hacían los peldaños contra las paredes de la grieta, Serpiente supo que estaba llegando al fondo. No estaba muy oscuro, pero sus ojos se acostumbraban lentamente. Llena de sudor, temblorosa, tuvo que detenerse. Apoyó la cabeza contra la fría piedra. Sus pies y los nudillos de la mano izquierda estaban desollados, pues la escalera rozaba contra la piedra.

Fue entonces, por fin, cuando oyó el suave deslizar de las serpientes. Agarrándose a la cuerda, escrutó la oscuridad. La luz penetraba en una franja larga y estrecha hacia el centro de la grieta.

Una serpiente del sueño se deslizó suavemente de un borde de oscuridad a otro.

Serpiente descendió los últimos metros pisando el suelo con toda la cautela posible, tanteando con su pie desnudo hasta que se aseguró de que no se movía nada debajo. Se arrodilló. Fríos trozos de piedra le cortaban las rodillas, y el único calor que sentía era la sangre fresca de su hombro. Pero extendió la mano entre los cascotes y palpó cuidadosamente. Sus dedos tocaron las suaves escamas de una serpiente mientras ésta se deslizaba silenciosamente. Volvió a extender la mano, preparada esta vez, y cogió a la siguiente que tocó. Notó dos pequeños pinchazos en la palma. Sonrió y agarró con suavidad al animal por detrás de la cabeza, conservando su veneno por hábito. Acercó a la serpiente para poder verla. Era salvaje, no mansa y amable como Silencio. Se revolvía y coleteaba en su mano: su delicada lengua trífida asomaba y se perdía en su boca una y otra vez mientras saboreaba su olor. Pero no siseó, lo mismo que Silencio tampoco había siseado nunca.

A medida que sus ojos se iban acostumbrando cada vez más a la oscuridad, Serpiente iba percibiendo gradualmente el resto del pozo, y vio a todas las otras serpientes del sueño, de todos los tamaños, a solas, amontonadas unas sobre otras, más de las que había soñado en toda su vida, más de las que su pueblo podría reunir en la estación si todos los curadores volvieran a casa con sus serpientes a la vez.

La serpiente del sueño que tenía se tranquilizó en el tenue calor de su mano. Una gota de sangre asomaba en cada uno de los pinchazos de su mordedura, pero el picor del veneno sólo había durado un instante. Serpiente se sentó sobre sus talones y acarició la cabeza del animal. Una vez más, empezó a reírse. Sabía que tenía que controlarse: esto era más histeria que alegría. Pero, por el momento, se rió.

—Ríe, curadora —la voz de Norte se repitió en la piedra oscura—. Ya veremos cuánto dura.

—Eres un iluso —gritó ella llena de alegría, rodeada de serpientes del sueño. Se rió de la ironía de su castigo, como una historia infantil hecha realidad. Se rió hasta llorar, pero, por un instante, las lágrimas fueron reales. Sabía que aun cuando esta tortura no pudiera

hacerle daño, Norte encontraría cualquier otro medio. Sorbió y tosió y se secó la cara con la camisa, pues al menos aún tenía un poco de tiempo.

Y entonces vio a Melissa.

Su hija estaba tendida en la piedra rota en el centro de la grieta. Se acercó a ella cuidadosamente, tratando de no lastimar a ninguna de las serpientes junto a las que pasaba, ni de molestar a las que estaban enroscadas en los brazos y el cuerpo de Melissa. Los ofidios formaban tentáculos verdes en su brillante pelo rojo.

Serpiente se arrodilló junto a la niña y, con mucho cuidado, apartó a las serpientes salvajes. Los hombres de Norte le habían quitado la túnica y le habían cortado los pantalones por las rodillas. Tenía los brazos desnudos y sus botas, como las de Serpiente, habían desaparecido. Estaba maniatada, sus muñecas mostraban magulladuras porque había tratado de zafarse de las ligaduras. Pequeñas mordeduras sangrientas aparecían en sus brazos y sus piernas. Una serpiente del sueño hundió sus colmillos en Serpiente y se retiró demasiado rápida para que pudiera verla siquiera. Apretó los dientes y recordó las palabras del loco: «Es mejor si te muerden todas a la vez...»

Con su propio cuerpo, bloqueó las serpientes para impedir que se acercaran a Melissa y le liberó las muñecas con la mano izquierda. La piel de la niña estaba fría y seca. Serpiente la recogió con su brazo izquierdo mientras las serpientes del sueño salvaje reptaban sobre sus pies y tobillos. Una vez más, se preguntó cómo podían vivir con aquel frío. Nunca se habría atrevido a dejar suelta a Silencio con esta temperatura. Incluso el zurrón habría sido demasiado frío: la habría sacado, la habría calentado con sus manos y la habría dejado enroscarse en torno a su garganta.

Las manos de Melissa se deslizaron fláccidamente contra las rocas. La sangre manaba de los pinchazos allí donde su piel rozaba tela o piedra. Serpiente consiguió colocarla en su regazo para apartarla del frío suelo. Su pulso era pesado y muy lento, su respiración profunda. Pero cada vez que inspiraba, tardaba tanto que Serpiente temía que fuera a dejar de respirar de un momento a otro.

El frío arreció tanto que devolvió el dolor a su hombro ya que absorbía de nuevo toda su energía. No te duermas, pensó. No te duermas. Melissa podría dejar de respirar; su corazón podría pararse por acción de tanto veneno, y entonces necesitaría ayuda. A su pesar, los ojos de Serpiente se desenfocaron y sus párpados se cerraron; cada vez que daba una cabezada, se enderezaba para obligarse a permanecer despierta. Un agradable pensamiento se formó en su mente: nadie muere por el veneno de una serpiente del sueño. Viven, o mueren de su enfermedad, en paz, cuando llega su momento. Es mejor dormir, no morirá. Pero Serpiente no conocía a nadie que hubiera recibido una dosis tan grande de veneno, y Melissa sólo era una niña.

Una pequeña serpiente del sueño se deslizó entre sus piernas y el borde de la grieta. Serpiente la cogió con la mano derecha y la alzó maravillada. El animal se enroscó en su palma y la miró con sus ojos sin párpados, saboreando el aire con su lengua trífida. Había algo raro en ella. Serpiente miró con más atención.

Era una recién nacida, pues aún tenía la boquilla de tejido córneo común a los recién nacidos de muchas especies de serpientes. Era la prueba definitiva de la forma en que Norte conseguía sus serpientes. No había encontrado una despensa de los habitantes del mundo exterior, los extraños. No las clonaba. La población que tenía se reproducía. En el pozo las había de todos los tamaños y edades, desde recién nacidas a individuos maduros más grandes que ninguna otra serpiente del sueño que Serpiente hubiera visto jamás.

Se dio la vuelta para poner la cría en el suelo, pero su mano golpeó la pared. Molesta, la serpiente del sueño la mordió. El agudo pinchazo de sus diminutos colmillos hizo que Serpiente diera un respingo. La criatura escapó de su mano y se perdió entre las sombras.

—¡Norte! —gritó Serpiente con voz ronca. Se aclaró la garganta y lo volvió a intentar—. ¡Norte!

Pasado un rato, su silueta apareció en el borde de la hendidura. Por su sonrisa confiada, Serpiente supo que esperaba que le suplicara por su libertad. El gigante la miró y observó la manera en que se había colocado entre Melissa y las serpientes.

—Podría ser libre si la dejaras —dijo—. No la apartes de mis criaturas.

—Tus criaturas no sirven para nada aquí, Norte. Deberías entregarlas al mundo. Todos te honrarían, especialmente los curadores.

—Ya me honran aquí.

—Pero esta vida debe ser difícil. Podrías vivir cómoda y fácilmente...

—No hay comodidad para mí —dijo Norte—. Tú mejor que nadie tendrías que darte cuenta. Para mí, dormir en el suelo o en un colchón de plumas es lo mismo.

—Has conseguido que las serpientes del sueño se reproduzcan —repuso Serpiente. Miró a Melissa. Varias serpientes habían conseguido burlar su cerco. Agarró a una justo antes de que alcanzara el brazo desnudo de su hija. La serpiente se revolvió y la mordió. La puso junto con las otras sin hacer caso de sus colmillos—. Sea cual sea la forma en que lo haces, deberías difundir el conocimiento a los demás.

—¿Y cuál es tu lugar en este plan? ¿Tendría que convertirte en mi heraldo? Podrías llegar bailando a cada ciudad para anunciar mi llegada.

—Admito que no me importaría morir aquí. Norte se rió roncamente.

—Podrías ayudar a tanta gente. No había ningún curador cuando lo necesitaste porque no tenemos suficientes serpientes del sueño. Podrías ayudar a la gente como tú.

—Ayudo a la gente que viene a verme —dijo Norte—. Ellos sí son como yo. Ellos son los que yo quiero.

Se dio la vuelta.

—¡Norte!

—¿Qué?

—Al menos dame una manta para Melissa. Morirá si no puedo mantenerla caliente.

—No morirá —respondió Norte—. No, si la dejas a mis criaturas. —Su sombra y su forma desaparecieron.

Serpiente abrazó a Melissa con más fuerza, sintiendo en su propio cuerpo cada uno de los latidos cada vez más débiles. Tenía tanto frío y estaba tan cansada que ya no podía pensar. El sueño empezaría a hacerla sanar, pero tenía que permanecer despierta, por el bien de Melissa y por el suyo propio. Un pensamiento se hizo más fuerte: desafía los deseos de Norte. Por encima de todo, sabía que su hija y ella estaban perdidas si le obedecían.

Moviéndose lentamente para que el trabajo de apartar el dolor de su hombro no fuera inútil, Serpiente cogió las manos de Melissa en las suyas y las frotó en un intento de devolverles el calor y la circulación. La sangre de las mordeduras estaba ahora seca. Una de las serpientes se enroscó en el tobillo de la curadora. Serpiente agitó los dedos y flexionó el tobillo, esperando que el animal se marchara. Tenía el pie tan helado que apenas sintió los colmillos de la serpiente hundirse en su empeine. Continuó frotando las manos de Melissa. Las calentó con su aliento y las besó. La tenue luz desaparecía. Serpiente alzó la cabeza. La franja de cúpula gris visible entre los bordes de la grieta se había vuelto casi negra con la llegada de la noche. Serpiente sintió una abrumadora sensación de pesar. Así había sido la noche de la muerte de Jesse, sólo faltaban las estrellas: el cielo claro y oscuro, las paredes de roca que la rodeaban, el frío tan agotador como el calor del desierto. Serpiente abrazó a Melissa con más fuerza y la resguardó de las sombras.

Debido a las serpientes del sueño, no pudo hacer nada por Jesse. Debido a las serpientes del sueño, no podía hacer nada por Melissa.

Las serpientes se agruparon y reptaron hacia ella, el sonido de su escamas sobre la piedra húmeda susurraba a su alrededor... Serpiente despertó bruscamente.

—¿Serpiente? —la voz de Melissa era el ronco susurro que había oído.

—Estoy aquí —apenas podía ver la cara de su hija. Los últimos resquicios de luz brillaban sobre su pelo rizado y las profundas cicatrices. Sus ojos tenían una expresión distante.

—Soñé... —dejó que su voz se perdiera—. ¡El tenía razón!—gimió llena de súbita furia—. ¡Maldito sea, tenía razón!

—Rodeó el cuello de Serpiente con sus brazos y escondió su cara. Su voz sonaba ahogada—. Olvidé por un momento. Pero no lo volveré a hacer. No...

—Melissa... —la niña se enderezó ante el tono de su voz—. No sé qué va a pasar. Norte dice que no te hará daño. —Melissa estaba temblando, tiritando—. Si aceptas a unirte a él...

—¡No!

—Melissa.

—¡No! ¡No lo haré! No me importa —su voz era aguda y tensa—. Será otra vez como con Ras...

—Melissa, querida, ahora tienes un lugar a donde ir. Es lo mismo que hablamos antes. Nuestro pueblo necesita saber de la existencia de este lugar. Tienes que darte una oportunidad para escapar.

Melissa se apretó contra ella en silencio.

—Dejé a Sombra y a Susurro —dijo por fin—. No hice lo que querías, y ahora se morirán de hambre.

Serpiente le acarició el pelo.

—Estarán bien durante un tiempo.

—Tengo miedo —susurró Melissa—. Prometí que no volvería a tenerlo, pero estoy asustada. Serpiente, si digo que me uniré a él y dice que dejará que me muerdan de nuevo, no sé qué haré. No quiero entregarme al olvido... pero lo hice durante un momento, y... —se tocó la cicatriz en torno a su ojo. Serpiente nunca la había visto hacer eso antes—. Esto desapareció. Nada me hacía ya daño. Si me acostumbro, haría cualquier cosa por eso —Melissa cerró los ojos.

Serpiente agarró a una de las serpientes del sueño y la arrojó, tratándola con más brusquedad de la que nunca habría creído ser capaz.

—¿Preferirías morir? —preguntó roncamente.

—No lo sé —respondió Melissa débilmente, atontada. Soltó el cuello de Serpiente y sus manos cayeron flácidas—. No lo sé. Tal vez sí.

—Melissa, lo siento. No pretendía...

Pero Melissa estaba de nuevo dormida o inconsciente. Serpiente la sostuvo mientras las últimas luces desaparecían. Podía oír las escamas de las serpientes del sueño rozando contra las rocas húmedas. Imaginó de nuevo que se acercaban a ella en una sólida oleada agresiva. Por primera vez en su vida, sintió miedo de las serpientes. Entonces, para reafirmarse cuando los ruidos parecieron acercarse más, extendió un brazo para palpar la piedra desnuda. Su mano se hundió en una masa de escamas viscosas y cuerpos cimbreados. Retiró el brazo cuando una constelación de pequeños agujonazos se extendió por toda su superficie. Las serpientes buscaban calor, pero si las dejaba encontrar lo que necesitaban, también encontrarían a su hija. Se acurrucó en el extremo más estrecho de la grieta. Su mano entumecida se cerró involuntariamente en torno a un pesado cascote de piedra volcánica. Lo alzó torpemente, dispuesta a descargarlo sobre las serpientes salvajes.

Serpiente bajó las manos y abrió los dedos. La roca se perdió entre otras rocas. Una serpiente del sueño se deslizó por su muñeca. No podía destruirlas, lo mismo que no podía salir volando de la grieta al aire frío y denso. Ni siquiera por Melissa. Una cálida

lágrima rodó por su mejilla. Cuando alcanzó su barbilla, la sintió como si fuera de hielo. Había demasiadas serpientes del sueño para poder proteger a Melissa y, sin embargo, Norte tenía razón. Serpiente no podía matarlas.

Desesperada, se puso en pie, usó la pared de la grieta como apoyo y se metió en el estrecho espacio. Melissa era pequeña y delgada para su edad, pero su peso muerto parecía inmenso. Las frías manos de Serpiente estaban demasiado entumecidas para buscar un lugar seguro donde sujetarse, y apenas podía sentir las rocas bajo sus pies desnudos. Pero notaba cómo los ofidios se enroscaban en sus tobillos. Melissa se deslizó entre sus brazos, y Serpiente la agarró con la mano derecha. El dolor corrió por su hombro y por toda su columna vertebral. Consiguió asirse entre las paredes convergentes y sostener a Melissa por encima de los reptiles.

12

Al final del tercer día de viaje hacia el sur, los campos cultivados y las casas bien edificadas de Montaña quedaron muy por detrás de Arevin. La carretera era ahora un sendero que se alzaba y descendía entre los bordes de las sucesivas montañas, y le guiaba ora casualmente a través de un valle agradable, ora precariamente a través de piedra. El paisaje se hacía más alto y más agreste. El estólido caballo de Arevin avanzaba pesadamente.

No había topado con nadie en todo el día, en ninguna dirección. Podría fácilmente recibir una ayuda de cualquiera que viajara hacia el sur: alguien que supiera mejor el camino, alguien que tuviera un destino, probablemente le alcanzaría y le sobrepasaría. Pero seguía solo. Sentía el frío del aire de las montañas, cerrado y oprimido por las paredes de roca y los oscuros árboles. Era consciente de la belleza del paisaje, pero la belleza a la que estaba habituado era la de las áridas llanuras de su tierra. Sentía nostalgia de su hogar, pero no podía regresar. Ante sus propios ojos tenía la prueba de que las tormentas del desierto oriental eran más poderosas que las del occidental, pero la diferencia era de cantidad más que de calidad. Una tormenta occidental mataba a las criaturas sin protección en veinte minutos; una oriental lo haría en diez. Tenía que quedarse en las montañas hasta la llegada de la primavera.

No podía esperar ni en la estación de los curadores ni en Montaña. Si no hacía otra cosa, su imaginación acabaría con la convicción de que Serpiente estaba viva. Y si empezaba a creer que estaba muerta, sería peligroso, no sólo para su cordura, sino también para la propia Serpiente. Arevin sabía que no podía ejecutar magia mejor que Serpiente, por mágicos que sus logros pudieran parecer, pero temía imaginarla muerta. Probablemente estaría a salvo en la ciudad subterránea, recopilando nuevos conocimientos que pudieran pagar por las acciones del primo de Arevin. Sabía que el padre más joven de Stavín tenía suerte de no verse obligado a pagar por su error. Suerte para él, mala suerte para Serpiente. Arevin deseaba poder darle buenas noticias cuando la encontrara. Pero todo lo que podría decirle era: «Lo he explicado, he intentado hacer que tu gente comprenda el miedo de los míos. Pero no me respondieron: quieren verme. Quieren que vuelvas a casa.»

En el borde de una pradera creyó que había oído algo y detuvo su caballo. El silencio tenía presencia propia, a su alrededor, sutilmente diferente del típico de un desierto.

¿He empezado a imaginarme sonidos, se preguntó, igual que imagino su contacto en la noche?

Pero entonces, en los árboles que tenía delante, volvió a oír la vibración de las pezuñas de animales. Un pequeño rebaño de delicados ciervos de las montañas apareció trotando hacia él, con sus patas destellando en blanco y sus largos cuellos flexiblemente arqueados. Comparados con los enormes bueyes almizcleros de su clan, los frágiles

ciervos eran como juguetes. Casi no hacían ruido: eran los caballos de sus pastores los que le habían alertado. Su caballo, ansioso de la compañía de su especie, se acercó.

—Los pastores saludaron y detuvieron sus hermosas monturas. Los dos eran muy jóvenes, de piel bronceada por el sol y pelo rubio muy corto, por su aspecto debían de ser parientes. En Montaña, Arevin se había sentido fuera de lugar con sus ropas del desierto, pero se debía a que lo habían tomado por el loco. No había pensado necesario cambiar su forma de vestir después de aclarar sus intenciones. Pero ahora, los dos jóvenes le miraron un momento, se miraron mutuamente y sonrieron. Arevin empezó a preguntarse si no debería de haber comprado ropas nuevas. Pero tenía poco dinero y no quería emplearlo a menos que fuera en algo absolutamente necesario.

—Estás muy lejos de las rutas comerciales —dijo el pastor. Su tono no era beligerante, sino casual—. ¿Necesitas ayuda?

—No —respondió Arevin—. Pero te lo agradezco.

Los ciervos se arremolinaban a su alrededor. Emitían pequeños sonidos de comunión mutua, como si fueran pájaros.

La pastora gritó y agitó los brazos. Los ciervos se dispersaron en todas las direcciones. Otra diferencia entre este rebaño y el que Arevin apacentaba: la respuesta de un buey almizclero a los gestos de un humano montado a caballo sería acercarse para ver dónde estaba la diversión.

—Dioses, Jean, asustarás a todo bicho viviente desde aquí a Montaña —dijo el muchacho. Pero no parecía preocupado por los ciervos y, de hecho, éstos se agruparon poco más abajo del sendero. Arevin se quedó sorprendido de nuevo por la prontitud con que en este país revelaban sus nombres personales, pero suponía que tendría que acostumbrarse a aquel hecho.

—No podemos hablar con las bestias alrededor —dijo ella, y le sonrió a Arevin—. Es bueno ver la cara de otro ser humano después de no tener nada más que árboles y ciervos. Y a mi hermano.

—Entonces, ¿no habéis visto a nadie más en esta ruta? —Era más una afirmación que una pregunta. Si Serpiente había regresado de Centro y los pastores se habían topado con ella, habría tenido mucho más sentido que viajaran juntos.

—¿Por qué? ¿Estás buscando a alguien? —el joven parecía receloso, o tal vez sólo cansado. ¿Habrían encontrado a Serpiente después de todo? También Arevin podría hacer preguntas impertinentes para proteger a un curador. Y haría muchísimo más por Serpiente.

—Sí —dijo—. A una curadora. Una amiga. Su caballo es gris, y tiene también un pony atigrado, y una niña viaja con ella. Tendría que dirigirse hacia el norte, de vuelta del desierto.

—Pues no lo hace.

—¡Jean!

La muchacha miró a su hermano con el ceño fruncido.

—Kev, no tiene aspecto de querer hacerle daño. Tal vez la necesita para que atienda a alguien enfermo.

—Y tal vez es amigo de ese loco —respondió su hermano—. ¿Por qué la estás buscando?

—Soy amigo de la curadora —repitió Arevin, alarmado—. ¿Visteis al loco? ¿Está Serpiente a salvo?

—¿Ves como está bien? —le dijo Jean a Kev.

—No ha contestado a mi pregunta.

—Ha dicho que era su amigo. Tal vez no es asunto tuyo.

—No, tu hermano tiene derecho a preguntarme —dijo Arevin—. Y tal vez la obligación. Estoy buscando a Serpiente porque le dije mi nombre.

—¿Cuál es tu nombre?

—¡Kev! —dijo Jean, sorprendida.

Arevin sonrió por primera vez desde su encuentro con los dos muchachos. Empezaba a acostumbrarse a las preguntas bruscas.

—Eso es algo que no voy a decirlo a ninguno —respondió amablemente.

Kev frunció el ceño, turbado.

—Ya sabemos —dijo Jean—. Es que estamos tanto tiempo aquí, apartados de la gente...

—Así que Serpiente está de regreso —dijo Arevin, con la voz tensa por la excitación y la alegría—. La visteis. ¿Cuándo?

—Ayer —dijo Kev—. Pero no va por este camino.

—Se dirige hacia el sur —informó Jean.

—¡Al sur! Jean asintió.

—Estábamos allí arriba para recoger el rebaño antes de que nieve. La encontramos cuando bajábamos de los pastos altos. Me compró uno de los caballos de carga para que lo montara el loco.

—Pero ¿por qué está con el loco? ¡La atacó! ¿Estáis seguros de que no la obliga a ir con él?

Jean se echó a reír.

—No. Serpiente estaba al mando. No hay duda. Arevin no dudó tampoco de ella, y así pudo descartar el peor de sus miedos. Pero seguía intranquilo.

—Al sur —dijo—. ¿Qué hay al sur? Pensé que no había ciudades.

—No las hay. Hemos llegado más lejos que nadie. Nos sorprendió encontrarla. Casi nadie usa ese paso, ni siquiera cuando regresan de la ciudad. Pero no nos dijo adonde iba.

—Nadie va nunca más al sur que nosotros —dijo Kev—. Es peligroso.

—¿En qué sentido?

Kev se encogió de hombros.

—¿Vas a seguirla? —preguntó Jean.

—Sí.

—Bien. Pero es hora de acampar. ¿Quieres quedarte con nosotros?

Arevin miró hacia el sur. Las sombras de las montañas pasaban el claro del bosque, y el crepúsculo se cerraba.

—No puedes ir mucho más lejos esta noche —dijo Kev.

—Y éste es el mejor sitio para acampar en medio día de viaje.

Arevin suspiró.

—De acuerdo —dijo—. Gracias. Acamparé aquí esta noche.

Arevin agradeció el calor del fuego que crepitaba en el centro del campamento. La fragante leña hacía saltar chispas. Los ciervos de las montañas eran una sombra oscura que se movía en el prado, completamente silenciosa, pero los caballos hacían resonar sus cascos de vez en cuando: pastaban ruidosamente, arrancaban con los dientes los brotes de hierba más tierra. Kev ya se había envuelto en sus mantas; roncaba suavemente junto a la hoguera. Jean estaba sentada frente a Arevin, con las rodillas apretadas contra su pecho. La luz del fuego prestaba a su cara una tonalidad rojiza. Bostezó.

—Creo que me voy a dormir —dijo—. ¿Y tú?

—Sí. Dentro de un momento.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti? —preguntó ella. Arevin alzó la cabeza.

—Ya habéis hecho mucho. Ella le miró con curiosidad.

—No me refería a eso exactamente.

El tono de su voz no era molesto del todo; era más suave, pero lo suficientemente cambiado para que Arevin supiera que pasaba algo.

—No entiendo qué quieres decir.

—¿Cómo lo decís en tu pueblo? Te encuentro atractivo. Te estoy preguntando si te gustaría acostarte conmigo esta noche.

Arevin miró a Jean sin expresión, pero estaba turbado. Deseó no ruborizarse. Tanto Thad como Larril le habían preguntado lo mismo, y él no los había comprendido. Los había rechazado como quien no quiere la cosa, seguramente ellos habrían pensado como mínimo que era una descortesía por su parte. Arevin esperó que se dieran cuenta de que no los había comprendido, que sus costumbres eran diferentes.

—Estoy sana, si eso es lo que te preocupa —dijo Jean con cierta aspereza—. Y mi control es excelente.

—Te pido perdón —dijo Arevin—. No te comprendí. Me siento honrado por tu invitación y no dudo de tu salud ni de tu control. Ni tú tendrías que dudar de mí. Pero sino te ofendo, debo decir que no.

—No importa —repuso Jean—. Era sólo una idea. Arevin notó que estaba herida. Al haber rechazado tan brusca e involuntariamente a Thad y Larril, sentía que al menos le debía una explicación. No estaba seguro de cómo explicar sus sentimientos, pues ni siquiera él mismo estaba seguro tampoco de comprenderlos.

—Te encuentro muy atractiva —dijo Arevin—. No quisiera que me malinterpretaras. Pero acostarme contigo no sería justo, mi atención estaría... en otra parte.

Jean le miró a través de las ondas caloríficas de la hoguera.

—Puedo despertar a Kev si quieres. Arevin sacudió la cabeza.

—Gracias. Pero quería decir que mi atención estaría en otro lugar, no en este campamento.

—Oh —dijo ella, con súbita comprensión—. Ya veo. Note lo reprocho. Espero que la encuentres pronto.

—Espero no haberte ofendido.

—No importa —dijo Jean, con un poco de tristeza—. Supongo que no servirá de nada que te diga que no estoy buscando nada permanente, ni siquiera más allá de esta noche.

—No —respondió Arevin—. Lo siento. Sería lo mismo.

—De acuerdo —ella recogió su manta y se acercó al fuego—. Que duermas bien.

Más tarde, tendido en su petate, no resguardado del todo del frío, Arevin pensó lo agradable y cálido que se sentiría junto a otra persona. Se había emparejado con miembros de su clan y de otros vecinos toda su vida, pero hasta que conoció a Serpiente, no había conocido a nadie con quien pudiera unirse. Desde que la había encontrado, no había sentido deseos hacia nadie más, y lo que era aún más extraño, ni se había dado cuenta de que no se sentía atraído por nadie. Permaneció tendido en el duro suelo, reflexionando, y tratando de recordarse a sí mismo que no tenía ninguna evidencia más que un breve roce y unas cuantas palabras ambiguas de que Serpiente sintiera hacia él algo más que una atracción casual. Sin embargo, podía abrigar esperanzas.

Durante largo rato, Serpiente no se movió. En realidad, no pensaba que pudiera hacerlo. Seguía esperando que amaneciera, pero la noche persistía. Tal vez los seguidores de Norte habían cubierto el pozo para mantenerlo a oscuras, pero sabía que aquello era ridículo, aunque sólo fuera porque Norte querría poder verla y reírse de ella.

Mientras consideraba la oscuridad, la luz empezó a brillar sobre su cabeza. Miró hacia arriba, pero todo eran sombras difuminadas y extraños ruidos que se hacían cada vez más fuertes. Escuchó el sonido de cuerdas y madera rozando las paredes de piedra de la grieta y se preguntó qué otro pobre desgraciado había encontrado el refugio de Norte, y entonces, mientras una plataforma descendía suavemente hacia ella por medio de unas poleas, vio que era el propio Norte quien bajaba. Serpiente no podía sujetar a Melissa con más fuerza o esconderla de él, ni siquiera levantarse y luchar por ella. Las luces de Norte iluminaron la grieta y la deslumhraron.

El gigante bajó de su plataforma mientras las cuerdas caían a un lado. Dos de sus seguidores le seguían, portando linternas. Dos grupos de sombras se recortaron en las paredes.

Cuando Norte se hubo acercado lo suficiente, la luz los envolvió y Serpiente pudo verle la cara. Él le sonrió.

—Mis serpientes del sueño te aprecian —dijo, señalando hacia sus pies, donde las serpientes se arremolinaban camino de sus rodillas—. Pero no debes ser tan egoísta.

—Melissa no las quiere —respondió Serpiente.

—Debo decir que no esperaba que estuvieras tan lúcida.

—Soy una curadora.

Norte frunció el ceño, dudando.

—Ah. Ya veo. Sí, tendría que haberlo pensado. Eres resistente, ¿verdad?

Hizo un gesto hacia sus seguidores; éstos soltaron sus linternas y se acercaron a Serpiente. La luz iluminó la cara de Norte desde abajo, y moteó su piel blanca como el papel de extrañas sombras negras. Serpiente retrocedió en un intento de apartarse de sus hombres, pero tenía la roca a sus espaldas; no podía huir a ningún sitio. Los seguidores se abrieron pasó fácilmente entre las piedras y las serpientes del sueño. Al contrario de Serpiente, estaban bien calzados. Uno alargó la mano para quitarle a Melissa. La curadora sintió las serpientes del sueño desenredándose de sus tobillos, y las oyó deslizarse por la roca.

—¡Atrás! —gritó, pero una mano escuálida trató de quitarle a Melissa de los brazos. Serpiente se abalanzó y mordió. Fue lo único que se le ocurrió. Sintió la fría carne retorcerse entre sus dientes hasta que encontró el hueso; saboreó la cálida sangre. Deseó tener dientes más afilados, dientes agudos con canales para albergar veneno. Tal como estaban las cosas, todo lo que podía hacer era esperar que la herida se infectase.

El seguidor de Norte retrocedió con un alarido, al tiempo que apartaba la mano, y Serpiente escupió su sangre. Hubo una ráfaga de movimiento, y los otros la agarraron por el pelo, el brazo y las ropas y la sostuvieron mientras le quitaban a Melissa. Norte la agarró por el pelo con sus largos dedos y le echó hacia atrás la cabeza contra la pared, para que no pudiera volver a morder. La sacaron a la fuerza del estrecho extremo de la grieta. Luchando contra ellos, Serpiente cayó al suelo mientras uno de los seguidores se volvía con Melissa hacia la plataforma. Norte volvió a tirarle del pelo y la arrastró. Sus rodillas se derrumbaron. Intentó levantarse, pero ya no tenía nada con lo que luchar, no le quedaban fuerzas para combatir el cansancio y las heridas. Agarrándose el hombro derecho con la mano izquierda, con los dedos llenos de sangre, se hundió en el suelo.

Norte le soltó el pelo y se acercó a Melissa, la miró a los ojos y le tomó el pulso. Volvió a observar a Serpiente.

—Te dije que no la apartaras de mis criaturas. Serpiente alzó la cabeza.

—¿Por qué estás intentando matarla?

—¿Matarla? No sabes ni la décima parte de lo que crees que sabes. Tú eres la única que la ha puesto en peligro —Soltó a Melissa, regresó junto a la curadora y se agachó para capturar varias serpientes. Las metió en una bolsa donde las introdujo con cuidado para que no le mordieran.

—Tendré que sacarla de aquí para salvarle la vida. Te odiará por haberle arruinado su primera experiencia. Los curadores sois demasiado arrogantes.

Serpiente se preguntó si tenía razón en lo que decía sobre la arrogancia; en ese caso, tal vez tendría también razón respecto a Melissa, respecto a todo lo demás. No podía pensar con propiedad para discutir con él.

—Sé amable con ella —susurró.

—No te preocupes. Será feliz conmigo —hizo un gesto con la cabeza a sus dos seguidores. Mientras éstos se le acercaban, Serpiente intentó levantarse y prepararse para la última defensa. Se estaba irguiendo sobre una rodilla cuando el hombre al que

había mordido la agarró por el brazo derecho y la obligó a pegarse al suelo, retorciéndole de nuevo el hombro. El segundo seguidor la agarró por el otro lado.

Norte se inclinó sobre ella. En la mano sostenía una serpiente del sueño.

—¿Hasta qué punto estás segura de tus inmunidades, curadora? ¿También te sientes arrogante sobre ellas?

Uno de los hombres obligó a Serpiente a echar la cabeza hacia atrás para que dejara al descubierto su garganta. Norte era tan alto que aún podía ver cómo hacía descender hacia ella la serpiente del sueño.

Los colmillos se hundieron en su carótida. No pasó nada. Sabía que sería así. Deseaba que Norte se diera cuenta y la soltara, que la dejara tenderse en las frías rocas para dormir, aunque fuera para no volver a despertarse. Estaba demasiado cansada para seguir luchando, demasiado cansada para reaccionar incluso cuando el seguidor de Norte relajó su presa. La sangre corría por su cuello hasta el pecho. Norte cogió otra serpiente del sueño y la dirigió a su garganta.

Cuando la segunda serpiente la mordió, sintió una repentina descarga de dolor que se extendía desde su garganta a través de todo su cuerpo. Jadeó mientras se retiraba, y se quedó temblorosa.

—Ah —dijo Norte—. La curadora está empezando a comprendernos —dudó un momento mientras la contemplaba. Una más, tal vez —dijo—. Sí.

Cuando se inclinó de nuevo sobre ella, su cara estaba en sombras y la luz formaba un halo con su pelo claro y fino. En sus manos, la tercera serpiente del sueño era una sombra silenciosa.

Serpiente retrocedió, pero los seguidores de Norte no aflojaron su presa. Actuaban como si estuvieran hipnotizados por la negra mirada de la serpiente. Se echó hacia adelante y por un momento quedó libre, pero dedos como garras se hundieron en su carne y el hombre al que había mordido maldijo lleno de furia. Para obligarla a echarse hacia atrás, le retorció el brazo derecho con una mano y le hundió las uñas de la otra en su hombro herido.

Norte, que se había apartado del forcejeo, se acercó de nuevo.

—¿Por qué luchas, curadora? Comparte el placer que proporcionan mis criaturas.

Acercó la tercera serpiente del sueño a su garganta. El animal atacó.

Esta vez el dolor la surcó como antes, pero cuando se difuminó le siguió otra oleada de agonía. Serpiente gritó.

—Ah —oyó decir a Norte—. Ahora comprende.

—No... —susurró ella.

Se calló. No le daría a Norte la satisfacción de su dolor.

Los sicarios la soltaron y cayó hacia adelante, mientras trataba de apoyarse con la mano izquierda. Esta vez, la intensidad de la sensación no remitió. Se repitió una y otra vez, como un eco, por el cañón de su cuerpo, construyéndose, reforzándose, resonando. Serpiente temblaba con cada latido. Trataba de respirar entre los agónicos espasmos, y se desplomó contra la fría y dura roca.

La luz del día se filtraba en la grieta. Serpiente estaba tendida en el suelo, con una mano doblada ante ella. La escarcha cubría de plata los rasgados ribetes de su manga. Una gruesa capa blanca de cristales helados cubría los fragmentos de roca del suelo y el lado de la grieta. Fascinada por sus dibujos, Serpiente dejó que su mente vagara entre las delicadas hojas. Mientras las observaba, se hicieron tridimensionales. Estaba en un bosque prehistórico de helechos y coníferas, todo en blanco y negro.

Aquí y allá, senderos húmedos cortaban las huellas, volviendo bruscamente a la bidimensionalidad, formando un segundo dibujo más burdo. Las líneas oscuras parecían las huellas de las serpientes del sueño, pero Serpiente no esperaba que ninguno de los

animales estuviera vivo con esta temperatura, ninguno podría deslizarse sobre el suelo cubierto de hielo.

Tal vez Norte, para salvaguardarlas, las había llevado a un lugar más cálido.

Mientras esperaba que aquello fuera cierto, escuchó el silencioso roce de escamas contra la piedra. Una de las criaturas, al menos, se había quedado allí. Esto la consoló, pues significaba que no estaba completamente sola.

Esta debe ser una bestia fuerte, pensó.

Puede que fuera la grande que la había mordido. Su tamaño era suficiente para producir y conservar un poco de calor corporal. Abrió los ojos e intentó localizar el sonido. Antes de que pudiera mover la mano, si es que podía hacerlo, vio a las serpientes.

Porque quedaban más de una. Dos, no, tres serpientes del sueño entrelazadas una contra otra sólo a un palmo de distancia. Ninguna era la grande; ninguna era mucho más grande de lo que había sido Silencio. Se enroscaban y se retorcían, dibujaban en la capa de escarcha oscuros jeroglíficos que Serpiente no podía descifrar. Los símbolos tenían un significado, de eso estaba segura. Sólo una parte del mensaje estaba ante sus ojos, así que, lentamente, con dificultad, volvió la cabeza para observar las huellas entrelazadas. Las serpientes del sueño permanecían al borde de su campo visual, frotándose unas contra otras, formando con sus cuerpos hélices de triples trenzas.

Las serpientes se congelaban y morían, eso tenía que ser, y tenía que llamar a Norte de alguna manera para que las salvase. Serpiente se apoyó sobre los codos, pero no pudo levantarse más. Se revolvió en un intento de hablar, pero una oleada de náuseas se apoderó de ella. Norte y sus criaturas. Serpiente trató de vomitar, pero no había nada en su estómago que pudiera ayudarla a purgar su revulsión. Aún estaba bajo los efectos del veneno.

El agudo dolor se había reducido a un golpeteo sordo. Se esforzó por superarlo, por sentirlo cada vez menos, pero no pudo mantener la energía necesaria. Derrotada, volvió a desmayarse.

Serpiente emergió del sueño, no de la inconsciencia. Seguía notando el dolor de las heridas, pero sabía que las había derrotado al ahuyentarlas, una por una, y que no regresarían. Aún estaba libre, y Norte no podría esclavizarla con las serpientes del sueño. El loco había descrito el éxtasis, por tanto el veneno no la había afectado como hacía con los seguidores del gigante. No sabía si era debido a sus inmunidades de curadora o a causa de la resistencia de su voluntad. Realmente, no importaba.

Comprendió por qué Norte había mostrado tanta seguridad al decir que Melissa no moriría congelada. El frío permanecía, y Serpiente era consciente de ello, pero sentía calor, incluso fiebre. No sabía cuánto tiempo podría conservar su cuerpo el metabolismo incrementado, pero sentía la sangre circulando en su interior y sabía que no tenía que temer la congelación.

Recordó a las serpientes del sueño, activas más allá de toda posibilidad sobre el suelo cubierto de joyas de escarcha.

Debe de haber sido un sueño, pensó.

Pero miró alrededor, y entre los oscuros jeroglíficos de sus huellas se enroscaba un triplete de pequeñas serpientes. Vio un segundo triplete, luego un tercero, y de repente, llena de asombro y delicia, comprendió el mensaje que este lugar y sus criaturas habían intentado darle. Era como si fuera la representante de todas las generaciones de curadores, enviada aquí a propósito para aceptar lo que se le ofrecía.

Al mismo tiempo que se preguntó por qué habían tardado tanto tiempo en descubrir los secretos de las serpientes del sueño, comprendió los motivos. Ahora que había expulsado el veneno, podía entender lo que los jeroglíficos le decían, y veía mucho más que los múltiples tripletes de serpientes del sueño copulando sobre las gélidas piedras.

Su pueblo, como todos los otros pueblos de la tierra, estaba demasiado metido en sí mismo, era demasiado introspectivo. Tal vez aquello era inevitable, pues su aislamiento tenía buenas razones. Pero como resultado, los curadores no tenían perspectiva de los problemas; para proteger a las serpientes del sueño, habían impedido que maduraran. Aquello era también inevitable: las serpientes del sueño eran demasiado valiosas para arriesgarse a experimentar con ellas. Era más seguro producir unas pocas por medio de clones trasplantados nuclearmente que amenazar las vidas de las que ya poseían los curadores.

Serpiente sonrió ante la claridad y simpleza de la solución. Naturalmente que las serpientes del sueño no maduraban nunca. En algún punto de su desarrollo, necesitaban este amargo frío. Naturalmente que rara vez se apareaban, ni tan siquiera las pocas que maduraban espontáneamente: el frío disparaba también la reproducción. Y finalmente: en los diferentes intentos para que las serpientes maduras se aparearan, los curadores seguían tediosos planes para ponerlas juntas... dos a dos.

A falta de ningún otro nuevo conocimiento, los curadores comprendieron que las serpientes del sueño eran alienígenas, pero no había sido capaces de llegar hasta el final de su conclusión.

Dos a dos. Serpiente se rió silenciosamente.

Recordó las apasionadas discusiones con otros curadores durante las clases, en el almuerzo, en su entrenamiento, sobre si las serpientes del sueño serían diploides o hexaploides, pues el número de cuerpos nucleares convertía cada planteamiento en una posibilidad. Pero en todos aquellos debates,

nadie había sospechado la verdad. Las serpientes del sueño eran triploides, y requerían un triplete, no una pareja. La hilaridad de Serpiente se disolvió en una triste sonrisa de pena por todos los errores que ella y su pueblo habían cometido durante tantísimos años, obstaculizados como estaban por la falta de información apropiada, por una tecnología mecánica insuficiente para proporcionar las posibilidades biológicas, por el etnocentrismo. Y por el aislamiento forzoso de la tierra con respecto a los otros mundos, por el aislamiento autoimpuesto de tantos pueblos hacia los demás. Su pueblo había cometido errores: con las serpientes del sueño sólo habían obtenido algún éxito por equivocación.

Ahora que Serpiente comprendía, tal vez era demasiado tarde.

Serpiente se sentía cálida, tranquila y soñolienta. La sed la hizo despertarse; luego el recuerdo. La grieta estaba más brillante que nunca, y las rocas sobre las que se hallaba estaban secas. Movié la mano y sintió el calor de la negra roca.

Se incorporó y verificó su estado. Le dolía la rodilla, pero no estaba hinchada. Apenas le dolía el hombro. No sabía cuánto tiempo había dormido, pero ya había empezado a curarse.

El agua caía en un pequeño riachuelo en el otro lado del pozo. Serpiente se levantó y se acercó apoyándose en la pared de roca. Se sentía temblorosa, como si de repente hubiera envejecido muchos años. Pero aún conservaba su fuerza, sentía cómo regresaba gradualmente. Se arrodilló junto al arroyo, tomó agua con las manos y bebió con cautela. El agua estaba fría y clara. Bebió profusamente, confiando en su decisión. Resultaba extremadamente difícil envenenar a un curador, pero no quería desafiar a su cuerpo con más toxinas.

El agua casi helada hizo que le doliera el estómago vacío. Descartó los pensamientos de comida y se alzó en el centro de la grieta, girándose lentamente para inspeccionarla a la luz del día. Las paredes eran ásperas, pero no tenían fisuras; no podía ver ningún lugar donde asirse. El borde era tres veces más alto de lo que podría saltar aun en el caso de que no estuviera herida. Pero tenía que salir de alguna forma. Tenía que encontrar a Melissa y escapar.

Se sentía mareada. Temiendo dejarse llevar por el pánico, respiró profunda y lentamente durante unos instantes, y cerró los ojos. Le resultaba difícil concentrarse porque sabía que Norte regresaría en cualquier momento. El gigante querría mofarse de ella mientras estuviera despierta, ya que había vencido sus inmunidades y la había afectado con el veneno. Su odio le haría desear verla arrastrarse como el loco, suplicando hasta que la satisficiera y debilitándose cada vez que lo hiciera. Tiritó y abrió los ojos. En cuanto Norte se diera cuenta del efecto auténtico que tenía sobre ella, lo usaría para matarla, sin duda.

Serpiente se sentó y se quitó el turbante de Melissa que le cubría el hombro. El material estaba rígido y sucio por la sangre, y tuvo que empapararlo para quitar la última capa que permanecía pegada a su piel. Pero la costra de la herida era gruesa y no volvió a sangrar. La herida no era limpia: la cicatriz se llenaría de suciedad y porquería a menos que hiciera algo pronto. Pero no se infectaría y no podía perder tiempo con ella ahora. Rasgó un par de estrechas tiras de un borde del trozo de tela y con el resto hizo una especie de bolsa. Cuatro grandes serpientes del sueño se retorcían en las rocas casi a su alcance. Las capturó, las metió en el saco y buscó más. Las que tenía eran maduras con seguridad, y tal vez una o dos incluso estaban formando huevos fértiles. Capturó tres más, pero el resto había desaparecido. Caminó por entre las piedras con más cuidado, buscando alguna señal de madrigueras, pero no encontró nada.

Se preguntó si no habría imaginado o soñado la escena del apareamiento. Le había parecido tan real...

Lo hubiera soñado o no, antes había muchas más serpientes del sueño en la grieta. O sus agujeros estaban demasiado bien ocultos para que pudiera encontrarlos sin llevar a cabo una búsqueda más exhaustiva, o Norte se había llevado el resto.

De reojo, vio que algo se movía y se dio la vuelta. Estiró la mano para agarrar la serpiente del sueño y ésta la atacó. Retiró la mano, contenta de ver que, después de todo lo que había sucedido, sus reflejos eran todavía capaces de evitar los colmillos. No temía la mordedura: su inmunidad al veneno en este momento sería extremadamente alta. Cada vez que quedaba expuesta a él, hacía falta más cantidad para afectarla. Pero no quería volver a experimentarlo.

Capturó a la última serpiente del sueño grande y la metió en la bolsa, ató la bolsa con una de las tiras de material y se la ató a la cintura con la otra, dejando un largo ronzal.

Sólo veía una manera de escapar. Bueno, había otra manera, pero dudaba que tuviera tiempo de construirse una escalera de piedras y salir de allí. Regresó al extremo de la grieta, al estrecho lugar donde las paredes convergían, donde había sostenido a Melissa.

Algo le hizo cosquillas en el pie desnudo. Miró al suelo y vio la serpiente del sueño recién nacida. Se agachó y la recogió con cuidado para no molestarla. El tejido córneo había caído, y las escamas de debajo eran de color rosa pálido en torno a su boca. Con el tiempo, se volverían escarlata. La diminuta serpiente saboreó el aire con su lengua trífida, hundió la nariz contra su palma, y se enroscó en su pulgar. Serpiente se la guardó en el bolsillo del pecho de su camisa rasgada, donde podía sentir cómo se movía bajo la fina capa de tela. Era joven, y podría domarla. El calor de su cuerpo la acunó.

Serpiente se introdujo en el estrecho espacio. Apoyándose presionó sus hombros y su columna contra la roca. La herida no había vuelto a dolerle, pero no sabía cuánto esfuerzo podría soportar. Se preparó para no sentir el dolor, pero el cansancio y el hambre hacían difícil la concentración. Serpiente colocó su pie derecho contra la pared opuesta y apretó, tensándose. Con cuidado colocó el otro pie sobre la pared y quedó suspendida entre las dos caras de la grieta. Empujó con los dos pies, deslizando los hombros hacia arriba, y apretó las manos. Deslizó los pies un poco más arriba y volvió a empujar, estaba arrastrándose hacia arriba.

Una guijarro se soltó bajo su pie y resbaló. Arañó la pared, tratando de conservar la posición. La piedra le rasgó los codos y la espalda. Cayó, aterrizando de mala forma.

Buscó aire, intentó levantarse y luego se tendió. Temblaba de arriba a abajo. Cuando por fin se calmó, inspiró profundamente y se puso en pie de nuevo. Su rodilla mala temblaba ligeramente debido al esfuerzo.

Al menos, no había caído sobre las serpientes del sueño. Se llevó al mano al bolsillo y sintió a la pequeña moviéndose tranquilamente.

Cerrando con fuerza los dientes, Serpiente se apretó contra la pared. Empezó a subir de nuevo, moviéndose con más cuidado, palpando en busca de piedras rotas antes de hacer presión sobre ningún punto nuevo. La roca le arañaba la espalda y las manos le resbalaban por efecto del sudor. Continuó: se imaginó mirando por encima del borde de su prisión el horizonte.

Oyó algo y se quedó inmóvil. No es nada, pensó. Un pedazo de piedra que golpeaba a otra. La roca volcánica siempre parece viva cuando choca contra sí misma.

Los músculos de sus muslos temblaban con el esfuerzo. Le picaban los ojos y la visión se le nublabá por el abundante sudor.

El sonido se repitió. No eran rocas que chocaban, sino dos voces. Y una era la de Norte.

Casi llorando de frustración, Serpiente volvió a bajar por la grieta. Descender resultó igual de difícil, y le pareció que pasaba mucho tiempo antes de poder acortar de un salto el resto del camino. Su espalda, manos y pies arañaban la roca. Hacía tanto ruido en aquel espacio cerrado, que estaba segura de que Norte la oiría. Mientras una roca caía por una cara de la grieta, Serpiente se tendió en el suelo y se enroscó en torno al saco de las serpientes del sueño. Se quedó inmóvil, intentando anular los temblores de la fatiga a base de pura fuerza de voluntad. Necesitaba desesperadamente jadear para recuperar la respiración, pero se obligó a respirar lentamente, como si estuviera profundamente dormida. Hizo como que cerraba los ojos, pero podía ver la sombra que se cernía sobre ella.

—¡Curadora! Serpiente no se movió.

—¡Curadora, despierta!

Oyó el golpe de una bota contra las piernas. Una lluvia de fragmentos de roca cayó sobre ella.

—Sigue durmiendo, Norte —dijo el loco—. Como todos los demás, menos tú y yo. Vámonos a dormir, Norte. Por favor, déjame dormir.

—Calla. Ya no queda veneno. Las serpientes están exhaustas.

—Podrían morder una vez más. O déjame bajar y coger otra, Norte. Una grande. Así podré asegurarme de que la curadora está durmiendo de verdad.

—¿Y a mí qué me importa si duerme o no?

—No puedes confiar en ella, Norte. Es astuta. Me engañó para que la trajera aquí...

La voz del loco se perdió con sus pasos y los de Norte. Por lo que Serpiente pudo oír, Norte no se molestó en replicar de nuevo.

Mientras se marchaban, Serpiente se movió sólo lo suficiente para colocar la mano sobre el bolsillo de su camisa. La recién nacida está aún bien; podía sentirla moverse lenta y tranquilamente bajo sus dedos. Empezó a creer que, si alguna vez llegaba a salir viva de la grieta, la diminuta serpiente lo haría también. O tal vez sería al contrario. Su mano temblaba; la retiró para no asustar a la serpiente. Se dio la vuelta muy despacio y miró al cielo. La parte superior de la grieta parecía encontrarse a una distancia inmensa, como si cada vez que intentaba escalar, sus paredes se hicieran más altas. Una cálida gota corrió por su cara para perderse en su pelo.

Serpiente se sentó. Le costó más trabajo ponerse en pie, pero finalmente se alzó en el estrecho espacio entre las paredes y miró la cara de la roca. Las zonas arañadas de su espalda rozaban contra la piedra, y la herida en su hombro corría el peligro de volver a abrirse de un momento a otro. Sin mirar hacia arriba, Serpiente colocó un pie contra la pared, se agarró, apoyó el otro pie y empezó a subir de nuevo.

Mientras se iba arrastrando cada vez más arriba, pudo sentir que la tela de sus ropas se rompía bajo sus hombros. El turbante anudado se elevó del suelo y rozó la pared bajo ella. Empezó a balancearse; era lo suficientemente pesado como para perturbar el equilibrio. Se detuvo, suspendida como un puente que no condujera a ninguna parte, hasta que el péndulo redujo su oscilación. La tensión de los músculos de sus piernas aumentó hasta que apenas pudo sentir la roca contra sus pies. No sabía lo que le faltaba para llegar a la cúspide y no quería mirar.

Había llegado más alto que antes; aquí las paredes de la grieta se hacían más anchas y le resultaba más difícil agarrarse. A cada pequeño paso que daba, tenía que estirar las piernas un poco más. Ahora estaba suspendida por los hombros, por las manos y por los talones. No podía seguir mucho más. Bajo su mano derecha, la piedra estaba húmeda de sangre. Se esforzó en subir por última vez. Bruscamente, su nuca asomó por encima del borde de la grieta y pudo ver el suelo y las colinas y el cielo. El brusco cambio casi deshizo su equilibrio. Se agarró con el brazo izquierdo, cogiéndose al borde de la grieta con el codo y luego con la mano. Giró el cuerpo y se agarró al suelo con la mano derecha. La herida del hombro le soltó una descarga por la espalda hasta las yemas de los dedos. Hundió las uñas en el suelo, resbaló, se aferró. Buscó un sitio donde apoyar el pie y, de alguna manera, lo encontró. Se colgó contra el muro durante un instante, jadeando en busca de aire y sintiendo las magulladuras en sus caderas donde se había golpeado contra la roca. Por encima de su pecho, en su bolsillo, comprimida pero no aplastada, la serpiente del sueño recién nacida se revolvía infelizmente.

Utilizando sus últimas fuerzas, Serpiente pasó el borde de la grieta y quedó tendida, jadeante, en la superficie horizontal. Todavía le temblaban las piernas. Se arrastró el resto del camino. El turbante roto rozó el suelo de piedra, y su tejido se estiró y se rasgó. Serpiente lo cogió con cuidado y lo colocó a un lado. Sólo entonces, con una mano sobre las serpientes y la otra casi acariciando el terreno sólido, pudo mirar a su alrededor y asegurarse de que no la había visto a nadie. Por el momento, al menos, estaba libre.

Se desabrochó el bolsillo y miró a la serpiente, apenas podía creer que no hubiera sufrido ningún daño. Volvió a abrocharse, cogió una de las cestas de la pila junto a la piedra y metió en ella a las serpientes maduras. Se cargó la cesta a la espalda, se puso temblorosamente en pie y se encaminó a los túneles que circundaban el cráter.

Pero los túneles la rodeaban como si fueran reflejos infinitos, y no pudo recordar por cuál de ellos había venido. Estaba enfrente del gran canal refrigerador, pero el cráter era tan amplio que cualquiera de las tres salidas podía haber sido la que deseaba.

Tal vez sea lo mejor, pensó Serpiente. Tal vez siempre entran por el mismo y tendré más posibilidades de escapar si sigo uno que esté desierto. O tal vez no importa cuál tome, me encontraré con alguien, o tal vez todos los demás conducen a callejones sin salida.

Al azar, Serpiente entró en el túnel situado a mano izquierda. Por dentro parecía diferente, pero eso era debido a que la escarcha se había fundido. También había antorchas en este túnel, de modo que los seguidores de Norte tenían que utilizarlo para algo. Pero la mayoría de ellas habían ardido hasta casi consumirse, y Serpiente se arrastró en la oscuridad desde un vago punto destellante al siguiente, pegada a la pared para poder regresar si el túnel no la conducía al exterior. Cada nueva luz tenía que ser la boca del túnel, pero cada vez encontraba otra antorcha debilitándose. El corredor se extendía hacia adelante. Por mucho que la hubieran acosado antes, por agotada que estuviera ahora, sabía que el primer túnel no había sido tan largo.

Una luz más, pensó. ¿Y entonces...?

El humo negro flotaba a su alrededor, sin revelar siquiera una corriente de aire que pudiera mostrarle el camino. Se detuvo junto a la antorcha y se dio la vuelta. Sólo había oscuridad a su espalda. Las otras llamas se habían apagado, o había tomado una curva que le impedía verlas desde aquí. No podía volver atrás.

Recorrió un gran trecho en la oscuridad antes de ver la siguiente luz. Deseó que fuera la luz del día, hizo tratos y apuestas consigo misma para que así fuera, pero supo que se trataba de otra antorcha ya antes de alcanzarla. Casi se había apagado; era apenas era un rescoldo. Pudo oler el humo acre de una llama moribunda.

Serpiente se preguntó si no se estaría dirigiendo hacia otro pozo, hacia otra grieta que la esperaba en la oscuridad. A partir de entonces, caminó con más precaución, arrastraba el pie hacia adelante sin descargar sobre él su peso hasta asegurarse de que pisaba suelo firme.

Cuando apareció la siguiente antorcha, apenas la advirtió.

No ofrecía la luz suficiente como para ayudarla a guiarse. La cesta se le hacía más pesada y empezaba a notar los efectos de todo cuanto le había sucedido. Le dolían terriblemente la rodilla y el hombro, tanto que tuvo que meterse la mano en el cinturón y dejar reposar el brazo contra su cuerpo. Mientras se arrastraba por el peligroso sendero, pensaba que no podía levantar los pies más alto ni siquiera aunque pudiera hacerlo.

De repente, se encontró en la falda de una colina, a la luz del día, bajo los extraños árboles retorcidos. Miró a su alrededor, atontada, y luego estiró la mano izquierda y acarició la áspera corteza del árbol. Tocó una frágil hoja con un dedo dolorido y arañado.

Serpiente quiso sentarse, reír, descansar, dormir. En cambio, giró a la derecha y dio la vuelta a la colina, esperaba que el largo túnel no la hubiera conducido demasiado lejos del campamento de Norte. Deseó que el gigante o el loco hubieran hecho alguna mención al lugar donde habían puesto a Melissa.

Los árboles terminaron bruscamente. Serpiente casi se internó en el claro antes de detenerse y esconderse en las sombras. Densos matorrales bajos de hojas redondas alfombraban el prado con una sólida capa de vegetación escarlata. Sobre el colchón natural estaban tendidos los hombres que había visto con Norte, y más gente. Todos estaban dormidos. Soñando, supuso Serpiente. La mayoría yacían boca arriba, con las cabezas echadas hacia atrás, la garganta al descubierto, revelando las marcas de los pinchazos y unos hilillos de sangre entre muchas otras cicatrices. Serpiente los miró de uno en uno, sin reconocer a nadie, hasta que llegó al otro extremo del claro. Allí, a la sombra de un árbol alienígena, dormía el loco. Su posición difería de la de los demás: estaba boca abajo, y tenía extendidos los brazos ante él como en gesto de súplica. Estaba descalzo, tenía los pies desnudos. Mientras Serpiente atravesaba el claro para acercarse a él, vio las múltiples marcas de colmillos en el interior de sus brazos y tras las rodillas. Así que Norte había encontrado una serpiente todavía útil y el loco había conseguido por fin lo que quería.

Pero Norte no estaba en el claro, y Melissa tampoco. Un sendero muy gastado conducía de nuevo al bosque.

Serpiente lo siguió con cautela, dispuesta a esconderse entre los árboles al menor signo de alerta. Pero no pasó nada. Incluso podía oír el rumor de los animalillos, los pájaros o las indescritibles bestias alienígenas mientras caminaba descalza sobre el duro terreno.

El sendero terminaba justo a la entrada del primer túnel. Allí, junto a una gran cesta, con sólo una serpiente del sueño en las manos, estaba sentado Norte.

Serpiente le observó con curiosidad. Sostenía al animal con cuidado, por detrás de la cabeza, para que no pudiera atacar. Con la otra mano, acariciaba sus suaves escamas verdes. Serpiente había advertido antes que Norte no tenía cicatrices en la garganta, y suponía que utilizaba un método más lento y más placentero de tomar el veneno. Pero ahora las mangas de su túnica estaban caídas y pudo ver claramente que sus pálidos brazos tampoco aparecían cubiertos por las cicatrices.

Serpiente frunció el ceño. Melissa no estaba en ningún lugar a la vista. Si Norte la había vuelto a meter en las cuevas, Serpiente podría buscarla fútilmente durante días y no encontrarla. No le quedaban fuerzas para una larga búsqueda. Salió al claro.

—¿Por qué no dejas que te muerda? —preguntó.

Norte se sobresaltó violentamente, pero no perdió el control de la serpiente. Miró a la curadora con un gesto de pura confusión. Miró rápidamente a su alrededor como si advirtiera por primera vez que no tenía cerca a su gente.

—Están todos dormidos, Norte —dijo Serpiente—. Soñando. Incluso el que me trajo aquí.

—¡Venid! —gritó Norte, pero nadie contestó.

—¿Cómo has salido? —susurró Norte—. He matado a curadores... y nunca tenían magia. Eran tan fáciles de matar como cualquier otra criatura.

—¿Dónde está Melissa?

—¿Cómo saliste? —gritó él.

Serpiente se le acercó sin ninguna idea de lo que iba a hacer. Ciertamente, Norte no era fuerte, pero sentado era aún casi tan alto como ella de pie, y ahora mismo carecía de fuerzas. Se detuvo delante de él.

Norte agitó la serpiente del sueño delante de su cara, como si pretendiera asustarla o atarla a su voluntad con el simple deseo.

Serpiente estaba tan cerca que estiró la mano y acarició al ofidio con la yema de un dedo.

—¿Dónde está Melissa?

—Es mía —dijo él—. No pertenece al mundo exterior. Su lugar es éste.

Pero sus ojos claros y nerviosos le traicionaban. Serpiente siguió su mirada y vio la gran cesta, casi tan larga como su altura y la mitad de profunda. Serpiente se acercó a ella y levantó cuidadosamente la tapa. Dio involuntariamente un paso atrás y tomó aire llena de ira. La cesta estaba casi rebosante de una sólida masa de serpientes del sueño. Se volvió hacia Norte, furiosa.

—¿Cómo has podido...?

—Era lo que necesitaba.

Serpiente le dio la espalda y lentamente, con cuidado, empezó a sacar las serpientes del sueño de la cesta. Había tantas que no podía ver a Melissa más que como una vaga sombra. Sacó a una pareja de serpientes del cesto, y cuando ya no pudieron alcanzar a su hija, las dejó caer al suelo. La primera se deslizó sobre su pie y se enroscó en su tobillo, pero la segunda se perdió rápidamente entre los árboles.

Norte se puso en pie.

—¿Qué estás haciendo? No puedes...

Corrió tras las serpientes liberadas, pero una de ellas se alzó para atacar y Norte retrocedió. Serpiente dejó caer otras dos serpientes al suelo. Norte intentó una vez más capturar a una de ellas, pero el animal lo atacó y el gigante estuvo a punto de caer al suelo al esquivarla. Norte abandonó la caza y corrió hacia Serpiente, usando su altura para amenazarla; pero ella agitó una serpiente del sueño ante él y se detuvo.

—Les tienes miedo, ¿verdad, Norte? —dijo un paso hacia él. El gigante intentó mantenerse firme, pero cuando Serpiente dio un segundo paso, retrocedió bruscamente.

—¿No aceptas tus propios consejos? —Serpiente estaba más furiosa que nunca: la parte objetiva de su mente contemplaba horrorizada lo alegre que estaba la otra de poder asustarle.

—Aléjate...

Mientras Serpiente se aproximaba, Norte cayó de espaldas. Se revolvió en el suelo y se apartó, pero tropezó de nuevo cuando intentó levantarse. Serpiente estaba lo suficientemente cerca para poder notar su olor, mohoso y seco, en nada parecido al olor

humano. Jadeando como un animal acorralado, se detuvo y se encaró a ella con los puños cerrados para golpearla mientras le acercaba más la serpiente del sueño.

—No —dijo—. No lo hagas... Pensando en Melissa, Serpiente no replicó.

Norte observó a la serpiente del sueño, hipnotizado.

—No... —su voz se quebró—. Por favor...

—¿Es piedad lo que quieres de mí? —gritó Serpiente con alegría, sabiendo que no le ofrecería más merced que la que él le había dado a su hija.

Súbitamente, Norte abrió los puños y le tendió las manos, dejando al descubierto las finas venas azules de sus muñecas.

—No —dijo— Quiero paz —temblaba visiblemente mientras esperaba la mordedura de la serpiente del sueño.

Anonadada, Serpiente retiró las manos.

—¡Por favor! —gimió Norte de nuevo—. ¡Por los dioses, no juegues conmigo!

La curadora miró a la serpiente, luego a Norte. Su placer en la capitulación se convirtió en repulsa. ¿Era tan parecida a él que necesitaba ejercer poder sobre otros seres humanos? Tal vez sus acusaciones eran ciertas. El honor y la deferencia la satisfacían tanto como a él. Y desde luego, era culpable de arrogancia, siempre había sido culpable de arrogancia. Tal vez la diferencia entre Norte y ella no estribaba en la cualidad, sino sólo en la cantidad de poder que ambicionaba. No estaba segura, pero sabía que si usaba la serpiente contra él ahora, mientras estaba indefenso, fueran cuales fueran las diferencias tendrían aún menos significado. Dio un paso atrás, y dejó caer el animal al suelo.

—Apártate de mí —también su voz temblaba—. Voy a coger a mi hija y regresar a casa.

—Ayúdame —susurró él—. Yo descubrí este lugar, usé a sus criaturas para ayudar a los demás, ¿no merezco ayuda ahora? —su aspecto era lastimero, pero Serpiente no se movió.

—De repente, el gigante rugió y se dirigió a la serpiente del sueño. La agarró con una mano y la obligó a morderle la otra muñeca. Gimió cuando los colmillos se hundieron una y otra vez.

Serpiente se apartó, pero el hombre ya no le prestaba atención. Se volvió hacia la gran cesta de mimbre.

Las serpientes del sueño habían empezado a escapar por sus propios medios. Una de ellas se deslizó por encima de la cesta y cayó a tierra con un golpe suave. Otras muchas se asomaron, y gradualmente el peso de toda la masa desbordó la cesta de mimbre y la tumbó. Las serpientes escaparon en un grupo cimbreado. Pero Melissa no estaba allí.

Norte pasó arrastrándose junto a Serpiente, ajeno a su presencia, e introdujo sus pálidas manos empapadas en sangre en la masa de las serpientes del sueño.

La curadora lo agarró y le hizo dar la vuelta.

—¿Qué...? —el hombre se estiró débilmente hacia las serpientes... Sus ojos translúcidos estaban vidriosos.

—¿Dónde está Melissa?

—Estaba soñando... —miró a las serpientes del sueño—. Con ellas.

De alguna manera, Melissa había escapado. De alguna manera, su hija había derrotado a Norte, al veneno, al cebo del olvido. Serpiente buscó de nuevo por todo el campamento, viéndolo todo excepto lo que deseaba ver.

Norte gimió lleno de frustración y Serpiente lo soltó. El gigante se aferró a las serpientes que escapaban hacia el bosque. Sus brazos eran una masa de pinchazos sangrientos, y cada vez que volvía a capturar a una de sus criaturas, la obligaba a morderle.

—¡Melissa! —llamó Serpiente, pero no hubo respuesta.

De repente, Norte rugió; entonces, después de un instante, emitió un extraño gemido. Serpiente miró por encima del hombro. Norte se levantó lentamente, con una serpiente en las manos manchadas de sangre, y un hilillo gemelo de sangre corriéndole por una mordedura que tenía en la garganta. Se enderezó, y la serpiente del sueño se revolvió. Norte cayó de rodillas. Se tendió en el suelo y quedó inmóvil. Su poder le abandonó mientras las extrañas serpientes del sueño escapaban de vuelta a su bosque.

—Por instinto, Serpiente se le acercó. Respiraba con dificultad. No estaba herido, no por una caída tan leve. Serpiente se preguntó si el veneno le afectaría de la misma manera en qué afectaba a sus seguidores. Pero aun cuando no fuera así, aun cuando su miedo le causara una mala reacción, no podía hacer nada por él.

La serpiente del sueño que aún tenía en la mano se revolvió y escapó de su garra. Serpiente contuvo la respiración, apenada. El animal tenía roto el espinazo. Serpiente se arrodilló junto a él y terminó su dolor, como había hecho con Silencio.

Con el sabor de su sangre salada y fría en los labios, buscó su pequeña bolsa de mimbre y se la echó al hombro. No se le ocurría otro sitio donde buscar a Melissa sino en el camino que corría colina abajo, hacia la rotura de la cúpula.

Los árboles-maraña arrojaban una sombra más profunda y oscura aquí que en el primer sitio por donde Serpiente había pasado, y la abertura entre ellos era más estrecha y más baja. Reprimiendo los escalofríos que le recorrían la espalda, continuó cuanto pudo. El bosque extraño que la rodeaba podía albergar cualquier tipo de criatura, desde serpientes del sueño a carnívoros silenciosos.

Melissa no tenía protección ninguna; ni siquiera conservaba su cuchillo.

Cuando ya empezaba a creer que seguía un camino equivocado, llegó al macizo de roca donde el loco la había traicionado. Estaba muy lejos del campamento de Serpiente, y se preguntó cómo podía haber llegado Melissa tan lejos.

Tal vez escapó y se ha escondido, pensó Serpiente. Tal vez está todavía ahí arriba, cerca del campamento de Norte, durmiendo, o soñando... o muriendo.

Dio unos pocos pasos más, dudó, decidió, y continuó adelante.

Tendida fuera del sendero, con los dedos hundidos en el suelo para alejarse a rastras un poco más, Melissa yacía inconsciente justo en el siguiente recodo del camino. Serpiente corrió hacia ella, tropezó, cayó de rodillas junto a ella.

Con cuidado, giró a su hija. Melissa no se movió, estaba inerte y fría. Serpiente le buscó el pulso, primero creyó que lo encontraba, después le abandonaron las esperanzas. Melissa sufría un profundo shock, y no podía hacer nada por ella.

Melissa, hija mía, pensó, has intentado mantener la promesa que me hiciste, y casi lo conseguiste. Yo también te hice promesas, y no cumplí ninguna. Por favor, dame otra oportunidad.

Torpemente, obligándose a usar su brazo derecho casi inutilizado, Serpiente levantó el pequeño cuerpo de Melissa y se lo cargó sobre el hombro izquierdo. Se tambaleó al ponerse en pie, casi perdió el equilibrio. Si caía, no sería capaz de volver a levantarse. El sendero se extendía ante ella, y sabía lo largo que era.

Serpiente atravesó con dificultad las hojas-planas, tambaleándose al cruzar una cavidad llena de reptadoras verdiazules. Resbalaba, casi caía sobre aquella superficie que la lluvia reciente había vuelto deslizante y fangosa. Melissa seguía sin moverse. Temerosa de soltarla, Serpiente continuó caminando.

No puedo hacer nada por ella aquí arriba, pensó de nuevo, y fijó su atención en el descenso.

Melissa parecía terriblemente fría, pero Serpiente no podía confiar en sus percepciones. Se esforzaba más allá de cualquier sensación. Avanzaba como una máquina, veía su cuerpo desde un puesto de observación distante, sabía que podía llegar al pie de la colina, pero estaba dispuesta a gritar de frustración porque su cuerpo se movía demasiado lentamente, estólidamente hacia adelante, un paso, otro, y no adquiría más velocidad.

Vista desde arriba, la montaña parecía mucho más empinada de lo que le había parecido al escalarla. Ni siquiera podía recordar cómo había conseguido llegar a la cima. Pero el bosque y la pradera inferior, las dulces capas verdes, la consolaron.

Serpiente se sentó y se acomodó en el borde del acantilado. Al principio se deslizó despacio, frenando su descenso con sus pies descalzos y arreglándose para conservar el equilibrio. Tropezó sobre la piedra; la bolsa rozaba y botaba junto a ella. Pero cerca del final adquirió velocidad, el peso muerto de Melissa le hizo perder el equilibrio, resbaló y cayó de lado. Luchó para no rodar y lo consiguió al coste de perder un poco de piel en la espalda y en los codos. Se detuvo finalmente en medio de una lluvia de arena y guijarros. Se quedó tendida por unos momentos, con Melissa junto a ella y el cesto aplastado bajo su hombro. Las serpientes del sueño se revolvían unas sobre otras, pero no encontraron ningún agujero lo bastante grande como para poder escapar. Serpiente se palpó el bolsillo del pecho y sintió a la pequeña recién nacida moverse bajo sus dedos.

Sólo un poco más, pensó. Casi puedo ver el prado. Si presto atención, podré escuchar a Ardilla masticando la hierba...

—¡Ardilla! —Esperó un momento, luego silbó. Llamó de nuevo y pensó que le oía acercarse, pero no estaba segura. El pony atigrado normalmente la seguía si estaba cerca, pero sólo respondía a su nombre o a un silbido cuando estaba de humor. Ahora mismo, no parecía apetecerle.

Serpiente suspiró y se puso de rodillas. Melissa yacía fría y pálida a su lado, con los brazos y las piernas manchados de sangre seca. Serpiente se la cargó al hombro; tenía el brazo derecho casi inútil. Recuperó fuerzas y se obligó a ponerse en pie. La cinta de la bolsa se soltó y colgó en su brazo. Dio un paso adelante. La cesta golpeó contra su pierna. Le temblaban las rodillas. Dio otro paso con la visión nublada por el miedo a que Melissa perdiera la vida.

Llamó de nuevo al pony y llegó tambaleándose al prado. Oía el sonido de los cascos de un caballo, pero no vio a Ardilla ni a Veloz, sólo el viejo jumento del loco tendido en la hierba con el hocico descansando en el suelo.

La túnica de Arevin, hecha con la lana de los bueyes almizcleros, le protegía de la lluvia, del calor, del viento y la arena del desierto. Continuó cabalgando a través del día húmedo, dejando atrás las ramas que le mojaban con las gotas de agua capturadas. Seguía sin encontrar el rastro de Serpiente, pero sólo existía este único camino.

Su caballo alzó la cabeza y relinchó con fuerza. Una llamada de respuesta surgió de detrás de un denso grupo de árboles. Arevin oyó el tamborileo de los cascos sobre el terreno duro y húmedo: un caballo gris y el pony atigrado, Ardilla, aparecieron galopando ante su vista más allá del sendero que se curvaba. Ardilla se detuvo y después se acercó, con el cuello arqueado. La yegua gris continuó trotando, dio la vuelta, galopó unos cuantos pasos más, jugando, y se detuvo de nuevo.

Mientras los tres caballos se resoplaban mutuamente a modo de saludo, Arevin estiró la mano y rascó a Ardilla tras las orejas. Los dos caballos de Serpiente estaban en perfecto estado. Ninguno de ellos estaría libre si Serpiente hubiera caído en una emboscada: eran demasiado valiosos. Aun cuando los caballos se hubieran escapado durante un ataque, estarían aún ensillados y embridados. Serpiente tenía que encontrarse a salvo.

Arevin empezó a llamarla, pero cambió de opinión en el último instante. Sin duda era demasiado receloso, pero después de todo lo que había sucedido, creía que lo mejor era guardar cautela. Unos pocos minutos más de espera no lo matarían.

Alzó la mirada y observó la pendiente, que se elevaba entre las rocas y los picos de las montañas, la extraña vegetación, líquenes... y la cúpula.

Después de darse cuenta de lo que era, no pudo comprender por qué no la había visto al instante. Era la única que había visto que mostraba señales de daño: el hecho servía para disfrazarla. Pero seguía siendo, incuestionable, una de las cúpulas de los antiguos, la mayor que había visto o de la que había oído hablar nunca.

Arevin supo sin ningún lugar a dudas que Serpiente estaba allí arriba, en alguna parte. Aquélla era la única posibilidad que tenía sentido.

Urgió a su caballo para que continuase, siguiendo las huellas de los otros caballos en el terreno enfangado. Se detuvo cuando pensó que oía algo. No había sido su imaginación: los caballos escuchaban con las orejas tiesas. Oyó la llamada una vez más y trató de gritar en respuesta, pero las palabras se atropellaron en su garganta. Azuzó al caballo tan bruscamente que el animal salió al galope hacia el sonido de la voz de la curadora, hacia Serpiente.

Seguido por el pony atigrado y la yegua gris, un caballito negro se abrió paso entre los árboles al otro extremo del prado. Serpiente maldijo en un instante de furia, creyendo que uno de los seguidores de Norte regresaba en aquel justo momento.

Y entonces vio a Arevin.

Sorprendida, fue incapaz de moverse hacia a él, ni siquiera pudo hablar. El hombre bajó de su montura mientras aún galopaba; corrió hacia Serpiente con la ropa ondeando a su alrededor. Ella le miró como si fuera una aparición, pues estaba segura que de eso se trataba, aunque se detuvo lo suficientemente cerca para que pudiera tocarlo.

—¿Arevin?

—¿Qué ha pasado? ¿Quién te ha hecho esto? El loco...

—Está en la cúpula —respondió ella—. Con algunos más. Ahora mismo no corren peligro. Pero Melissa sufre un shock. Tengo que llevarla al campamento... Arevin, ¿eres real?

El muchacho cogió a Melissa con un brazo y sostuvo a Serpiente con el otro.

—Sí, soy real. Estoy aquí.

La ayudó a cruzar la pradera. Cuando llegaron al lugar donde estaban apiladas sus cosas, Arevin se volvió para tender a Melissa. Serpiente se arrodilló junto a su zurrón y tanteó el cierre. Abrió el compartimento de las medicinas temblorosamente.

Arevin le colocó una mano sobre el hombro sano. Su contacto fue amable.

—Déjame atender tu herida —dijo.

—Estoy bien —dijo—. Me recuperaré. Es Melissa... —le miró y se quedó inmóvil al ver la expresión de sus ojos.

—Curadora —dijo él—. Serpiente, amiga mía... Ella intentó levantarse pero él trató de contenerla.

—No hay nada que hacer.

—¿Nada que hacer...? —Serpiente se puso en pie con mucho esfuerzo.

—Estás herida —dijo Arevin desesperado—. Ver ahora a la niña sólo te herirá más.

—Oh, dioses —dijo Serpiente. Arevin aún intentaba detenerla—. ¡Suéltame! —gritó. Arevin se apartó, sorprendido. Serpiente no se detuvo a pedir disculpas. No podía dejar que nadie la protegiera, ni siquiera él: era demasiado fácil, demasiado tentador.

Melissa yacía tumbada a la sombra de un pino. Serpiente se arrodilló sobre la gruesa capa de agujas marrones. Tras ella, Arevin permaneció de pie. Serpiente cogió la fría y pálida mano de la niña, que continuaba sin moverse. Al arrastrarse por el suelo, se había roto las uñas hasta la raíz. Había intentado con tantas fuerzas mantener su promesa... Había cumplido las promesas que le había hecho a Serpiente mucho mejor de lo que ésta

le había mantenido las suyas. La curadora se inclinó sobre ella y apartó con cuidado el pelo rojo de las terribles cicatrices. Sus lágrimas cayeron sobre las mejillas de Melissa.

—No hay nada que hacer —repitió Arevin—. No tiene pulso.

—Sh-h —susurró Serpiente, buscando todavía un latido en la muñeca de la niña, en su garganta, pensando en un momento que había encontrado el pulso, segura luego de que no era así.

—Serpiente, no te tortures así. ¡Está muerta! ¡Está fría!

—Está viva —sabía que él pensaba que la pena la hacía perder la cordura. No se movió, pero siguió mirándola tristemente. Ella se volvió hacia él—. Ayúdame, Arevin. Confía en mí. He soñado contigo. Creo que te quiero. Pero Melissa es mi hija y mi amiga. Tengo que intentar salvarla.

El pulso fantasmagórico alcanzó débilmente sus dedos. Melissa había sido mordida tantas veces... pero el incremento metabólico provocado por el veneno había desaparecido, y en vez de volver a un nivel normal, había caído bruscamente a un nivel que apenas era capaz de sostener la vida. Y la mente, esperaba Serpiente. Sin ayuda, Melissa moriría de agotamiento, de hipotermia, casi como si estuviera muriendo por exposición al frío.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Arevin. Su tono era resignado, deprimido.

—Ayúdame a moverla.

Serpiente colocó las mantas sobre una roca amplia y llana que llevaba todo el día recibiendo la luz del sol. Se movía torpemente. Arevin cogió a Melissa y la tendió sobre las cálidas mantas. Dejando a su hija por un momento, Serpiente vació sus alforjas en el suelo. Tendió a Arevin la cantimplora, el horno de parafina y los trastos de cocina. El muchacho la observaba, inseguro. Ella apenas había tenido oportunidad de mirarlo.

—Calienta un poco de agua, Arevin, por favor. No demasiada —hizo un gesto con las manos para indicar la cantidad. Sacó el paquete de azúcar del compartimento de las medicinas de su zurrón.

De nuevo junto a Melissa, intentó levantarla. El pulso aparecía, desaparecía, regresaba.

Está ahí, se dijo Serpiente. No lo estoy imaginando.

Colocó un poco de azúcar sobre la lengua de Melissa, esperando que pudiera disolverlo. Serpiente no se atrevía a obligarla a beber: podría ahogarse si aspiraba el agua y se le metía en los pulmones.

Disponía de poco tiempo, pero si no iba con cuidado, podía matar a la niña casi con la misma seguridad con que lo habría hecho Norte. A cada minuto aproximadamente, mientras esperaba a Arevin, le daba a Melissa unos pocos granos más de azúcar.

Sin decir nada, Arevin trajo el agua hirviendo. Serpiente puso una pizca más de azúcar en la lengua de Melissa y le tendió el frasco a Arevin.

—Disuelve aquí toda la que puedas —masajeó las manos de Melissa y le palmeó la mejilla—. Melissa, querida, intenta despertarte. Sólo un momento. Hija, ayúdame.

Melissa no respondió. Pero Serpiente sintió el pulso, una vez más, esta vez tan fuerte como para tener esperanzas.

—¿Está preparado?

Arevin vertió el agua caliente en el cuenco: lo hizo ansiosamente y derramó un poco en su mano. Alarmado, miró a Serpiente.

—No te preocupes. Es azúcar —dijo Serpiente, y cogió el cuenco.

—¿Azúcar? —exclamó él, y frotó los dedos sobre la hierba.

—¡Melissa! Despierta querida —los párpados de la niña se movieron. Serpiente suspiró aliviada.

—¡Melissa! Tienes que beberte esto.

Los labios de Melissa se movieron levemente.

—No intentes hablar todavía —Serpiente le llevó el pequeño recipiente de metal a la boca y dejó que el líquido denso y pastoso corriera lentamente, poco a poco, esperando hasta estar segura de que Melissa había bebido cada porción del estimulante antes de darle más.

—Dioses... —dijo Arevin, maravillado.

—¿Serpiente? —susurró Melissa.

—Estoy aquí, Melissa. Estamos a salvo. Ahora estás bien —sentía ganas de reír y llorar al mismo tiempo.

—Tengo frío.

—Lo sé —envolvió los hombros de la niña con la manta. Ahora que la niña tenía la bebida caliente en el estómago y el estimulante enviaba energía a su sangre, podía hacerlo.

—No quería dejarte allí, pero prometí... Tenía miedo de que el loco pudiera coger a Ardilla. Tenía miedo de que Sombra y Susurro murieran...

Desaparecidos sus últimos temores, Serpiente acomodó a Melissa sobre la roca cálida. No había nada en las palabras de la niña que indicara un daño cerebral; había sobrevivido entera.

—Ardilla está aquí con nosotras, igual que Sombra y Susurro. Puedes volver a dormir. Cuando despiertes, todo estará bien —era posible que la niña tuviera dolores de cabeza durante un día o dos, dependiendo de lo sensible que fuera al estimulante. Pero estaba viva, estaba bien.

—Intenté marcharme —dijo Melissa, sin abrir los ojos—. Seguí y seguí, pero...

—Estoy muy orgullosa de ti. Nadie podría hacer lo que tú hiciste sin ser fuerte y valiente.

El lado de la boca que no aparecía deformado por la cicatriz se torció en una media sonrisa, y entonces la niña se quedó dormida. Serpiente tapó su cara con una esquina de la manta.

—Habría jurado por mi vida que estaba muerta —dijo Arevin.

—Se pondrá bien —respondió Serpiente, más para sí que para Arevin—. Gracias a los dioses, se pondrá bien.

La urgencia que la poseía, la fuerza provocada por la adrenalina, había desaparecido lentamente sin que se diera cuenta.

No podía moverse, ni siquiera para sentarse. Sus rodillas se habían doblado; todo lo que podía hacer era caer. Ni siquiera podía decir si se estaba desmayando o si sus ojos le estaban engañando, porque los objetos parecían acercarse y alejarse.

Arevin le tocó el hombro izquierdo. Su mano era tal como la recordaba, amable y fuerte.

—Curadora, la niña está a salvo. Ahora piensa en ti —dijo él; su voz era completamente neutra.

—Ha sufrido mucho —susurró Serpiente. Las palabras surgieron con dificultad—. Te tendrá miedo...

El no contestó, y ella se tambaleó. Arevin la sostuvo y la ayudó a tenderse en el suelo. Su pelo se había soltado, le caía sobre la cara y tenía el mismo aspecto que la última vez que lo había visto.

Arevin le llevó la botella a los labios resecos, y Serpiente bebió agua caliente refrescada con vino.

—¿Quién te hizo esto? —preguntó el muchacho—. ¿Corres todavía peligro?

Ni siquiera había pensado qué podría suceder cuando Norte y los suyos revivieran.

—Ahora no, pero más tarde, mañana... —bruscamente, intentó levantarse—. Si me duermo, si no despierto a tiempo...

El la tranquilizó.

—Descansa. Montaré guardia hasta el amanecer. Entonces podremos trasladarnos a un lugar más seguro.

Con la seguridad que le proporcionaba su presencia, ella pudo descansar. Arevin la dejó durante un momento, y se quedó tendida en el suelo, con los dedos extendidos y presionando, como si la tierra la sostuviera y a la vez le devolviera algo. La frialdad le ayudaba a suavizar el dolor de la herida de flecha. Notó que Arevin se arrodillaba a su lado, y el muchacho le puso un paño frío y húmedo en el hombro para empapar el material rasgado y la sangre seca. Ella le observaba con los ojos semicerrados, admirando una vez más sus manos, las largas líneas de su cuerpo. Pero su contacto era tan neutro como lo habían sido sus palabras.

—¿Cómo nos encontraste? —preguntó ella—. Creí que eras un sueño.

—Fui a la estación de los curadores. Tenía que intentar hacer comprender a tu pueblo lo que sucedió, y que la culpa era de mi clan, no tuya —él la miró, y luego, tristemente, apartó la mirada—. Creo que fracasé. Tu maestra sólo dijo que tenías que regresar a casa.

Antes, Arevin no había tenido tiempo de responder a lo que Serpiente le había dicho: que soñaba con él y lo amaba. Pero ahora actuaba como si nunca lo hubiera oído, como si sus actos sólo se debieran al cumplimiento del deber. Serpiente se preguntó con un gran sentimiento de vacío, de pérdida y de pena, si había malinterpretado sus sentimientos. No quería más gratitud y culpa.

—Pero estás aquí —dijo. Se apoyó en un codo, y con un poco de esfuerzo se sentó para mirarle a la cara—. No tenías por qué seguirme. Si tenías que cumplir un deber, terminó en mi hogar.

Él la miró a los ojos.

—Yo... también soñé contigo, —se inclinó hacia ella, con los brazos apoyados en las rodillas, las manos extendidas—. Nunca había intercambiado el nombre con otra persona.

Lenta, alegremente, Serpiente posó su sucia mano izquierda tejida de cicatrices sobre la mano derecha del muchacho, morena y limpia.

Él la miró.

—Después de lo que sucedió...

Deseando ahora más que nunca que no estuviera herida, Serpiente se metió la mano en el bolsillo. La serpiente del sueño recién nacida se enroscó entre sus dedos. La sacó y se la mostró a Arevin. Señalando hacia la cesta, dijo:

—Tengo más allí, y ahora sé cómo hacer que se reproduzcan.

Arevin miró la diminuta serpiente, y luego a la mujer, maravillado.

—Entonces, llegaste a la ciudad. Te aceptaron.

—No —contestó ella. Miró hacia la cúpula roja—. Encontré las serpientes del sueño ahí arriba, donde viven —volvió a meterse a la recién nacida en el bolsillo. El animalillo ya empezaba a acostumbrarse a ella; sería una buena ayuda para una curadora—. Los habitantes de la ciudad me rechazaron, pero todavía no han oído la última palabra de los curadores. Aún están en deuda conmigo.

—Mi pueblo también —dijo Arevin—. Una deuda que no he conseguido pagar.

—¡Me has ayudado a salvar la vida de mi hija! ¿Crees que eso no cuenta para nada? —luego, más tranquilamente, añadió—: Arevín, me gustaría que Silencio todavía estuviera viva. No puedo pretender que no. Pero fue mi negligencia lo que la mató, nada más. Nunca he pensado otra cosa.

—Mi clan —dijo Arevín—, y el compañero de mi prima...

—Espera. Si Silencio no hubiera muerto, nunca habría regresado a casa cuando lo hice.

Arevin sonrió levemente.

—Y si no hubiera vuelto entonces, nunca habría ido a Centro. Nunca habría encontrado a Melissa. Y nunca habría encontrado al loco ni habría oído hablar de la cúpula rota.

Es como si tu clan hubiera actuado como un catalizador. Si no hubiera sido por vosotros, aún seguiríamos suplicando a la gente de la ciudad para que nos proporcionaran serpientes del sueño, y ellos habrían continuado rechazándonos. Los curadores habrían seguido sin cambios hasta que no quedarán más serpientes del sueño ni curadores. Ahora todo es diferente. Así que tal vez estoy tan en deuda con vosotros como tú crees que lo estáis conmigo.

El la miró durante un largo rato.

—Creo que estás buscando excusas para mi pueblo. Serpiente cerró el puño.

—¿Es un sentimiento de culpa lo único que puede existir entre nosotros?

—¡No! —dijo Arevin bruscamente. Más tranquilo, como sorprendido por su propio estallido, añadió—: Al menos, esperaba algo más.

Aplacada, Serpiente le cogió la mano.

—Yo también. —Le besó en la palma. Lentamente, Arevin sonrió. Se acercó más, y un momento después se abrazaron.

—Si hemos estado en deuda mutuamente, ya lo hemos reparado, nuestros pueblos pueden ser amigos —dijo Arevin—. Y tal vez tú y yo hayamos ganado el tiempo que una vez dijiste que necesitábamos.

—Así es —dijo Serpiente.

Arevin se apartó la maraña de pelo de la frente.

—He aprendido nuevas costumbres desde que llegué a las montañas. Quiero cuidarte mientras se cura tu hombro. Y cuando estés bien, quiero preguntarte si puedo hacer algo por ti.

Serpiente le devolvió la sonrisa; sabía que se comprendían.

—Esa es una pregunta que también he querido hacerte —dijo, y entonces hizo un guiño—. Ya sabes que los curadores sanamos rápidamente.

FIN